PULGARCITO

VOL. II - NUM. 1 - ENERO 1920 - 20 CTS.

JUGAREMOS HOY A...

LOS PATINES

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

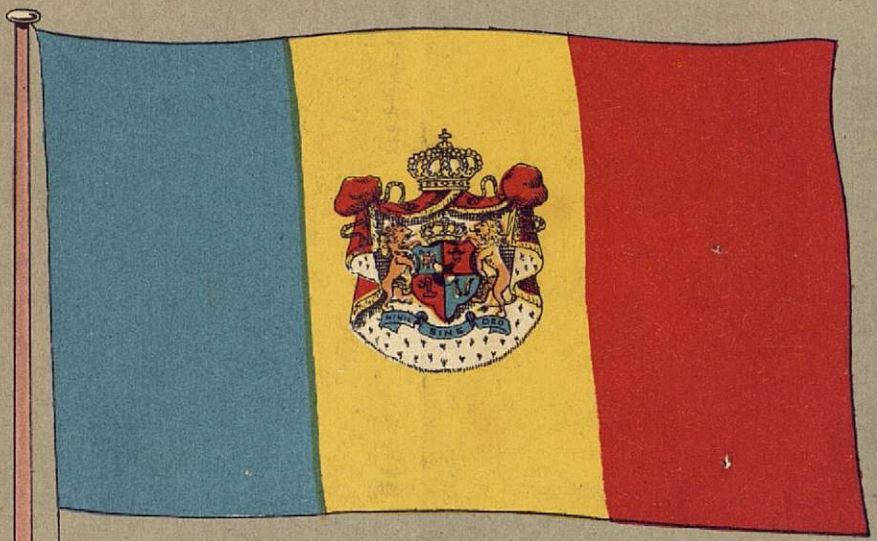
SAN RAFAEL, 32

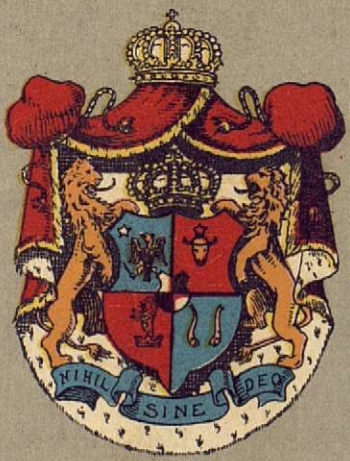
RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos





REINO DE RUMANIA

Fernando, Rey.

Capital: Bukarest.

De la Habana Olga Sabatés. Fot. Colominas y Co.

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

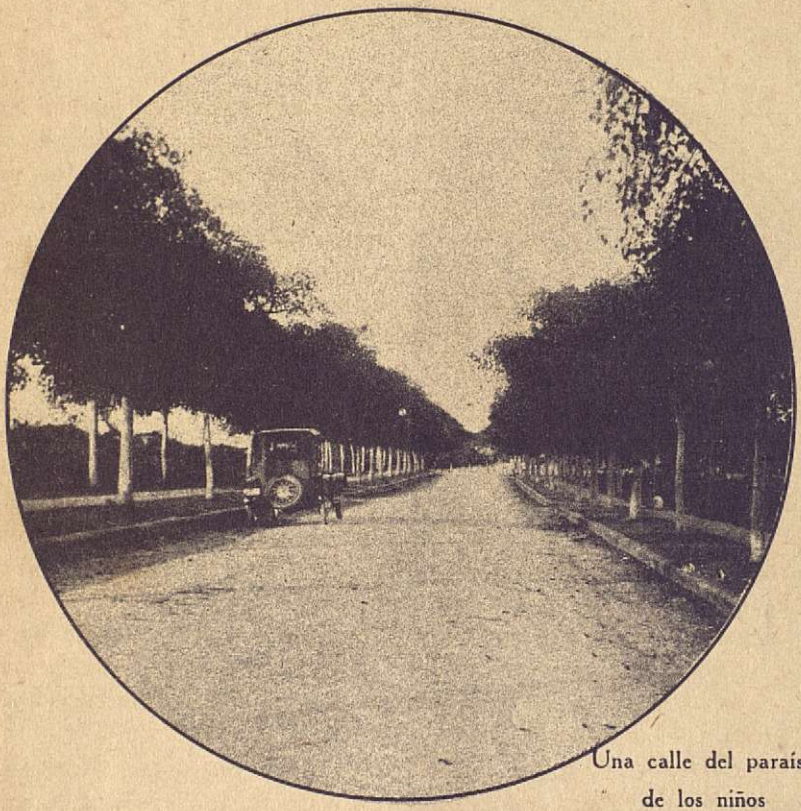
Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

OSCAR H. MASSAGUER
ADMINISTRADOR

GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES



Una calle del paraíso de los niños

Amiguito mío

¿Quieres un terreno para fabricar tu casa cuando seas grande?

Pues dile a tu papá que te compre ahora un solar en la loma de Cojímar.

Hace 20 años tu papá compró terrenos en el Vedado, y hoy esos terrenos valen 20 veces más.

¿Por qué no haces tú lo mismo?

Aquí publicaremos los retratos de los niños que han comprado ya.

PULGARCITO.

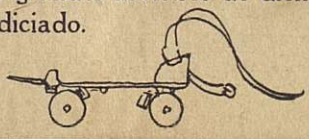
MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos.

LOS PATINES

ANOCHE, sin duda, has tenido tú, querido lectorcito, una gran sesión de patines. Habrás regateado con tus amiguitos, y el parque fué pequeño para tu afán de correr más que todos los otros. Tus compañeros te habrán admirado; más de uno hizo el formal propósito de practicar para ganarte. Para tí esta noche de enero ha sido memorable, y la recordarás siempre con todo lo que contribuyó a hacértela agradable: la risa, el aplauso y la dulce temperatura de nuestra temporada de invierno. Después, al volver a tu casa, alguien te ha hablado de lo bueno que es este sport para estos primeros años de tu vida. Luego, en tu casa, te has enterado de que se patina sobre la nieve, en los países fríos, con otros patines que en vez de ser de ruedas como los tuyos, tienen una fuerte cuchilla de acero que produce los mismos efectos. Tal vez al ir con tus papás a los Estados Unidos has visto a una multitud de aficionados patinando con ellos sobre algún lago congelado por el invierno. Pues bien: vas a saber que ese patín es el verdadero, el primitivo, pues los otros son adaptaciones hechas por la industria para obtener los mismos efectos sin necesidad de acudir a los lagos congelados.

Porque el patín fué inventado, hace ya años de años, en Noruega: un país en donde, como tú sabes, hay mucho frío y, por lo tanto, mucha nieve. Los habitantes de aquellos tiempos remotos inventaron un patín muy original, que era un pedazo de hueso, sobre el cual se deslizaban. La idea fué muy pronto acogida por otros países como Suecia, Finlandia, y Dinamarca, donde el invento resolvía el problema de caminar sobre el hielo. Bien pronto aquel hueso fué sustituído por otra materia; y así de siglo en siglo fué evolucionando hasta convertirse en los patines que ya tú conoces.

En la actualidad este sport está muy extendido en el Canadá, los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, y, sobre todo, en Suiza, donde se celebran los más importantes concursos, que son de dos clases: de velocidad y de figura. Los clubs de todas partes envían allí sus campeones, y es un espectáculo muy interesante ver este torneo en donde los más grandes maestros de dicho sport luchan por conquistar el premio codiciado.



María O'Reilly y Patterson

De la Habana

Fot Colominas y Cía.

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II LA HABANA, ENERO 1920 NUM. 1

EL QUE VIÓ LA ESTRELLA

CUENTO DE REYES

POR MARCELA TINAYRE

EN aquel tiempo, la caravana de los Reyes Magos que se dirigían hacia Belén para reverenciar al niño Jesús recién nacido, se encontraba en mitad del inmenso desierto; y los tres Reyes—Melchor, Gaspar y Baltasar—veían bajar el sol hacia el rojo horizonte, desde el umbral de la tienda regia; eran enormemente sabios y poderosos; en sus ojos parecía flotar toda la ciencia del mundo; sus barbas brillaban sobre sus túnicas como brilla la plata sobre el oro, y de oro eran sus mantos soberbios, sus mitras deslumbrantes y sus riquísimas sandalias.

Como el sol bajaba más y más, el más viejo de todos, Baltasar, dijo:

—La estrella va a aparecer... y Gaspar repuso:

—Desde que seguimos a esa misteriosa estrella que nos indica el camino hacia un ser infinitamente grande, han pasado muchos días y muchas noches, y el pueblo que nos sigue marcha lleno de inquietud.

—Sí—dijo Melchor—la divina estrella, que sólo nosotros tres podemos ver en el cielo, no tranquiliza a esta muchedumbre miserable, y hay entre ella rumores de rebelión y descontento.

El anciano Baltasar movió la cabeza y dijo:

—¿Qué importa el murmullo del esclavo que sigue los pasos de nuestros camellos? Cuando pasamos, envueltos en nuestros trajes de oro, todas las frentes se inclinan ante nosotros...

—Somos los muy sabios y muy poderosos—exclamó Gaspar; conocemos todas las ciencias del Universo...

—Somos los muy santos y muy puros;—dijo Melchor—los únicos elegidos de la Estrella...

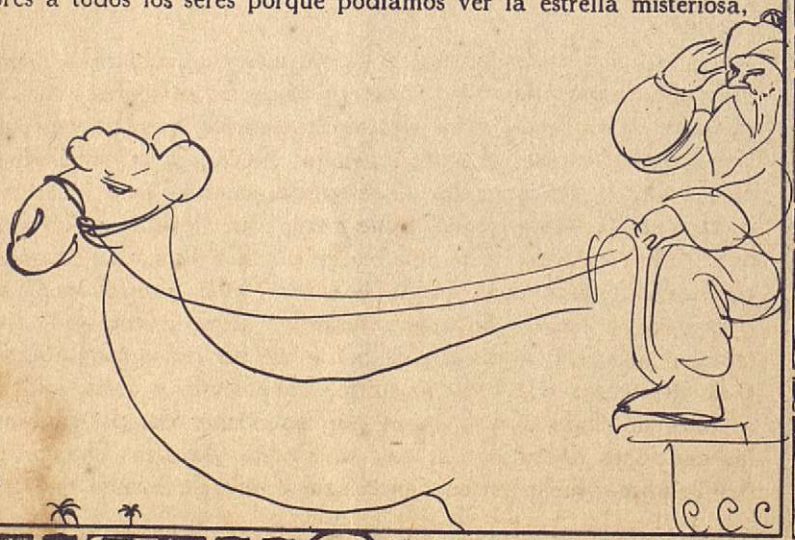
Porque sus corazones se habían llenado de orgullo por su poder, por su saboduría, y sobre todo por el hecho de haber sido elegidos para contemplar todas las noches aquella estrella maravillosa que les indicaba la dirección de Belén.

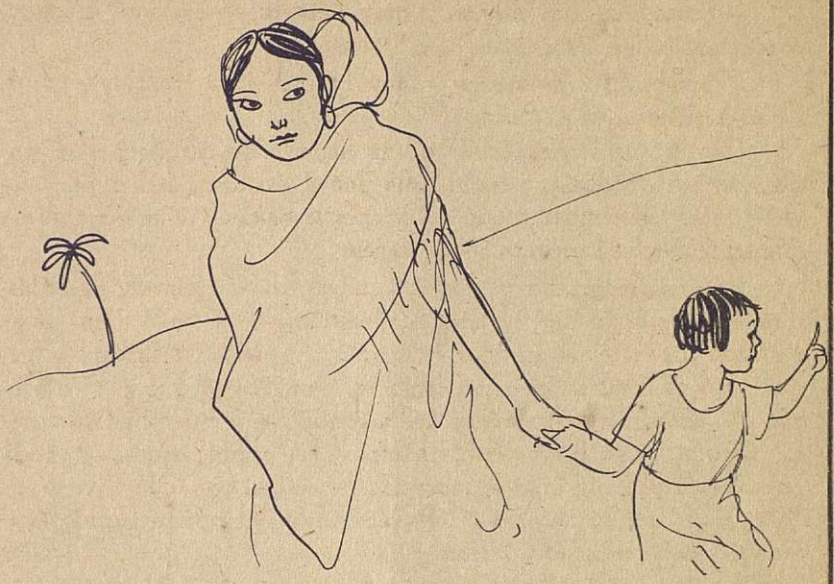
Entretanto llegaba la noche, y mientras los esclavos, para distraerse, entonaban una melancólica canción, en el cielo iban apareciendo las estrellas, pálidas primero como perlas y brillantes luega como diamantes; pero en vano los camellos ofrecían a los Reyes sus altas sillas recamadas y los conductores esperaban la señal de partida. Los Reyes estaban inmóviles, aterrorizados... Toda la noche la pasaron unidos, buscando la estrella por todo el cielo... Y en castigo a su orgullo, o más bien para darles una lección inolvidable, la estrella no apareció.

La otra noche llegó, y la siguiente, y siete noches más, y la estrella continuaba oculta. Perdidas en el desierto, donde no había caminos, las tres caravanas no se atrevían a avanzar ni a retroceder. Y los tres Reyes sufrían por su orgullo humillado, pero también porque en el fondo eran buenos, y se dolían de ver a sus pueblos en peligro en aquel desierto, y más aun de haber desagradado aquel Ser misterioso que los guiaba por medio de la estrella...

Al fin, al séptimo día, y cuando el sol se ocultaba, el viejo Baltasar dijo a Melchor y a Gaspar:

—Hemos pecado por soberbia y vanagloria, creyéndonos superiores a todos los seres porque podíamos ver la estrella misteriosa,





y por eso no la vemos ya. Pero quizá si entre esa muchedumbre que nos sigue se encuentre un ser bueno y puro que haya merecido la dicha de ver esa estrella divina; si lo hallamos, nos inclinaremos humildemente ante él, sea quien sea, y nos dejaremos guiar por él, llamándole Señor...

Inmediatamente hicieron los tres Reyes desfilar ante su tienda al pueblo innumerable que componía las tres caravanas, y a todos, uno a uno, iban preguntando los Magos:

—Dinos... ¿ves algo en el cielo, hacia el occidente?

Porque hacia occidente habían visto siempre ellos aparecer la estrella.

Pero pasaron los generales, los oficiales y los soldados y ninguno veía nada extraordinario, y pasaron luego los sirvientes, y los conductores de camellos, y los cientos de esclavos, y todos confesaban no distinguir nada. Entristecíanse los Reyes, y la muchedumbre comenzaba a lanzar gritos de angustia, cuando tocó el turno de pasar ante la tienda regia a una mujer que llevaba en los brazos a un niño dormido. Era una esclava judía llamada Thamar, a quien siendo niña unos árabes habían robado y arrebatado a su país y a su hogar; habían pasado los años, y entonces, viuda, triste, y sola, era objeto de las burlas de sus rudos compañeros de esclavitud; mas ella todo lo sufría dignamente, y vivía sólo para su hijo, un lindo niño a quien por las noches dormía cantándole las canciones de su patria, casi olvidada. Avanzó Thamar, modestamente envuelta en su túnica azul y su velo blanco que le cu-

bría la cabeza, y Baltasar, aunque ya desesperaba, le preguntó:

—Mujer, dinos si has visto la Estrella.

Alzó ella la frente y contestó:

—Señor, no veo sino los astros que siempre he visto. Pero la primera noche de nuestro viaje mostraba a este hijo mío las estrellas del cielo y se las nombraba una a una, pues aunque sólo cuenta tres años muestra una inteligencia superior a su edad, y todo le interesa; de pronto me dijo: "¿Y aquella, madre mía?... ¿Cuál es el nombre de aquella gran estrella clara que marcha delante de nosotros y que parece la reina de todas las demás?..." Sus ojos estaban fijos en un lugar que me pareció negro y vacío, y sonreía de su ilusión. Mas, desde entonces, cada noche ha vuelto a hablarme de esa estrella, y cree verla, ancha, enorme, brillante, y como animada de una vida divina, moviéndose hacia el occidente del desierto.

Mientras Thamar hablaba, el niño se despertó.

—Madre,—dijo ingenuamente—¿ha vuelto la estrella esta noche?

Thamar lo levantó en sus brazos y él tendió la mano hacia el cielo:

—¡Oh!—exclamó—¡Allí sigue la gran estrella! Nos hace señas de que vayamos hacia ella, hacia allá, al extremo del cielo.

Gaspar, Melchor y Baltasar, al oir estas palabras, llenáronse de regocijo, y, con sus trajes de oro, sus mitras de oro y sus sandalias de oro, cayeron humildemente de rodillas ante el hijo de la esclava, y lo saludaron con el nombre de Señor. Luego, confundidos, exclamaron:

—¿Quién es puro y bueno ante tí, oh Dios desconocido que buscamos?

Una voz dulcísima contestó desde lo alto:

—¡La infancia!...

Se oyó un ruido de alas que se alejaba en la noche, y cuando Gaspar, Melchor y Baltasar levantaron la cabeza, volvieron a ver la estrella que había de guiarlos hacia Belén...

Porque al reconocer su falta y al inclinarse reverentes ante la inocencia, se habían hecho verdaderamente dignos de conocer al Niño Divino que se llamaba Jesús y que los esperaba en un establo...

(*Adaptación del francés, hecha especialmente para* PULGARCITO.)

Fot. Colominas y Cía.

Lydia Diaz
(de la Habana)

Diego Mario Gimenez.
(de la Habana)

Figuras Mundiales

VICTOR MANUEL, REY DE ITALIA

(DIBUJO DE MASSAGUER)

Una familia de cisnes.

NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES

EL CISNE

HE aquí, sin duda, uno de los *amigos* más bellos y más amados. Para él ha sido siempre el primer elogio, no bien lo divisamos en uno de esos jardines que parecen copiados de algún país donde las hadas descansan de su diaria labor de realizar encantamientos y ofrecer la felicidad. Blanco, con el cuello graciosamente curvado como un signo de interrogación, navega en los estanques suavemente, dulcemente, con cierto aire de ensueño, de vanidad y de estudiado desdén por cuanto le rodea. Cuando alguien se acerca, se detiene, clava en el visitante sus ojillos vivaces, lanza un graznido que parece un grito de esperanza o de aviso, y espera a que caiga de nuestras manos la me-

Cisnes emigrantes atravesando un lago.

rienda improvisada. Ante ella este sultán de los estanques y los lagos, descompone su severa actitud, nada velozmente, levantan sus alas alegremente agitadas un torbellino de espumas, y hundiendo su duro pico en el agua caza la miga de pan que esperaba. Este pico, que es su arma en todos sentidos, tiene en la punta una especie de uña plana con la cual descubre a veces en las orillas donde reside mil sabrosas golosinas.

Pensad también que tiene, además, en los bordes de sus mandíbulas unas laminitas muy duras que le sirven para que no se le escapen los animalillos acuáticos, y ya tendréis un perfecto conocimiento de ese pico enorme y chato ante el cual más de una vez ha sentido miedo alguno de tus amiguitos...

Pertenece a la misma familia de los gansos y los patos; y como ellos tiene unas patas cortas, estando unidos sus dedos por unas membranas las cuales dan la impresión de que llevan puestos uno de esos zapatos enormes que llevan los payasos, algunas veces, en el circo o en el cine. Este es, hasta aquí, el cisne que casi todo el mundo conoce: el cisne domesticado, amable, que sigue al hombre, si el hombre quiere, como un perro. Pero lo más interesante, es el cisne sin domesticar, el cisne que pudiéramos llamar salvaje. Así, libremente, es como mejor puede estudiarse a este animal de blanco plumaje que tiene en Australia unos parientes originales que empiezan por tener negras las plumas...

Viajero como la cigüeña y la golondrina, viviendo en bandadas y amando a su cría como la aman casi todos los animales, lu-

cha por la vida, trabaja en su diario sustento; y cuando llega el invierno emigra con todos sus hijos, parientes y amigos, en busca de un poco de sol. Atraviesa entonces toda europa, sale de Noruega, de Inglaterra, de Alemania, de Francia y se establece en el centro de Africa. Viaje portentoso, que cubre el cielo de grandes penachos blancos, y que finge una lluvia de copos de nieve en las asoleadas regiones del Sudán y otros lugares pintorescos.

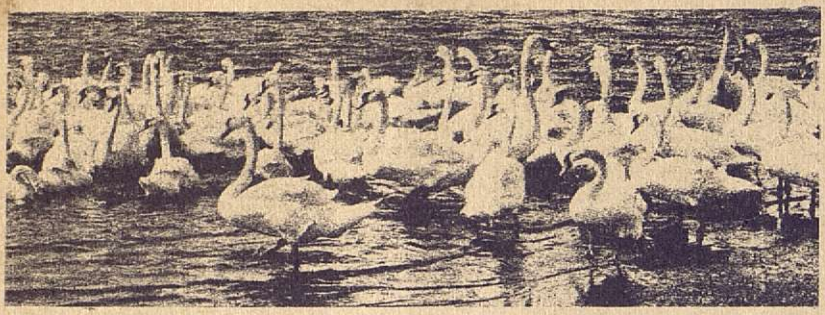
Durante este largo trayecto, ha cruzado por varios lugares donde sabrosamente viven y descansan otros de su misma familia: jardines señoriales, lagos bellísimos y sobre todo, esos grandes terrenos que los ingleses llaman *swannery*, y que no son otra cosa que grandes criaderos de cisnes que han olvidado su vida de viajes y aventuras.

El ha visto desde lo alto grandes manchas blancas que se agitan. Ha bajado un poco en su vuelo; y se ha asombrado y hasta se ha entusiasmado, porque es frecuente verlo descender aun más, y más, hasta caer allí para instalarse definitivamente, crear una familia y... vivir, hasta que el hombre lo trasplante a cualquier residencia elegante.

¿Quién sabe? Porque puede ser muy bien que este cisne, que hoy desea la vida sedentaria de la *swannery*, forme parte del grupo de inconformes que al año siguiente, o mucho más tarde, levante el vuelo y abandone cuanto allí le ha encantado, para seguir a una de las bandadas que regresan en el verano a sus habituales residencias de invierno...

En Inglaterra los cisnes gozan de ciertos privilegios. Antiguamente allí no se conocían los cisnes domesticados, sino los salvajes que a veces se estacionaban en las riberas del Támesis. Los normandos llevaron de Italia los primeros cisnes domesticados, los cuales se multiplicaron rápidamente. Los propietarios discutían, se peleaban, y como eran tantos los cisnes y todos eran iguales, ninguno podía conocer cuáles eran los suyos. Fué entonces—y de ésto

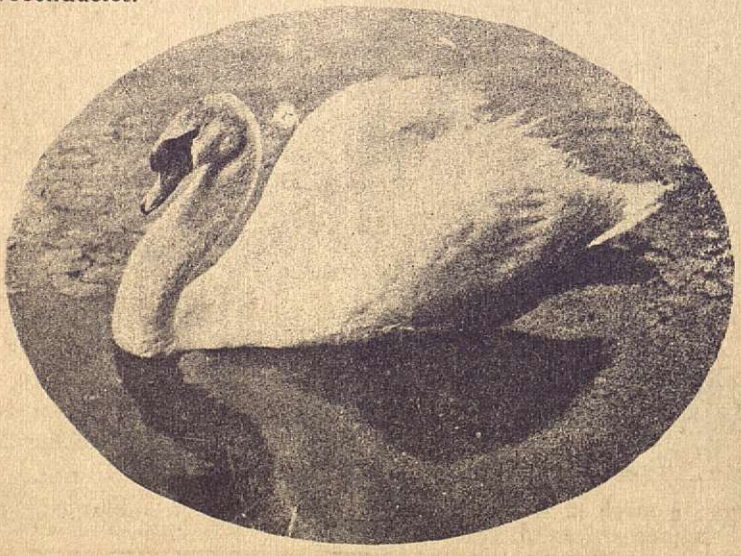
Enseñando a nadar a los hijitos.



Cisnes descansando en la célebre "swannery" de Abbotsbury, cerca de Weymouth, Inglaterra.

ya hace muchos años— cuando el rey, para terminar tantos disgustos entre sus súbditos, dictó un decreto mediante el cual todos los cisnes que ya había en ese río, y cuantos pudiera haber después en cualquier momento, se consideraban *caídos del cielo;* y como ya existía una ley en el reino que decía que todo lo que producía el mar y caía del cielo pertenecía a la corona, todos los cisnes del Támesis pasaron a poder del rey.

Desde entonces el decreto se hizo ley; y he aquí cómo esos cisnes, que han seguido multiplicándose de una manera asombrosa, gozan de especiales privilegios, no pudiendo nadie cazarlos, y presentándose todos los años en los primeros días del otoño, varios empleados del reino que colocan a cuantos cisnes jóvenes allí encuentran, el escudo real que es para estos animales, el mejor de los salvoconductos.



ROSSINI,

Célebre compositor italiano, autor de la ópera "El Barbero de Sevilla".

LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES

ROSSINI

EL año pasado PULGARCITO habló a sus lectores de los niños que habían desempeñado un papel importante en la historia. En el año que ahora comienza, va a observar uno de los aspectos más interesantes de la vida de los hombres que han conquistado la gloria o la celebridad por algún motivo: la niñez. Todo el mundo os habrá hablado de ellos

mirándolos a través de su fama. Conocéis sus éxitos, sus triunfos. Pero... ¿sabéis acaso el esfuerzo, el tesoro de abnegación o de voluntad que ello representa? Conviene que veáis todo lo que eso vale, para pensar después que casi siempre el niño, y luego el hombre, tienen en las manos su porvenir, y que como cualquiera de ellos, cualquiera de nuestros lectores puede llegar a realizar, según su vocación y su deseo, algo igual o parecido a lo que ellos realizaron...

¿No habéis oído hablar de una ópera que se llama *El Barbero de Sevilla?* ¿Sí? ¿Dices, lectorcito inteligente que en la victrola de tu casa hay varios discos de ella? Pues bien: su autor es un gran músico italiano, que ya murió, y que se llamaba Joaquín Rossini. Fué de los compositores más afortunados de su tiempo, y tuvo una niñez bastante agitada. Había nacido en Pesaro, pequeña ciudad situada en el golfo de Venecia, el 20 de febrero de 1792. Su padre, llamado como él, desempeñaba el cargo de inspector de carnicerías, y cuando había alguna ceremonia en la ciudad, iba delante de los que componían el Ayuntamiento, tocando la corneta. Su madre, llamada Ana Guadarini, era una mujer muy hermosa, y cantaba admirablemente. El padre de Rossini tenía, según dicen, un carácter alegre y expansivo; ésto le hizo un día entrar en la cárcel, a consecuencia de unos comentarios políticos. La madre, viéndose sola, cogió a su hijo y se fué con él a Bolonia donde había sido contratada para cantar en un teatro. El pequeño Rossini comenzó entonces a trabajar y a sufrir. En Bolonia entró como dependiente en una tienda, donde, por cierto, recibió las primeras lecciones de música. Y... ¿a que no saben ustedes cuál fué su primer maestro? Pues, un comerciante en vinos. Este comerciante, apellidado Primetti, lo enseñó a tocar el piano de una manera tan especial y torturadora, que el futuro compositor lo odió intensamente. Entre los diversos ejercicios que el comerciante profesor exigía al pequeño Rossini, figuraba el obligarlo a hacer escalas con sólo dos dedos. Tanto hostigó a Rossini, que un día éste se negó rotundamente a ejecutar las lecciones. El comerciante le escribió entonces a la pobre madre que se tenía que ganar la vida cantando, que su hijo era incorregible, y que no le daría más lecciones.

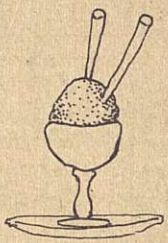
En esos días salió de la cárcel el padre de Rossini, el cual enterado de su rebeldía, resolvió castigarlo... bárbaramente; y al efecto lo hizo entrar de aprendiz en una herrería. Y ahí tenéis al que andando los años iba a ser un hombre célebre, tirando del fuelle de la herrería y ejecutando multitud de trabajos rudos. El pequeño Rossini sufría entristecido esta incomprensión de cuantos le rodeaban, hasta que un día, para librarse de la herrería, pro-

metió enmendarse. Su padre, muy satisfecho, lo llevó a casa de un profesor de canto llamado Angelo Tesei, que se entusiasmó con la voz del músico futuro, declarando que llegaría a ser un magnífico tenor. A los once años cantaba en las iglesias, donde era muy solicitado. El padre estaba orgullosísimo de su hijo; y como veía que éste tenía muy buena figura, resolvió, y la madre lo aprobó, satisfecha, hacer de Rossini un tenor.

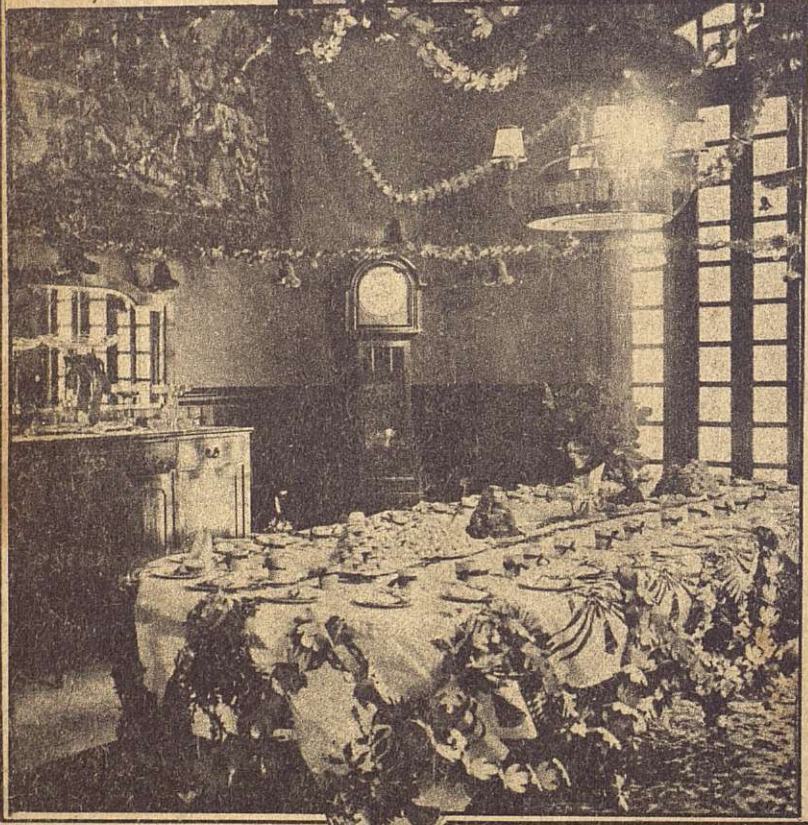
En efecto: poco tiempo después debutó en un teatro de Bolonia, donde tuvo bastante éxito. Perc Rossini, que conocía el violín y le gustaba ensayar todos los instrumentos, sentía que aquella no era su verdadera vocación. No tenía todavía catorce años, y se aplicó tanto, y estudió con tanto entusiasmo la música, que cuando cumplió los quince años, eran tales su vocación y conocimientos, que compuso su primera obra musical. De ahí... partió a la conquista de la fama. Poco tiempo después fué nombrado director de una academia de canto; y en los ratos de conversación con sus amigos contaba algo de estos accidentes de su vida. Amaba y codiciaba. Había dejado de ser niño

HOMBRE PREVENIDO

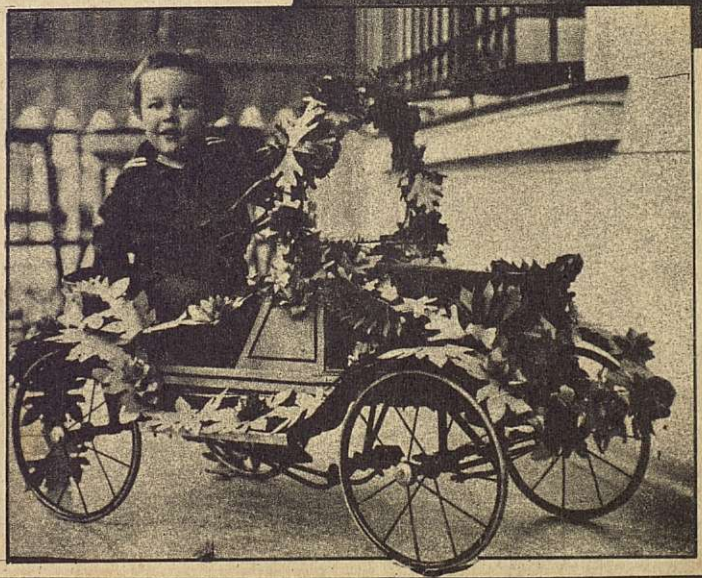
—¿Está el señorito?
—Sí está, pero no visible.
—¡Ah, ya! Pero hoy me traigo un telescopio.

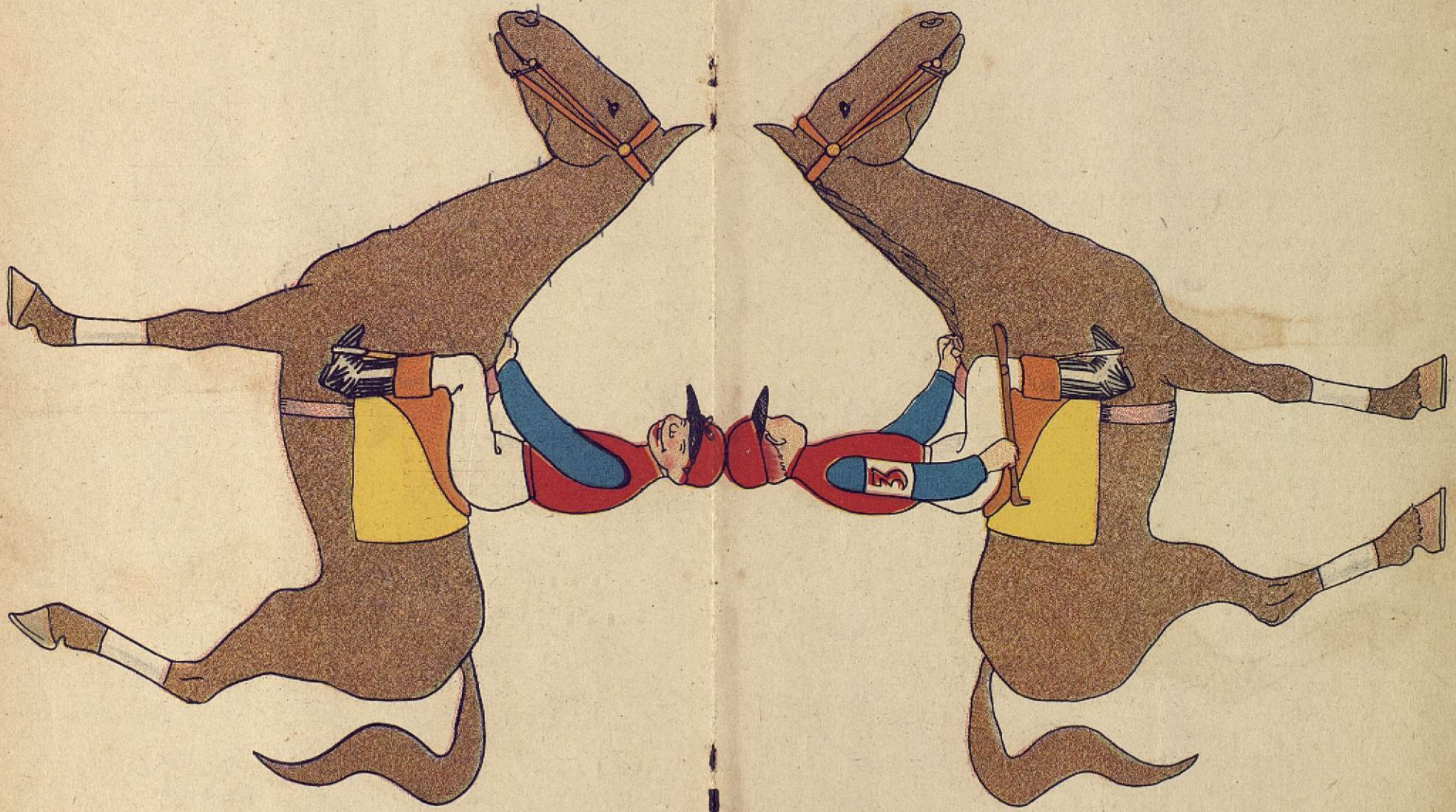


EN HONOR DE SANTA CLAUS



Miguelín Pons y Marimón.—Este diminuto lector de PULGARCITO reunió el 8 de este mes en la bella casa de sus padres a numeroso grupo de amiguitos. Hubo de todo: dulces, flores, helados, juguetes, y la visita del bondadoso viejo San Nicolás, que llegó en automóvil. Se rifó un automóvil que le tocó al niño Luis Rodríguez Molina y Deschapelles, gran caricaturista del futuro.





EL CABALLO DE CARRERA

(Recórtese y péguese ambos lados del caballo, con excepción de las patas, que deben doblarse ligeramente para fuera. Con ésto se consigue parar la figura).

LOS CLASICOS DE LA INFANCIA

PERRAULT

¿HABEIS oído hablar de los clásicos? Sí; es casi seguro que entre los libros de papá o de los hermanos mayores, hay unos cuantos de los cuales habréis oído decir que son autores clásicos. Nada significan, hoy por hoy, para tí; pero ya los buscarás mañana cuando comiences a comprender, mejor que ahora todavía, lo necesario y lo útil que es en la vida ser bueno y tener, en todos sentidos, una buena educación. Ellos—los clásicos—son los que han realizado una labor tal dentro de su época, que pueden ser tenidos como modelos dignos de ser imitados o, por lo menos, estudiados. Pero no son sólo clásicos esos libros que has visto en tu casa y que aman los mayores. Tú también tienes tus clásicos: escritores que han compuesto esa sucesión de cuentos encantadores, llenos mil momentos maravillosos como la lámpara de Aladino. De ellos, de tus clásicos, va a hablarte este año PULGARCITO, para que conociéndolos, ames aun más sus bellísimas narraciones, repletas casi siempre de grandes enseñanzas...

Empezaremos por Perrault. ¿Quién de vosotros no ha llorado con *Cenicienta* o con *Caperucita?* ¿Quién no ha leído y releído las célebres aventuras de *El gato con botas*, de *Piel de asno* y del estupendo *Pulgarcito?* Más de una vez habréis buscado con ansiedad estos cuentos de Perrault. Este ha sido, es y será, el escritor más amado de los niños. Hablemos de él, por lo tanto...

Perrault nació en París el 12 de enero de 1628. Su padre, que se llamaba Pedro, era abogado, y tuvo cuatro hijos varones. Uno de ellos—Claudio—fué un gran arquitecto. De los otros, Carlos es el que a ustedes les interesa, porque fué el autor de los cuentos.

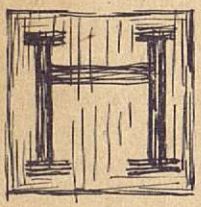
Cuando él vivió reinaba en Francia un rey que se distinguió por lo mucho que protegió las artes y las letras: Luis XIV. Hombre estudioso, se hizo abogado. Colbert, el célebre ministro de Hacienda de Luis XIV, lo nombró su secretario; y colaboró con entusiasmo en los elevados propósitos del rey. Sus primeros cuentos se publicaron en 1691, habiéndolos escrito en verso, bajo el título de *Griselda*. Pero Perrault no era un gran poeta; y lo más notable de su labor fueron esos cuentos en prosa que todos ustedes conocen. Casi todos esos cuentos se publicaron en un volumen, en 1697. Y después de haber dado a la imprenta sus *Memorias* y un libro sobre los hom-

Manumento a Perrault, ejecutado por Gabriel Puech, y que ha sido colocado en los jardines de las Tullerías (París); diariamente los niños juegan y saltan en torno de la estatua de su autor favorito.

bres más ilustres de su siglo, murió, también en París, el 16 de mayo de 1703. Sus cuentos son tan encantadores, y comprenden tan bien el alma de los niños, que algunos autores opinan, y tratan de demostrarlo, que el verdadero autor de dichos cuentos fué un hijo de Perrault, llamado Perrault d'Arma-Court, que publicó mucho más tarde un libro de cuentos parecidos, titulado *Cuentos de Hadas*.

LA CENICIENTA

Por PERRAULT



HABIA una vez un caballero que se casó en segundas nupcias con una mujer lo más altiva y orgullosa que se ha visto. Esta mujer tenía dos hijas que se le parecían muchísimo; y el caballero tenía, a su vez, una niña, que era dulce y bondadosa como ninguna: condiciones de carácter que había heredado de su madre, que había sido una mujer buenísima.

No bien se efectuó la boda, la madrastra dió salida a su mal humor, no pudiendo soportar las excelentes cualidades de aquella niña. La encomendó las tareas más duras de la casa: ella era la que fregaba los platos y la escalera; y la que limpiaba los cuartos de la madrastra y sus hijas. Dormía en el piso más alto de la casa, en un granero y sobre un malísimo jergón, mientras las hermanas lo hacían en habitaciones admirablemente arregladas, con camas lujosas, y espejos en los que podían verse de pies a cabeza. La pobre niña todo lo sufría con paciencia, y no se atrevía a quejarse a su padre, que la hubiese regañado, porque la mujer lo dominaba por completo. Cuando terminaba sus quehaceres se sentaba en la cocina, entre la ceniza, por lo que en su casa la decían comunmente la Puerca cenicienta. La menor de sus nuevas hermanas, que no era tan mala como la mayor, la llamaba sólo Cenicienta. Sin embargo, Cenicienta, con sus pobres vestidos, era cien veces más lindas que sus hermanas.

Un día sucedió que el hijo del rey dió un baile al cual convidaron a todas las personas conocidas. Nuestras dos señoritas fueron invitadas, porque figuraban mucho en aquel país. Ya las tenemos satisfechísimas y muy atareadas eligiendo los trajes y los peinados que más les favoreciesen. Esto suponía un nuevo trabajo para Cenicienta, que era la que almidonaba y planchaba la ropa de sus hermanas. No hablaban más que de cómo se vestirían.

—Yo—dijo la mayor—me pondré mi vestido de terciopelo rojo y mis encajes de Inglaterra.

—Yo—añadió la menor—llevaré la falda de diario, pero en cambio me pondré mi capa recamada de oro y mi collar de brillantes, que no es de los que menos valen.

Llamaron a Cenicienta para pedirla consejo, porque tenía buen

gusto. Cenicienta les aconsejó muy bien, y hasta les ofreció peinarlas, a lo que ellas accedieron gustosas.

Mientras las peinaba, decíanle sus hermanas:

—Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—¡Ay!... Ustedes se están burlando de mí; a mí no me pega eso.

—Tienes razón; poco que se reirían si viesen a Cenicienta ir al baile.

Otra que no hubiese sido Cenicienta las peinaría de cualquier modo; pero ella era tan buena que las peinó divinamente. Las dos hermanas estaban fuera de sí, de alegría, pensando en el baile, y no se separaban del espejo.

Al fin llegó el día feliz; se marcharon y Cenicienta las siguió con la vista mientras pudo. Cuando dejó de verlas se echó a llorar. Su madrina, que la vió deshecha en llanto, le preguntó qué tenía.

—Quisiera... quisiera...

Lloraba tanto que no pudo acabar.

Su madrina, que era hada, le dijo:

—Quisieras ir al baile, ¿no es verdad?

¡Ay!... sí—contestó Cenicienta suspirando.

—Bien, ¿serás buena?—dijo la madrina;—si lo eres, haré que vayas.

Cenicienta prometió obedecer, y entonces su madrina le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fué corriendo a coger la más hermosa que pudo encontar y se la llevó a su madrina, sin que le fuese posible adivinar cómo aquella calabaza podría hacerla ir al baile. Su madrina la vació; y cuando sólo quedó la cáscara, la tocó con su varita de virtudes, y la calabaza se transformó inmediatamente en un magnífico carruaje dorado.

Como no supiera de qué hacer un cochero, dijo Cenicienta:

—Voy a ver si hay alguna rata en la ratonera; la convertiremos en cochero.

—Tienes razón—contestó su madrina;—ve a ver.

Cenicienta le llevó la ratonera, en donde había tres hermosas ratas. El hada eligió una de ellas porque tenía unas cerdas de padre y muy señor mío; y lo mismo fué tocarla que convertirla en un cochero con el bigote más hermoso que verse puede.

Luego le dijo:

—Ve al jardín: allí encontrarás seis lagartos detrás de la regadera. Tráemelos.

No bien los hubo llevado, cuando su madrina los trocó en seis lacayos con sus libreas galonadas, los cuales se enramaron inmedia-

tamente a la trasera del coche, y que permanecían aferrados a ella, como si en su vida hubiesen hecho otra cosa.

El hada le dijo entonces a Cenicienta:

—Bueno; ya tienes con qué ir al baile... ¿no estás satisfecha?

—Sí;—pero... ¿cómo voy a presentarme allí con este traje tan feo?

Su madrina entonces la tocó con su varita de virtudes, y en el mismo instante su vestido se convirtió en un vestido de oro y plata cubierto de pedrería; después le dió un par de zapatitos de raso, lo más lindos del mundo. Así vestida se metió en el coche; pero su madrina la encargó mucho que regresase antes de las doce de la noche, advirtiéndole que si se quedaba más tiempo en el baile, su carruaje se transformaría nuevamente en calabaza, sus caballos en ratones y sus lacayos en lagartos, recobrando también su traje la forma primitiva.

Cenicienta prometió a su madrina que no dejaría de salir del baile antes de las doce, y se marchó tan contenta. El hijo del rey, a quien avisaron que acababa de llegar una princesa a quien nadie conocía, corrió a recibirla. Le dió la mano en el momento en que se apeaba del carruaje y se la llevó a la sala en donde estaban los invitados.

Hízose entonces un gran silencio, se interrumpió el baile y los violines dejaron de tocar, tanta era la atención con que contemplaban la soberana belleza de aquella princesa desconocida. Sólo se oía un rumor confuso:

—¡Ah!... ¡Qué hermosa es!—decían todos.

El mismo rey, que era muy viejo, no cesaba de mirarla y de decir en voz baja a la reina, que encontraba muy linda a la princesa. El hijo del rey sacó a bailar a la Cenicienta; y ésta bailó con tanta gracia, que la admiraron más aun. Sirvieron una cena suculenta, que el príncipe no la probó, tan ocupado estaba en mirar a Cenicienta. Esta fué a sentarse junto a sus hermanas y tuvo mil atenciones con ellas: les ofreció las naranjas y los limones que el príncipe le diera, lo que las llenó de asombro porque no la conocían.

Cuando conversaba de esta suerte, oyó Cenicienta dar las once y tres cuartos; hizo inmediatamente una gran reverencia a todos los presentes y se marchó lo más de prisa que pudo. En cuanto llegó fué en busca de su madrina, y después de darle las gracias, le dijo que deseaba ir también al baile la noche siguiente porque el hijo del rey le había suplicado que fuese. Hallábase entretenida en contar a su madrina todo lo ocurrido en el baile, cuando llamaron a la puerta sus dos hermanas. Cenicienta corrió a abrir.

—¡Cuánto habéis tardado!—les dijo bostezando, restregándose

los ojos y desperezándose como si acabara de despertarse; sin embargo, no había sentido ganas de dormir, desde que se separaron.

—Si hubieras venido al baile,—le dijo una de las hermanas—no te hubieses aburrido; ha estado en él una princesa lindísima, la princesa más linda que puede verse, nos ha obsequiado mucho, y nos ha dado naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de gozo. Les preguntó el nombre de aquella princesa, pero sus hermanas le respondieron que no la conocía nadie, que el hijo del rey estaba muy aflijido por eso, y que daría cuanto poseía por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

—¿De modo que era muy hermosa? ¡Dios mío! ¡qué suerte tenéis! ¿No podría yo verla? ¡Ay!... Juanita: préstame el vestido que te pones todos los días!

—¡En eso estaba pensando!—contestó Juanita.—¡Prestar mi vestido a una Cenicienta como tú!... ¡estaría loca!

La Cenicienta esperaba esta negativa, y se alegró de ella, porque se hubiese visto en un apuro, de haber accedido su hermana a prestarle el traje.

Al día siguiente fueron las dos hermanas al baile, y Cenicienta también, pero aun más elegante que la primera vez. El hijo del rey estuvo todo el tiempo a su lado, y no dejó de hablarle un sólo momento.

La Cenicienta no se aburría, y se olvidó de lo que su madrina le encargara, de suerte que oyó dar la primera campanada de las doce cuando creía que aun eran las once; levantóse y escapó con la rapidez de un ciervo. El príncipe la siguió, pero no pudo al-

canzarla. La niña perdió uno de sus zapatos de raso, que el príncipe recogió cuidadosamente. Cenicienta llegó a su casa sofocadísima, sin coche, sin lacayos, y con un raído traje, conservando tan sólo de su magnificencia uno de los zapatitos, el compañero del que perdiera. Preguntaron a los centinelas de la puerta del palacio, si habían visto salir a una princesa: ellos contestaron que sólo habían visto a una muchacha muy mal vestida y que más bien tenía trazas de aldeana que de señorita.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido mucho y si había estado aquella dama tan hermosa; le respondieron que sí, pero que se marchó en cuanto dieron las doce, y con tal prisa que perdió uno de sus zapatos de raso, el zapato más lindo del mundo, que el hijo del rey lo recogió, que no había hecho más que mirarla durante el rato del baile, y que seguramente estaba muy enamorado de la hermosa a quien pertenecía el zapato. Decían verdad; porque a los pocos días el hijo del rey hizo publicar a son de trompeta, que se casaría con aquella a quien le estuviera bien el zapato. Comenzaron por probárselo a las princesas, luego a las duquesas y a todas las damas de la corte; pero todo fué inútil. Le llevaron, entonces, a casa de las dos hermanas, que hicieron todo lo posible porque su pie entrase en el zapato, pero sin poderlo conseguir. Cenicienta que las miraba y que reconoció su zapatito, dijo riendo:

—¡Voy a ver si me está bien!

Sus hermanas empezaron a reir y burlarse de ella. El caballero que iba probando el zapato, miró atentamente a Cenicienta, y como la encontrase muy hermosa, dijo que era muy justo, y que tenía orden de probar el zapato a todas las muchachas. Hizo sentar a Cenicienta, y al acercar el zapato a su piecesito, vió que le entraba sin trabajo y que se ajustaba a él como un guante. Grande fué el asombro de las dos hermanas, pero subió de punto cuando Cenicienta sacó del bolsillo el otro zapato y se lo puso. Inmediatamente llegó la madrina, quien tocando con su varita de virtudes el vestido de Cenicienta, le convirtió en otro más suntuoso aun que los anteriores. Y entonces sus dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa dama a quien vieron en el baile, y se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por los malos tratos de que la hicieron objeto. Cenicienta las levantó y les dijo, abrazándolas, que las perdonaba de todo corazón y que las rogaba las quisieran siempre mucho. Tal como estaba vestida la llevaron a casa del príncipe. Este la encontró más hermosa que nunca; y a los pocos días se casó con ella. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, se llevó al palacio a sus dos hermanas y las casó con dos caballeros de la corte.

EL NIÑO MODORRO

(Para colorear)

EL NIÑO MODORRO

NUESTRO CONCURSO DE PASATIEMPOS

Desde ahora en adelante las charadas, acertijos y jeroglíficos que llenan nuestra página de "Pasatiempos", no serán sólo para los lectores de PULGARCITO el motivo para media hora de agradable entretenimiento; deseosos de que por todos los medios —incluyendo los más divertidos—cultiven nuestros amiguitos las útiles cualidades de inteligencia, observación y perseverancia, instituímos para ellos un Concurso Permanente de Pasatiempos.

Los que quieran tomar parte en este concurso enviarán las soluciones de todos o de alguno de los pasatiempos que aparezcan en cada número de PULGARCITO dentro de los quince días siguientes a la publicación de ese número, y a la siguiente dirección:

PULGARCITO

Concurso de Pasatiempos.

Instituto de Artes Gráficas.

Cerro 528, Habana.

con el nombre y la dirección del remitente.

Publicaremos los nombres de todos los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número de ellas nos haya mandado, un bonito premio, libro o juguete.

Conque... ¡a buscar la página de pasatiempos!

RESULTADO DEL CONCURSO DE PINTURA DE DICIEMBRE

Primer premio: Rosario Díaz Rionda, Luis Estévez número 1, Víbora.

Segundo premio: Josefina Faz y Ramos, Central "Washington", Hatuey.

Merecen mención: Catalina Vinent, calle 2 entre 25 y 27, Vedado. Panchito Moreno Pla, Crespo 10. Angel Alcalde, San Ignacio 24, Habana.

Los premiados podrán pasar por la administración de PULGARCITO para que les sean entregados los premios, correspondiendo al primero un teatrito o tomo de cuentos de la Casa Wilson, Obispo 52. Al segundo premio le corresponde una suscripción por un año a PULGARCITO.

MODAS

TRAJES Y ABRIGOS PARA LOS PEQUEÑINES

Hoy hemos pensado sobre todo, al imaginar a los lectores de PULGARCITO en aquellos chiquitines encantadores, que cuentan de dos a seis años y para quienes nuestra página más interesante es sin duda aquella en que brillan más diversos y deslumbrantes colores.

Para ellos han sido especialmente creados estos dos abrigos muy graciosos, uno de grueso paño verde adornado de piel en el cuello y en los puños, y el otro de roja duvetine con bordados en varios colores. Y también tres simpáticos trajes, uno de sarga azul y líneas muy graciosamente severas; el segundo, de velo de lana rosa, con bordados de lana y un original cordón en la cintura; y el tercero, más lujoso, de "crépe de Chine" azul con florecillas bordadas.

PASATIEMPOS

No. 1.

Jeroglífico comprimido

leer
leer
leer

No. 2.

Metatesis

1 2 3 4 5 En geometría.
4 1 4 3 5 Nombre de mujer.

No. 3.

Diálogo enigmático

—¿A dónde vas, Ricardo?
—A ver a un hermano que está enfermo.
—¿Quién es?
—Uno de los que tiene de huésped Rosa.
—¿Es acaso Jaime?
—No; te lo acabo de nombrar.

No. 4.

Charadístico

. . . . .
3a. 2a.
Señoras y señoritas
1a. 2a.
Todo: ciudad.

Estos pasatiempos serán motivo de un interesante concurso entre los lectores de PULGARCITO, como se ve en otro lugar de este número.

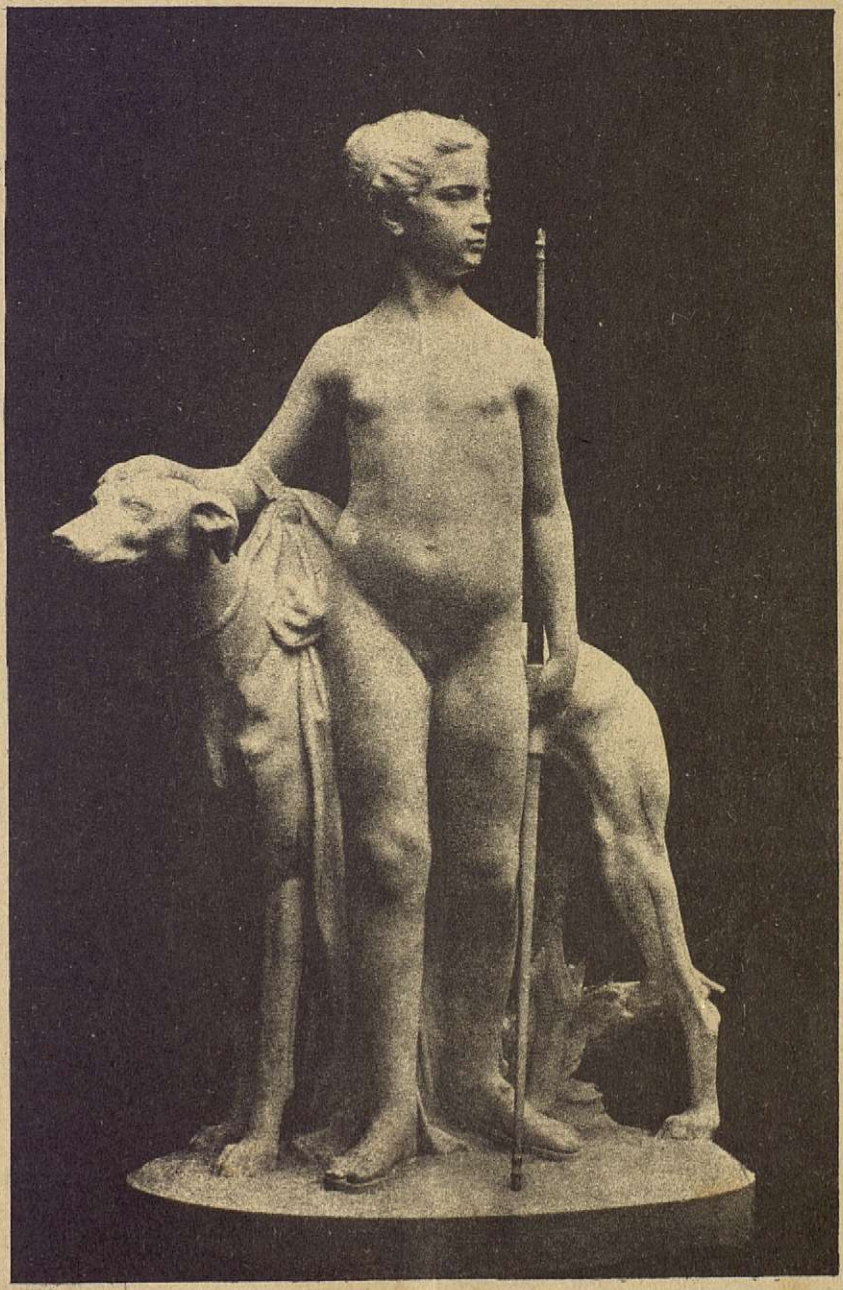
Soluciones a los pasatiempos del número de diciembre de 1919:

No. 34: No hay regla sin excepción.

No. 35: Turquía, Rusia, India, Noruega, Inglaterra, Dinamarca, Alemania y Danubio. Verticalmente: Trinidad.

No. 36: 120 20 160
140 100 60
40 180 80

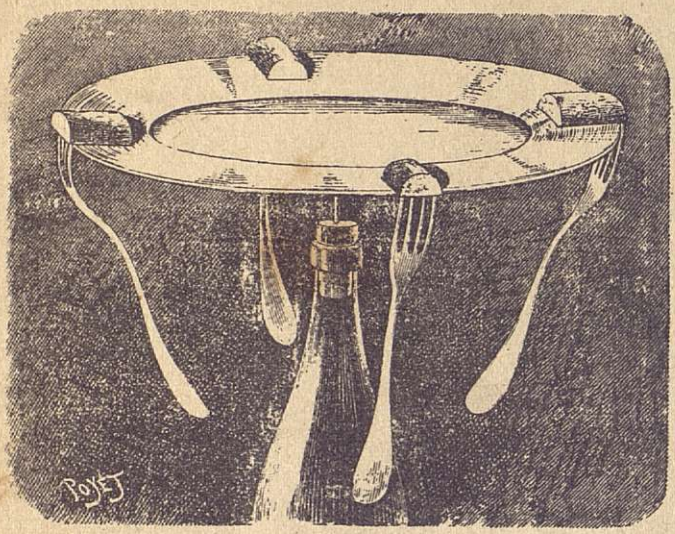
EL ARTE DE LA ESCULTURA



Diana Niña

Por Jean Bernard Descomps.

FÍSICA RECREATIVA



EL PLATO EN EQUILIBRIO SOBRE UNA AGUJA

El lector habrá visto muchas veces en los circos y teatros que los equilibristas hacen girar velozmente sobre la punta de un bastón o de una varilla platos u otros objetos circulares, y como la mayor parte de éstos son de madera o de metal, su equilibrio, debido sólo a la fuerza centrífuga, cesa en cuanto el movimiento de rotación no es bastante para contrarrestar el efecto de la gravedad; pero aquí encontrará el físico doméstico la manera de hacer que un plato se tenga en equilibrio estable sobre la punta de una aguja, y de que pueda moverse también alrededor de ella.

Córtense dos tapones de corcho de arriba abajo por su mitad, y en las extremidades planas de los cuatro pedazos así obtenidos, hínquense cuatro tenedores, de manera que éstos formen con cada corcho respectivo un ángulo poco menor que el recto. Colóquense los cuatro tapones así lastrados alrededor del plato y en los extremos de los diámetros perpendiculares, teniendo cuidado de que los dientes de los tenedores se apoyen en los bordes del plato o platillo, con lo cual se evita el movimiento o balanceo de ellos.

Dispuesto así el conjunto, se clava una aguja larga que atraviese otro tapón de corcho de abajo arriba, con el cual se cierra una botella; y colocando el plato sobre la punta saliente de la aguja, con mucho cuidado, para que no haya movimiento de trepidación, no sólo se tendrá en equilibrio el plato, sino que girará durante mucho tiempo, porque en el punto de contacto apenas hay rozamiento.

HISTORIETA MUDA

La suerte inesperada del perro sabio, por *A. Huertas*.

LOS TRONCOS Y EL BEJUCO

POR AURÉLIA CASTILLO DE GONZALEZ

Oid lo que unos ancianos
en Cuba me refirieron;
si ellos acaso mintieron,
yo aquí *me lavo las manos.*
"Un bosque recién cortado
jinete apuesto cruzaba,
y los troncos evitaba
con gran destreza y cuidado.
No era empresa muy sencilla
salir del paso triunfante,
que no hay tierra más pujante
que la tierra de esta Antilla.
Y era tal el laberinto
de troncos en la llanura,
que retaban la cordura,
la paciencia y el instinto.
Como diestro navegante
que, pasado un tiempo duro,
entra en el puerto seguro
con la mirada radiante;
el jinete con aplomo
iba el bosque a traspasar
cuando en los troncos fué á dar
sin saber por qué ni cómo.
Algo después pudo ver,
entre avergonzado y fiero,
que un bejuquillo rastrero
fué lo que lo hizo caer".
Terminada la conseja,
de mis viejos el más viejo,
me dió este sabio consejo
a guisa de moraleja:
"*Tu conciencia apartarás*
de las pequeñas caídas:
si de lo poco te olvidas,
a lo mucho llegarás".

LOS NIÑOS EN EL ARTE

UNA JOVENCITA, por Greuze.

En el siglo XVIII vivió en Francia un pintor llamado Juan Bautista Greuze, quien, a pesar de no ser un artista genial ni con mucho, alcanzó gran fama en su patria, por lo bien que sabía reproducir en sus cuadros las dulces, plácidas o conmovedoras escenas del hogar doméstico, las tiernas madres, los padres severos o cariñosos, los hijos amantes y obedientes. Greuze, que nació en 1725 y murió en 1805, al comenzar el siglo XIX, se distinguió también por sus encantadores retratos de niños y muchachas, y él pintó, entre otras muchas, esta deliciosa "Jovencita" que nos mira con tanto candor en su dulce mirada.

CUADRITO

UN SECRETO IMPORTANTE, por Wimsch.

Los Uniformes

OFICIAL DEL EJERCITO BELGA

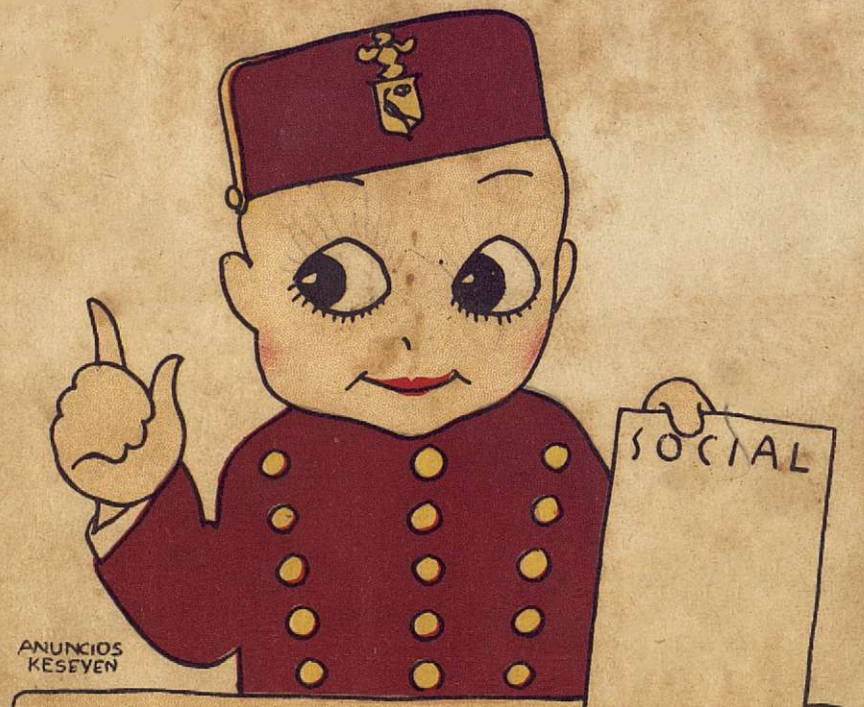
Blez

RETRATOS ARTÍSTICOS PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.



NO TE OLVIDES
RECUERDA A
TU PAPA LA
SUSCRIPCION A
SOCIAL

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528.—Tel. I-1119.—Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 10 - OCTUBRE 1920 - 25 CTS.

JUGAREMOS AL...

DIABOLO

Florient
Flowers of the Orient
SEGURA

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$ 4.00 AL AÑO 40 CTS EL NUMERO

CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos
de la América Latina.

CINES, DEPORTES,
TEATROS

Director Gerente:
OSCAR H. MASSAGUER
Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.
el Número

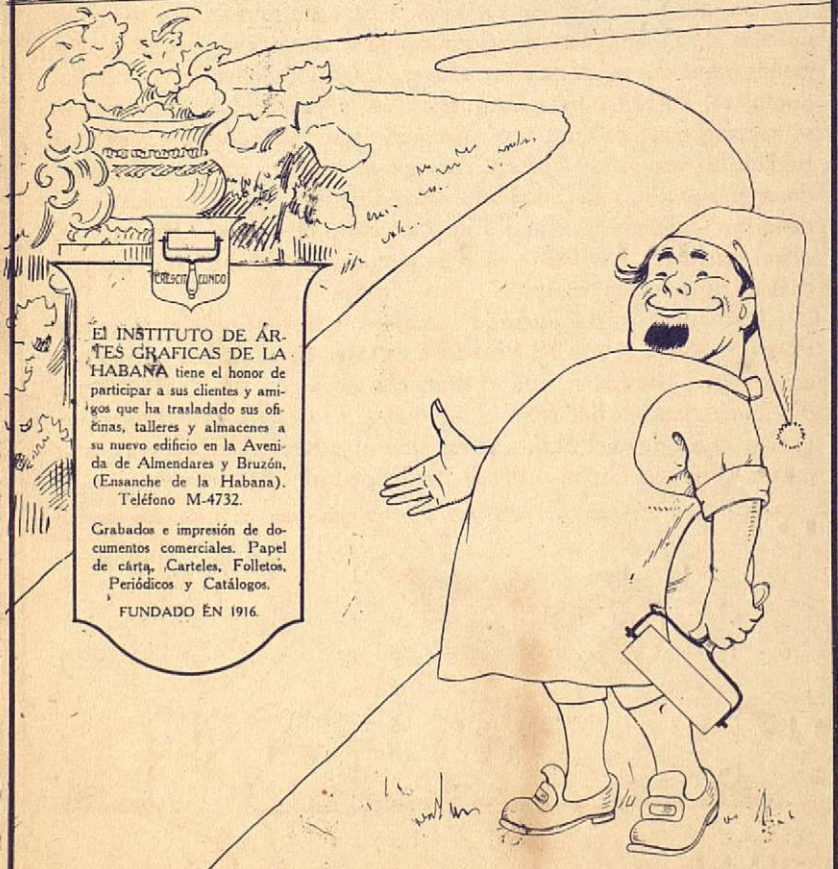
Graciella Loret de Mola y Betancourt

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

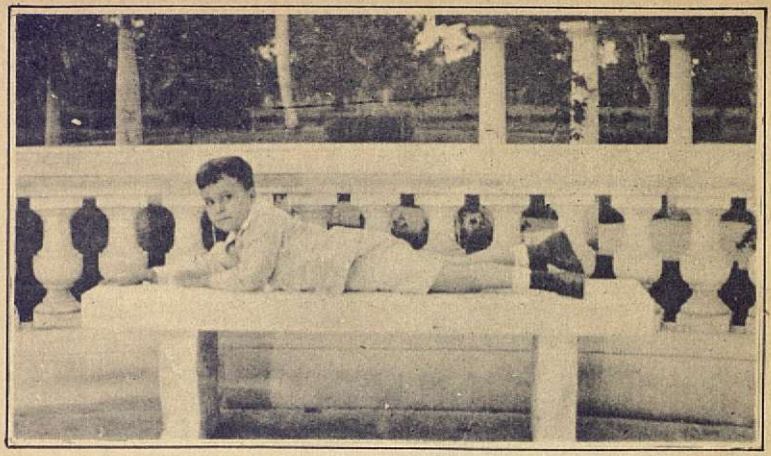
RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION



El INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón, (Ensanche de la Habana). Teléfono M-4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de cárta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.



Pepito Pimentel y Menendez

EL DIABOLO

ESTE juego tan simpático tiene también un origen muy antiguo. Parece que fué inventado por los chinos, los cuales, dicho sea de paso, son muy inteligentes y habilidosos. Los misioneros que visitaron a China se sintieron cautivados por un juego tan original, y lo llevaron a Europa, donde poco a poco fué adquiriendo popularidad. A fines del siglo XVIII comenzó a jugarse en Inglaterra. Pero donde alcanzó mayor boga fué en Francia allá por el año de 1812; posteriormente un ingeniero francés llamado Gustavo Phillipart, descubrió algunos instrumentos antiguamente usados, y los adoptó inmediatamente, inventando entonces el carretel con que ahora se juega y con el cual sustituyó la forma de pelota con que se había venido jugando desde que fué popular en Europa. El fué también quien le puso el nombre de *diábolo*, haciendo olvidar por completo el de *diablo* que antiguamente se le daba.

Hoy el diábolo es un juego muy usado por niños y niñas; en Cuba no se juega mucho, lo cual debemos lamentarlo porque es un juego muy entretenido y que tiene muchas dificultades encantadoras en las cuales está el secreto de su entretenimiento.

Margot R. Roman
(Habana)

Cucu A. Roman
(S. de Cuba)

Bebito Llano Garcia
(Guines.)

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL II. HABANA, OCTUBRE 1920. NUM. 10.

Bebé y el Señor Don Pomposo

Por JOSÉ MARTÍ

RE: 37770

BEBÉ es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los Hijos del Rey Eduardo, que el pícaro Glócester hizo matar en la torre de Londres para hacerse él Rey. A Bebé lo visten como al duquesito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le pone pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, oh no!: le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes; y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banqueta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde le viene la luz al sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos van fabricando la seda, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda, largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus mediecitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse con su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño: o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios envueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá, para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón, que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido. Bebé está pensando.

La verdad es que Bebé tiene mucho en que pensar porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oir; se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá; y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raul va con él a París a ver con él el hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guiñol, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raul va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raul con Bebé, el pobre Raul, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquesito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los dedos, en unos libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, a ver como los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después y pagar su casa; han ido a un hotel elegante, con criados de casaca azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado ,el tío de mamá, el señor Don Pomposo. Bebé está pensando en la visita del señor Don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué

pedrote tan feo como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que le hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor Don Pomposo le dió la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dió muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raul, al pobre Raul, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dió un beso. Raul estaba metido en un sillón con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó Don Pomposo del sofá colorado: "Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé: eto es para que quieras mucho a tu tío." Y le sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado—¡oh qué sable! ¡oh qué gran sable!—y le abrochó por la cintura el cinturón de charol!—oh qué cinturón tan lujoso!—y le dijo. "Anda, Bebé; mírate al espejo; ¡ese es un sable muy rico; eso no es más que para Bebé, para el niño." Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza adonde estaba Raul, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes, que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir:—¡oh, que sable tan feo, tan feo! ¡oh que tío tan malo!—En todo eso estaba pensando Bebé, Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se le mandarán a hacer. Y a Raul ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raul no tiene mamá que le compre vestidos de duquesito: Raul no tiene tios largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco. Raul está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raul, y le pone el sable dorado en la almohada.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

(Para colorear)

LA CAIDA DE LAS HOJAS

(PARA COLOREAR)

Skirirng y Benitez

Ⓕ Arthur S.

Los Clásicos de la Infancia

DANIEL DE FOE

¡ROBINSON! ¡Cuántas cosas no hace pensar este nombre a nuestros amiguitos! Robinson realiza en gran parte el sueño de nuestros primeros años. Viajar; ver mundo; vivir infinidad de aventuras; pelear, conquistar; y siempre, siempre, salir vencedor.....

¡Robinson! Tú eres el culpable de más de una de esas excursiones en grupo en que se nada, se asaltan los frutales de una finca o se dan paseos por la bahía que en esos momentos se la imagina...

Y es que Robinson Crusoe fué un niño amante de toda clase de aventuras que por fin realiza cuando es un jovencito. En vano sus padres lo aconsejan; él prescinde de todo y se embarca. Todas sus vicisitudes nos las cuenta él mismo en un libro del cual es autor Daniel de Foe, escritor inglés que nació en Londres en 1659 y murió en esa misma ciudad, en 1731.

Su vida fué muy activa, interviniendo en la política de su país, y en las luchas de religión que en el mismo se promovieron. Publicó innumerables obras figurando entre ellas su célebre *Vida y aventuras extrañas y sorprendentes de Robinson Crusoe* (The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe) que vieron la luz por primera vez el 25 de abril de 1719 y que a través de los años ha sido uno de los libros más leídos en todas las lenguas. El libro, al poco tiempo de ser publicado, alcanzó una gran popularidad; y con él ha sucedido lo que con el *Gulliver* de Swift: que siendo un libro escrito sin pensar para nada en los niños, y tan sólo siguiendo un plan muchas veces filosófico, y hasta satírico se ha convertido en uno de los libros favoritos de los niños y los jovencitos, por el sinnúmero de interesantes aventuras contenidas en el mismo.

Es, por lo tanto, uno de los clásicos de la infancia, como hasta cierto punto, lo es Julio Verne, autor francés cuyos grandes conocimientos y soberbia imaginación han hecho de sus obras algo inolvidable y siempre interesante.

Robinsón se encuentra con los indios

Por DANIEL DE FOE

DESPUES de pasar una tempestad, caer esclavo de un pirata, huir, y otras aventuras no menos interesantes, Robinson, instalado en la célebre isla de que tanto se ha hablado, encuentra, por fin, una persona—un indio—el cual se convierte en su inseparable compañero y adopta por nombre el de Domingo.

Planeando están la construcción de una canoa, cuando comienza este episodio.

Domingo—cuenta Robinson—se preparaba a quemar el interior del tronco de un arbol para hacer la canoa; pero le señalé el modo de vaciarlo con las herramientas, de las cuales se sirvió en seguida con mucha destreza. Después de un mes de muy penoso trabajo, concluímos la piragua, que era muy elegante, sobre todo cuando después con nuestras hachas, en cuyo manejo le instruí, dimos al exterior la forma de una chalupa. Empleamos aún otros quince días en conducirla al mar, y cuando la botamos, reconocimos que podía llevar cómodamente veinte hombres. Aunque era tan grande, me sorprendí de ver con qué destreza y rapidez la manejaba, cómo la hacía virar, y qué impulso la daba con los remos. Entonces le dije que si quería podíamos probar a hacer la travesía en dicha piragua.

—Sí,—me contestó; nosotros poder muy bien cuando sople buen viento.

Sin embargo, tenía yo un proyecto que él ignoraba: éste era de proveer a mi canoa de un mástil, una vela, un áncora y un cable. En cuanto al mástil era cosa fácil: escogí un cedro joven muy derecho que se hallaba allí cerca, pues había innumerable cantidad de dichos árboles en la isla; ordené a Domingo que lo cortara, y le dí mis instrucciones para pulimentarlo e instalarlo. Sabía que tenía velas viejas o más bien pedazos de ellas; pero como había cerca de veintiséis años que las tenía y cuidaba poco de ellas, imaginando que jamás podría usarlas, esperaba encontrarlas podridas: en efecto, lo estaban casi todas. Sin embargo, hallé dos pedazos aún bastante buenos. Puse manos a la obra, y logré, no sin trabajo y cosiendo muy mal, pues carecía de verdaderas agujas, hacer una muy fea de tres puntas, que

se asemejaba a las que nosotros damos en Inglaterra el nombre de espalda de carnero montándola con un botavaras. Dicha vela era aquella cuyo manejo me era más familiar, porque la barca con la cual me había escapado en otro tiempo de Berbería, llevaba una igual.

Empleé cerca de dos meses en terminar aquel último trabajo, es decir, en arreglar mi mástil y mi vela. Completé los aparejos, añadiendo al mástil un pequeño estai, sobre el cual coloqué una pequeña vela a manera de trinquete para ayudarme a tomar el viento. Finalmente, lo que era más necesario que todo esto, fijé en la popa de mi canoa un timón para poder dirigirla. Aunque fuese un pésimo carpintero, reconocí la necesidad y lo útil que me era semejante pieza, y no perdoné trabajo para hacer una regular; pero cuando considero infructuosos los ensayos que hice, estoy persuadido de que aquel timón me costó tanto trabajo como la canoa entera. Cuando estuvo todo concluído, me fué preciso enseñar a Domingo la maniobra de mi piragua; pues aunque sabía muy bien dirigirla con los remos, ignoraba por completo el manejo de la vela y del timón. Se quedó asombrado de verme gobernar la canoa y hacerla virar por medio de la barra, y variar mi ruta cambiando las velas de todos modos; no podía volver de su sorpresa. No obstante, al poco tiempo todo le fué familiar, y se convirtió en un excelente marinero; sólo la brújula era lo que no podía hacerle comprender del todo; pero como en aquellas regiones el cielo apenas se cubre, y casi nunca hay tinieblas, la brújula era poco necesaria. Para guiarnos teníamos a las estrellas durante la noche, y la tierra durante el día excepto en la estación de las lluvias, y entonces nadie se hubiese atrevido a viajar ni por mar ni por tierra.

Había llegado el año vigésimo séptimo de mi destierro en la isla, aunque no deba comprender bajo este nombre los tres últimos que había pasado con Domingo, gozando de otra vida distinta que antes de su venida. Celebré el aniversario de mi desembarco con el mismo reconocimiento hacia Dios por su misericordia para conmigo. En efecto: si desde un principio hubiese sido agradecido, ¡cuántas gracias no debía de dar ahora a la Providencia que me dispensaba tantas nuevas pruebas de su solicitud, y me permitía confiar en mi libertad; porque estaba íntimamente convencido de que esta libertad estaba próxima, y de que no pasaría un año más en la isla. No descuidaba, sin embargo, mis trabajos acostumbrados: araba, sembraba y plantaba como de ordinario; recogí y sequé mis uvas; y, en una palabra, no dejé de proveerme de todo lo necesario, como hacía antes de tener a Domingo conmigo y de aspirar a verme libre.

Cuando llegó la estación lluviosa, me vi precisado a no salir con tanta frecuencia. Habíamos tomado todas las precauciones para

que nuestro nuevo barco estuviese lo más seguro posible, y lo habíamos conducido a la ensenada, en donde, como he dicho, desembarcaba con mis balsas. La arrastramos sobre la playa durante el reflujo, y Domingo hizo un hoyo lo suficiente ancho para que cupiese, y profundo para que se conservase sin movimiento; después cuando sobrevino el flujo, hicimos una especie de dique a la extremidad para impedir que el agua entrase, y la canoa quedaba así en seco a pesar de la subida de las aguas. Para preservarla de la lluvia la cubrimos con una multitud de ramas de árboles, tan espesas; que una techumbre de bálago no podía ser más impenetrable. Aguardamos así los meses de Noviembre y Diciembre, que había yo señalado para realizar mi proyecto.

Cuando llegó el buen tiempo, y el cielo empezó a estar más despejado, el deseo de ejecutar mi empresa fué más vivo; me ocupaba diariamente en prepararlo todo para el viaje. Mi primer cuidado fué reunir las provisiones que podían sernos necesarias; porque tenía el designio de botar al agua la canoa dos o tres semanas más tarde.

Hallándome ocupado una mañana, trabajando en mis preparativos, llamé a Domingo y le mandé que fuese a la playa a buscar tortugas, como lo hacíamos comúnmente una vez por semana, tanto por los huevos como por la carne. Hacía un momento tan sólo que había partido, cuando le vi volver corriendo y lanzarse por encima de mi trinchera exterior como si sus pies no tocasen en el suelo; y antes que hubiese tenido tiempo de interrogarle, exclamó:

—¡Ah señor, ah señor! ¡Ah pena, ah desgracia!

—¿Qué hay Domingo?

—¡Oh, allá abajo una, dos, tres canoas; una, dos tres!

Creí al pronto, según su modo de expresarse, que había a lo menos seis canoas; pero habiéndole preguntado, supe que no eran más que tres.

—Y bien, no te asustes,—le dije.

Le animé cuanto me fué posible; sin embargo, ví que el pobre estaba horriblemente espantado. Se le había metido en la cabeza que los salvajes habían venido expresamente a buscarle para sacrificarle y devorarlo. Temblaba de tal modo, que no sabía qué hacerse. Díjele que en el mismo peligro me encontraba yo y que lo mismo me comerían que a él.

—Mas es preciso—continué—resolvernos a combatir. ¿Puedes tú pelear, Domingo?

—Yo tirar—dijo,—pero allá venir muchos.

—¿Qué importa?—respondí;—nuestras escopetas asustarán a los que no maten.

Le pregunté, por último, si viéndome resuelto a defenderle, quería defenderme también, no apartarse de mi lado y hacer todo lo que le ordenase. Respondió: " Y morir cuando vos mandéis morir, amo." En seguida fuí a buscar ron, y le hice beber un buen trago; porque lo había economizado tanto, que aun me quedaba una buena cantidad.

Cuando hubo bebido, le hice tomar las dos escopetas que llevábamos siempre, y las cargué con munición tan gorda como balines de pistola. Luego cogí cuatro mosquetes, en cada uno de los cuales metí dos trozos de hierro y cinco balines; y por fin mis dos pistolas, a las que puse dos balas en cada una.Colgué como de costumbre mi gran sable desnudo al costado, y entregué a Domingo su hacha. Cuando hube tomado todas estas disposiciones, cogí el anteojo y trepé a la colina para procurar descubrir alguna cosa. Divisé claramente que había veintiún salvajes, tres prisioneros y tres canoas, y que sus planes parecían consistir en hacer un festín triunfal con aquellos tres desgraciados; regocijo bárbaro, pero que para ellos, según he hecho

notar, no tenía nada de particular. Observé también que habían desembarcado, no en el paraje donde Domingo se había escapado, sino más cerca de mi pequeña bahía. En aquel sitio la playa era baja, y un espeso bosque llegaba casi hasta el mar. Este descubrimiento y el horror que me causaba la empresa sangrienta de quellos miserables, me indignaron de tal manera, que volví a bajar adonde se hallaba Domingo, y le dije que había decidido atacarlos y matarlos a todos, preguntándole si me ayudaría. Entonces él, vuelto de su espanto y reanimado por el ron que le había dado, se mostró lleno de resolución, y repitió que moriría si le mandaba que muriese.

En el acceso de mi furor, compartí entre los dos las armas que acababa de cargar; dí a Domingo una pistola para que se la pusiese en la cintura, y tres escopetas para que se las colocase en la espalda; tomé también la otra pistola con las tres escopetas que quedaban, y equipados de esta manera salimos.

Había guardado en mi bolsillo una botella de ron, y había cargado a Domingo con un gran saco lleno de pólvora y balas. Dile por consigna que me siguiese sin separarse un instante de mí, ni moverse, ni tirar, ni hacer cosa alguna sin que yo se lo mandase, y sobre todo que se abstuviera de hablar. En seguida describí un círculo a mi derecha de cerca de una milla para acercarme a la ensenada. pasando por el bosque, de manera que pudiese llegar a tiro de fusil de los salvajes antes que advirtiesen mi marcha, lo cual era muy fácil de lograr, como yo me había asegurado antes bien con mi anteojo. A medida que iba andando, los escrúpulos antiguos volvieron a presentarse a mi imaginación, y empezaron a quebrantar mi resolución. No se crea que temía el número de los enemigos; aquellos miserables estaban desnudos y sin armas; era ciertamente superior a ellos, aún cuando hubiese estado solo. Pero me pregunté qué provocación o qué necesidad me obligaba a teñir de aquel modo mis manos en sangre a atacar aquellas gentes que no me habían hecho ningún mal y ni siquiera tenían intención de hacérmelo. Con respecto a mí eran inocentes: sus bárbaras costumbres se volvían contra ellos mismos; ellas eran la prueba de que Dios los había abandonado, así como a otros pueblos de aquellas regiones, a su estupidez y a su apetito feroz; pero Él no me llamaba a juzgar sus acciones, y menos aún a ser el ejecutor de su justicia; cuando lo tuviese por conveniente, con un castigo nacional lo castigaría, como pueblo, por un crimen nacional. En aquello, pues, no tenía jurisdicción alguna. Es cierto que Domingo podía justificar dicha acción; él podía legítimamente atacarlos, pues era su enemigo declarado; más yo no podia decir otro tanto. Estas reflexiones obraron tan fuertemente sobre mí, que resolví solamente permanecer cerca de ellos, y hacer lo que

el cielo me inspirase, observar su sangriento festín sin mezclarme en nada, a menos que no se ofreciera alguna circunstancia que me enseñase antes lo que yo debía hacer.

Tomada esta resolución, penetré en el bosque con toda la precaución y silencio posible, siguiéndome Domingo, y mostrándole un grueso árbol justamente al extremo del bosque, le mandé que fuese y me dijese si desde allí se veía bien lo que pasaba. Fué, y volvió inmediatamente, asegurándome que se veían perfectamente los salvajes, que estaban todos al rededor de una hoguera comiéndose a uno de sus prisioneros; que otro que iban a matar muy pronto, yacía fuertemente atado sobre la arena a poca distancia del fuego, lo que me puso fuera de mí: añadió que este último no era un prisionero de su nación, sino uno de los hombres blancos y barbudos que había ido a su país, según me había referido. Me sobrecogí de horror al solo nombre de un hombre blanco, y trepando a un árbol vi distintamente con mi anteojo un hombre blanco echado sobre la playa, con las manos y pies sujetos con yerbas, o alguna cosa parecida al junco; en fin, reconocí que era un europeo, y que estaba vestido. Desde el lugar en que yo me hallaba al en que ellos estaban, había más de cien varas de distancia, y a la mitad de dicha distancia había otro árbol, delante del cual había un zarzal sumamente espeso.

Vi que dando un pequeño rodeo podía llegar sin ser descubierto, y que allí no estaría más que a medio tiro de escopeta: dominé mi cólera a pesar de estar excitado hasta el más alto grado de furor; y retirándome cerca de veinte pasos me deslicé por medio de las zarzas que cubrían todo el camino hasta el otro árbol, donde encontré una pequeña altura, desde la cual pude ver claramente a los salvajes a una distancia poco menor de cuarenta varas.

No había que perder un instante, pues diez y nueve de aquellos miserables estaban sentados en el suelo apretados unos contra otros, y habían enviado a dos de ellos para degollar al pobre cristiano, y quizá para llevarlo miembro por miembro a la hoguera; ya habían éstos bajado para desatarle los pies. Entonces me volví a Domingo, y le dije:

—Ahora, haz lo que voy a mandarte.

Respondió que me obedecería.

—Haz, pues, exactamente lo que me veas hacer, y no faltes en nada.

Acto contínuo dejé en el suelo uno de mis mosquetes y mi escopeta de caza, y Domingo hizo otro tanto; después con el otro mosquete apunté a la rueda de los salvajes ordenándole que me imitase.

—¿Estás pronto?—le dije entonces.

—Sí, —respondió.

—¡Bueno! ¡fuego sobre ellos!

Y disparamos al mismo tiempo.

Domingo hizo la puntería mucho mejor que yo, porque hirió a tres y mató a dos, mientras que yo, por mi parte, no maté más que uno y herí dos. Es imposible describir el espanto mortal que se apoderó de los salvajes. Todos los que no fueron heridos se levantaron precipitadamente; más no sabían por donde huir, pues ignoraban de que lado les venía la muerte. Domingo, sin embargo, tenía siempre la vista fija sobre mi para observar e imitar todos mis movimientos, según le había prevenido. Inmediatamente después de mi primera descarga arrojé el mosquete y cogí la escopeta de caza, haciendo Domingo lo propio. Viéndome apuntar, hizo otro tanto.

—¿Estamos ya, Domingo?

—Sí,—me respondió.

—¡Fuego, pues, en nombre de Dios!

Y a dichas palabras descargamos segunda vez nuestras escopetas sobre aquellos desgraciados, que estaban aterrorizados de espanto. Como las escopetas estaban cargadas solamente con munición gruesa y balines de pistolas, no cayeron más que dos; pero herimos a tantos, que los vimos correr hacia diversos lados, todos cubiertos de sangre, aullando y dando alaridos como locos; muchos de ellos estaban en tan lamentable situación, que un momento después cayeron otros tres, aunque no murieron al pronto.

—Ahora, Domingo,—grité, arrojando el arma descargada, y tomando el solo mosquete que quedaba cargado,—sígueme.

Obedecióme valerosamente. Entonces me lancé fuera del bosque, y me mostré a los salvajes con Domingo que me seguia. Tan pronto como ví que me habían divisado dí un grito terrible, ordenando a Domingo que hiciese lo mismo, y me puse a correr con tanta precipitación como lo permitía el peso de mis armas, derecho a la pobre víctima, que yacía, según he dicho, sobre la arena, entre el lugar del festín y el mar.

Los dos carniceros que iban a ejercitarse con él le abandonaron al ruído de la primera descarga; huyeron sobrecogidos de espanto hacia la ribera, y saltaron a una canoa, donde fueron seguidos por otros tres. En seguida me volví a Domingo, y le dije que los persiguiese y les hiciese fuego. Al instante me comprendió, y corriendo un espacio de cuarenta varas para acercarse a ellos, disparó. Al principio creía que no había dejado uno siquiera, pues cayeron unos encima de otros en la misma canoa, a pesar de que luego vi que se levantaban dos con la mayor prontitud. Domingo había dejado en

el sitio a dos y herido a un tercero tan gravemente, que permanecía como muerto en el fondo de la piragua.

En tanto que Domingo hacía fuego, había yo desenvainado mi cuchillo y cortado las ligaduras que sujetaban a la víctima. Cuando le hube desatado los pies y las manos, lo levanté y le pregunté en portugués quién era. El me contestó en latín: *Christianus*. Más estaba tan débil y extenuado, que apenas podía hablar y sostenerse. Saqué la botella de mi bolsillo y se la dí, haciéndole señas de que bebiese, lo cual verificó; después le ofrecí un pedazo de pan, que comió. Entonces le supliqué me dijera a que nación pertenecía.

—Español—me respondió.

Luego que hubo recobrado un poco de ánimo, me manifestó del modo que pudo cuán reconocido me estaba por haberlo salvado.

Lo aceptó con gratitud, y desde el instante que hubo tocado las armas, como si le hubiesen comunicado nuevo vigor, se precipitó sobre sus enemigos con tanta furia, que dejó tendidos en el acto a dos de ellos; es necesario decir que su sorpresa era tan grande, y los pobres estaban tan asustados de los tiros, que se dejaban caer de miedo y sobresalto, y eran tan incapaces de huir como de resistir a las balas. Esto fué lo que sucedió a los cinco de la canoa, a los cuales Domingo hizo fuego, pues tres cayeron de resultas de las heridas, y los dos restantes de miedo únicamente.

Permanecía yo con la escopeta sin disparar, para reservar el único tiro que me quedaba, pues que había dado al español mi pistola y sable. Llamé a Domingo, y le mandé que corriese al árbol desde donde habíamos hecho fuego al principio, y que trajese las armas descargadas, lo que hizo con la mayor prontitud. Entonces le dí mi mosquete, y me senté en el suelo para cargar todas las armas, encargando a mis compañeros que viniesen a buscarlas cuando tuviesen necesidad de ellas.

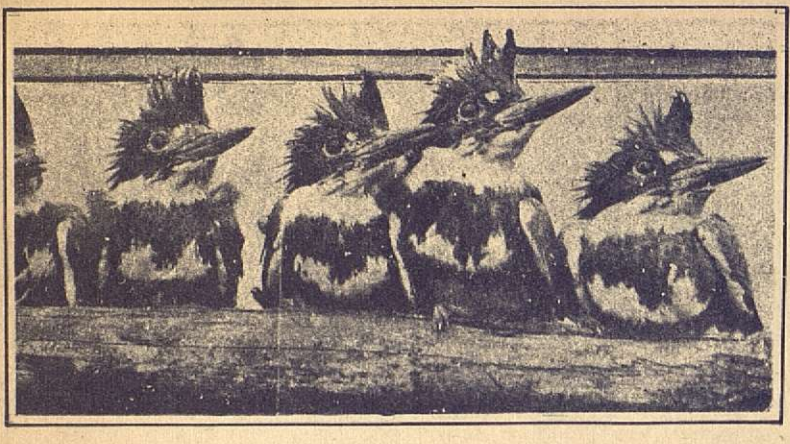
Mientras cargaba, vi que se había empeñado un combate terrible entre el español y uno de los salvajes, que le atacaba con uno de aquellos pesados sables de madera destinado a degollarle, si yo no le hubiese salvado.

El español era tan valiente y atrevido que, a pesar de estar débil en extremo, combatía ya hacía algún tiempo con el indio, y le había hecho dos grandes heridas en la cabeza; pero el salvaje, que era un hombre robusto y vigoroso, habiéndole cogido por la cintura, lo había derribado, y se esforzaba en arrancarle el sable de las manos. El español, echado en el suelo, abandonó hábilmente el sable, y tomando la pistola que llevaba en la cintura, la descargó sobre su enemigo, y le dejó muerto en el acto, antes de que yo hubiese podido llegar...

PULGARCITO

Ernestina, Hilda y Ofelia Sarrá y Larrea

Ⓕ Marcpau.



Erizadas las plumas, los ojos redondos y grandes.....

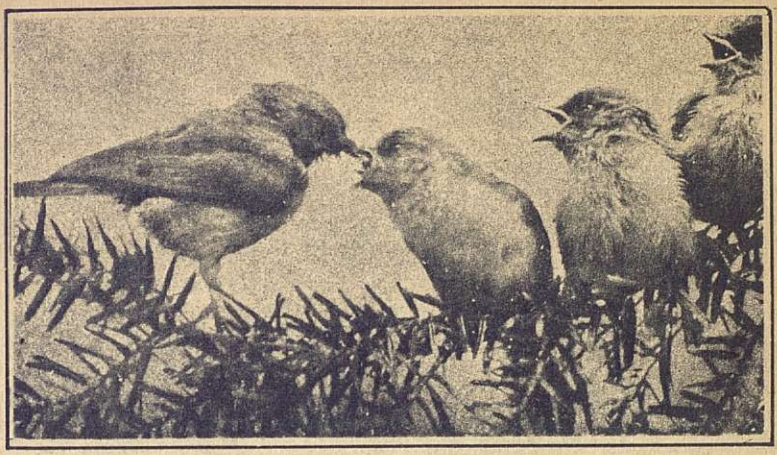
Nuestros Amigos los Animales

LA VIDA DEL NIDO

ERIZADAS las plumas, los ojos redondos y grandes, casi saltones, el pico grueso y deforme, allí están sobre las ramas cinco, seis, diez, figurillas inquietas, azoradas. Son pajarillos en la infancia. Toman el sol con gestos de niñitos muy mimados pían a veces desaforadamente y alargan el cuello con insistencia. ¿Qué esperan? ¿Por quién pían?...

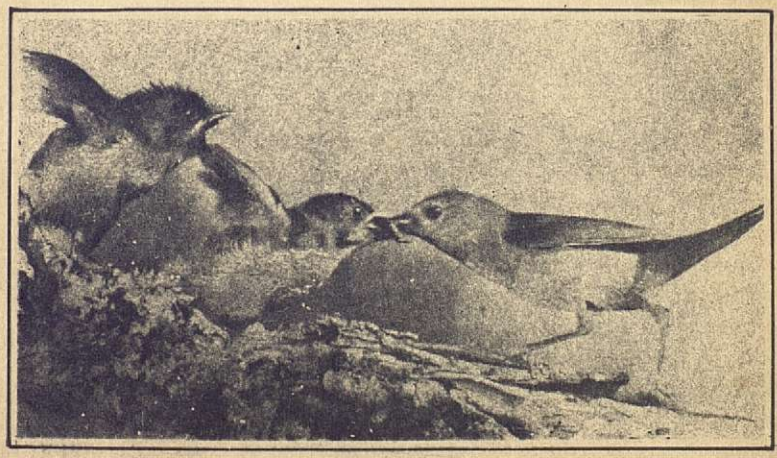
Fijáos un momento, y comprenderéis esta escena mil veces repetida. Detrás de esas ramas, o más arriba, están los nidos, de donde han saltado para realizar esta primera travesura de tomar el sol y contemplar el azul luminoso del cielo. Están contentos; y aunque a veces discuten acaloradamente entre sí y hasta se amenazan con formidables picotazos, todo se olvida cuando aparece la madre con el suculento festín de una mosca o un grano de arroz, ¡Cuánta impaciencia! Mirad; todos han abierto golosamente sus picos pidiendo el sabroso bocado. Más, no importa: la madre por orden irá trayendo algo para cada uno, y hasta los más pequeños, los que todavía no pueden salir del nido, tendrán también su parte en el festín diariamente organizado por el amor maternal...

¿No habéis visto con detenimiento estas escenas que se repiten



...todos han abierto golosamente el pico...

sobre nuestras cabezas en los parques o en el campo? Vale la pena de estudiar la vida íntima de esos animalitos, amigos del hombre porque, casi conviven con él y hasta alegran su casa con sus bellísimos gorjeos. Cuando los padres esperan a estos hijuelos, emprenden la dulce tarea de construir el nido. Uno y otro vuelan incesantemente trayendo al lugar escogido para instalarlo, pajitas, pedacitos de tela y retacitos de algodón. Con todo esto fabricarán un cómodo nido para los que vendrán, y desde ese momento se sucederán las escenas de amor. ¡Con cuánto amor atenderán a los nue-

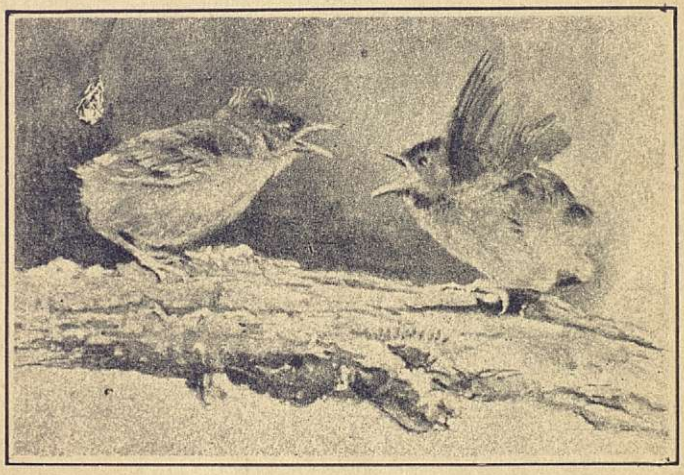


...la madre, por orden, irá trayendo algo para cada uno...

...los más pequeños, los que todavía no pueden salir del nido, tendrán también su parte en el festín...

vos pajaritos! Tienen, a su modo, las mismas atenciones, cariños y cuidados que tiene el hombre con sus hijos.

Sienten a su modo lo mismo que vuestros padres sienten por ustedes; por eso es tan inhumano destruir esos nidos o encerrar a cualquier pájaro en una jaula que por ser muy dorada, no dejará de ser una prisión para él, nacido para cantar libremente como un poeta del ensueño que volase entre el cielo y la tierra. Al contrario. Fabricad vosotros mismos nidos, e instalad pequeñas fuentes en vuestro jardín. Tendréis así todos los pájaros y todos los cantos. Y cuando llegue la época de las crías, regad motitas de algodón, como hacen en los grandes parques los niños de otras ciudades. No olvidéis que estos amigos alados tienen, como vosotros, su hogar, sus hijos, la dulce encantadora libertad por la cual han venido luchando todos los hombres desde que la tierra recibió; allá, en la noche de los tiempos, el primer beso del sol.



...a veces discuten acaloradamente entre sí...

Carmen de Ayala y Gongalez

El Pequeño Prodigio

Dibujo de H. Looseher

EL OSO QUE QUERIA JUGAR

Por JACINTO BENAVENTE

EN pesados carros de ruedas chirriantes, arrastrados perezosamente por mulos y caballos viejos y algún borriquillo delantero, que puesto allí para alegrar al ganado cansino, llegaba a creerse que él solo tiraba del carro, que esto suele traer el colocar borricos en lugar preferente... —iba de lugar en lugar, a donde hubiera feria o romería, la colección de fieras de unos húngaros, que en ella tenían su Arca de Noé; con hombres y animales, si no de todas las especies, los bastantes a ser pasmo de lugareños, y tocan a la especie humana, los bastantes a que no se acabara el mundo, aunque ellos sólos se salvaran de un nuevo diluvio, pues con no haber más de cuatro hombres y tres mujeres en la tribu, los chiquillos eran enjambre... y sus llanteras y berraqueos, sobresalían sobre el rugido de los leones, el bufar de tigres y panteras, el chirriar de los carros y el jurar de hombres y mujeres...

Las fieras de la colección eran hasta una docena, si se contaba como fieras, a un mulillo enano rayado blanco, para figurar como zebra... y al hombre más viejo de la tropa, que solía figurar el oso blanco, con unos pellejos de borrego y una cabeza de cartón, revestida de algodón en rama. Pero no podía darse nada más propio.

Los leones eran dos, apolillados y flaquísimos. Daban muy triste idea del Rey de los animales. Como suele decirse, no podían ni con el rabo. Pero si les faltaba fuerza les sobraba pereza. Y esto era milagro del hombre, que los tenía siempre de un humor de perros... de perros hambrientos, que es mucho peor que el de leones hartos. Que si un perro con hambre parece una fiera, una fiera bien alimentada puede parecer un perro. Cosa que no debieran olvidar nunca los que gobiernan pueblos.

La mejor persona de la colección era un oso pardo. No parecía un oso; parecía un senador vitalicio con gaban de pieles. A todo el mundo hacía buena cara; en cuanto se paraba la gente ante su jaula, se ponía a bailar y dar volteretas. Era el payaso de la compañía.

Una vez llegaron a la feria de un pueblecito muy lindo. Instalaron su barraca en un prado cerca de un bosque, al pie de unas montañas..

Las tablas carcomidas que cerraban el jaulón, permitían al oso, ver desde su encierro la alegría del campo, los árboles del bosque y

las montañas culminantes. Veía también la animación de la feria, el ir y venir de la gente alborozada, los niños sobre todo. Al oso le gustaban mucho los niños. No para comérselos, no seáis mal pensados. Ya os he dicho que el oso era una buena persona, ahora os diré que era un buen animal, y os parecerá mejor dicho, cuando hayáis conocido a muchas personas que pasan por buenas.

Pero lo que más encantaba al oso, era un puesto de confitería, con rosquillas, mazapanes, frutas confitadas, almendras, anises y ¡unos pasteles de crema! ¡Oh aquella crema que él veía desbordar del hojaldre, al hincar los dientes en algunos de aquellos pasteles un chicuelo goloso! El hocico se le hacía agua. Lamía y relamía las tablas de su jaula como si fueran de palo dulce.

—¡Oh!—Gruñía el pobre oso.—¡Si yo pudiera salir de esta jaula un ratito, nada más que un ratito, darme un paseo por ese prado verde, revolverme sobre la yerba fresca, hacer cuatro payasadas a los niños con estas manos mías de terciopelo y que me regalaran unas cuantas de esas golosinas ricas que no he de probar nunca! Aquí, pan duro y unas cuantas patatas cocidas. ¡Qué triste es nacer oso! Mucho más triste que hacerlo.

Tánto lamió las tablas de la jaula, que un día una de ellas cedió ablandada al apoyar el oso sus manazas—¡ah! ¡Si él pudiera pasar la cabeza! Aquella cabezota suya. ¡Dichosa cabeza, siempre ha de ser un estorbo en la vida!

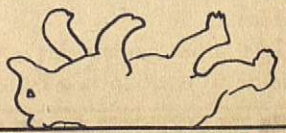
De pronto ¡Oh, felicidad! sin saber cómo se halló libre, en el campo, en el prado verde, a dos pasos de la confitería, entre la gente que reía y los niños que jugaban.

De contento se puso a bailar, acompañándose con unos berridos que a él le parecían muy *dulces*.

Pronto, fué un grito de espanto a su alrededor. La gente huía despavorida, hombres y mujeres alzaban a los niños en brazos, otros, ni de sus hijos se acordaban en la huída.

¿Por qué se asustan? se decía el oso—¡Yo creía que iban a divertirse tánto!

Vió llegar hacia él a unos hombres terribles, con armas, sables y escopetas. El oso de un salto retrocedió hacia su jaula... Vió avanzar a los hombres terribles. Había que defenderse. Sonó una descarga. El oso cayó acribillado, panza arriba, y al mirar al cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir—¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme. ¡Y yo sólo quería, revolcarme en la yerba, comer golosinas y jugar con los niños!



Olga y Julia Miraldez de la Costa.

© Handel

Edgardo
Lezcano
Castro

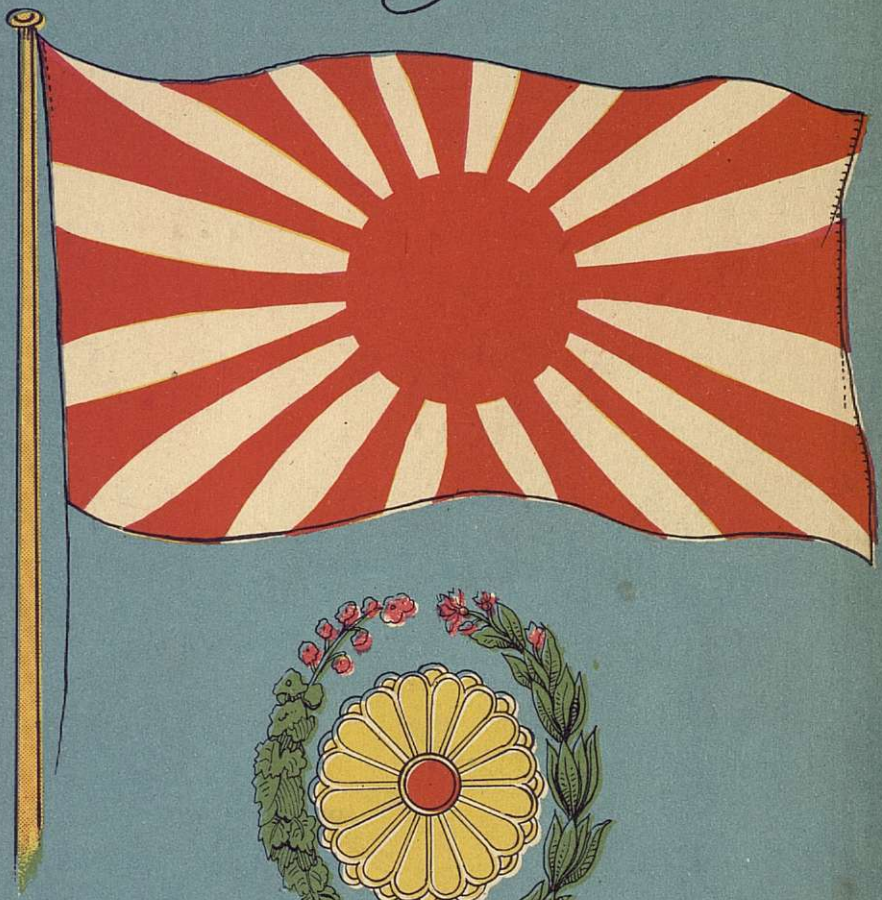
©Handel

Miguel Angel
Alonso de Arriba

©Handel

Rosa Clara Vildósola y Ponce de Leon, nieta del Conde de Villanueva

BANDERAS y ESCUDOS.



IMPERIO DEL JAPON

Emperador: Yoshuito.

Capital: Tokio.

Lógica Infantil

—Siñol, una onza de sal de higuela, pelo que sea poquita polque es pa' mí.

(POR GARCIA CABRA

JOSE MARTI, apóstol de nuestra independencia, gran escritor y tierno amigo de los niños, a quién estará consagrado el próximo número de PULGARCITO.

Retrato por Valderrama.

EL PROXIMO NUMERO DE "PULGARCITO."

Estará todo dedicado a José Martí. Los cuentos y demás artículos que siempre publicamos, serán esta vez cuentos y artículos, escritos por él especialmente para los niños a quiénes tanto amó.

Es un número que despertará gran interés entre nuestros lectorcitos, que tanto se han entusiasmado con lo que ya, aisladamente, hemos publicado de Martí.

Además Martí, sobre ser uno de los más grandes hombres de América, fundó una admirable revista dedicada, como PULGARCITO, exclusivamente a los niños.

Es uno de los más grandes padres de nuestra patria y fué el apóstol de la última de nuestras dos guerras libertadoras.

Hemos estado hablando en todos estos últimos números de los clásicos de la infancia nacidos en otros países. Cuba y América, tienen también en este sentido su "clásico de la infancia." Leámos y amemos a este hombre que fué grande por su corazón, grande por sus virtudes y grande por su amor a la libertad en aras de la cual ofrendó la vida.

EL LEÓN Y LA LIEBRE

(FÁBULA INDIA)

EN una montaña llamada Mandara, había un león nombrado Durdanta. Dicho león se entretenía en hacer una contínua matanza de animales. Estos se unieron y le enviaron representaciones.

—Señor,—le dijeron,—¿por qué destruir así a todos los animales? Todos los días os enviaremos a uno de nosotros para que os alimentéis.

Y así fué. El león, a partir de entonces, devoró todos los días a uno de aquellos animales.

Cierto día, una liebre vieja, a la que llegó el turno de servir de pasto, se dijo para sus adentros:

—No se obedece más que a aquél a quien se teme. Y eso para conservar la vida. Si debo morir, ¿de qué me va a servir el demostrar sumisión al león? Voy, pues, a tomarme tiempo excesivo para llegar hasta él. No me puede costar más que la vida ¡y esa la he de perder! Así habré pasado mis últimos momentos completamente desligada de las cosas de aquí.

Se puso en camino, deteniéndose aquí y allí para masticar algunas sabrosas raíces.

Por fin llegó adonde estaba el león. Este, que tenía hambre le dijo colérico, en cuanto la vió:

—¿Por qué vienes tan tarde?

—No es mía la culpa,—respondió la liebre.—He sido detenida en el camino y retenida a la fuerza por otro león al que he jurado volver a su lado, y vengo a decirlo a vuestra majestad.

—Llévame pronto,—dijo furioso el león,—cerca de ese bribón que desconoce que soy todopoderoso.

La liebre condujo a Durdanta junto a un pozo profundo. Allí le dijo:

—Mirad, señor; el temerario está en el fondo de su antro. Y mostró al león su propia imagen, reflejada en el agua del pozo.

El león, hinchado de orgullo, no pudo dominar su cólera, y, queriendo aplastar a su rival, se precipitó dentro del pozo en donde encontró la muerte.

Lo cual prueba que la inteligencia aventaja a la fuerza. La fuerza desprovista de inteligencia no sirve de nada.

HISTORIETA CÓMICA

EL GATO REVOLTOSO,

por A. Huertas

Mimi

Dalia P. y Barrios

LOS NIÑOS EN EL ARTE

EL NIÑO JESUS JUGANDO CON SAN JUAN.

Por RUBENS.

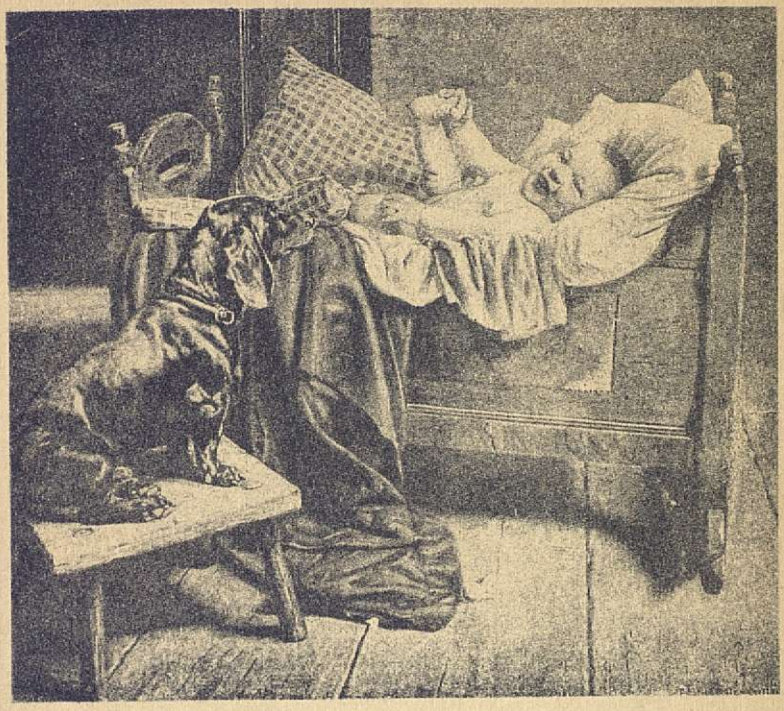
Pedro Pablo Rubens, el más célebre pintor flamenco, nació en Colonia, —ciudad alemana donde su padre se hallaba desterrado—en 1577, y murió en Amberes, en 1640. Su vida fué sumamente dichosa, pues desde muy joven alcanzó gran éxito en su arte, y luego vivió largos años en las principales capitales de Europa, rodeado de lujo y de honores, gozando de todas las delicias del triunfo, tanto como artista como de diplomático, que sabía serlo muy hábil, mediando con inteligencia y lealtad entre los más poderosos príncipes de aquella época. Fué un pintor extraordinario, que sabía interpretar admirablemente todos los asuntos y dominaba casi todos los géneros de pintura, desde el retrato hasta la pintura histórica o religiosa. Bien mereció su gloria y fama, no sólo por su genio, sino también por su gran amor al arte, por su laboriosidad que le hizo producir más de mil quinientos cuadros, y, por su noble y generoso corazón.

Modas.

EN CASA

Para jugar son estos tres delantalitos muy originales: uno de warandol azul con triángulo de tela roja y cuadraditos formados con hilo rojo también; el segundo de *voile* blanco con pespuntes rosa, y el tercero, de tela azul con motitas negras y una hilera de grandes botones que serán una tentación para el infantil músico.

CUADRITO



"EL MEJOR GUARDIAN", por J. Noris.

Algunos pensamientos de Martí

A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa.

* * *

Los niños son lo que saben querer; los niños son la esperanza del mundo.

* * *

Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

* * *

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

PASATIEMPOS

No. 37.

CHARADA.

"Prima" y "segunda" herramienta
que alguna vez se utiliza
"segunda" y "tercera" es un ave
y mi todo es una prenda
de vestir; ¿quién adivina?

No. 38.

METATESIS.

1 2 3 4 5 Nombre de mujer.
1 2 4 5 3 Verbo.

No. 39.

ACERTIJO.

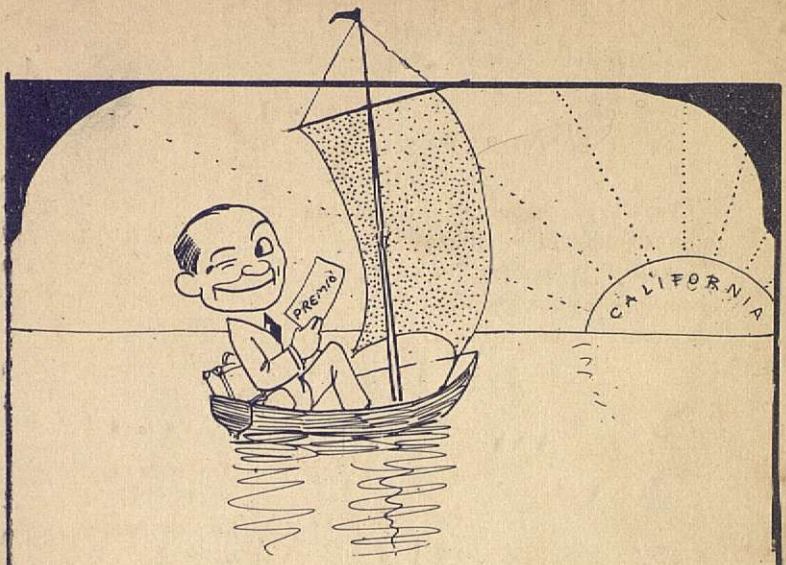
Nombre de mujer nombre de mujer
Total: nombre de mujer.

No. 40.

FRASE HECHA..

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE.

No. 33: Ricardo.
No. 34: Cedro - -Cerdo.
No. 35: León.
No. 36: Alaska.



Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participarle a los ya muy numerosos admiradores (y no decimos lectores, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concurso, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles, etc., etc., a quién hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje ABSOLUTAMENTE GRATIS a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del orbe. No creemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciones contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya estarán preparando la maleta.

Vean el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.
Director—Gerente.

ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. I-1119. — Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II • NUM. 11 • NOVIEMBRE • 1920 • 25 CTS

JUGAREMOS AL...

CIRCO

Florient
Flowers of the Orient
SEGURO.

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

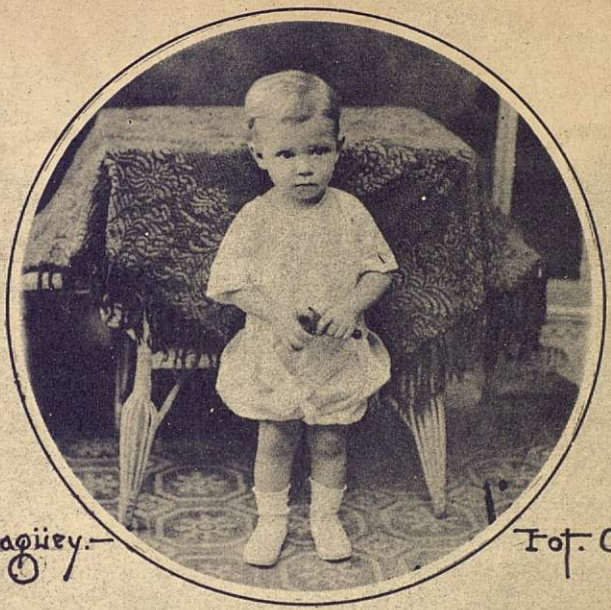
CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos
de la América Latina.

CINES, DEPORTES,
TEATROS

Director Gerente:
OSCAR H. MASSAGUER
Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.
el Número



De Camagüey.— Fot. Ojeda.

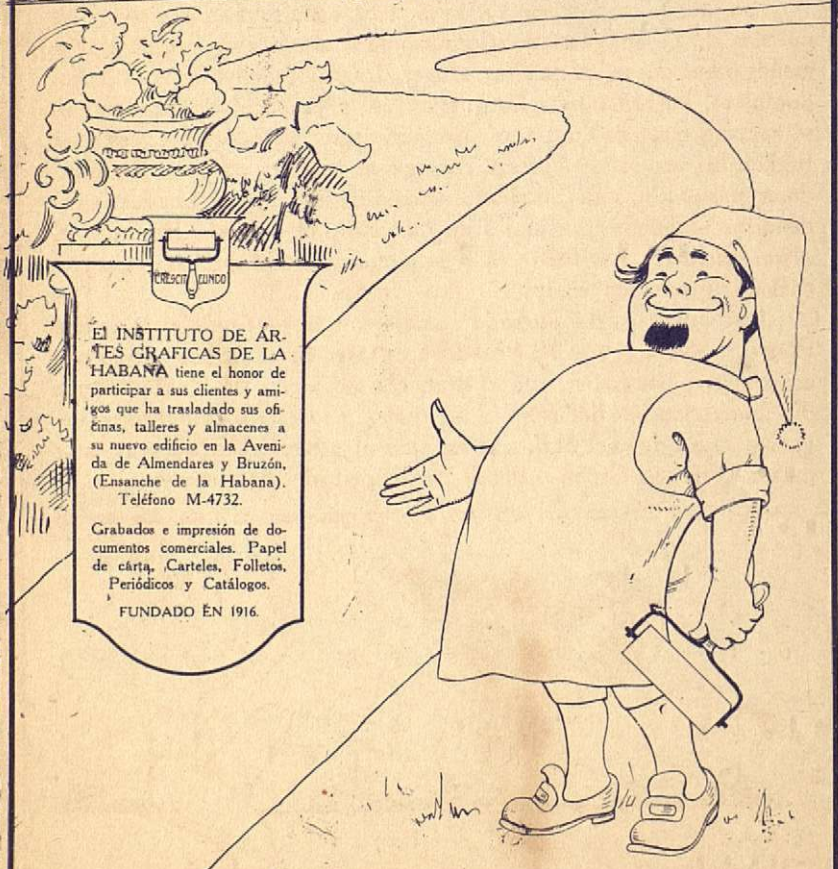
Carlitos Acosta e Yzquierdo

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION



El INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón, (Ensanche de la Habana). Teléfono M-4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de cárta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.

JOSE MARTI Y LOS NIÑOS

AMARTI conspirador y a Martí soldado lo conocen sin duda todos los lectores de *Pulgarcito*. Pero... ¿saben todos que fué escritor? Como el vivió casi siempre fuera de Cuba, sus trabajos se publicaron en diarios y revistas de otros países. Aquel hombre grande por su corazón, por su talento y por su gran amor a Cuba, fué también uno de los más grandes escritores de América. Fué poeta, novelista, crítico y orador. Tenía ese destello luminoso que brota del genio. Una carta suya era, por sus ideas y su estilo, una joya. Como todo hombre bueno, amó mucho a los niños. Para ellos fundó en New York una revista titulada *La Edad de Oro* donde publicó muchos cuentos y escribió sobre mil cosas interesantes e instructivas.

Con páginas de esa revista se ha compuesto este número de *Pulgarcito*. Aquí donde hemos hablado de los clásicos de la infancia, necesitaba un lugar este hombre privilegiado. Para que los lectores puedan apreciar bien las cualidades de escritor excepcional, se han escogido temas diversos. ¡Qué bien comprendió el alma de los niños! Ninguno de los que han escrito para ellos ha logrado encerrar en su estilo esa dulzura, esa paz y esa sabia manera de instruir deleitando, que sorprende en cada uno de sus trabajos. Los niños deben tenerlo como a un autor favorito, y amarlo no sólo porque fué un gran patriota que murió peleando por la libertad de Cuba, sino también porque dió toda la ternura de su corazón a la niñez ilusionada

JOSE MARTI, que además de ser un gran patriota, un gran poeta y un gran literato, fué uno de los más deliciosos escritores para niños.

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL II. HABANA, NOVIEMBRE 1920. NUM. 11

LA MUÑECA NEGRA

(CUENTO)

Por JOSÉ MARTÍ

DE puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre. Vienen riéndose, como dos muchachos. El padre viene detrás, como si fuera a tropezar con todo. La madre no tropieza porque conoce el camino. ¡Trabaja mucho el padre, para comprar todo lo de la casa, y no puede ver a su hija cuando quiere! A veces, allá en el trabajo, se ríe solo o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz; y es que está pensando en su hija: se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero en seguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y las oes le salen grandes como un sol, y las ges largas como un sable, y las eles están debajo de la línea, como si se fueran a clavar en el papel, y las eses caen al fin de la palabra, como una hoja de palma; ¡tiene que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña! El dice que siempre que le llega por la ventana el olor de las flores del jardín, piensa en ella. O a veces, cuando está trabajando cosas de números, o poniendo un libro sueco en español, la ve venir, venir despacio como en una nube, y se le sienta al lado, le quita la pluma, para que repose un poco, le da un beso en la frente, le tira de la barba rubia, le esconde el tintero: es sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve unos vestidos muy bonitos, o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una

sortija con la piedra azul: sueño es no más, pero dice el padre que es como si lo hubiera visto, y que después tiene más fuerza y escribe mejor. Y la niña se va, se va despacio por el aire, que parece de luz todo: se va como una nube.

Hoy el padre no trabajó mucho, porque tuvo que ir a una tienda: ¿a qué iría el padre a una tienda?; y dicen que por la puerta de atrás entró una caja grande; ¿qué vendrá en la caja?; ¡a saber lo que vendrá!: mañana hace ocho años que nació Piedad. La criada fué al jardín, y se pinchó el dedo por cierto, por querer coger, para un ramo que hizo, una flor muy hermosa. La madre a todo dice que sí, y se puso el vestido nuevo, y le abrió la jaula al canario. El cocinero está haciendo un pastel, y recortando en figura de flores los nabos y las zanahorias, y le devolvió a la lavandera el gorro, porque tenía una mancha que no se veía apenas, pero, "¡hoy, hoy, señora lavandera, el gorro ha de estar sin mancha!" Piedad no sabía, no sabía. Ella sí vió que la casa estaba como el primer día de sol, cuando se va ya la nieve, y les salen las hojas a los árboles. Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos. Y el padre llegó muy temprano del trabajo, a tiempo de ver a su hija dormida. La madre lo abrazó cuando lo vió entrar: ¡y lo abrazó de veras! Mañana cumple Piedad ocho años.

* * *

El cuarto está a media luz, una luz como la de las estrellas, que viene de la lámpara de velar, con su bombillo de color de ópalo. Pero se ve, hundida en la almohada, la cabecita rubia. Por la ventana entra la brisa, y parece que juegan, las mariposas que no se ven, con el cabello dorado. Le da en el cabello la luz. Y la madre y el padre vienen andando, de puntillas. ¡Al suelo, el tocador de jugar! ¡Este padre ciego, que tropieza con todo! Pero la niña no se ha despertado. La luz le da en la mano ahora; parece una rosa la mano. A la cama no se puede llegar; porque están al rededor todos los juguetes, en mesas y sillas. En una silla está el baúl que le mandó en páscuas la abuela, lleno de almendras y de mazapanes: boca-abajo está el baul, como si lo hubieran sacudido, a ver si caía alguna almendra de un rincón, o si andaban escondidas por la cerradura algunas migajas de mazapan; ¡eso es, de seguro, que las muñecas tenían hambre! En otra silla está la loza, mucha loza y muy fina, y en cada plato una fruta pintada; un plato tiene una cereza, y otro un higo, y otro una uva: da en el plato ahora la luz, en el del higo, y se ven como chispas de estrella: ¿Cómo habrá venido esta estrella a los platos?: "¡Es azúcar!" dice el pícaro padre "¡Eso es, de seguro!" dice la madre: "eso es que estuvieron las muñecas golosas comiéndose el azúcar!" El costurero está en otra silla, y muy abierto,

Evangelina Ponce de León
y Benavides.

EL ORADOR
DE BARRIO

como de quien ha trabajado de verdad; el dedal está machucado ¡de tanto coser!: cortó la modista mucho, porque del calicó que le dió la madre no queda más que un redondel con el borde de picos, y el suelo está por allí lleno de recortes, que le salieron mal a la modista, y allí está la chambra empezada a coser, con la aguja clavada, junto a una gota de sangre. Pero la sala, y el gran juego, está en el velador, al lado de la cama. El rincón, allá contra la pared, es el cuarto de dormir de las muñequitas de loza, con su cama de la madre, de colcha de flores, y al lado una muñeca de traje rosado, en una silla roja: el tocador está entre la cama y la cuna, con su muñequita de trapo, tapada hasta la nariz, y el mosquitero encima: la mesa del tocador es una cajita de cartón castaño, y el espejo es de los buenos, de los que vende la señora pobre de la dulcería, a dos por un centavo. La sala está en lo de delante del velador, y tiene en medio una mesa, con el pie hecho de un carretel de hilo y lo de arriba de una concha de nácar, con una jarra mexicana en medio, de las que traen los muñecos aguadores de México: y al rededor unos papelitos doblados, que son los libros. El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banqueta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados: y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento; y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapies, porque del sofá se resbala; y el levantapies es una cajita de paja japonesa, puesta bocabajo; en un sillón blanco están sentadas juntas, con los brazos muy tiesos, dos hermanas de loza. Hay un cuadro en la sala, que tiene detrás, para que no se caiga, un pomo de olor: y es una niña de sombrero colorado, que trae en los brazos un cordero. En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo, con las cintas francesas: en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear por que los hombres fueran libres, y otro retrato del que inventó el pararrayos, con la cara de abuelo que tenía cuando pasó el mar para pedir a los reyes de Europa que lo ayudaran a hacer libre su tierra: esa es la sala, y el gran juego de Piedad. Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

* * *

Los pájaros del jardín la despertaron por la mañanita. Parece que se saludan los pájaros, y la convidan a volar. Un pájaro llama,

y otro pájaro responde. En la casa hay algo, porque los pájaros se ponen así cuando el cocinero anda por la cocina saliendo y entrando con el delantal volándole por las piernas, y la olla de plata en las dos manos, oliendo a leche quemada y a vino dulce. En la casa hay algo: porque si no, ¿para qué está ahí, al pie de la cama, su vestidito nuevo, color de perla, y la cinta lila que compraron ayer, y las medias de encaje? "Yo te digo, Leonor, que aquí pasa algo. Dímelo tú, Leonor, tú que estuviste ayer en el cuarto de mamá, cuando yo fuí a paseo. ¡Mamá mala, que no te dejó ir conmigo, porque dice que te he puesto muy fea con tantos besos, y que no tienes pelo, porque te he peinado mucho! La verdad, Leonor: tú no tienes mucho pelo; pero yo te quiero así, sin pelo, Leonor; tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres: te quiero mucho, porque no te quieren: ¡a ver! ¡sentada aquí en mis rodillas, que te quiero peinar!: las niñas buenas se peinan en cuanto se levantan; ¡a ver, los zapatos, que ese lazo no está bien hecho!: y los dientes, déjame ver los dientes: las uñas: ¡Leonor, esas uñas no están limpias! Vamos, Leonor, dime la verdad: oye, oye a los pájaros que parece que tienen baile: dime, Leonor, ¿qué pasa en esta casa?" Y a Piedad se le cayó el peine de la mano, cuando le tenía ya una trenza hecha a Leonor; y la otra estaba toda alborotada. Lo que pasaba, allí lo veía ella. Por la puerta venía la procesión. La primera era la criada con el delantal de rizos de los días de fiesta, y la cofia de servir la mesa en los días de visita; traía el chocolate, el chocolate con crema, lo mismo que el día de año nuevo, y los panes dulces en una cesta de plata: luego venía la madre, con un ramo de flores blancos y azules: ¡ni una flor colorada en el ramo, ni una flor amarilla!; y luego venía la lavandera, con el gorro blanco que el cocinero le hizo, con un diario y un bastón; y decía en el estandarte, debajo de una corona de pensamientos: "¡Hoy cumple Piedad ocho años!" Y la besaron, y la vistieron, y la besaron, y la vistieron con el traje color de perla, y la llevaron, con el estandarte detrás, a la sala de los libros de su padre, que tenía muy peinada su barba rubia, como si se la hubieran peinado muy despacio, y redondeándole las puntas, y poniendo cada hebra en su lugar. A cada momento se asomaba a la puerta, a ver si Piedad venía: escribía, y se ponía a silbar: abría un libro, y se quedaba mirando a un retrato, a un retrato que tenía siempre en su mesa, y era como Piedad, una Piedad de vestido largo. Y cuando oyó ruido de pasos, y un vocerrón que venía tocando música en un cucurucho de papel ¿quién sabe lo que sacó de una caja grande?: y se fué a la puerta con una mano en la espalda: y con el otro brazo cargó a su hija. Luego dijo que sintió como que en el pecho se le abría una flor, y como que se le encendía en la cabeza un palacio, con colgaduras azules de flecos de oro y mucha

gente con alas: luego dijo todo eso, pero entonces, nada se le oyo decir. Hasta que Piedad dió un salto en sus brazos, y se le quiso subir por el hombro, porque en un espejo había visto lo que llevaba en la otra mano el padre. "¡Es como el sol el pelo, mamá, lo mismo que el sol! ¡ya la ví, ya la ví, tiene el vestido rosado! ¡díle que me la dé mamá: si es de peto verde, de peto de terciopelo! ¡como las mías son las medias, de encaje como las mías!" Y el padre se sentó con ella en el sillón, y le puso en los brazos la muñeca de seda y porcelana. Echó a correr Piedad, como si buscase a alguien. "¿Y yo me quedo hoy en casa por mi niña", le dijo su padre, "y mi niña me deja solo?" Ella escondió la cabecita en el pecho de su padre bueno. Y en mucho, mucho tiempo, no la levantó, aunque ¡de veras! le picaba la barba.

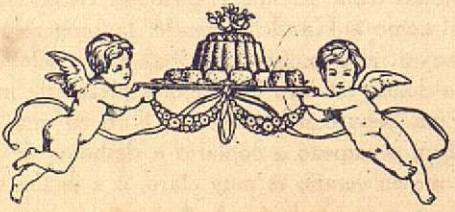
* * *

Hubo paseo por el jardín, y almuerzo con un vino de espuma debajo de la parra, y el padre estaba muy conversador, cogiéndole a cada momento la mano a su mamá, y la madre estaba como más alta, y hablaba poco, y era como música todo lo que hablaba. Piedad le llevó al cocinero una dalia roja, y se le prendió en el pecho del delantal: y a la lavandera le hizo una corona de claveles: y a la criada le llenó los bolsilos de flores de naranjo, y le puso en el pelo una flor, con sus dos hojas verdes. Y luego, con mucho cuidado, hizo un ramo de no-me-olvides. "¿Para quién es ese ramo, Piedad?" "No sé, no sé para quien es: ¡quién sabe si es para alguien!" Y lo puso a la orilla de la acequia, donde corría como un cristal el agua. Un secreto le dijo a su madre, y luego le dijo: "¡Déjame ir!" Pero le dijo "caprichosa" su madre: "¿y tu muñeca de seda, no te gusta? mírale la cara, que es muy linda: y no le has visto los ojos azules". Piedad sí se los había visto; y la tuvo sentada en la mesa después de comer, mirándola sin reirse; y la estuvo enseñando a andar en el jardín. Los ojos era lo que miraba ella: y le tocaba en el lado del corazón. "¡Pero, muñeca, háblame, háblame!" Y la muñeca de seda no le hablaba. "¿Con que no te ha gustado la muñeca que te compré, con sus medias de encaje y su cara de porcelana y su pelo fino?" "Sí, mi papá, sí me ha gustado mucho. Vamos, señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos, y querrá dulce de castañas, señora muñeca. Vamos, vamos a pasear." Pero en cuanto estuvo Piedad donde no la veían, dejó a la muñeca en un tronco, de cara contra el árbol. Y se sentó sola, a pensar, sin levantar la cabeza, con la cara entre las dos manecitas. De pronto echó a correr, de miedo de que se hubiese llevado el agua el ramo de no-me-olvides.

* * *

—"¡Pero, criada, llévame pronto!"—"¿Piedad, qué es eso

de criada? ¡Tú nunca le dices criada así, como para ofenderla!" —"Nó, mamá, nó: es que tengo mucho sueño: estoy muerta de sueño. Mira: me parece que es un monte la barba de papá: y el pastel de la mesa me da vueltas, vueltas al rededor, y se están riendo de mí las banderitas: y me parece que están bailando en el aire las flores de la zanahoria: estoy muerta de sueño: ¡adios, mi madre!: mañana me levanto muy tempranito; tú, papá, me despiertas antes de salir: yo te quiero ver siempre antes de que te vayas a trabajar: ¡oh, las zanahorias! ¡estoy muerta de sueño! ¡Ay, mamá, no me mates el ramo! ¡mira, ya me mataste mi flor!"—"¿Con qué se enoja mi hija porque le doy un abrazo?"—"¡Pégame, mi mamá! ¡papá, pégame tú! es que tengo mucho sueño." Y Piedad salió de la sala de los libros, con la criada que le llevaba la muñeca de seda. "¡Qué de prisa va la niña, que se va a caer! ¿Quién espera a la niña?"—"¡Quién sabe quien me espera!" Y no habló con la criada: no le dijo que le contase el cuento de la niña jorobadita que se volvió una flor: un juguete no más le pidió, y lo puso a los pies de la cama; y le acarició a la criada la mano, y se quedó dormida. Encendió la criada la lámpara de velar, con su bombillo de ópalo: salió de puntillas: cerró la puerta con mucho cuidado. Y en cuanto estuvo cerrada la puerta, relucieron dos ojitos en el borde de la sábana: se alzó de repente la cubierta rubia: de rodillas en la cama, le dió toda la luz a la lámpara de velar: y se echó sobre el juguete que puso a los pies, sobre la muñeca negra. La besó, la abrazó, se la apretó contra el corazón: "Ven, pobrecita: ven, que esos malos te dejaron aquí sola: tú no estás fea, no, aunque no tengas más que una trenza: la fea es esa, la que han traído hoy, la de los ojos que no hablan: dime, Leonor, dime, ¿tú pensaste en mí?: mira el ramo que te traje, un ramo de no-me-olvides, de los más lindos del jardín: ¡así ,en el pecho! ¡ésta es mi muñeca linda! ¿y no has llorado? ¡te dejaron tan sola! ¡no me mires así, porque voy a llorar yo! ¡no, tú no tienes frío! ¡aquí conmigo, en mi almohada, verás como te calientas! ¡y me quitaron, para que no me hiciera daño, el dulce que te traía! ¡así, así, bien arropadita! ¡a ver, mi beso, antes de dormirte ¡ahora, la lámpara baja! ¡y a dormir, abrazadas las dos! ¡te quiero, porque no te quieren!"



MUSICOS, POETAS Y PINTORES

Por JOSÉ MARTÍ

ES notable la diferencia de edades en que llegan los hombres a la fuerza del talento. "Hay algunos—dice el inglés Bacon—que maduran mucho antes de la edad y se van como vienen," que es lo mismo que dice en su latin elegante el retórico Quintiliano. Eso se ve en muchos niños precoces, que parecen prodigios de sabiduría en sus primeros años, y quedan oscurecidos en cuanto entran en los años mayores.

Heinerken, el niño de la antigua ciudad de Lubeck, aprendió de memoria casi toda la Biblia cuando tenía dos años; a los tres, hablaba latín y francés; a los cuatro ya lo tenían estudiando la historia de la iglesia cristiana, y murió a los cinco. De esa pobre criatura puede decirse lo de Bacon: "El carro de Faeton no anduvo más que un día."

Hay niños que logran salvar la inteligencia de estas exaltaciones de la precocidad, y aumentan en la edad mayor las glorias de su infancia. En los músicos se ve esto con frecuencia, porque la agitación de arte es natural y sana, y el alma que la siente padece más de contenerla que de darle salida. Handel a los diez años había compuesto un libro de sonatas. Su padre lo quería hacer abogado, y le prohibió tocar un instrumento: pero el niño se procuró a escondidas un clavicordio mudo, y pasaba las noches tocando a oscuras en las teclas sin sonido. El duque de Sajonia Weinssenfels logró, a fuerza de ruegos, que el padre permitiera aprender la música a aquel genio perseverante, y a los diez y seis Handel había puesto en música el *Almería*. En veintitres días compuso su gran obra *El Mesías*, a los cincuenta y siete años, y cuando murió, a los sesenta y siete, todavía estaba escribiendo óperas y oratorios.

Haydn fué casi tan precoz como Handel, y a los trece años ya había compuesto una misa; pero lo mejor de él, que es la *Creación*, lo escribió cuando tenía sesenta y cinco. A Sebastian Bach le fué casi tan difícil como a Handel aprender la primera música, porque su hermano mayor, el organista Cristóbal, tenía celos de él, y le escondió el libro donde estaban las mejores piezas de los maestros del clavicordio. Pero Sebastian encontró el libro en una alacena, se lo llevó a su cuarto, y empezó a copiarlo a deshoras de la noche, a la luz del cielo, que en verano es muy claro, o a la luz de la luna. Su

hermano lo descubrió, y tuvo la crueldad de llevarse el libro y la copia, lo que de nada le valió, porque a los diez y ocho años ya estaba Sebastian de músico en la corte famosa de Weymar, y no tenía como organista más rival que Handel.

Pero de todos los niños prodigiosos en el arte de la música, el más célebre es Mozart. No parecía que necesitaba de maestros para aprender. A los cuatro años, cuando aún no sabía escribir, ya componía tonadas; a los seis arregló un concierto para piano, y a los doce ya no tenía igual como pianista, y compuso la *Finta Semplice*, que fué su primera ópera. Aquellos maestros serios no sabían como entender a un niño que improvisaba fugas dificilísimas sobre un tema desconocido, y se ponía en seguida a jugar a caballito con el bastón de su padre. El padre anduvo enseñándolo por las principales ciudades de Europa, vestido como un príncipe, con su casaquita color de pulga, sus polainas de terciopelo, sus zapatos de hebilla, y el pelo largo y rizado, atado por detrás como las pelucas. El padre no se cuidaba de la salud del pianista pigmeo, que no era buena, sino de sacar de él cuanto dinero podía. Pero a Mozart lo salvaba su carácter alegre; porque era un maestro en música, pero un niño en todo lo demás. A los catorce años compuso su ópera de *Mitridates*, que se representó veinte noches seguidas; a los treinta y seis, en su cama de moribundo, consumido por la agitación de su vida y el trabajo desordenado, compuso el *Requiem*, que es una de sus obras más perfectas.

El padre de Beethoven quería hacer de él una maravilla, y le enseñó a fuerza de porrazos y penitencias tanta música, que a los trece años el niño tocaba en público y había compuesto tres sonatas. Mendelssohn aprendió a tocar antes que a hablar, y a los doce años ya había escrito tres cuartetos para piano, violines y contrabajo: diez y seis años cumplía cuando acabó su primera ópera *Las Bodas de Camacho;* a los diez y ocho escribió su sonata en sí bemol; antes de los veinte compuso su *Sueño de una Noche de Verano;* a los veintidos su *Sinfonía de Reforma*, y no cesó de escribir obras profundas y dificilísimas hasta los treinta y ocho, que murió. Meyerbeer era a los nueve pianista excelente, y a los diez y ocho puso en el teatro de Munich su primer pieza *La Hija de Jephté;* pero hasta los treinta y siete no ganó fama con su *Roberto el Diablo.*

El inglés Carlyle habla en su *Vida del Poeta Schiller* de un Daniel Schubert, que era poeta, músico y predicador, y a derechas no era nada. Todo lo hacía por espasmos y se cansaba de todo, de sus estudios, de su pereza y de sus desórdenes. Era hombre de mucha capacidad, notable como músico; como predicador, muy elocuente; y hábil periodista. A los cincuenta y dos años murió, y su mujer e hijo quedaron en la miseria. Pero Franz Schubert, el niño

maravilloso de Viena, vivió de otro modo, aunque no fué mucho más feliz. Tocaba el violín cuando no era más alto que él, lo mismo que el piano y el órgano. Con leer una vez una canción, tenía bastante para ponerla en música exquisita, que parece de sueño y de capricho, y como si fuera un aire de colores. Escribió más de quinientas melodías, a más de óperas, misas, sonatas, sinfonías y cuartetos. Murió pobre a los treinta y un año.

Entre los músicos de Italia se ha visto la misma precocidad. Cimarosa, hijo de un zapatero remendón, era autor a los diez y nueve de *La Baronesa de Stramba*. A los ocho tocaba Paganini en el violín una sonata suya. El padre de Rossini tocaba el trombón en una compañía de cómicos ambulantes, en que la madre iba de cantatriz. A los diez años Rossini iba con su padre de segundo; luego cantó en los coros hasta que se quedó sin voz; y a los veintiún años era el autor famoso de la ópera *Tancredo*.

Entre los pintores y escultores han sido muchos los que se han revelado en la niñez. El más glorioso de todos es Miguel Angel. Cuando nació lo mandaron al campo a criarse con la mujer de un picapedrero, por lo que decía él después que había bebido el amor de la escultura con la leche de la madre. En cuanto pudo manejar un lápiz le llenó las paredes al picapedrero de dibujos, y cuando volvió a Florencia, cubría de gigantes y leones el suelo de la casa de su padre. En la escuela no adelantaba mucho con los libros, ni dejaba el lápiz de la mano; y había que ir a sacarlo por fuerza de casa de los pintores. La pintura y la escultura eran entonces oficios bajos, y el padre, que venía de familia noble gastó en vano razones y golpes para convencer a su hijo de que no debía ser un miserable cortapiedras. Pero cortapiedras quería ser el hijo, y nada más.. Cedió el padre al fin, y lo puso de alumno en el taller del pintor Ghirlandaio, quien halló tan adelantado al aprendiz que convino en pagarle un tanto por mes. Al poco tiempo el aprendiz pintaba mejor que el maestro; pero vió las estátuas de los jardines célebres de Lorenzo de Médicis, y cambió entusiasmado los colores por el cincel. Adelantó con tanta rapidez en la escultura que a los diez y ocho años admiraba Florencia su bajorrelieve de la *Batalla de los Centauros;* a los veinte hizo el *Amor Dormido*, y poco después su colosal estátua de *David*.

La precocidad de Rafael fué también asombrosa, aunque su padre no se le oponía, sino le celebraba su pasión por el arte. A los diez y siete años ya era pintor eminente. Cuentan que se llenó de admiración al ver las obras grandiosas de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, y que dió en voz alta gracias a Dios por haber nacido en el mismo siglo de aquel genio extraordinario. Rafael pintó su *Escuela de Atenas* a los veinticinco años y su *Transfiguración* a los treinta

y siete. Estaba acabándola cuando murió, y el pueblo romano llevó la pintura al Panteón, el día de los funerales. Hay quien piensa que *La Transfiguración* de Rafael, incompleta como está, es el cuadro más bello del mundo.

Leonardo de Vinci sabresalió desde la niñez en las matemáticas, la música y el dibujo. En un cuadro de su maestro, Verrocchio pintó un ángel de tanta hermosura que el maestro, desconsolado de verse inferior al discípulo, dejó para siempre su arte. Cuando Leonardo llegó a los años mayores era la admiración del mundo, por su poder como arquitecto e ingeniero, y como músico y pintor. Guercino a los diez años adornó con una virgen de fino dibujo la fachada de su casa. Tintoreto era un discípulo tan aventajado que su maestro Tiziano se enceló de él y lo despidió de su servicio. El desaire le dió ánimo en vez de acobardarlo, y siguió pintando tan de prisa que le decían "el furioso". Canova, el escultor, hizo a los cuatro años un león de un pan de mantequilla. El dinamarqués Thorwaldsen tallaba, a los trece, mascarones para los barcos en el taller de su padre, que era escultor en madera; a los quince ganó la medalla en Copenhagen por su bajo relieve del *Amor en Reposo*.

Los poetas también suelen dar pronto muestras de su vocación, sobre todo los de alma inquieta, sensible y apasionada. Dante a los nueve años escribía versos a la niña de ocho años de que habla en su *Vida Nueva*. A los diez años lamentó Tasso en verso su separación de su madre y hermana, y se comparó al triste Eneas cuando huía de Troya con su padre Anchises a cuestas; a los treinta y un años puso las últimas octavas a su poema de la *Jerusalen*, que empezó a los veinticinco.

De diez años andaba Metastasio improvisando por las calles de Roma; y Goldoni, que era muy revoltoso, compuso a los ocho su primera comedia. Muchas veces se escapó Goldoni de la escuela para irse detrás de los cómicos ambulantes. Su familia logró que estudiase leyes, y en pocos años ganó fama de excelente abogado, pero la vocación natural pudo más en él, y dejó la curia para hacerse el poeta famoso de los comediantes.

Cervantes empezó a escribir en verso, y no tenía todo el bigote cuando ya había escrito sus pastorales y canciones a la moda italiana. Wieland, el poeta alemán, leía de corrido a los tres años, a los siete traducía del latín a Cornelio Nepote, y a los diez y seis escribió su primer poema didáctico de *El Mundo Perfecto*. Klopstock, que desde niño fué impetuoso y apasionado, comenzó a escribir su poema de la *Mesiada* a los veinte años.

Schiller nació con la pasión por la poesía. Cuentan que un día de tempestad lo encontraron encaramado en un árbol adonde se había subido "para ver de donde venía el rayo, ¡porque era tan her-

moso!" Schiller leyó la *Mesiada* a los catorce años, y se puso a componer un poema sacro sobre Moisés. De Goethe se dice que antes de cumplir los ocho años escribía en alemán, en francés, en italiano, en latín y en griego, y pensaba tanto en las cosas de la religión que imaginó un gran "Dios de la naturaleza" y le encendía hogueras en señal de adoración. Con el mismo afan estudiaba la música y el dibujo, y toda especie de ciencias. El bravo poeta Korner murió a los veinte años como quería él morir, defendiendo a su patria. Era enfermizo de niño, pero nada contuvo su amor por las ideas nobles que se celebran en los versos. Dos horas antes de morir escribió *El Canto de la Espada*.

Tomás Moore, el poeta de las *Melodías Irlandesas*, dice que casi todas las comedias buenas y muchas de las tragedias famosas han sido obras de la juventud. Lope de Vega y Calderón, que son los que más han escrito para el teatro, empezaron muy temprano, uno a los doce años y el otro a los trece. Lope cambiaba sus versos con sus condiscípulos por juguetes y láminas, y a los doce años ya había compuesto dramas y comedias.

Voltaire a los doce escribía sátiras contra los padres jesuitas del colegio en que se estaba educando: su padre quería que estudiase leyes, y se desesperó cuando supo que el hijo andaba recitando versos entre la gente alegre de París: a los veinte años estaba Voltaire preso en la Bastilla por sus versos burlescos contra el rey vicioso que gobernaba en Francia: en la prisión corrigió su tragedia de *Edipo*, y comenzó su poema la *Henriada*.

El alemán Kotzebue fué otro genio dramático precoz. A los siete años escribió una comedia en verso, de una página. Entraba como podía en el teatro de Weymar, y cuando no tenía con qué pagar se escondía detrás del bombo hasta que empezaba la representación. Su mayor gusto era andar con teatros de juguete y mover a los muñecos en la escena. A los diez y ocho años se representó su primera tragedia en un teatro de amigos.

Víctor Hugo no tenía más que quince años cuando escribió su tragedia *Irtamene*. Ganó tres premios seguidos en los juegos florales; a los veinte escribió *Burg Jargal*, y un año después su novela *Han de Islandia*, y sus primeras Odas y Baladas.

Pope "empezó a hablar en verso": su salud era mísera y su cuerpo deforme, pero por más que le doliera la cabeza, los versos le salían muchos y buenos. El que había de idear *La Barricada* volvió un día a su casa echado de la escuela por una sátira que escribió contra el maestro. Samuel Johnson dice que Pope escribió su oda a *La Soledad* a los doce años, y sus Pastorales a los diez y seis.

Robert Burns, el poeta escocés, escribía ya a los diez y seis años sus encantadoras canciones montañesas. El irlandés Moore

componía a los trece versos buenos a su Celia famosa, y a los catorce había empezado a traducir del griego a Anacreonte. En su casa no sabían qué significaban aquellas ninfas, aquellos placeres alados, y aquellas canciones al vino. Moore se libró pronto de estos modelos peligrosos, y alcanzó fama mejor con los versos ricos de su *Lalla Rookh* y la prosa ejemplar de su *Vida de Byron.*

Keats ,el más grande de los poetas jóvenes de Inglaterra, murió a los veinticuatro años, ya célebre. Pero nadie hubiera podido decir en su niñez que había de ser ilustre por su genio poetico aquel estudiantuelo feroz que andaba siempre de peleas y puñetazos. Es verdad que leía sin cesar; aunque no pareció revelársele la vocación hasta que leyó a los diez y seis años la *Reina Encantada* de Spencer: desde entonces sólo vivió para los versos.

Shelley sí fué precocísimo. Cuando estudiaba en Eaton, a los quince años, publicó una novela y dió un banquete a sus amigos con la ganancia de la venta. Era tan original y rebelde que todos le decían "el ateo Shelley," o "el loco Shelley." A los diez y ocho publicó su poema de la *Reina Mab*, y a los diez y nueve lo echaron del Colegio por el atrevimiento con que defendió sus doctrinas religiosas; a los treinta años murió ahogado, con un tomo de versos de Keats en el bolsillo. Maravillosa es la poesía de Shelley por la música del verso, la elegancia de lo construcción y la profundidad d elas ideas. Era un manojo de nervios siempre vibrantes, y tenía tales ilusiones y rarezas que sus condiscípulos lo tenían por destornillado; pero su inteligencia fué vivísima y sutil, su cuerpo frágil se estremecia con las más delicadas emociones, y sus versos son de incomparable hermosura.

Byron fué otro genio extraordinario y errante de la misma época de Shelley y de Keats. Desde la escuela se le conoció el carácter turbulento y arrebatado. De los libros se cuidaba poco; pero antes de los ocho años ya sufría de penas de hombre. Tenía una pierna más corta que la otra, aunque eso no le quitaba los bríos, y se hizo el dueño de la escuela a fuerza de puños, como Keats: él mismo cuenta que de siete batallas perdía una. Cuando estaba en Cambridge de estudiante, tenía en su casa un oso y varios perros de presa, y cada día contaban de él una historia escandalosa: aquél era sin embargo el niño sensible que a los doce años había celebrado en versos sentidos a una prima suya.

LAS MUÑECAS

ESTE juego encantador, es, como casi todos los juegos, muy antiguo.

Es muy curioso;—dice José Martí, hablando de las muñecas—los niños de ahora juegan lo mismo que los niños de antes, la gente de los pueblos que no se han visto nunca, juegan a las mismas cosas. Se habla mucho de los griegos y de los romanos, que vivieron hace dos mil años; pero los niños romanos jugaban a las bolas, lo mismo que nosotros, y las niñas griegas tenían muñecas con pelo de verdad, como las niñas de ahora. Las niñas griegas, ponían sus muñecas delante de la estatua de Diana, que era como una santa de entonces; porque los griegos creían también que en el cielo había santos, y a esta Diana le rezaban las niñas, para que las dejase vivir y las tuviese siempre lindas... Nunca hubo Diana ninguna, por supuesto. Ni hubo ninguno de los otros dioses a que les rezaban los griegos en versos muy hermosos, y con procesiones y cantos. Los griegos fueron como todos los pueblos nuevos, que creen que ellos son los amos del mundo, lo mismo que creen los niños; y como ven que del cielo viene el sol y la lluvia, y que la tierra da el trigo y el maíz, y que en los montes hay pájaros y animales buenos para comer, le rezan a la tierra y a la lluvia, y al monte y al sol, y les ponen nombres de hombres y mujeres, y los pintan con figura humana, porque creen que piensan y quieren lo mismo que ellos, y que deben tener su misma figura. Diana era la diosa del monte. En el museo del Louvre de París hay una estatua de Diana muy hermosa, donde va Diana cazando con su perro, y está tan bien que parece que anda. Las piernas no más son como de hombre, para que se vea que es diosa que camina mucho. Y las niñas griegas querían a sus muñecas tanto, que cuando se morían las enterraban con las muñecas.

EL DIA DE BEBE

Por CESAR CANO

¡Caramba! Bunos días. Cómo brilla el sol...

Empezaré el día con un poco de ejercicio de brazos.

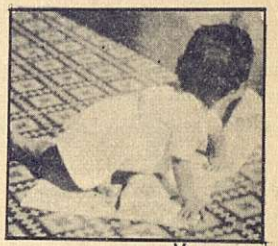
Y de pies

Ahora a la ducha, a espantar el sueño y sudor...

Ves? Estoy ya limpia y fresca, con mi batita blanca y mis zapatitos de calle.

Antes que nada, voy a cumplir con Dios...

Luego al mercado. Yo hago las compras personalmente...



Me gusta antes de almuerzo leer la prensa y enterarme.

Algunas veces voy a la novena.

De noche me quedo en casa leyendo o

llorando hasta que Mamá se apiada,

y, me lleva a pasear o al cine.

Nuestros Amigos los Animales

LOS ELEFANTES

Por JOSÉ MARTÍ

En Africa cuentan ahora muchas cosas extrañas, porque anda por allí la gente europea descubriendo el país, y los pueblos de Europa quieren mandar en aquella tierra rica, donde con el calor del sol crecen plantas de esencia y alimento, y otras que dan fibras de hacer telas, y hay oro y diamantes, y elefantes que son una riqueza, porque en todo el mundo se vende muy caro el marfil de sus colmillos. Cuentan muchas cosas del valor con que se defienden los negros, y de las guerras en que andan, como todos los pueblos cuando empiezan a vivir, que pelean por ver quien es más fuerte, o por quitar a su vecino lo que quieren tener ellos. Muchos alemanes y franceses andan allá explorando, descubriendo tierras, tratando y cambiando con los negros, y viendo como les quitan el comercio a los moros. Con los colmillos del elefante es con lo que comercian más, porque el marfil es raro y fino, y se paga muy caro por él. Ese de Africa es colmillo vivo; pero por Siberia sacan de los hielos colmillos del mammoth, que fué el elefante peludo, grande como una loma, que ha estado en la nieve, en pie, cincuenta mil años. Y un inglés Logan dice que no son cincuenta mil, sino que esas capas de hielo se fueron echando sobre la tierra como un millón de años hace, y que desde entonces, desde hace un millón de años, están enterrados en la nieve dura los elefantes peludos.

Allí se estuvieron en los hielos duros de Siberia, hasta que un día iba un pescador por la orilla del río Lena. donde de un lado es de arena la orilla, y de otro es de capas de hielo, echadas una encima de otra como las hojas de un pastel, y tan perfectas que parecen cosa de hombre esas leguas de capas. Y el pescador iba cantando un cantar, con su vestido de piel asombrado de la mucha luz, como si estuviese de fiesta en el aire un sol joven. El aire chispeaba. Se oían estallidos, como en el bosque nuevo cuando se abre una flor. De las lomas corría, brillante y pura, un agua nunca vista. Era que se estaban deshaciendo los hielos. Y allí, delante del pobre Shumarkoff, salían del monte helado los colmillos, gruesos como troncos de árboles, de un animal velludo, enorme, negro. Como vivo estaba, y en

el hielo transparente se le veía el cuerpo asombroso. Cinco años tardó el hielo en derretirse al rededor de él, hasta que todo se deshizo, y el elefante cayó rodando a la orilla, con ruido de trueno. Con otros pescadores vino Shumarkoff a llevarse los colmillos, de tres varas de largo. Y los perros hambrientos le comieron la carne, que estaba fresca todavía, y blanda como carne nueva: de noche, en la oscuridad, de cien perros a la vez se oía el roer de los dientes, el gruñido de gusto, el ruido de las lenguas. Veinte hombres a la vez no podían levantar la piel crinuda, en la que era de a vara cada crin. Y nadie ha de decir que no es verdad, porque en el museo de San Petersburgo están todos los huesos, menos uno que se perdió; y un puñado de la lana amarillosa que tenía sobre el cuello. De entonces a acá, los pescadores de Siberia han sacado de los hielos como dos mil colmillos de mammoth.

A miles parece que andaban los mammoths, como en pueblos, cuando los hielos se despeñaron sobre la tierra salvaje, hace miles de años; y como en pueblos andan ahora, defendiéndose de los tigres y de los cazadores por los bosques de Asia y de Africa; pero ya no son velludos, como los de Siberia, sino que apenas tienen pelos por los rincones de su piel blanda y arrugada, que da miedo de veras, por la mucha fealdad, cuando lo cierto es que con el elefante sucede como con las gentes del mundo, que porque tienen hermosura de cara y de cuerpo las cree uno de alma hermosa, sin ver que eso es como los jarrones finos, que no tienen nada dentro, y una vez pueden tener olores preciosos, y otras peste, y otras polvo. Con el elefante no hay que jugar, porque en la hora en que se le enoja la dignidad, o le ofenden la mujer el hijo, o el viejo, o el compañero, sacude la trompa como un azote, y de un latigazo echa por tierra al hombre más fuerte, o rompe un poste en astillas, o deja un árbol temblando. Tremendo es el elefante enfurecido, y por manso que sea en sus prisiones, siempre le llega, cuando calienta el sol mucho en Abril, o cuando se cansa de su cadena, su hora de furor. Pero los que conocen bien al animal dicen que sabe de arrepentimiento y de ternura, como un cuento que trae un libro viejo que publicaron, allá al principiar este siglo, los sabios de Francia, donde está lo que hizo un elefante que mató a su cuidador, que allá llaman cornac, porque le había lastimado con el harpón la trompa; y cuando la mujer del cornac se le arrodilló desesperada delante con su hijito, y le rogó que los matase a ellos también, no los mató, sino que con la trompa le quitó el niño a la madre, y se lo puso sobre el cuello, que es donde los cornas se sientan, y nunca permitió que lo montase más cornac que aquel.

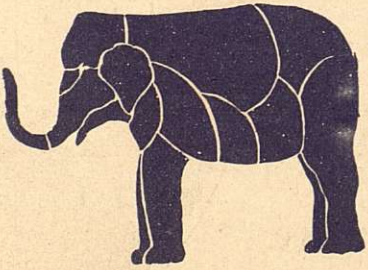
La trompa es lo que más cuida de todo su cuerpo recio el elefante, porque con ella come y bebe, y acaricia y respira, y se quita de encima los animales que le estorban, y se baña. Cuando nada, ¡y

muy bien que nadan los elefantes!, no se le ve el cuerpo, porque está en el agua todo, sino la punta de la trompa, con los dos agujeros en que acaban las dos canales que atraviesan la trompa a lo largo, y llegan por arriba a la misma nariz, que tiene como dos tapaderas, que abre y cierra según quiera recibir aire, o cerrarle el camino a lo que en las canales pueda estar. Nadie diga que no es verdad, porque hay quien se ha puesto a contarlos; como cuarenta mil músculos tiene la trompa del elefante, la "proboscis", como dice la gente de libros: toda es de músculos, entretejidos como una red: unos están a la larga, de la nariz a la punta, y son para mover la trompa a donde el elefante quiere, y escogerla, enroscarla, subirla, bajarla, tenderla: otros son a lo ancho, y van de las canales a la piel, como los rayos de una rueda van del eje a la llanta: esos son para apretar las canales o ensancharlas. ¿Qué no hace el elefante con su trompa? La yerba más fina la arranca del suelo. De la mano de un niño recoje un cacahuete. Se llena la trompa de agua, y la echa sobre la parte de su cuerpo en que siente calor. Los elefantes enseñados se quitan y se ponen la carga con la trompa. Un hilo levantan del suelo, y como un hilo levantan a un hombre. No hay más modo de acobardar a un elefante enfurecido que herirle de veras en la trompa. Cuando pelea con el tigre, que casi siempre lo vence, lo echa arriba y abajo con los colmillos, y hace por atravesarlo; pero la trompa la lleva en el aire. Del olor del tigre no más brama con espanto el elefante: las ratas le dan miedo: le tiene asco y horror al cochino. ¡A cuanto cochino ve, trompazo! Lo que le gusta es el vino bueno, y el arrak, que es el rom de la India, tanto que los cornacs le conocen el apetito, y cuando quieren que trabaje más de lo de costumbre, le enseñan una botella de arrak, que él destapa con la trompa luego, y bebe a sorbo tendido; sólo que el cornac tiene que andar con cuidado, y no hacerle esperar la botella mucho, porque le puede suceder lo que al pintor francés que, para pintar a un elefante mejor, le dijo a su criado que se lo entretuviese con la cabeza alta tirándole frutas a la trompa, pero el criado se divertía haciendo como que echaba al aire fruta sin tirarla de veras, hasta que el elefante se enojó, y se fué encima a trompazos al pintor, que se levantó del suelo medio muerto, y todo lleno de pinturas. Es bueno el elefante de naturaleza, y se deja domar del hombre, que lo tiene de bestia de carga, y va sobre él, sentado en un camarin de colgaduras, a pelear en las guerras de Asia, o a cazar el tigre, como desde una torre segura. Los príncipes del Indostan van a sus viajes en elefantes cubiertos de terciopelos de mucho bordado y pedrería, y cuando viene de Inglaterra otro príncipe, lo pasean por las calles en el camerín de paño de oro que va meciéndose sobre el lomo de los elefantes dóciles, y el pueblo pone en los balcones sus tapices ricos, y llena las calles de hojas de rosa.

En Siam no es sólo cariño lo que le tienen al elefante, sino adoración, cuando es de piel clara, que allá creen divina, porque la religión siamesa les enseña que Budha vive en todas partes, y en todos los seres, y unas veces en unos y otras en otros, y como no hay vivo de más cuerpo que el elefante, ni color que haga pensar más en la pureza que lo blanco, al elefante blanco adoran, como si en el hubiera más de Budha que en los demás seres vivos. Le tienen palacios, y sale a la calle entre hileras de sacerdotes, y le dan las yerbas más finas y el mejor arrak, y el palacio se lo tienen pintado como un bosque, para que no sufra tanto de su prisión, y cuando el rey lo va a ver es fiesta en el país, porque creen que el elefante es dios mismo, que va a decir al rey el buen modo de gobernar. Y cuando el rey quiere regalar a un extranjero algo de mucho valor, manda hacer una caja de oro puro, sin liga de otro metal, con brillantes al rededor, y dentro pone, como una reliquia, recortes de pelo del elefante blanco. En Africa no los miran los pueblos del país como dioses, sino que les ponen trampas en el bosque, y se les echan encima en cuanto los ven caer, para alimentarse de la carne, que es fina y jugosa: o los cazan por engaño, porque tienen enseñadas a las hembras, que vuelven al corral por el amor de los hijos, y donde saben que anda una manada de elefantes libres les echan a las hembras a buscarlos, y la manada viene sin desconfianza detrás de las madres que vuelven adonde sus hijuelos: y allí los cazadores los enlazan, y los van domando con el cariño y la voz, hasta que los tienen ya quietos, y los matan por llevarse los colmillos.

Partidas enteras de gente europea están por Africa cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que le chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, y en calcular cuando llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa en medio de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las patas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fué larga; los negros les

tiraban lanzas y azagayas y flechas: los europeos escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles: las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo: los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió en seguida y vino mugiendo, alzó la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal: no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raiz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador, y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se le agarró, en el miedo de la muerte, de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca el cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces, y la vacía sobre la herida, la echa con fuerza que lo aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a lo hondo el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla y se derrumba.



Teresa Gomez y Alluerne.—
(de Matanzas.)

Fot. Chilosa

Josefina Gomez y Alluerne.
(de Matanzas.)

Fot. Mancebo

Los Dos Príncipes

Idea de la Poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson

Por JOSÉ MARTÍ

El palacio está de luto
Y en el trono llora el rey,
Y la reina está llorando
Donde no la pueden ver.
En pañuelos de olan fino
Lloran la reina y el rey:
Los señores del palacio
Están llorando también.
Los cabellos llevan negro
El penacho y el arnés:
Los caballos no han comido,
Porque no quieren comer:
El laurel del patio grande
Quedó sin hoja esta vez:
Todo el mundo fué al entierro
Con coronas de laurel:
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!
En los álamos del monte
Tiene su casa el pastor:
La pastora está diciendo:
"¿Por qué tiene luz el sol?"
Las ovejas cabizbajas,
Vienen todas al portón:
¡Una caja larga y honda
Está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste:
Canta allá dentro una voz—
"Pajarito,yo estoy loca,
Llévame donde él voló!"
El pastor coge llorando
La pala y el azadón:
Abre en la tierra una fosa:
Echa en la fosa una flor:
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

Jorgito y Julito Lago-
masino y Lay.

Historia de la Cuchara y el Tenedor

Por JOSÉ MARTÍ

CUENTAN las cosas con tantas palabras raras, y uno no las puede entender!: como cuando le dicen ahora a uno en la Exposición de París: "Tome una *djrincka—¡djrincka!*—y ve en un momento todo lo de la Esplanada: ¡pero primero le tienen que decir a uno lo que es *djirincka!* Y por eso no entiende uno las cosas: porque no entiende uno las palabras en que se las dicen. Y luego, que no se lo han de decir a uno todo de la primera vez, porque es tanto que no se lo puede entender todo, como cuando entra uno en una catedral, que de grande que es no ve uno más que los pilares y los arcos, y la luz allá arriba, que entra como jugando por los cristales; y luego, cuando uno ha estado muchas veces, ve claro en la obscuridad, y anda como por una casa conocida. Y no es que uno no quiere saber; porque la verdad es que da verguenza ver algo y no entenderlo, y el hombre no ha de descansar hasta que no entienda todo lo que ve. La muerte es lo más difícil de entender; pero los viejos que han sido buenos dicen que ellos saben lo que es, y por eso están tranquilos, porque es como cuando va a salir el sol, y todo se pone en el mundo fresco y de unos colores hermosos. Y la vida no es difícil de entender tampoco. Cuando uno sabe para lo que sirve todo lo que da la tierra, y sabe lo que han hecho los hombres en el mundo, siente uno deseos de hacer más que ellos todavía: y eso es la vida. Porque los que se están con los brazos cruzados, sin pensar y sin trabajar, viviendo de lo que otros trabajan esos comen y beben como los demás hombres, pero en la verdad de la verdad, esos no están vivos.

Los que están vivos de veras son los que nos hacen los cubiertos de comer, que parecen de plata, y no son de plata pura, sino de una mezcla de metales pobres, a la que le ponen encima con la electricidad uno como baño de plata. Esos sí que trabajan, y hay taller que hace al día cuatrocientas docenas de cubiertos, y tiene como más de mil trabajadores: y muchas son mujeres, que hacen mejor que el hombre todas las cosas de finura y elegancia. Nosotros, los hombres, somos como el león del mundo, y como el caballo de pelear, que no está contento ni se pone hermoso sino cuando huele batalla, y oye ruido de sables y cañones. La mujer no es como nosotros, sino como

una flor, y hay que tratarla así, con mucho cuidado y cariño, porque si la tratan mal, se muere pronto, lo mismo que las flores. Para lo delicado tienen mujeres en esas obras de platería, para limar las piezas finas, para bordarlas como encaje, con una sierra que va cortando la plata en dibujos, como esas máquinas de labrar relojes y cestos y estantes de madera blanda. Pero para lo fuerte tienen hombres; para hervir los metales, para hacer ladrillos de ellos, para ponerlos en la máquina delgados, como hoja de papel, para las máquinas de recortar en la hoja muchas cucharas y tenedores a la vez, para platearlos en la artesa, donde está la plata hecha agua, de modo que no se la ve, pero en cuanto pasa por la artesa la electricidad, se echa toda sobre la cuchacha y los tenedores, que están dentro colgados en hilera de un madero, como las púas de un peine.

Y ya vamos contando la Historia de la Cuchara y el Tenedor. Antes hacían de plata pura todo lo de la mesa, y las jarras y fruteras que se hacen hoy en máquina: no más que para darle figura de jarra o un redondel de plata, estaba el pobre hombre dándole con el martillo alrededor de una punta del yunque, hasta que empezaba a tener figura de jarrón, y luego lo hundía de un lado y lo iba anchando de otro, hasta que quedaba redondo de abajo y estrecho en la boca, y luego, a fuerza de mano, le iba bordando de adentro los dibujos y las flores. Ahora se hace con máquina todo eso, y de un vuelo de la rueda queda el redondel hecho un jarro hueco, y lo de mano no es más que lo último, cuando va al dibujo fino de los cinceladores. De esto se puede hablar aquí, porque donde hacen los jarrones, hacen los cubiertos; y el metal, lo mismo tienen que hervirlo, y mezclarlo, y enfriarlo, y aplastarlo en láminas para hacer un jarrón que para hacer una cuchara de te. Es hermoso ver eso, y parece que está uno en las entrañas de la tierra, allá donde está el fuego como el mar, que rebosa a veces y quiere salir, que es cuando hay terremotos, y cuando echan humo y agua caliente y cenizas y lava los volcanes, como si se estuviera quemando por adentro el mundo. Eso parece el taller de platería cuando están derritiendo el metal. En un horno se cocinan las piedras, que dan humo y se van desmoronando, y parecen cera que se derrite, y como un agua turbia. En una caldera hierven juntos el níquel, el cobre y el zinc, y luego enfrían la mezcla de los tres metales, y la cortan en barras antes que se acabe de enfriar. No se sabe que es; pero uno ve con respeto, y como con cariño, a aquellos hombres de delantal y cachucha que sacan con la pala larga de un horno a otro el metal hirviente; tienen cara de gente buena, aquellos hombres de cachucha: ya no es piedra el metal, como era cuando lo trajo el carretón, sino que lo que era piedra se ha hecho barro y ceniza con el calor del horno, y el metal está en la caldera, hirviendo, con un ruido que parece susurro, como cuando se tiende

la espuma por la playa, o sopla un aire de mañana en las hojas del bosque. Sin saber por qué, se calla uno ,y se siente como más fuerte, en el taller de las calderas.

Y después, es como un paseo por una calle de máquinas. Todas se están moviendo a la vez. El vapor es el que las hace andar, pero no tiene cada máquina debajo la caldera del agua, que da vapor: el vapor está allá en lo hondo de la platería, y de allí mueve unas correas anchas, que hacen dar vueltas a las ruedas de andar, y en cuanto se mueve la rueda de andar en cada máquina, andan las demás ruedas. La primera máquina se parece a una prensa de enjugar la ropa, donde la ropa sale esprimida entre dos cilindros de goma; allí los cilindros no son de goma, sino de acero; y la barra de metal sale hecha una lámina, del grueso de un cartón: es un cartón de metal. Luego viene la agujereadora, que es una máquina con uno como mortero que baja y sube, como la encía abajo cuando se come; y el mortero tiene muchas cuchillas en figura de martillo de cabeza larga y estrecha, o de una espumadera de mango fino y cabeza redonda, y cuando baja el mortero, todas las cuchillas cortan la lámina a la vez, y dejan la lámina agujereada, y el metal de cada agujero cae a un cesto debajo; y esa es la cuchara, ese es el tenedor. Cada uno de esos pedazos de metal recortados y chatos de figura de martillo es un tenedor; cada uno de los de cabeza redonda, como una moneda muy grande, es una cuchara. ¿Que cómo se le sacan los dientes al tenedor? ¡Ah! esos recortes chatos, lo mismo que los de las cucharas, tienen que calentarse otra vez en el horno, porque si el metal no está caliente se pone tan duro que no se le puede trabajar, y para darle forma tiene que estar blando. Con unas tenazas van sacando los recortes del horno: los ponen en un molde de otra máquina que tiene un mortero de aplastar, y del golpe del mortero ya salen los recortes con figura, y se le ve al tenedor la punta larga y estrecha. Otra máquina más fina lo recorta mejor. Otra le marca los dientes, pero no sueltos ya, como están en el tenedor acabado, sino sujetos todavía. Otra máquina le recorta las uniones, y ya está el tenedor con sus dientes. Luego va a los talleres del trabajo fino. En uno le ponen el filete al mango. En otro le dan la curva, porque de las máquinas de los dientes salió chato, como una hoja de papel. En otra le liman y le redondean las esquinas. En otra lo cincelan si ha de ir adornado, o le ponen las iniciales, si lo quieren con letras. En otra lo pulen, que es cosa muy curiosa, parecida a la de las piedras de amolar, solo que la máquina de pulir anda más de prisa, y la rueda es de alambres delgados como cabellos, como un cepillo que da vueltas, y muchas, como que da dos mil quinientas vueltas en un minuto. Y de allí sale el tenedor o la cuchara a la platería de veras, porque es donde la ponen el baño de la electricidad,

BANDERAS y ESCUDOS

IMPERIO OTOMANO (TURQUIA)

Capital: Constantinopla.

Lilliam Gomez Mena
y Seigle

y quedan como vestidas con traje de plata. Los cubiertos pobres, los que van a costar poco, no llevan más que un baño o dos: los buenos llevan tres, para que la plata les dure, aunque nunca dura tanto como la plata que se trabajaba antes con el martillo. Como las cucharas, pues: antes, para hacer una cuchara, no había máquinas de aplastar el metal, ni de sacarlo en láminas delgadas como ahora, sino que a martillazo puro tenía que irlo aplastando el platero, hasta que estaba como él lo quería, y recortaba la cuchara a fuerza de mano, y a muñeca viva le daba al mango la doblez, y para hacerle el hueco le daba golpes muy despacio, cada vez en un punto diferente, encima de un yunque que parecía de jugar, con la punta redonda, como un huevo, hasta que quedaba hueca por dentro la cuchara. Ahora la máquina hace eso. Ponen el recorte de figura de espumadera en uno como yunque, que por la cabeza, donde cae lo redondo, está vacío: de arriba baja con fuerza el mortero, que tiene por debajo un huevo de hierro, y mete lo redondo del recorte en lo hueco del yunque. Ya está la cuchara. Luego la liman,, y la adornan, y la pulen como el tenedor, y la llevan al baño de plata; porque es un baño verdadero, en que la plata está en el agua, deshecha, con una mezcla que llaman cyanido de potasio—¡los hombres químicos son todos así!: y entra en el baño la electricidad, que es un poder que no se sabe lo que es, pero da luz, y calor, y movimiento, y fuerza, y cambia, y descompone en un instante los metales, y a unos los separa, y a los otros los junta, como en este baño de platear que, en cuanto la electricidad entra y lo revuelve, echa toda la plata del agua sobre las cucharas y los tenedores colgados dentro de él. Los sacan chorreando. Los limpian con sal de potasa. Los tienen al calor sobre láminas de hierro caliente. Los secan bien en tinas de aserrín. Los bruñen en la máquina de cepillar. Con la badana les sacan brillo. Y nos los mandan a la casa, blancos como la luz, en su caja de terciopelo o de seda.

Eugenio Hernández

(Del Cerro.)

Fot. Toro.

Graciela, Silvia y Emilio Romero y Plasencia.—

Fot. A. Martinez

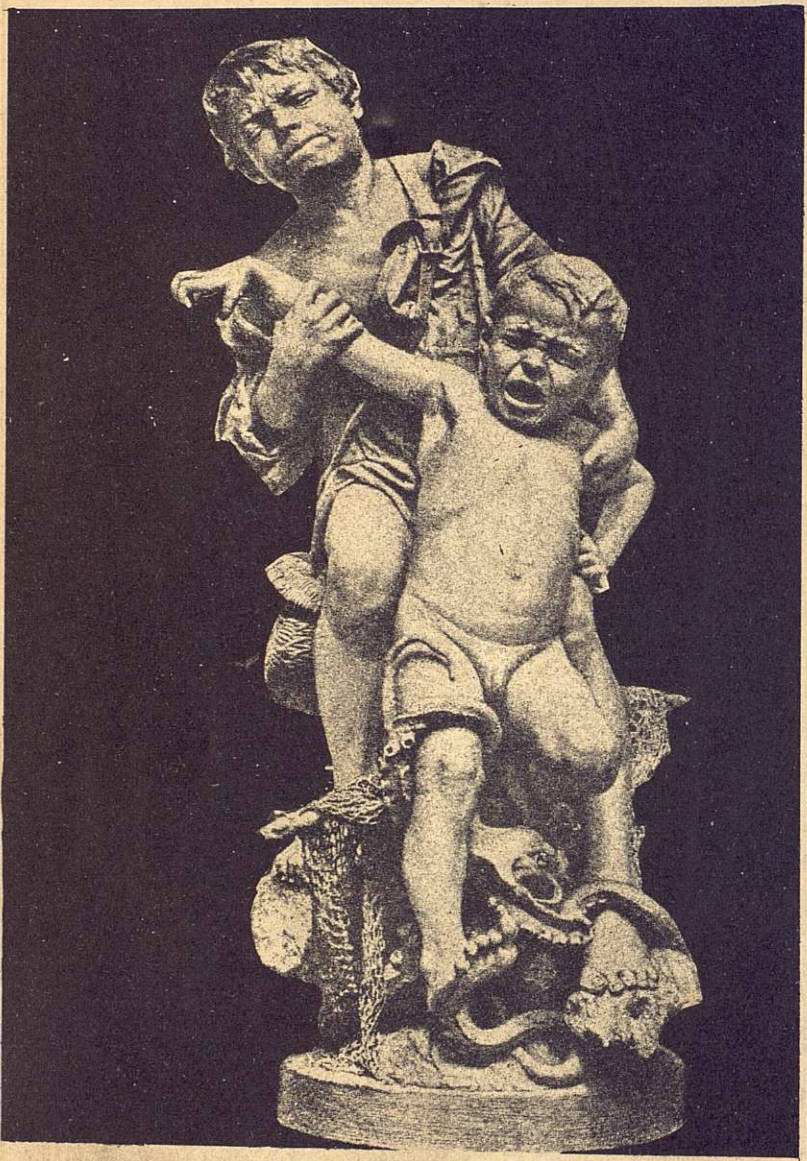
MODAS

He aquí cuatro nuevas y lindas variaciones sobre el eterno tema del práctico vestidito de organdí, a los que acompañan un gracioso traje de seda azul adornado con piel blanca para "las grandes ocasiones" y un abriguito para los primeros fríos que ya llegan.

Pepin Fernandez
Fot. Gispert

Amelia Rubio Dole...
Fot. M

LOS NIÑOS EN EL ARTE



"EL PESCADOR PESCADO"

Escultura de A. Marmas-García.

LOS NIÑOS EN EL CINE

JUANITO ROGERS, el hijo del célebre Will Rogers será algún día estrella, al igual que su ilustre *papaíto*.

"COSAS DE LA EDAD"

Estudio fotográfico por Jorge Cullín Ayerza

PENSAMIENTOS DE MARTÍ

La actividad es el símbolo de la juventud.

* * *

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender.

* * *

Una escuela es una fragua de espíritus.

* * *

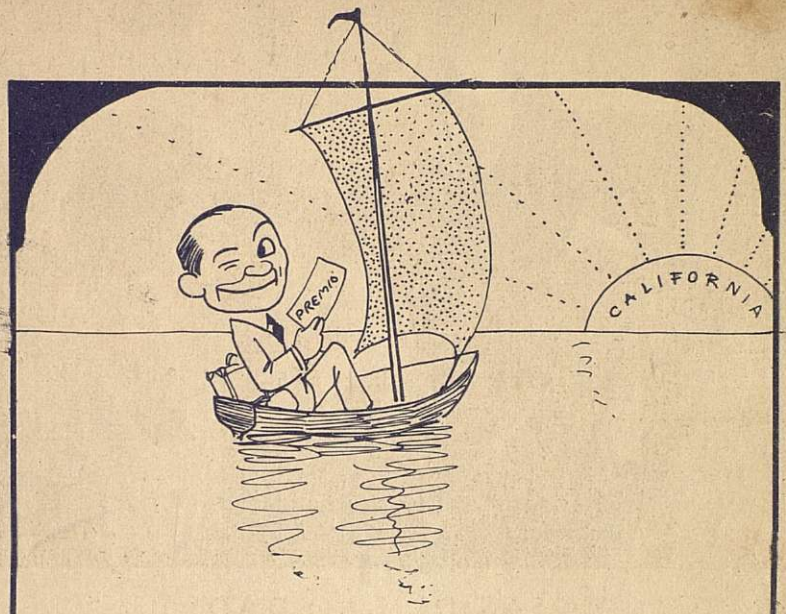
La educación es como un árbol; se siembra una semilla y se abre en muchas ramas.

* * *

Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

* * *

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el sol, son los intereses patrios.



Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participarle a los ya muy numerosos admiradores (y no decimos lectores, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concuros, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles, etc, etc, a quién hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje ABSOLUTAMENTE GRATIS a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del orbe. No creemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciónes contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya estarán preparando la maleta.

Vean el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.
Director—Gerente.

ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. I-1119. — Grabadores e impresores

PULGARCITO

VOL. II • NUM. 12 • DICIEMBRE • 1920 • 25 CTS.

JUGAREMOS A...

BALTASAR

Florient
Flowers of the Orient
SEGURO.

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

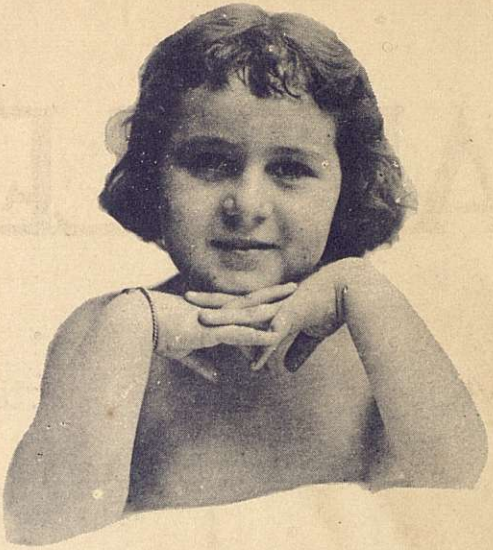
CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos
de la América Latina.

CINES, DEPORTES,
TEATROS

Director Gerente:
OSCAR H. MASSAGUER
Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.
el Número



Carmen Soler Verdugo

Fot. Handel

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

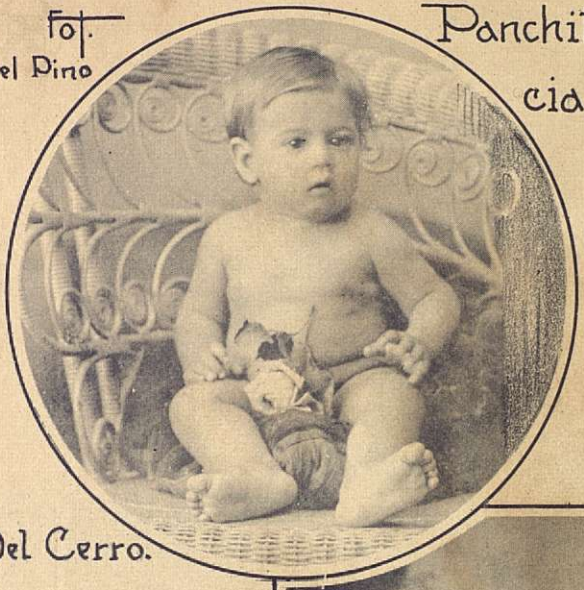
Fot.
American
Photo.

Bertha Loret de Mola
—y Betancourt

De Camagüey.

Fot. del Pino

Panchito Garcia Miró.



Del Cerro.

De la Habana.

Silvio Villazon y Cuervo

Fot. Sainz

José Luis Martínez Ortiz.

Fot. Alonso.—

Zenón Soria López.
de Matanzas

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, DICIEMBRE 1920 NUM. 12

EL HIJO DEL CAPITAN

Por HUGO WAST

ERA hace muchos años, cuando había piratas, en una hermosa noche del mes de Abril.

El mar, obscuro como la tinta, sólo reflejaba algunas estrellas en sus olas inquietas.

"Hubiera estado completamente desierto si en aquel instante no lo cruzara un bergantín-goleta de dos gavias, que a velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura le revelaban como un velero de primera clase, que con buen viento y desplegando todo su velamen podía hacer cómodamente doce nudos por hora.

En el cuadro de popa se leía en doradas letras un nombre: *Palermo*. Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

En efecto; su dueño y capitán, Giovanni Raffadali, había nacido en Catania, una de las más bonitas e importantes ciudades sicilianas.

Era un hombre de cuarenta años.

Gracias a un activo comercio que mantenía personalmente con los puertos de Levante, había logrado reunir riquezas suficientes para comprar una quinta a orillas del mar que tanto amaba, en donde vivía su esposa, y en la cual había vivido hasta los doce años su único hijo.

Llamábase Enrique, y era un robusto muchacho de ojos atezados y negros cabellos, y de tez un tanto bronceada, cual conviene a un hijo de Catania.

Amaba el mar como su padre, y le temía sin conocerlo; porque Enrique, a pesar de sus doce años, jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

Su padre quería hacer de él un digno sucesor suyo; pero esperaba que cumpliera los doce años para darle el bautismo de agua salada y hacerle conocer al padre común de los habitantes de la costas.

Mientras tanto, Enrique podía jugar en tierra firme con la barca de un viejo pescador, y una que otra vez, con buen tiempo, dar un paseíto en ella.

—Mira, muchacho—solía decirle el pescador sentado a popa con la caña del timón en la mano:—empuña los remos, y ayuda un poco al viento. No es bueno dejarlo que trabaje solo.

Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos para ayudar al viento, consiguiendo en realidad desarrollarse las fuerzas en el rudo aprendizaje de marino.

Pero aquellos paseos no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años para *largarse* al mar a bordo del bergantín-goleta de su padre!

Este era su sueño dorado. Cuando su cabeza reposaba en la almohada y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos, y hasta piratas con quienes combatía y a quienes, por supuesto, vencía.

Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, a la sazón en viaje, no le iba a engañar, corrió al puerto a ver si había llegado el *Palermo*.

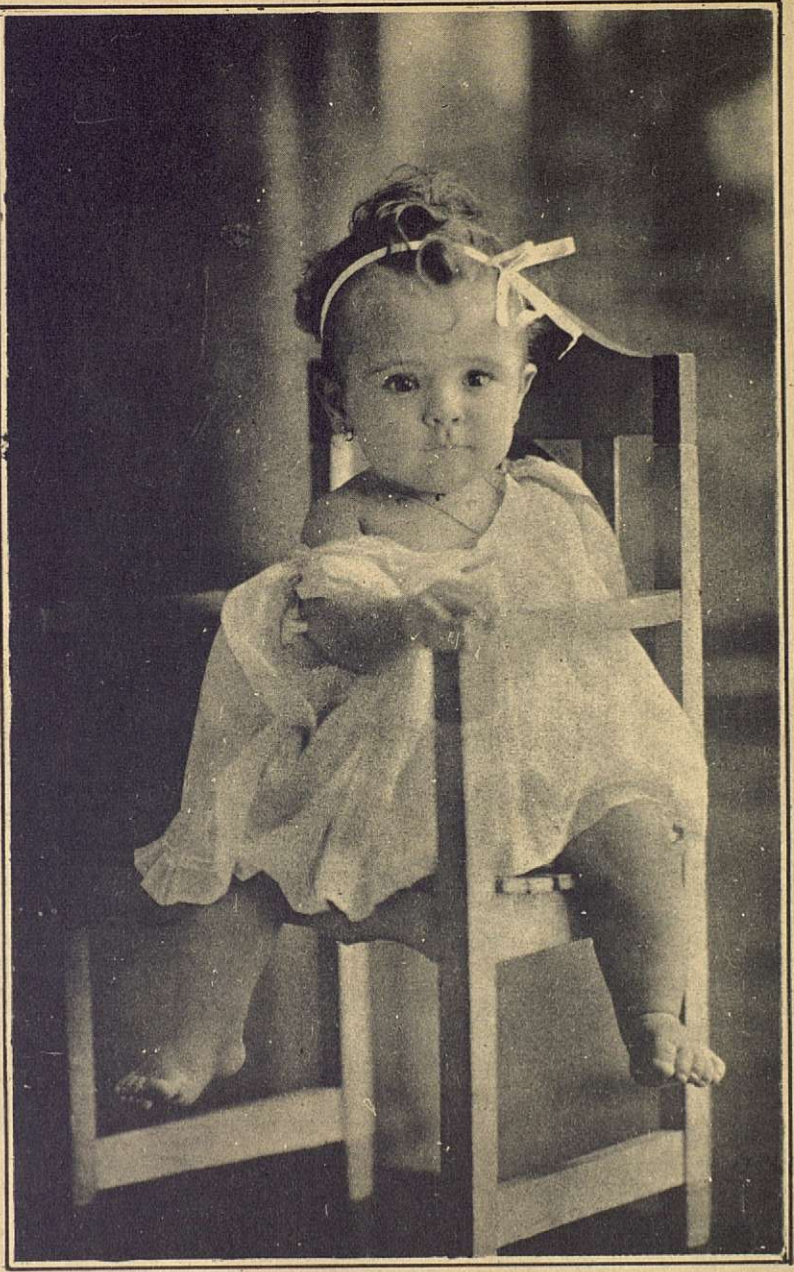
"Sí; allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera.

El capitán Raffadali iba expresamente a cumplir la promesa hecha a su hijo. Este vió desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor, y a poco el muchacho caía en brazos de su padre.

—¡Amiguito!—le dijo éste.—Hoy te embarcas.

El niño no respondió: aquello era demasiado hermoso para creído. ¡Embarcarse! Había soñado tanto con aquel dichoso instante, que, entonces, apenas podía creer que estaba despierto.

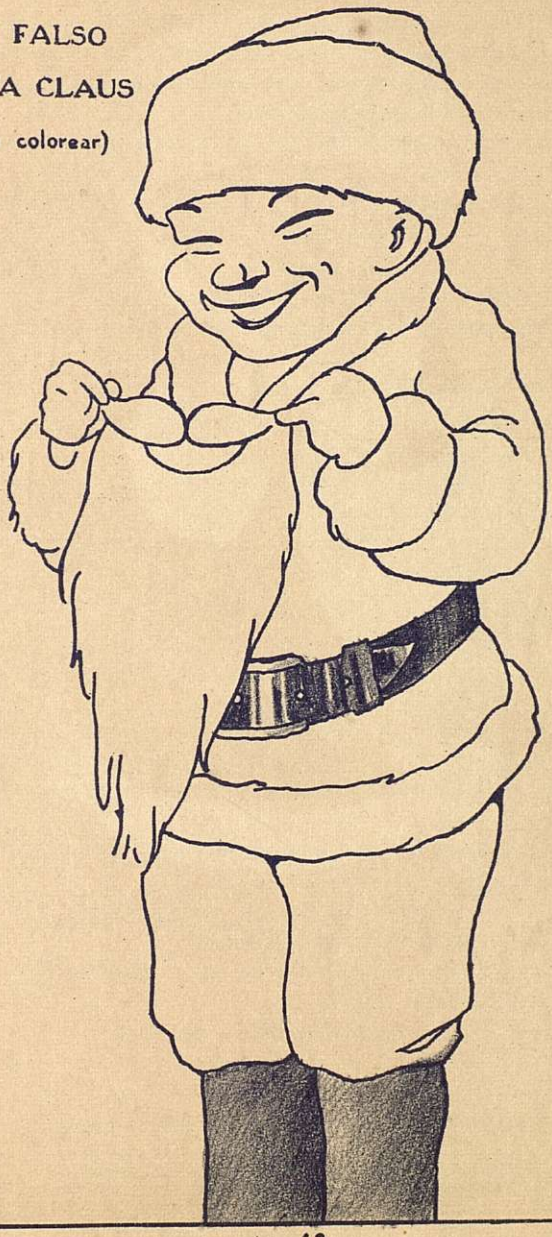
Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedaba en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique, ya en el barco, advirtió el áspero chirrido de la cadena del ancla arrastrada por el cabrestante, el sordo crujir de la lona acaricia-



Dulce Maria Saavedra

UN FALSO
SANTA CLAUS
(Para colorear)

UN FALSO
SANTA CLAUS
(Para colorear)



da por la brisa y, después, el estremecimiento de las maderas del bergantín, que se ponía en marcha.

¡Oh, el mar!

¡Con qué alegría saludó el muchacho las costas de su patria, que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió la mirada en aquel vastísimo horizonte!

"Cielo y agua por doquiera; sólo a lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, que le parecía a veces las alas de una gaviota. De pronto, en medio de sus pensamientos, le asaltó un recuerdo, y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

A su lado estaba el contramaestre.

—¿No hay piratas?—le preguntó en voz baja, temeroso de pregonar su miedo.

El marino sonrió.

—¿Piratas? ¡El *Palermo* se ríe de ellos! Ven acá, y juzga tú mismo.

Y le condujo al interior del buque.

Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

—¿Qué te parece?—le preguntó.

El niño abrió los ojos sorprendido, y dijo:

—¿No es pirata mi padre?

—¡Bah!—exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada; y añadió bajando la voz:—Tu padre... no tiene arboladura para tanto. Sin embargo, el buque puede ser un buen corsario. Con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío a la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

Enrique cerró los ojos; creyó que el contramaestre se burlaba de él.

—¡Vamos, chico; no te asustes!—dijo el marino,—¡Eso no es nada! Cuando veas el mar de fiesta y al *Palermo* bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces sí que podrás cerrar los ojos.

—¡Yo no tengo miedo al mar!—exclamó Enrique, avergonzado de que eso fueran a creer.

—¡Así me gusta! ¡Ni al mar, ni a los piratas!

—Ni a los piratas!—repitió Enrique.

El marinero reía con una risa áspera y dura. Parecía decir: —¡Ya lo veremos!

Aquella noche Enrique preguntó a su padre:

—¿Cómo se llama el contramaestre?

—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

—Quería saberlo. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

—Es de Palermo, y excelente marino.

—Pero ¿no es pirata?

—¡No!—exclamó el capitán riendo;—no es pirata.—Y añadió para sí:—Aunque, después de todo, no le iría mal en el oficio. ¡Tiene un aire de corsario! ¡Bah!—prorrumpió alegremente,—¡qué ha de ser!

Poco después el *Palermo* llegaba a los puertos de Levante. Allí estuvo anclado o recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus riquezas. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que había hecho en ningún otro. La bodega del *Palermo* volvía repleta de productos de la industria oriental: sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban fácil salida en los mercados europeos. Además, los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contramaestre, el *Palermo* se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

Sería la media noche. El capitán dormía con Enrique en la cámara. El muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió a cubierta. Allí la obscuridad era completa; todas las luces se habían apagado. El silencio era demasiado profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

No dejaron de extrañarle a Enrique estos detalles, pues sabía que un barco en alta mar jamás debe apagar las luces de posición.

Intranquilo, dió algunos pasos, cuando oyó el crujir de una escotilla que se abría. Iba a retroceder para entrar en la cámara, cuando le interceptó el paso un hombre cuya figura se dibujaba borrosamente en la obscuridad. Sus pies desnudos no hacían ruido. Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el cual el otro tropezó.

—¡Diablo!—gruñó.—¡Casi me voy a pique! ¡Y todo por causa de ese bárbaro de Dimas que no echó el rollo a la sentina!

El muchacho estuvo a punto de dar un grito: por la voz y la estatura había conocido a Volpi.

"El contramaestre se acercó a la rueda del timón; junto a ella estaba un hombre. Volpi no habló; lanzó un silbido muy suave, que, sin duda, era una señal convenida porque instantáneamente subieron dos o tres hombres, a cubierta, reuniéndose a los otros dos.

—¿Y Ben-Hissar?—preguntó el contramaestre.

—En su puesto, junto a la puerta del camarote de proa—respondió una voz.

—¿Y Sphakia?

—¡Presente!—dijo una voz.

Todos hablaban en italiano, pero con pronunciado acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombre que había pronunciado el contramaestre: estaba cierto de que los oía por primera vez. Eran, pues, hombres extraños a bordo. ¿Cómo habían entrado? ¡Misterio! Quizás—pensaba el muchacho—entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina. Esta no era una maniobra difícil estando en connivencia con el contramaestre. Pero no tenía tiempo de reflexionar: los hombres hablaban nuevamente, y no quería perder ninguna de sus palabras.

—¿Y la tripulación?—preguntaba uno.

—No podrá hacer nada—respondió el contramaestre.—Ben-Hissar tiene asegurada la puerta: quedará encerrada, y cuando pueda salir, ya será tarde.

—Entonces, ¿no queda más que el capitán?

—Nadie más que él y su hijo: vé, y entiéndete con ellos.

—¿Los mato?—preguntó el turco con atroz sangre fría.

—¡No, bárbaro!—exclamó riendo el contramaestre.—No hagas eso; tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán: de todas maneras, hoy o mañana, la muerte le sabrá igual.

—¿Y al muchacho?—preguntó de nuevo el turco.

—A ése, sí; mátalo—gruñó el timonel.

—¡No!—ordenó el contramaestre con voz seca.—A ése, no. ¡No permito que nadie le toque un pelo! ¡Ni hoy, ni mañana, ni nunca! Sacaremos de él un buen grumete. Me recuerda a un hijo mío que viviera, sería de su edad. Anda, haz lo que te digo. Pero poco ruido, ¿eh?

El corazón de Enrique palpitaba con fuerza. ¿Qué hacer? No había más que un recurso: avisar a su padre. ¡Ah! Pero ya era tarde: el turco había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse a ella, porque los hombres que estaban en el puente le hubieran apresado.

Aunque con el corazón oprimido, conservaba su sangre fría y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro de muerte, según las órdenes del contramaestre. Por otra parte, nada podía hacer él contra varios hombres; era preferible obrar por astucia. ¿Cómo?

El muchacho sentía correr el tiempo con espantosa rapidez, midiéndolo por las palpitaciones de su corazón.

Un rayo de luz hirió sus ojos: el contramaestre acababa de en-

cender una mecha, y con ella dió luz a dos linternas. Colocó una sobre la bitácora, y tomó la otra.

Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables para evitar que le descubrieran.

—¡Tarda mucho!—decía el contramaestre.—Voy a ver que pasa . Vosotros, esperad aquí.

En aquel momento se oyó un grito en la cámara de popa.

—¡Socorro! ¡Socorro!—exclamó alguien.

—Es Ben-Hisar—dijo el contramaestre.—¡Ha perdido la partida! Pero aún es tiempo de ganarla. ¡Venid todos conmigo!

Volpi, seguido de los otros, se precipitó tumultuosamente en la cámara.

—Enrique se plantó de un salto en medio del puente.

—¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamaba indeciso e impaciente.

Auxiliar a su padre, era imposible. ¿Qué podía él contra cuatro hombres?

Mientras tanto, el ruido crecía en el camarote de popa.

Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto a la rueda del timón, y se apoderó de un hacha que allí había. En tres saltos llegó a la santabárbara, hundió la puerta a hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperción, y penetró en ella.

Todo era desorden a bordo; en la cámara de proa el capitán se debatía furiosamente pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido a ayudar a Ben-Hissar, quien se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali; en el camarote de popa se alzaba la espantosa gritería de toda una tripulación despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta, sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto, el buque, abandonada la rueda del timón, iba dando tumbos sobre las olas, que comenzaban agitarse con la brisa, cada vez más fresca.

Enrique desfondó con el hacha varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna, que arrojaba un chorro de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Volpi, Ben-Hissar, Sphakia! ¡Venid; venid todos!

El timonel, una vez asegurado el capitán corrió a la rueda del timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente. Al subir a cubierta vió con indecible espanto al hijo del capitán, que, con una mecha en la mano, estaba pronto a dar fuego a la santabárbara.

¡Ah, maldito!—rugió palideciendo; y se precipitó en la cámara de popa gritando:

—¡Volpi, Volpi! ¡Corred pronto, o hacen volar el buque!

El contramestre apareció en el puente, sañudo, desgreñado, amenazador. Con voz breve dió orden al timonel de enderezar el barco; corrió a la santabárbara, y al ver la actitud del niño en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido, y le apuntó con una pistola.

—Es inútil—gritó el hijo del capitán.—¡Siempre caerá la mecha sobre el barril, y volará el bergantín con todos los piratas que hay a bordo!

El brazo levantado del contramaestre cayó inerte.

—Di, muchacho—exclamó pálido de terror:—¿qué quieres hacer?

—¡Nada!—respondió Enrique con aterradora calma.—¡Hacer volar el buque!

—¡No; tú no harás eso, hijo mío!—replicó el pirata dulcificando cuanto pudo la voz.

—¿Qué no? ¡Mira!—Y el heroico niño bajó la mecha; ya iba a tocar la pólvora...

—¡Detente!—exclamó el contramaestre, nervioso de coraje y sin atreverse a dar un paso. ¡Un momento!

Enrique alzó la mecha.

—¡Habla!—dijo con segura voz.

—¡Tú también morirás, si haces volar al buque!

—Lo sé; pero no me importa.

—¡Morirá tu padre!

—¡Mi padre! ¿No morirá lo mismo en vuestras manos? ¿No tenéis una cuenta que arreglar con él?

—¡Ah!—exclamó el siciliano estremeciéndose de ira.—¡Arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas!

—¡Bien! Dame primero lo que pida, y después la apagarás tú mismo.

—Pide.

—Trae a mi padre al puente.

El contramaestre vaciló; pero viendo decidido al pequeño héroe, comprendió que no le quedaba otro recurso, y ordenó que llevaran al capitán.

—Éste se presentó con los brazos ligados.

Al ver a su hijo lo comprendió todo, y sólo tuvo un gesto de admiración.

—¡Bravo, mi Enrique; bravo!

—Ahora—dijo el contramaestre,—apaga la mecha.

—No; tengo algo más que pedir.

—Pide.

—Corta las ligaduras a mi padre, y que suba al puente toda la tripulación.

—¡Imposible!—rugió el bandido con ira.—¡Perderé lo que he conseguido; perderé el *Palermo;* perderé el imperio de los mares!

—¡Pirata!—exclamó con desprecio el niño.—Conténtate con salvar la vida.

El bandido comprendió.

—Hemos perdido la partida—dijo con rabia.—¡Sphakia, que suba al puente la tripulación!

Algunos instantes después los marineros del *Palermo* se alineaban sobre cubierta.

—¡Corta las ligaduras del capitán!—ordenó a Ben-Hissar el contramaestre.

El capitán quedó libre.

—Y ahora, ¿qué haces tú?——preguntó el pirata a Enrique.

—Lo prometido.

Apagó la mecha, y se arrojó en los brazos de su padre.

Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán, que daba orden de aprisionar a todos los que habían intentado apoderarse del buque.

Minutos después eran llevados a la sentina, sólidamente amarrados, el contramaestre, el timonel y los tres turcos. Y el capitán Raffadali, tranquilo como siempre, se retiraba a la cámara de popa con su hijo.

A bordo volvió a reinar el orden habitual, como si nada hubiera sucedido.

—¡Bravo, mi Enrique!—exclamaba el capitán, ya en su cámara, abrazando a su hijo.—¡Eres un héroe de doce años!

—Y ahora, padre mío—preguntó el muchacho,—¿qué harás de esos cinco prisioneros?

—¡El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de una entena!—respondió siniestramente el capitán.

—¡Padre mío!—exclamó el muchacho abrazando a su padre. —¿Y si yo te pidiera su vida y su libertad?

—No podría concedértelo. ¡Han pretendido asesinarme!

—¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida a tu Enrique?

—Le perdonaría.

—¡Bien!—dijo el niño arrojándose al cuello de su padre.

Entonces le habló al oído largo rato; le contó cómo el contramaestre, el cabecilla de los bandidos, había dado orden de que a él no le mataran, por recuerdo de su hijo; le mostró que si salvaba al cabecilla no podía condenar a sus cómplices; le dijo, en fin, cuanto podía decirle, con el corazón en la mano, y cuando vió que una lá-

grima silenciosa se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntó de nuevo:

—Y ahora, ¿qué harás de ellos?

—Ahora, por tí Enrique mío, sólo por tí, les perdonaré la vida, y en la primera tierra que veamos desembarcaré a esos piratas.

. . . . . .

Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta a Volpi con sus cuatro secuaces, entraba airosamente el bergantín-goleta en el hermoso puerto de Catania.

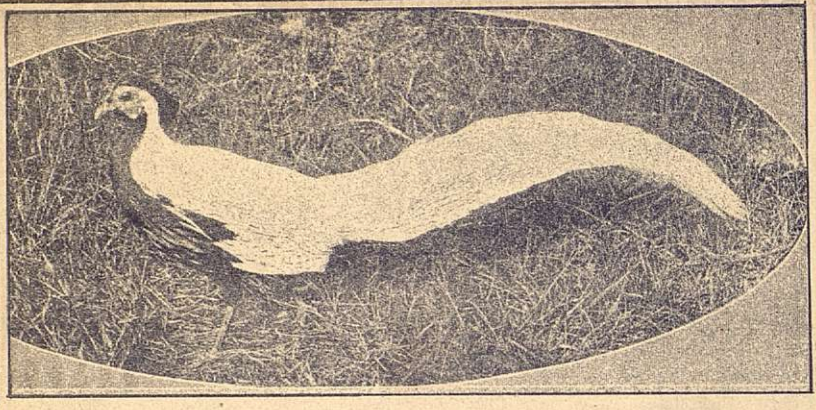
¡TESORITO!

(Estudio fotográfico por Jorge Cullín Ayerza.)

CUADRITO

MAMITA, FELIZ AÑO NUEVO.

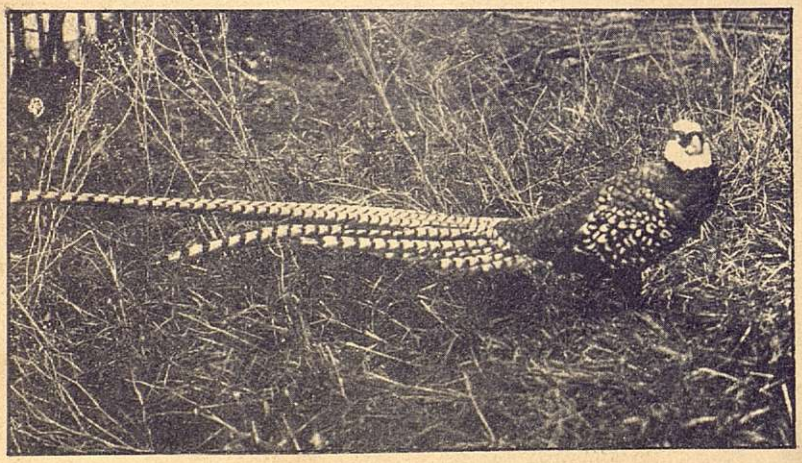
(Cuadro de Wagner)

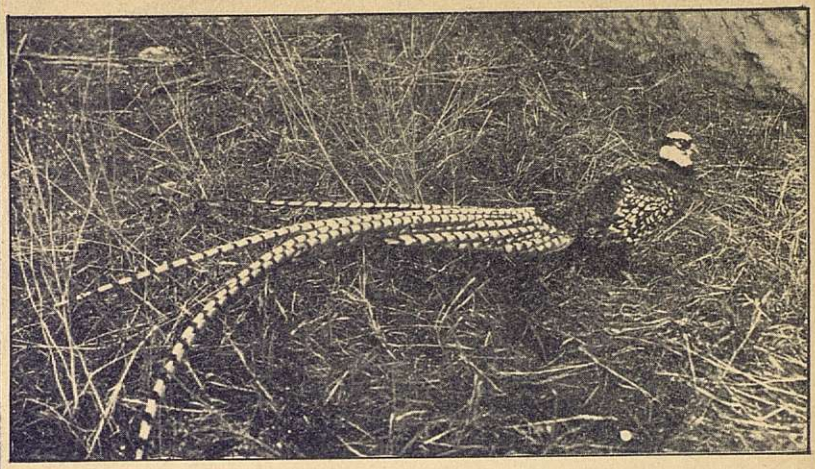


Aves Exóticas de Lejano Nido

Es verdaderamente interesante observar lo variado y bellísimo que es el reino de las aves. Reunen en su plumaje las formas y los colores más variados; y algunas parecen verdaderamente pájaros fantásticos, soñados por los autores de esos deliciosos cuentos de hadas para maravillar al mundo...

¿Queréis nada más bello que el pavo-real o que el ave lira? Pero esos, en verdad, son bastante conocidos. Allá muy lejos, en China, existe una variedad extraordinariamente bella de faisanes. ¿No habéis oído hablar de estos bellos pájaros de carne rica y de plumaje tan variado como de color lo es el arco-iris? Pues además de esas lindas especies que podemos llamar corrientes, viven en el norte y el sur





de China tres clases que han sorprendido a los naturalistas: una tiene plateado el plumaje que parece hecho por un pintor y de una sola pincelada; otra tiene una cola fina, elegantísima, y una especie de capotico alrededor del cuello originalísimo que contrasta con la tupida unión de grandes plumillas blancas con que adorna su cabeza; y la tercera ostenta una cola parecida a la de los faisanes corrientes, pero de cinco a seis pies de largo, curiosísima.

En China donde sus artistas gustan tanto de las cosas decorativas están muy bien estas aves que dan mayor color y fantasía a los encantadores paisajes.

PULGARCITO

Francisco Franquiz Vallés

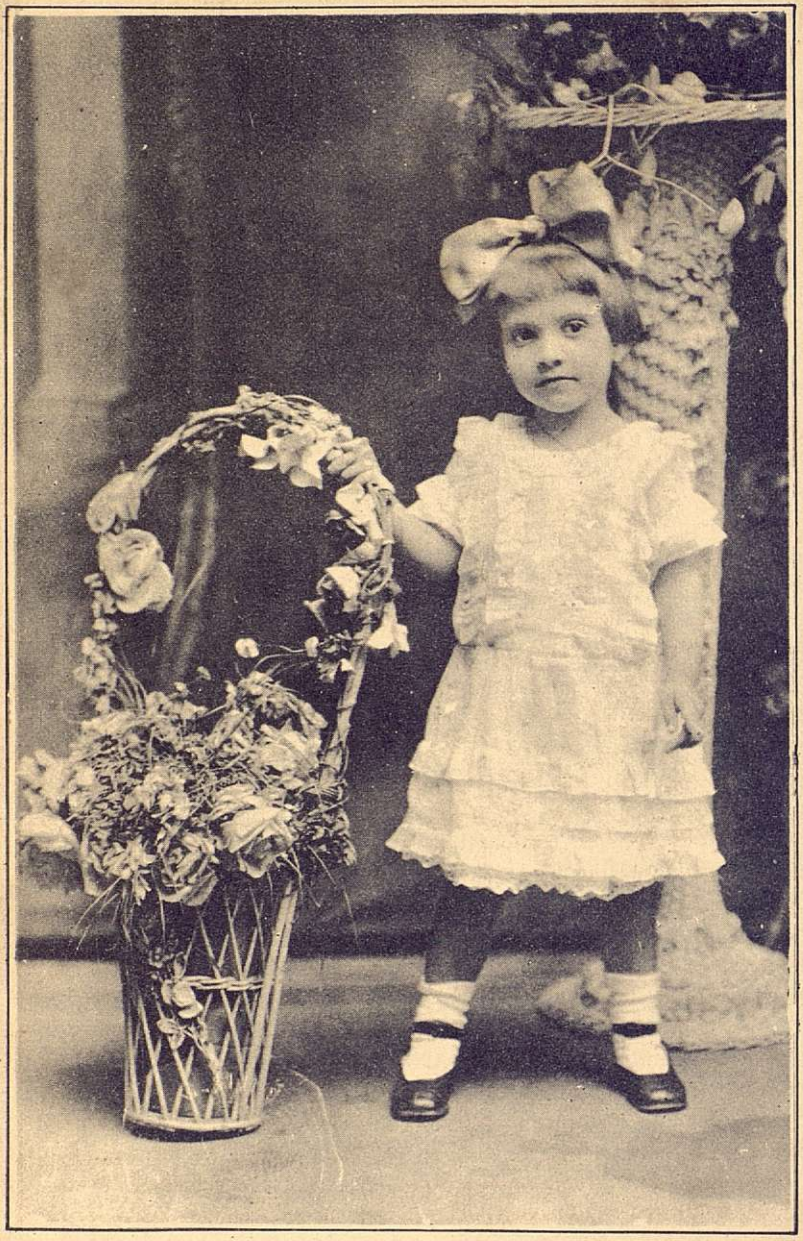
Willy Arango
Alvarez Cerice

Angela Herrera Hernández

Maria Navarro
San Martin

Manolito Argote
fots. Handel

Florencia y Oscar
Bitchman Perea



Lolita Cruz

Del Cerro. Fot. Muñez.

Pequeños Héroes Vistos por Grandes Artistas

LA FUENTE DE LOS GATOS, EN HILDESHEIM

HA sido Alemania, el país que más fuentes y estatuas ha dedicado a la memoria de esos héroes encantadores con quienes reímos o lloramos, a traves de los cuentos infantiles. Ya lo dijimos en otra ocasión cuando publicamos varias fotografías de la gran fuente del parque de Friedrichshain, en Berlín, donde los más célebres personajes de los cuentos de hadas están allí representados muy artísticamente. Hoy vamos a ocuparnos de otra fuente no menos célebre, que fué erigida, no hace muchos años, en la plaza del Mercado de la antigua e interesante ciudad de Hildesheim, y que se conoce con el nombre de *Fuente de los gatos.*

A primera vista parece dicha fuente un antojo de la fantasía festiva del constructor; pero los vecinos de esa típica ciudad saben de sobra que la fuente conmemora una de las leyendas más curiosas de la Alemania medioeval. En efecto allá en esos remotos tiempos rondaba por las noches las callejuelas de la ciudad el sereno celosísimo que todo lo vigilaba afanosamente. De pronto, dice la leyenda, se sintió acometido una noche por un extraordinario gato negro del cual intentó defenderse esgrimiendo su lanza. Pero... ¿cuál no sería su sorpresa al ver que, sin saber como, había aparecido otro gato que también le acometía? Fué a atacarlos de nuevo, y he aquí que aparece un tercer gato que se une a los otros y comienza a mallar

amenazadoramente. Repartió unos cuantos lanzazos más y entonces maullando al unísono saltaron los tres gatos hacia el lado opuesto de la calle, y rápidamente se añadió uno al terceto para convertirlo en cuarteto impresionante. Nunca como entonces infundieron tanto pavor cuatro gatos. El amedrentado sereno perdió la serenidad al oir que los gatos le decían: "Antes de que puedas contar hasta tres, te saltaremos al cuello." Sin saber qué providencia tomar en tan críticas circunstancias, tocó el sereno la bocina para llamar a sus compañeros de profesión nocturna; pero, ¡cuál sería su espanto al ver que, en vez del impetrado auxilio, se congregaba en torno suyo una multitud de gatos en actitud de echársele encima! Despavorido el sereno hizo la señal de la cruz, y como por ensalmo desapareció la legión felina sin dejar rastro. Apuntaba el día...

La fuente simbólica de esta original tradición está perfectamente adecuada a su finalidad conmemorativa, no sólo por el acierto del conjunto, sino también por la armonía y paridad de sus líneas con las antiguas construcciones de los siglos XV y XVI que forman la plaza del Mercado, en donde se levanta la fuente. El artista Seeboeck, autor del proyecto, ha dotado a su obra de todos los encantos del romanticismo medioeval, de modo que tuviese sabor de época y se acomodara a la índole de la leyenda que sirve de tema a la composición. El profesor Seeboeck acertó felizmente en la hermosa manera de representar la leyenda de los gatos. La figura del sereno está trazada con admirable propiedad y su actitud denota la disposición de ánimo que le dominaba en aquellos críticos momentos, cuando, armado de lanza y bocina en la derecha, y de la linterna en la izquierda, explora la calle. Ante él aparecen sobre el pedestal los cuatro gatos, que lanzan otros tantos chorros de agua, como símbolo de las fulgurantes miradas que sus ojos despedían contra el celoso guardador del sueño de sus convecinos. Todo parece estar animado de vida y movimiento en este grupo, que sintéticamente comprendía en las cinco figuras toda la síntesis de la curiosa leyenda.

En una robusta columna se abren los cuatro caños sobre los cuales están agachados los gatos, y el agua cae en una vasta cuenca, desde donde se distribuye a los cuatro cuerpos de la fuerte, ritmicamente interrumpidos. Todo el cuerpo de la obra es de dolomita, cuyo tono verde gris obscuro armoniza admirablemente con el bronce en que están fundidas las figuras.

La *Fuente de los Gatos* se ha inaugurado recientemente y constituye un atractivo más que añadir a los muchos de la típica ciudad medioeval alemana. La figura del protagonista, el sereno vigilante, permanece en la fuente como en un trono, rodeado de las antiguas casas de madera, que le saludan reconociendo en él al jovial camarada de los tiempos en que recibieron en sus flamantes estancias a los primeros moradores.

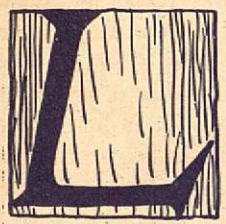
Joe Massaguer Jr.—

Fot. Chilosá

Lo Que Lleva el Rey Gaspar

(CUENTO)

Por AZORIN



OS tres Reyes han salido de sus palacios. Los tres son viejecitos. El rey Melchor es alto, con una barba blanca, sus ojos azules y sus anteojos de oro. El rey Baltasar es bajo, un tantico encorvado, con un bigote largo y una perilla más larga todavía .El Rey Gaspar no usa nada en la cara; va afeitado, pulcro, correcto, pero su nariz cae un poco en gancho sobre la boca y en la comisura de sus labios hay algo como una sonrisa equívoca inquietante, como una ironía vaga, desconsoladora. Yo os digo desde este instante, pequeños amigos míos, que no perdáis de vista a este viejecito...

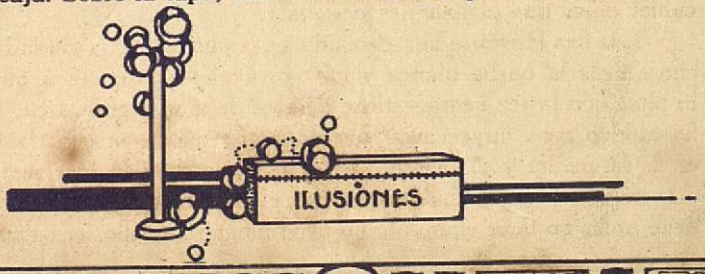
Los tres Reyes van caminando durante la noche por un camino largo; las estrellas brillan serenas, rutilantes, en la bóveda negra; abajo, en la tierra, tal vez en la lejanía remota, se oye un grito perdido o se ve el resplandor incierto de una lucecita. Esta lucecita indica una ciudad. Los Reyes han llegado ya a esta ciudad. Ya van a recorrer sus calles; ya van a detenerse ante las casas; ya van a meter las manos en sus grandes arcaces; ya van a dejar en los balcones sus dádivas ansiadas. Pero los tres se detienen un momento antes de penetrar en la ciudad. Antes—ya lo habréis oído contar—estos Reyes eran muy ricos y les ponían sus regalos a todos los niños de todas las casas, de todas las ciudades; pero el tiempo ha corrido mucho; las circunstancias han cambiado mucho para los Reyes, y estos tres excelentes monarcas, a fuerza de prodigar sus dones, han venido a ver grandemente mermado su caudal. Quiero decir que Gaspar, que Baltasar y que Melchor se ven todos los años en el terrible compromiso de no dejar sus recuerdos preciosos, sino a tales o cuales niños que el azar les designa.

Los tres Reyes se han detenido a las puertas de la ciudad. Melchor, el de la barba blanca y los ojos azules—no creáis a quien os lo pinte con la tez negra,—tiene delante de sí una gran arca, que él ha abierto para inspeccionar qué es lo que queda en ella, Baltasar, el de la perilla y el bigote—reiros de los que os lo representen de otro modo—tiene también una arca, y en ella, con el mismo fin, no tiene arca, no tiene equipaje, no tiene ningún camello, ni caballo, ni

asno en que llevar lo que ha de regalar a los niños, pero tien euna nariz un poco encorvada y unos labios que expresan una ironía suave, vaga, inquietadora.

Los tres Reyes han hecho ya su arqueo y se disponen a penetrar en la ciudad. Como van siendo ya pobres, ellos no llenan las cestas que hay en todos los balcones, sino que, según la comodidad o el capricho, dejan sus mercedes y regalos en unos—que son pocos—y pasan de largo ante otros—que son muchos.—He de deciros que para que sean más los niños favorecidos, los tres Reyes han convenido, no en donar los tres sus regalos a todos los niños elegidos, sino en que cada uno haga una donación a cada niño. Y así, de tarde en tarde, Melchor se para delante de una casa y abre su arcón, luego deja en la ventana su dádiva. Lo que este rey de la barba blanca regala, se llama "Inteligencia". Al cabo de un largo rato, Baltasar se detiene ante otra casa y mete la mano en su tesoro; después pone su dádiva en la ventana. Lo que este rey del bigote y de la perilla dona tiene por nombre "Bondad".

Y sólo este histórico rey Gaspar. este rey de la nariz picuda y de los labios apretados, sólo este rey pasa, y pasa, y pasa ante los balcones y no se detiene sino ante uno, o dos o tres de cada ciudad Y ¿qué es lo que hace entonces el rey Gaspar? ¿Qué es lo que regala este rey? ¿Por qué es tan sórdido, tan avaro, tan riguroso en sus regalos? Todo el tesoro de este rey está en una diminuta caja de plata que él lleva en uno de los bolsillos de su levita—no olvidad que los reyes usan ahora levita.—Cuando Gaspar se detiene ante un balcón, allá, muy de tarde en tarde, él echa mano de su pequeña caja, la abre con cuidado y pone su donativo en el balcón. No es nada lo que ha puesto; es una cosa insignificante; es como humo que se disipa al menor viento; pero este niño favorecido con tal regalo gozará de él durante toda la vida y no se separarán de él ni la alegría ni la felicidad. El rey Gaspar ha depositado ya su regalo. Sus ojos verdes—¿no os he dicho antes que eran verdes?—brillan fosforescentes; su nariz parece que baja más sobre la boca, y en los labios se dibuja con más profundidad su ironía vaga. Acercáos, pequeños amigos míos; yo os quiero decir lo que el rey Gaspar lleva en su caja. Sobre la tapa, con letras diminutas, pone: "Ilusiones".



Manuel José, Nellie, Willy, Carlos y María Cristina de Góngora y Masón

Fot. Bonani.

CADA UNO A SU OFICIO

FABULA NUEVA

DEL FILOSOFO NORTEAMERICANO EMERSON

Por JOSÉ MARTÍ

La montaña y la ardilla
Tuvieron su querella:
—"¡Váyase Usted allá, presumidilla!"
Dijo con furia aquella;
A lo que respondió la astuta ardilla:
—"Sí que es muy grande Usted, muy grande y bella;
Más de todas las cosas y estaciones
Hay que poner en junto las porciones.
Para formar, señora vocinglera,
Un año y una esfera.
Yo no sé que me ponga nadie tilde
Por ocupar un puesto tan humilde.
Si no soy yo tamaña
Como Usted, mi señora la montaña,
Usted no es tan pequeña
Como yo, ni a gimnástica me enseña.
Yo negar ni imagino
Que es para las ardillas buen camino
Su magnífica falda:
Difieren los talentos a las veces:
Ni yo llevo los bosques a la espalda,
Ni Usted puede, señora, cascar nueces.

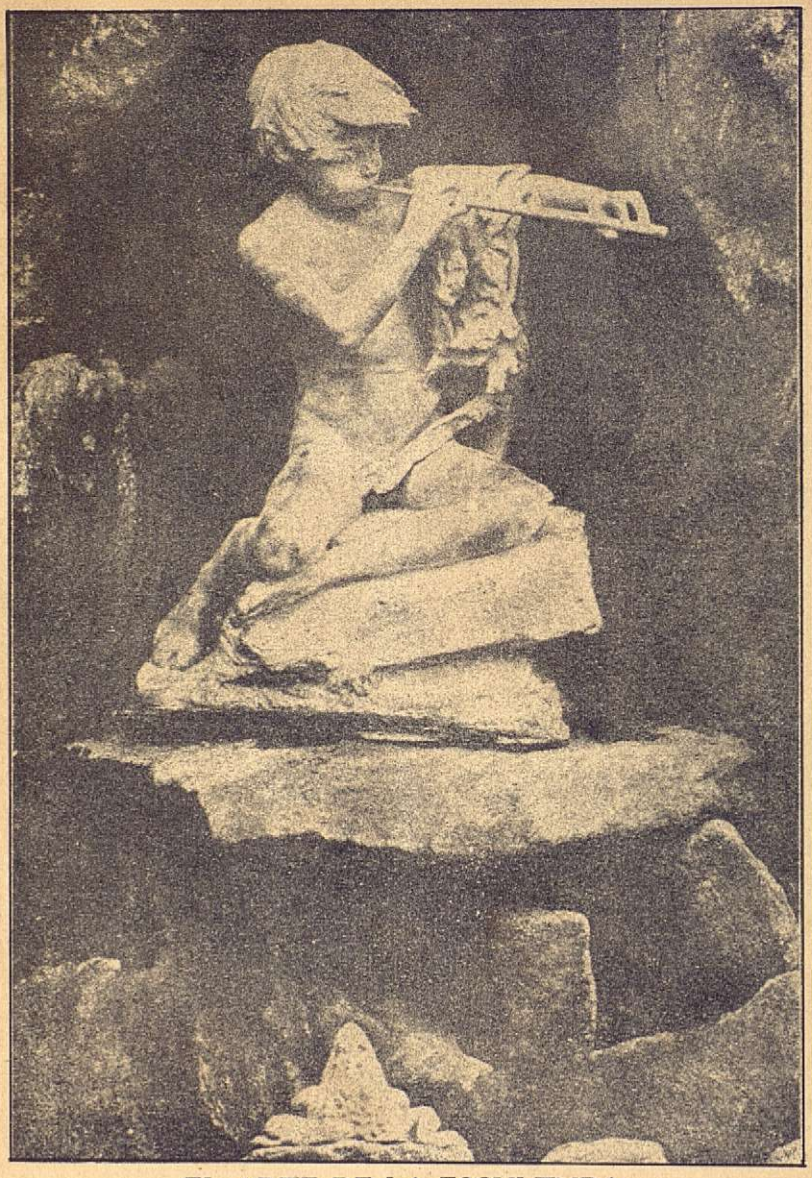
LOS NIÑOS EN EL ARTE

LOS NIÑOS DEL CAPITAN LITTLE; POR ROMNEY

Jorge Romney, famoso pintor inglés del siglo XVIII, nació en 1734 y murió en 1802, dejando numerosas obras, todas ellas admirables, y entre las cuales figura este lindo grupo infantil, lleno de gracia y suavidad.

Nené Rodriguez Cáceres y Morales Pasados.

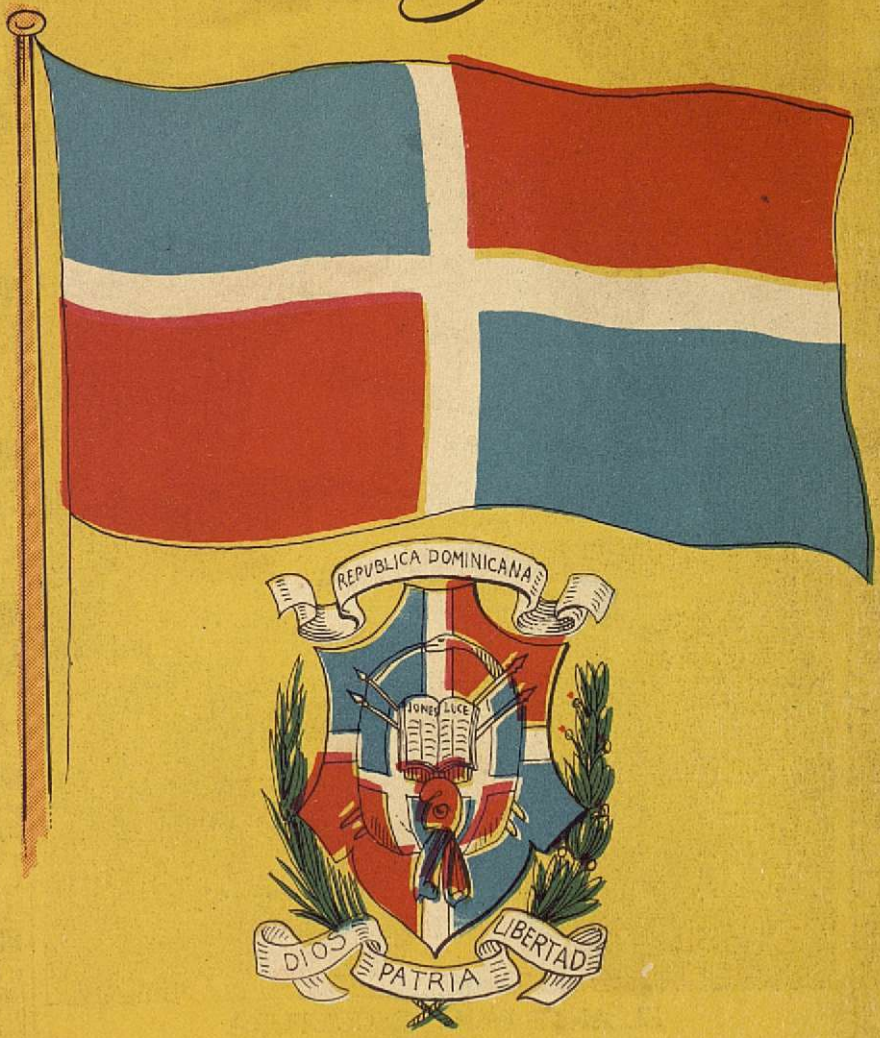
Fot. American Photo.



EL ARTE DE LA ESCULTURA

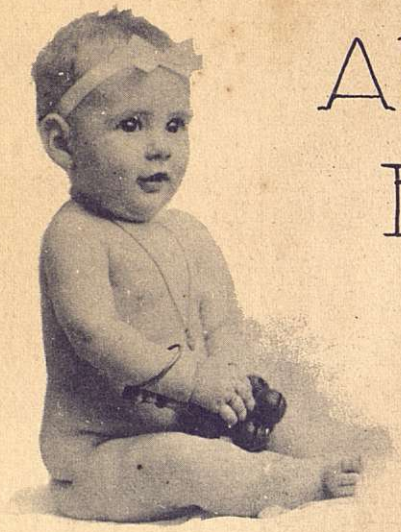
La célebre fuente de la rana, obra de Janet Scudder, que existe en la casa de Rockefeller. La rana aparece debajo, en primer término, encantada ante los sonidos que el niño arranca a su mágica flauta.

BANDERAS y ESCUDOS



REPUBLICA DOMINICANA

Capital: Santo Domingo.



Alicia
Franquiz

Maria T.
Fabio
Losada

Isabelita Chávez y Rensoli.

Fots. Jáuregui.

Pedro Pablo Napoleón Chávez.

Cómo se Fabrican los Juguetes

NO tiene, vista por dentro, nada de agradable la fábrica de muñecas. La pintura ensucia las mesas y los suelos; Las pastas usadas en la fabricación rezuman de los tableros y de los estantes; los recortes de hojalata, los trapos, la estopa, el serrín y papelotes de mil clases, forman por los suelos montones de desperdicios. Si la futura muñeca está destinada a copiar vuestros semblantes alegres y sonrosados, el taller en que nace está lejos de parecerse al paraíso de que os trajeron a vosotros, adornados de cintas y flores y llevados por un par de serafines, según todos sabemos.

La parte más esencial de una muñeca, la que le da valor en el mercado, es la cabeza. El industrial pone en ella todo su arte, y casi siempre el molde es debido a algún escultor de mérito.

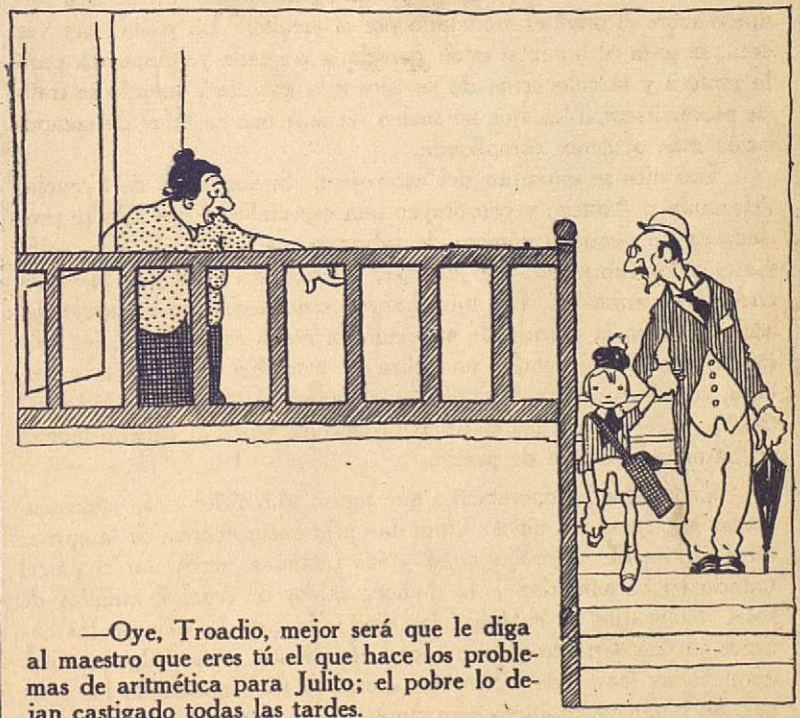
Se da forma a la cabeza, como a las demás partes sólidas de un bebé, vaciando una pasta a propósito en moldes que se han formado sobre el original modelado por el escultor. La pasta, una vez seca, se pasa al horno si es de porcelana o queda ya dispuesta para la pintura y la colocación de los ojos y la cabellera cuando se trata de pastas irrompibles, que no suelen ser más que cartones de composición más o menos complicada.

Los ojos se importan del extranjero. Suelen venir de Francia, Alemania o Austria, y constituyen una especialidad que sólo se produce en un pequeño número de fábricas, que surten de ojos artificiales a los fabricantes de juguetes, a los ortopédi os y a los disecadores de animales. Los ojos, habréis oído decir, son el espejo del alma, y como la mirada de una muñeca no es cosa baladí, los ojos del bebé son casi siempre una obra de arte. En cuanto a la cabellera, se utilizan para formarla todo género de fibras, desde la estopa y la lana para las muñecas ordinarias, hasta el cabello humano para las muñecas de precio.

Casi todas las operaciones que siguen al moldeo están encomendadas a mujeres y a niños. Unos dan a la pasta el color de la carne; otros pintan de negro las cejas y las pestañas; otros con el pincel untado en carmín, dan a la muñeca labios de coral o mejillas de rosa. Colocados en su lugar los ojos y la peluca, déjanse las cabezas en unos palitroques o secadores, donde pasan algunos días mirando con caras de indiferencia cómo se van fabricando las piernas, los brazos y los cuerpos en cuya unión han de pasar a la tienda del vendedor.

En otras secciones del taller se estampan juguetes metálicos: tranvías, locomotoras, caballos, etc. Estos objetos suelen ser de hojalata. Una maquinaria especial corta y da relieve a las diversas piezas que, soldadas o ensambladas, formarán el juguete. Cada pieza se forma de un sólo golpe de la máquina, mediante el cual un troquel de acero saca, de una plancha de metal, la pieza completa. Unida ésta a sus parejas, falta sólo pintar el juguete, operación confiada también a niños o a mujeres.

En otros departamentos se construyen cocinas, salitas de madera o cartón, muebles, etc. Oficios diferentes intervienen en todos ellos; carpinteros, soldadores, empapeladores, relojeros y muchos otros, según sea el material y las condiciones del juguete.



—Oye, Troadio, mejor será que le diga al maestro que eres tú el que hace los problemas de aritmética para Julito; el pobre lo dejan castigado todas las tardes.

(*De "A Careta", Río Janeiro.*)

TRAJES DE INVIERNO

Un vestido de seda suave y verde con bordados a punto de cruz en verde más obscuro, y una cinta negra en el talle; otro de terciopelo negro con *guimpe* de organdí y adornos de piel de castor; un tercero de *duvetyn* azul con piel de ardilla, otro de lanilla gris con bordados de estambre, y el último de *crepe de Chine beige* con encajes del mismo color y un ligero bordado en plata y azul, son los modelos que ofrece PULGARCITO a sus pequeñas lectoras para terminar el año.

LOS CONDENADOS

DIBUJO DE MEDINA VERA

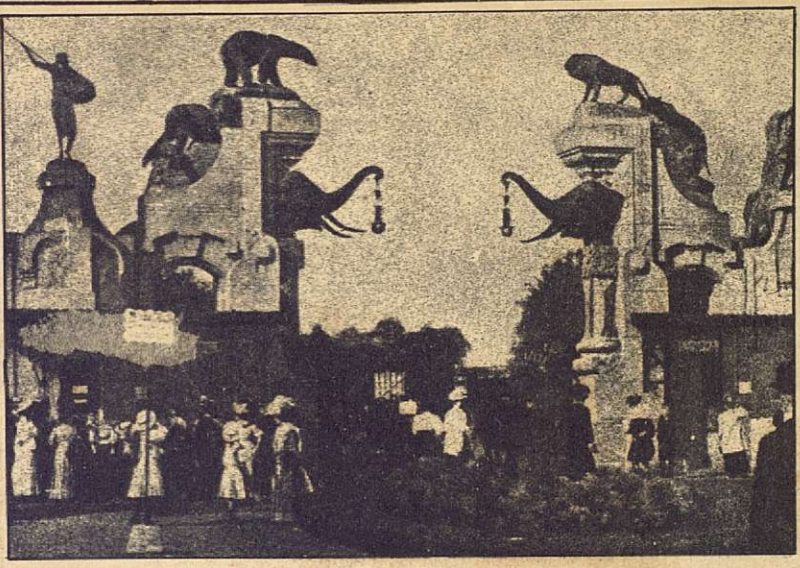
UN PAVO.—¡Qué familia tan simpática! ¡Qué buen recibimiento hemos tenido!
EL OTRO.—Sí, chico... ¡Me parece que lo vamos á pasar muy bien!

EL ZORRO Y LA CIGUEÑA

FABULA DE LA FONTAINE

Compadre Zorro se propone un día
Gastar mucho dinero,
Y a su comadre la Cigüeña envía
Cortés un mensajero
Rogándola comer en compañía.
Fué el regalo mezquino
Y sin mucho aparato;
El galán, un avaro de lo fino,
Vivía parcamente
Y ofreció nada más por todo plato
De leche con azúcar una fuente.
Estorbó a la Cigüeña el largo pico
Y no probó alimento;
En tanto, el compadrico
Lamió toda la fuente en un momento.
Por vengarse de burla semejante,
A poco la Cigüeña le convida.
—"Con mucho gusto," respondió el tunante,
"Con mis buenos amigos en la vida
Gasté yo cumplimiento."
Así que del convite llegó el día,
De la Cigüeña fué al alojamiento,
Alabó su extremada cortesía
Y del festín lo raro y exquisito;
Ponderó sobre todo su apetito
(Nunca faltó a los zorros, a fe mía);
De la carne el olor le deleitaba;
Y muy tierna y sabrosa la juzgaba;
Pero en trozos pequeños dividida.
En vasos especiales fué servida.
De la Cigüeña el pico
Entraba en esos vasos fácilmente;
Mas del Zorro el hocico
Pugnó por penetrar inútilmente.
Volvió en ayunas a su casa al cabo,
Corrido y con mohina
Cual Zorro a quien atrapa una gallina,
Contra las piernas apretando el rabo,
Dando al viento sus quejas
Y gachas las orejas.

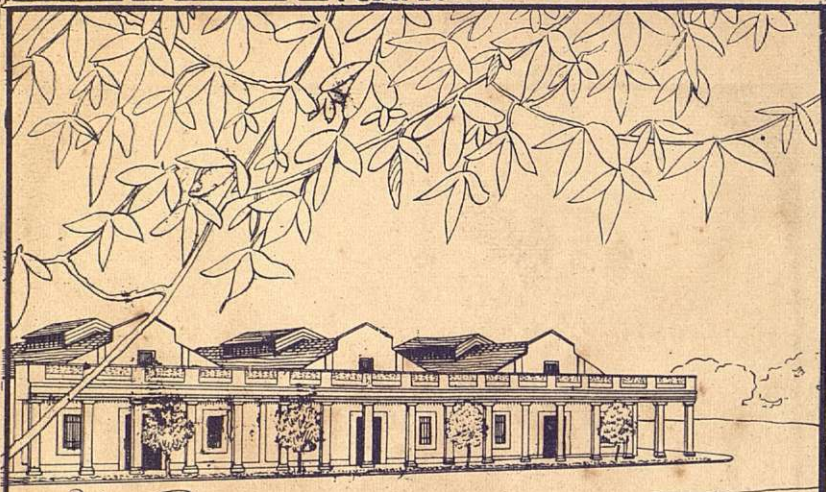
Los que engañáis arteros a los otros
Cuidad que no os engañen a vosotros.

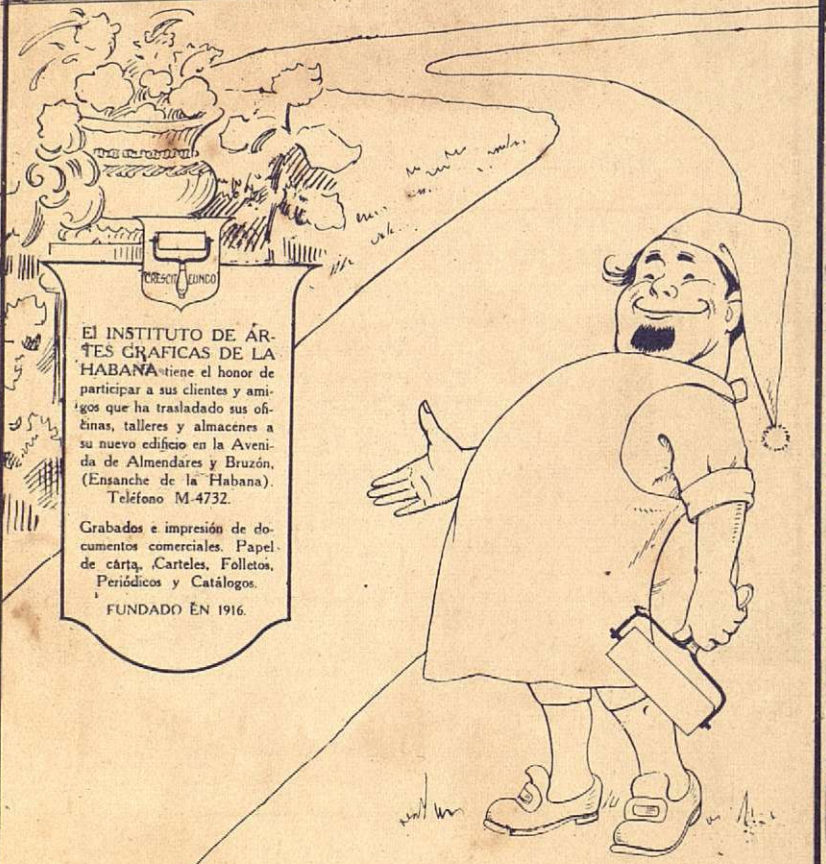


EL GRAN PARQUE ZOOLOGICO DE HAMBURGO

Era un curiosísimo lugar, célebre en el mundo entero, porque de allí salían casi todas las fieras y demás animales que había en otras partes o que tenían los domadores. Su propietario y fundador se apellidaba Hagenbeck, que murió en 1913 y tenía algunos depósitos de animales en Europa, cinco en Asia, tres en Africa y uno en América, estando al servicio de ellos más de sesenta cazadores.

El depósito más célebre en Europa era este parque de Hamburgo, donde los animales tenían lugares adaptados a sus costumbres y al clima del país de donde procedían. Este interesantísimo parque se ha tenido que cerrar a consecuencia de la guerra, pues no había modo de alimentar y cuidar a tantos animales.





El INSTITUTO DE ÁRTES GRAFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón, (Ensanche de la Habana). Teléfono M-4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de cárta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.

Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participarle a los ya muy numerosos admiradores (y no decimos lectores, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concuros, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles, etc, etc, a quién hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje ABSOLUTAMENTE GRATIS a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del orbe. No creemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciones contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya estarán preparando la maleta.

Vean el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.
Director—Gerente.

ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. I-1119. — Grabadores e impresores

PULGARCITO

VOL. II-NUM. 2-FEBRERO 1920-20 CTS.

JUGAREMOS HOY A...

LOS TRINEOS

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

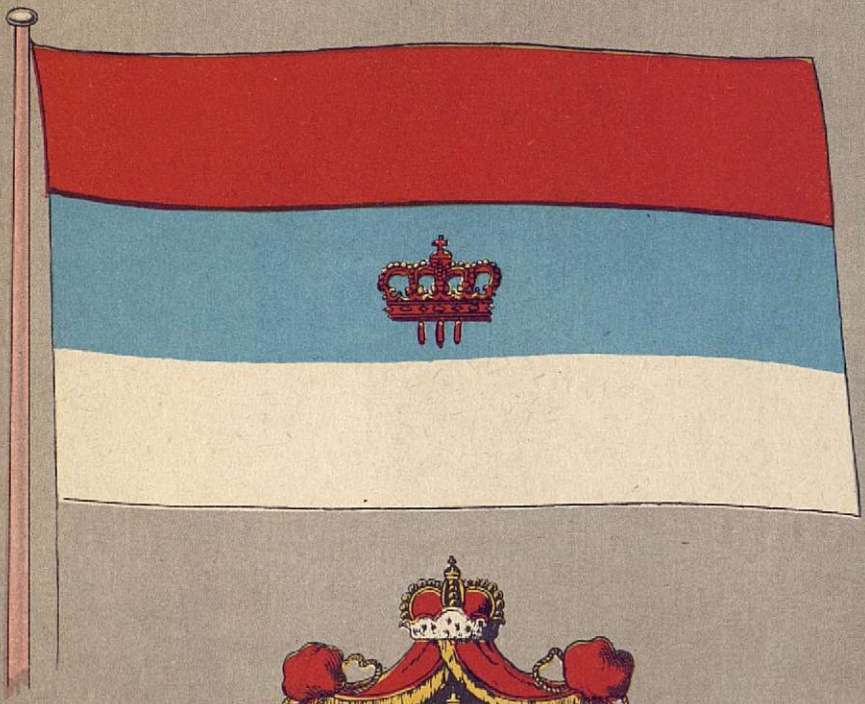
SAN RAFAEL, 32

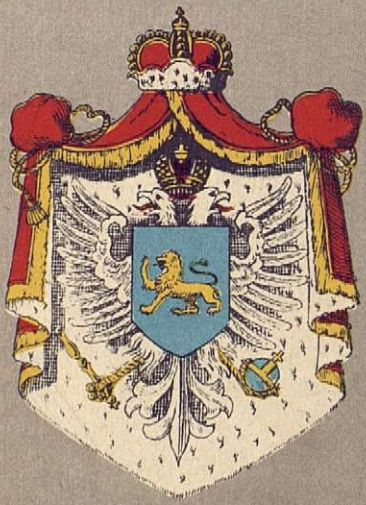
RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos





REINO DE MONTENEGRO

Nicolás, Czar.

Capital: Cettinge.

De la Habana — Fot. Handel

Ofelia Soldevilla y Gonzalez

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

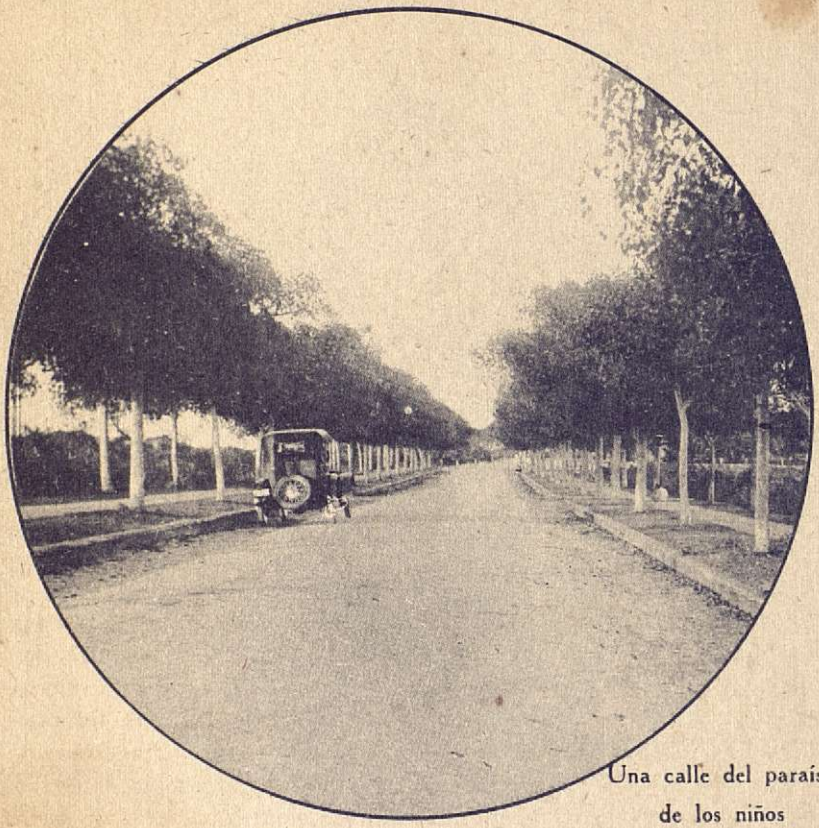
Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

OSCAR H. MASSAGUER
ADMINISTRADOR

GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES



Una calle del paraíso de los niños

Amiguito mío

¿Quieres un terreno para fabricar tu casa cuando seas grande?

Pues dile a tu papá que te compre ahora un solar en la loma de Cojímar.

Hace 20 años tu papá compró terrenos en el Vedado, y hoy esos terrenos valen 20 veces más.

¿Por qué no haces tú lo mismo?

Aquí publicaremos los retratos de los niños que han comprado ya.

PULGARCITO.

MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos.

De la Vibora. Fot. Handel

Adolfito San Pelayo y Roman.

LOS TRINEOS

¿QUIEN no ha visto una de esas fotografías de las grandes llanuras rusas cubiertas por la nieve, sobre la cual se desliza un trineo tirado por hermosos caballos? El trineo no es más que una adaptación de los patines. Cuando los antiguos habitantes de Noruega y de Suecia, hallaron, por medio de los patines, una manera cómoda de caminar sobre el hielo, pensaron en seguida que era muy fácil obtener un coche donde trasladarse sin esfuerzo humano a través de los campos y las ciudades nevadas. Para ello construyeron un carricoche especial, al cual le pusieron en vez de ruedas, unas grandes cuchillas como la de los patines. El problema de la locomoción quedó resuelto. Pero luego la industria y la imaginación misma del hombre, empezaron a crear diversas clases de trineos, dando calor así a un nuevo sport muy parecido, como es fácil de comprender, al sport de los patines.

En Suiza, lo mismo que en el Canadá y algunas regiones de los Estados Unidos, se ve a multitud de aficionados descender en esos trineos en donde se viaja acostado o sentado, valiéndose para ello de las diversas desigualdades del terreno que tiene en el invierno el aspecto de una montaña rusa fantástica. Pero es un sport algo peligroso, porque si no se es un buen patinador, es muy probable que rueden por la pendiente el trineo y quien lo conduce, cada uno por su lado.

Maria Luisa Montalvo y Lasa

De la Habana

Fot. Blez.

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II LA HABANA, FEBRERO, 1920 NUM. 2

EL ALMA DE LA GRAN CAMPANA

LEYENDA CHINA

Por LAFCADIO HEARN

HACE quinientos años el Celestemente Augusto, el Hijo del Cielo, el Emperador Seda-Brillante, de la Dinastía Ilustre, ordenó al digno mandarín Pluma-Enhiesta que hiciera una campana tan grande que sus resonancias se oyeran a cien leguas de distancia. Al mismo tiempo le dijo que hiciera agregar cobre al hierro, para que la voz de la campana fuera más fuerte; oro, para que fuese más profunda, y plata, para que fuera más suave. Y después de otros varios requisitos, dispuso que cuando la terminasen fuera colocada en el centro de la ciudad, para que desde todos los rincones se oyera su sonido.

El Mandarín se apresuró a cumplir las órdenes, y al efecto llamó a todos los fundidores de las campanas más famosas del Imperio. Todos los grandes maestros de ese oficio acudieron a la cita de Pluma-Enhiesta; y no bien se pusieron de acuerdo, comenzaron a trabajar. Prepararon con mucho cuidado los metales, los instrumentos, los moldes y los gigantescos crisoles. Después de estos preparativos, encendieron el fuego, y estuvieron velando día y noche, sin comer ni dormir, atentos a los menores detalles de la obra, a fin de satisfacer al mandarín, y, sobre todo, al Emperador. Pero he aquí que después de todos estos esfuerzos no consiguieron que los metales, de había hablado este último, se unieran. Volvieron a acometer la difícil tarea; nuevos días de trabajo incesante por el día y la noche, tampoco lograron lo que deseaba el Emperador. Volvieron por ter-

cera vez a realizar nuevos esfuerzos, y no obtuvieron resultado.

Los fundidores estaban apenadísimos, pensando en cómo habían sido inútiles sus días de labor y sus conocimientos. Entre tanto, el resultado de los fracasos llegó a oídos del Emperador, el cual se molestó muchísimo, hasta el punto, de enviar un mensajero a Pluma-Enhiesta, con un escrito trazado sobre una hoja de seda amarillo-limón y sellado con el Sello del Dragón, donde le decía que se había traicionado dos veces la confianza que había depositado en él. "Si la traicionas otra vez—le agregaba—te cortaré la cabeza. ¡Tiembla y obedece!"...

Pluma-Enhiesta tenía una hija de belleza deslumbradora, lla-

mada Adorable, y cuyo corazón era aun más bello que su rostro. Adorable quería entrañablemente a su padre, tanto que había desdeñado a más de cien enamorados porque no quería casarse y abandonarlo. Y en manos de esta buenísima hija cayó la carta del Emperador. Cuando ella la hubo leído, sintió que se moría y cayó desmayada. Acudieron sus servidoras y la atendieron. Pasaron unos momentos; y Adorable parecía ya otra persona. Había tomado una resolución...

Aquel mismo día se vistió y fué a vender algunas de sus joyas; luego, con el dinero de la venta se fué a casa de un astrólogo, al cual le contó cuanto había sucedido a su padre, y le ofreció darle todo el dinero que llevaba si él le revelaba un medio para salvarlo. El mago o astrólogo se quedó largo rato pensativo, y después de estudiar el cielo y consultar varios libros, le dijo:

—El cobre y el oro no se unirán nunca; la plata y el hierro, jamás se unirán. Sólo podrá realizarse ese milagro, el día en que se eche en el crisol el cuerpo de una mujer joven, para que su sangre se mezcle con los metales y los una...

Adorable llegó a su casa profundamente conmovida, y no le dijo a nadie que había ido a visitar al mago.

Pasó el tiempo. Llegó por fin el día decisivo en que se iba a intentar por última vez la fundición de la campana. Adorable y su dama de compañía fueron con su padre al gran taller instalado en una plaza; las dos mujeres se colocaron en un estrado desde donde se veía el gran crisol y el trabajo de los fundidores. Todo el mundo trabajaba en silencio, y sólo se oía el murmullo creciente de las hogueras. Los metales se disolvían, y los obreros esperaban tan sólo la señal de Pluma-Enhiesta, para reunirlos e intentar la fundición. Ya iba éste a dar la señal, cuando un grito de Adorable resonó, sobre el trueno de las hogueras que crujían; un grito suave y claro como el canto de un pájaro:

—Por amor a tí... ¡oh, padre mío!

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas frases, se precipitaba de cabeza en el enorme crisol donde habían comenzado a bullir los metales...

El padre de Adorable, enloquecido de dolor, quiso precipitarse detrás de su hija. Los obreros lo detuvieron. Se desmayó. Lo llevaron, como muerto, a su casa. Y mientras tanto, la dama de compañía de Adorable, muda, idiotizada, seguía siempre delante del crisol.

Conservaba en la mano un zapato, un zapatito encantador, bordado de perlas y de flores: el zapato de Adorable. La pobre mujer, había tratado de detener a la hija del mandarín en el momento en que ésta se arrojaba a la hornaza, pero sólo consiguió quedarse

con el lindo zapatico en sus manos, permaneciendo inmóvil, como enloquecida, ante todo aquello que le parecía como una pesadilla...

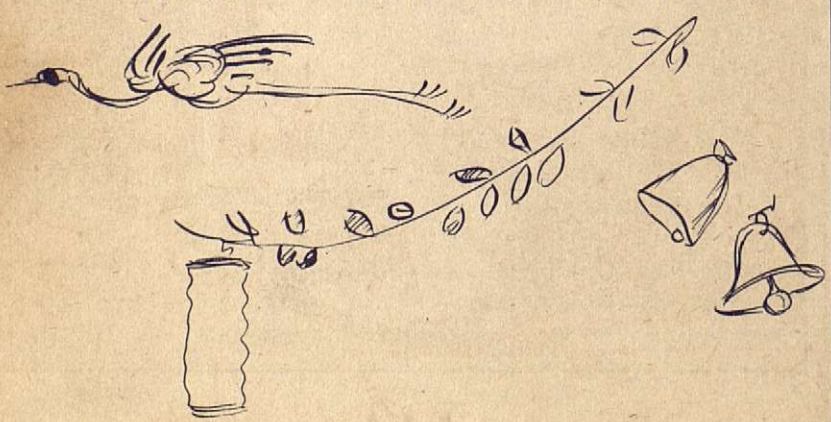
A pesar de todos estos acontecimientos, el mandato del Emperador debía ser ejecutado, y los fundidores continuaron su tarea, pero desconfiando esta vez más todavía, de obtener el éxito apetecido. Sin embargo, todo parecía seguir, con gran asombro de ellos, su curso normal. Del cuerpo de Adorable no quedaba rastro. Los maestros mismos ejecutaron las operaciones de moldeo, y ¡oh prodigio! cuando el metal se enfrió, quedó de manifiesto la campana, cuyo color era más bello que el de las más bellas campanas del mundo. Ni un rastro quedaba del cuerpo de Adorable. Se había confundido con el cobre y el oro, con la plata y el hierro. Y cuando probaron el timbre de la campana, notaron que sus sones eran más suaves y mas potentes que los de las demás campanas. Resonaban a la distancia de cien leguas como el estruendo de las borrascas, primero; como una vasta voz que se quejase, después.

Desde entonces, en cada uno de los amplios tañidos de la campana óyese una queja larga y grave; y siempre la queja se convierte en un sollozo, como si una mujer, llorando, murmurara: *¡Hiai!*

Y todavía, al oir la larga queja de oro, la interminable capital enmudece; pero cuando el agudo y dulce estremecimiento hiende los aires, y pasa de firmamento en firmamento el sollozo de *Hiai*, todas las madres chinas en todas las calles pintorescas de Pekín, dicen a sus hijitos asombrados:

—¡Silencio!... ¡Es Adorable que llora su zapato! ¡Es Adorable que pide su zapato!

(*Adaptación hecha expresamente para* PULGARCITO).



Gloria y Rafaelito Rubí.
(De Güines)

Fot. Colominas y Ca.

Figuras Mundiales

EL MARISCAL FERDINAND FOCH

(DIBUJO DE MASSAGUER)

LOS CLÁSICOS DE LA INFANCIA

ANDERSEN

HE aquí un autor de cuentos de hadas cuya vida recuerda la de muchos de los personajes de esos cuentos. Se nombraba Juan Cristián. Fué, además de cuentista, poeta y novelista. Nació en Odense, Dinamarca, el 2 de abril de 1805. Hijo de un joven zapatero muy enfermizo y muy pobre, vivía con él y su madre, que era también muy joven, en un cuarto pequeñísimo, siendo el único encanto de sus padres el admirar su poderosa imaginación y su vivacidad. Pero muy pronto el idilio se deshizo; murió su padre; y Andersen que sólo contaba entonces once años de vida, se encontró solo, con su madre, la cual no cesaba de pensar en el porvenir de su hijito, el cual no pudo seguir yendo a la escuela por falta de recursos.

Andersen, por su parte, se construyó un teatro de juguete y se entretenía haciendo trajes para sus títeres, cuando no se entregaba a leer cuanto libro caía en sus manos. Pasaron así un par de años, y Andersen comenzó a pensar en qué él debía trabajar, ganarse la vida y ayudar a su pobre madre. ¿Qué hacer?—se preguntaba. Un día, mientras concluía uno de los trajes de sus muñecos, pensó en que él podía ser sastre; pero, como también, él se había dedicado con entusiasmo a su teatrico, pensó después en que lo mejor que él debía ser, era cantante de ópera. Esta idea lo cautivó de tal manera que, poco tiempo después, y contando tan sólo catorce años, decidió irse a Copenhague, la capital de Dinamarca, para allí ingresar resueltamente en el Teatro Real.

Como lo pensó lo hizo. Corría su primera aventura. A medida que se iba acercando a la capital, pensaba más y más en su deseo... y soñaba. Pero no bien llegó a la ciudad y comenzó a vagar de teatro en teatro, se convenció de que no era tan fácil ser cantante de ópera. Su obsesión era tal, que llegaron a creer que estaba loco. Pero él siguió insistiendo, hasta que por fin consiguió interesar a dos músicos y un poeta, los cuales lograron, después de muchos esfuerzos, que Andersen fuera admitido en el Teatro Real, no como cantante sino como discípulo en las clases de bailes. De donde Andersen comenzó a hacerse de nuevo ilusiones y a soñar con ser un gran bailarín. Pero al poco tiempo de estar haciendo piruetas, Andersen comprendió que no iba a servir para aquello, y comenzó a no estudiar, ni fijarse en nada, perdiendo por ello la amistad del poeta, que se

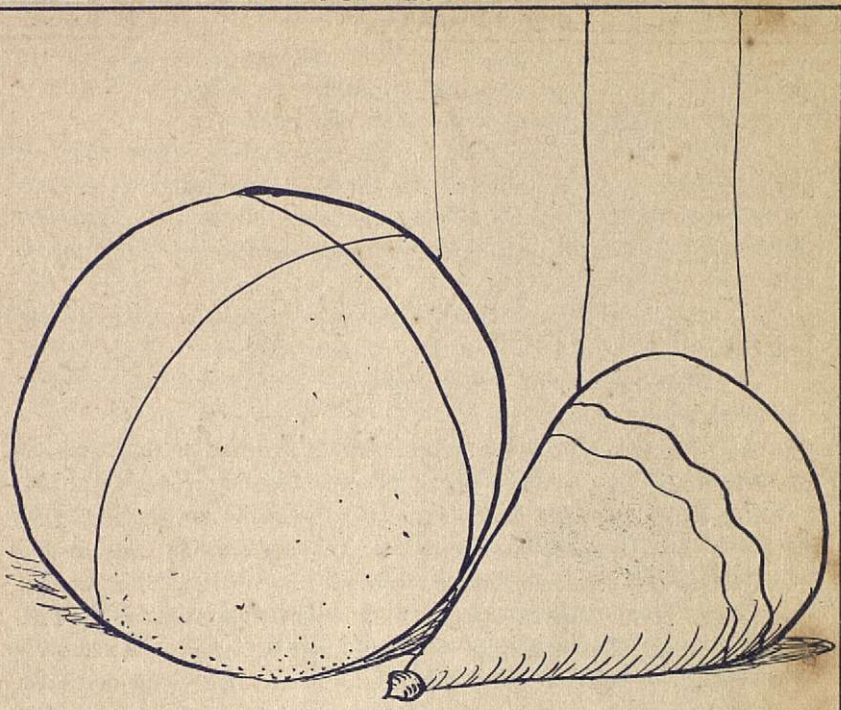
Juan Cristian Andersen.

llamaba Federico Guldberg, y que era finalmente quien lo estaba protegiendo.

Andersen entristeció de nuevo y pensó que él no servía para nada. Estando entregado a tan negros pensamientos, y no sabiendo qué resolución tomar, se le presentó Juan Collin, director del Teatro Real, quien siempre había sentido simpatía por él. Hablaron y se sintió animado por Collin, que fué para él una especie de hada buena, pues resultó, durante toda su vida, el mejor de los amigos. Por él obtuvo la protección del rey que lo envió, por cuenta del reino, a estudiar al gran colegio de Slagelse, de donde pasó a la escuela de Elsinore. Allí Andersen, aun cuando no fué muy aplicado, al menos completó su educación lo suficiente para que el pobre zapatero no lo conociese si hubiese vivido...

Cuando el rey se interesó por Andersen, ya éste había cambiado de ideal. Quería ser poeta, dramaturgo, novelista. Y como él era tan decidido, ya había escrito un libro titulado *El fantasma de la tumba de Palvatoke*. Después que regresó de Elsinore, escribió otros libros y algunas piezas de teatro, y novelas que atrajeron la atención hacia él, que era ya un joven, y pensaba que su porvenir estaba no en ser cantante o bailarín, sino escritor. Era ya conocido y hasta admirado en su país, cuando publicó su primera colección de *Cuentos de hadas*, a los cuales sucedieron dos colecciones más, conquistando un renombre universal. Cuando murió en Copenhague a los sesenta años, el mundo entero conocía estos cuentos que son, indiscutiblemente, mucho mejores que los de Perrault, porque están mucho más repletos de enseñanzas inolvidables.

Su muerte fué muy sentida lo mismo en la corte que en el pueblo. Y un rasgo que pinta bien su carácter, es el hecho de que su modesta fortuna, adquirida a fuerza de trabajo, apareció en su testamento dividida por partes iguales entre bibliotecas y centros de enseñanza y los descendientes de Collin a quien debió su cultura y por lo tanto su porvenir.



UNA PAREJA DE ENAMORADOS

Por JUAN CRISTIAN ANDERSEN

UN trompo y una pelota se encontraban reunidos dentro de una caja de juguetes.

—¿Por qué no hemos de casarnos—dijo el trompo con languidez,—ya que de todos modos da la casualidad que hemos de vivir juntos?

Pero la pelota era orgullosa, estaba forrada de riquísimo tafilete y se tenía por señorita de alto vuelo, por lo que ni siquiera se tomó la pena de contestarle.

Al día siguiente al muchacho dueño de los juguetes se le ocurrió poner al trompo, que era rojo y amarillo, una punta nueva de cobre, de suerte que cuando bailaba era una maravilla ver los destellos que producían sus magníficos colores.

—Mírame, mírame—le decía a la pelota;—¿qué te parezco? Vaya, ¿nos casamos? Cree que hemos nacido el uno para el otro; tú saltas y yo bailo, ¿puede darse una pareja más feliz que nosotros?

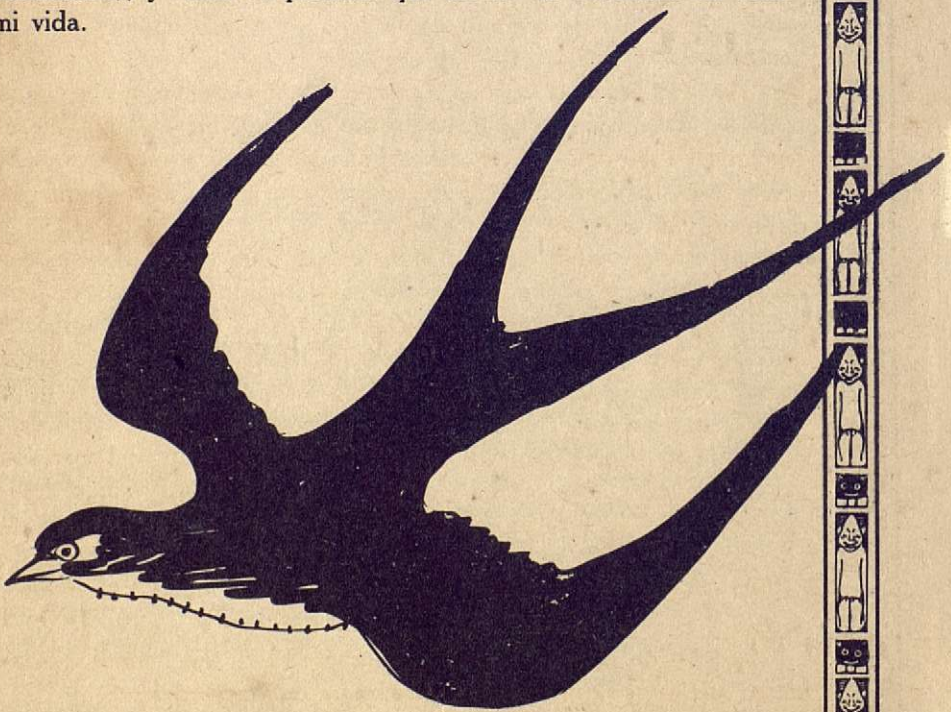
—¿De veras?—contestó la pelota con ironía.—¿Ignoras que mis padres fueron unas soberbias zapatillas de tafilete? ¿No sabes que tengo el cuerpo formado de corcho de España?

—Está bien—repuso el trompo;—pero ten en cuenta que yo soy de caoba, y que el autor de mis días es el burgomaestre en persona, quien en sus ratos de ocios se dedica a labrar toda suerte de objetos al torno, siendo yo, modestia aparte, una de sus obras maestras.

—¿Es cierto lo que dices?—preguntó la pelota un tanto menos esquiva.

—¡Que nunca más pueda bailar, si falto a la verdad!—exclamó el trompo.

—Veo que sabes exponer tus méritos, pero así y todo, tu proyecto es imposible: yo estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que me elevo al aire, asoma su cabecita fuera del nido y me dirige una declaración muy tierna. Hace ya mucho tiempo que he concebido el secreto propósito de casarme con ella, y en este concepto me considero ligada por un irrevocable compromiso. Así, pues, ya ves que no puedo acceder a tus pretensiones; estimo mucho tus sentimientos, y hasta te prometo que no he de olvidarlos en toda mi vida.



Tales fueron las últimas palabras que cambiaron el trompo y la pelota.

—Algo es esto, sin duda—repuso el trompo lleno de tristeza;—pero no basta a consolarme.

Al día siguiente, el muchacho poseedor de los juguetes tomó la pelota y la arrojó al aire. La pelota volaba rauda como un pájaro, y se remontó tanto que el trompo llegó a perderla de vista; pero al poco rato caía al suelo para ser despedida nuevamente. Al caer daba un sorprendente bote, ya fuese porque intentara saltar hasta el nido de la golondrina, o efecto sencillamente de la elasticidad y porosidad del corcho de España.

A la nueve veces de elevarse se quedó por el camino y desapareció. En vano el muchacho buscó y escudriñó por todas partes; no pudo descubrir la menor huella de su pelota y no tuvo más remedio que darla por perdida.

—Bien sé yo por donde anda la picara—suspiraba el trompo;—estará en el nido con la golondrina y ya se habrán casado.

Y cuanto más pensaba en ésto, más pesaroso se ponía. Era que nunca había sentido por la pelota una pasión tan grande, como desde que no podía verla. Lo que le atormentaba sobre todo, sin darle un instante de tregua, era la idea de que se hubiese casado con otro.

Sin embargo, el trompo continuó dando vueltas y haciendo *ron-ron*, si bien que bailando o sin bailar, tenía fijo en su mente el recuerdo de la pelota, que en su imaginación se presentaba cada vez más bella y seductora. Este estado vino a ser en él lo que ha dado en llamarse una pasión inveterada.

El trompo había perdido la juventud y un día le doraron las rayas y costuras, cambiando de dueño. Jamás había sido tan hermoso: daba gusto verle dar vueltas y trazar espirales, brillante como un astro. ¡Con qué alegría zumbaba! ¡Ah, si la pelota hubiese podido verle en su nuevo estado!

En tan sabrosas reflexiones, tropezó con una piedra y fué despedido lejos, desvaneciéndose y eclipsándose. En vano le buscaron por todos lados, hasta por la bodega en la cual hubiera podido deslizarse por un tragaluz; no supieron dar con él.

¿Sabéis dónde estaba? En el cajón de la basura, cubierto de polvo, mondaduras, desperdicios de col y otras inmundicias repugnantes.

—¡Ay de mí!—exclamaba;—¿qué será de mi hermoso dorado, en medio de la morralla, de la escoria que me rodea?

Tendió la mirada a su alrededor y vió entre unas hojas de ensalada, una bola, que habría podido tomarse por una manzana

podrida, y era una pelota medio consumida y saturada de humedad, por haber pasado algunos años colgada en un canalón.

—Loado sea Dios—dijo la pelota cuando percibió al trompo dorado:—por fin encuentro a un ser de mi misma especie con quien me será posible conversar un rato. Tal como me ves, amigo trompo, tengo el cuerpo de corcho de España y estoy forrada de tafilete; por cierto que me cosieron las delicadas manos de una bella señorita. Esto es tan cierto, que nadie podrá ponerlo en duda por poco que se tome la molestia de examinarme. Has de saber, además, que estaba en vísperas de casarme con una golondrina, cuando por una fatalidad de la suerte, me arrojaron a un canalón, en donde he permanecido colgada durante cinco años. ¡Mira, ¡ay de mí! cómo me ha puesto la lluvia! ¡Mira qué hinchada y fea me he vuelto! ¡Figúrate qué suplicio tan cruel no había de pasar durante ese tiempo y en tales condiciones una señorita hija de buena familia como yo!...

El trompo no respondía una palabra; estaba meditabundo, pensando en su antiguo amor y adivinando muy bien que aquella pelota era el objeto que había inflamado un tiempo sus deseos juveniles.

En esto se presentó la criada para ir a vaciar el cajón de la basura.

—¡Toma!—dijo,—¡aquí está el trompo de los niños!

Y corrió a llevárselo, recobrando el sufrido juguete su antigua gloria. En cuanto a la pelota fué arrojada a la calle.

Inútil es decir que el trompo ya no volvió a hablar nunca más de su antigua pasión. Su repugnancia fué tan grande, que cuando vió a la pelota inyectada en agua y lodo, pestilente, destripada y llena de arrugas, aparentó no haberla conocido en su vida.

MODAS

El frío, un frío intenso que parece extraño en nuestro cálido y luminoso país, sigue sin querer abandonarnos, y para proteger de él a los cuerpecitos frioleros se usan abrigos de todas clases, formas y colores, desde el blanco abriguito del baby, enguatado y bordado, pasando por los de lana o los de seda con finos abullonados, hasta el de grueso paño azul, con estrellas de plata en el cuello, que no es el menos gracioso con su aspecto militar.

LOS NIÑOS EN EL ARTE

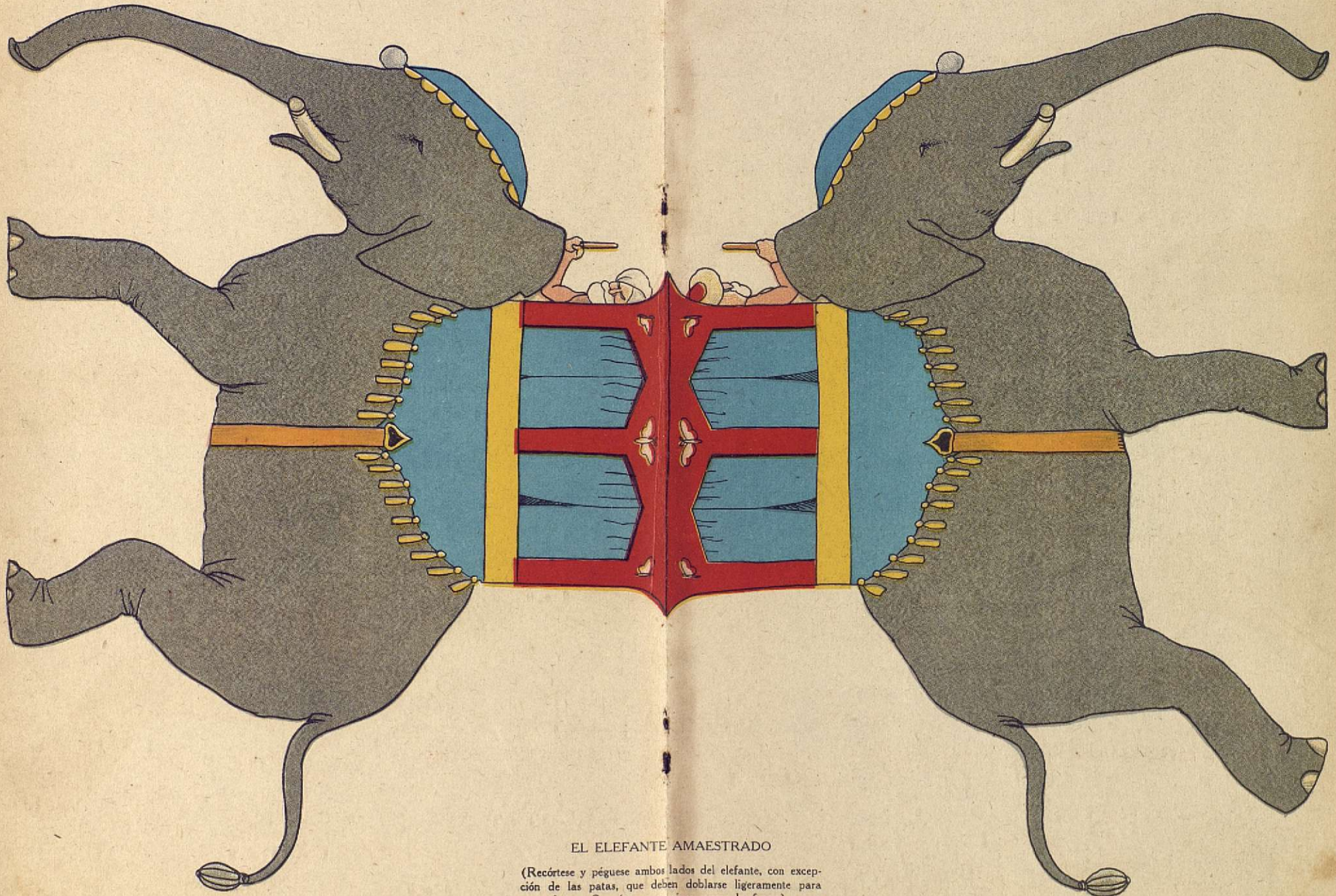
EL PEQUEÑO MENDIGO

por Murillo

Este cuadro, sencillo y conmovedor, obra del gran pintor español cuya infancia contamos en otras páginas a los lectores de PULGARCITO, se conserva en el famoso Museo del Louvre de París.

Suncita Campuzano y Diez.
(Del Vedado)

Fot. Colominas y Co.



EL ELEFANTE AMAESTRADO

(Recórtese y péguese ambos lados del elefante, con excepción de las patas, que deben doblarse ligeramente para fuera. Con ésto se consigue parar la figura).

American Photo Studios.

Rosita Ziendegui y Carbonell.
(Del Cerro.)

Pedrito P. Torres.
(Del Vedado.)

FÁBULA

LA ORUGA Y LA PRESUMIDA

Por LOPE DE VEGA

—¡Vil oruga! ¡Bicho infame
que en la pobre flor te ensañas!
y asquerosa, el árbol dañas!
¡Horror tu presencia dame!
¡Huye de mí!—No sentida
la oruga a tanto denuesto
contestó con calma presto
a la joven presumida:
—No es eterna mi fealdad,
y, en cambiando en mariposa,
halagada por lo hermosa
he de ver mi vanidad.
Tendrán mis vistosas galas
sin disputa admiradores,
y de múltiples colores
al sol brillarán mis alas.
¿En mí tu imagen no miras?
Oruga al salir del lecho,
mariposa te habrán hecho,
del tocador las mentiras.

(Lope de Vega fué un gran poeta español, que vivió en Madrid en el siglo XVI, y que es célebre, sobre todo, por los numerosísimos y admirables dramas y comedias que compuso)

NUESTROS AMIGOS LOS AMIMALES

LOS TRABAJADORES DEL AIRE

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

LAS golondrinas son las aves más felices entre todas las alegres aves que surcan el espacio. Ellas nos anuncian la cosa más bella que existe debajo del sol: la primavera.

¡Ningún bicho tan envidiable como la golondrina! Puesto que trabaja alegremente, jugando, trazando círculos aéreos. Esos humildes pajarillos son mucho más sabios que los hombres; nosotros hemos infundido al trabajo una especie de trágico dolor, y es para nosotros el trabajo como un castigo o como una condenación. Mientras que las golondrinas, ya las veis, trabajan y juegan a un mismo tiempo. Pían y se persiguen unas a otras, a favor del viento, sobre los ríos como sobre las praderas, en la ciudad como en las colinas. No se sabe si juegan cuando trabajan...

Pero es indudable que van trabajando por el aire. Cazan mosquitos al vuelo, y cuando los cazan se los comen. El buscarse la comida cotidiana, he ahí el fundamento del trabajo. Sólo que nosotros, los hombres, nos ganamos el pan con el sudor de nuestras frentes, y las golondrinas se ganan su pan cantando con júbilo. Nosotros refunfuñamos al trabajar, las golondrinas ríen y juegan y trabajan a un mismo tiempo.

¿Por qué fué tan injusta la señora Naturaleza? Unos animalitos insignificantes, como son los pájaros, poseen una riqueza tan grande, como son las alas, y nosotros, que tan soberbio uso haríamos de las alas, ¡tenemos que caminar arrastrándonos sobre la tierra!...

Mirad esas dichosas golondrinas: trabajan jugando, cuelgan su nido, ríen y aman, y al acabarse la temporada, como si su trabajo hubiera sido penoso, muy penoso, vanse todas juntas a veranear. Así como los ingleses ricos van al Cairo en invierno y a Escocia en el verano, también las golondrinas siguen eternamente la ruta del buen tiempo y viven eternamente en la primavera. Con una diferencia a favor de las golondrinas: y es que la costumbre del veraneo humano data de hace un siglo, mientras que esas avecillas ya veraneaban hace varios millones de años. Las golondrinas veranean

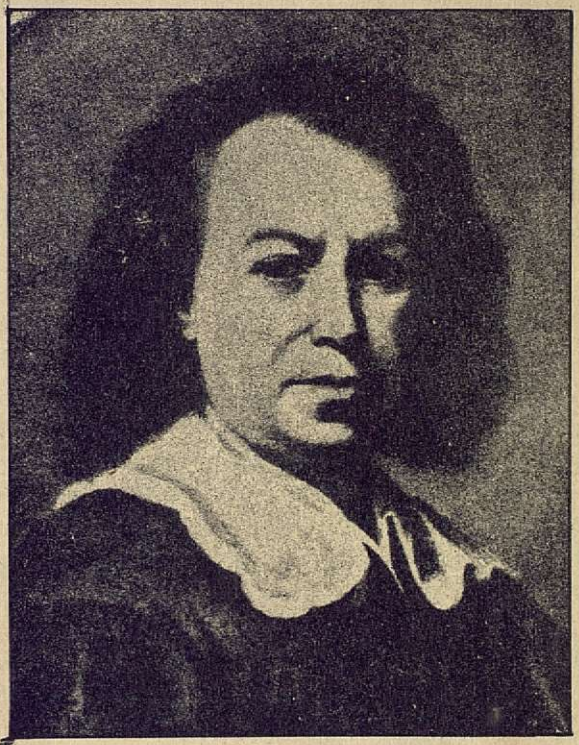
todas juntas, y los hombres no; entre los hombres sólo veranean los ricos... ¡Ay! Los trabajadores del aire resolvieron desde muy antiguo la cuestión capital. Entre ellos no existen estas dos crueles, trágicas, humanas palabras: *¡Rico, pobre!*

Pablo Angel Barrenquy y Garcia
(De Ciego de Avila)

Teresa Emilia Barrenquy y Garcia.
(De Cárdenas.)

LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES

MURILLO



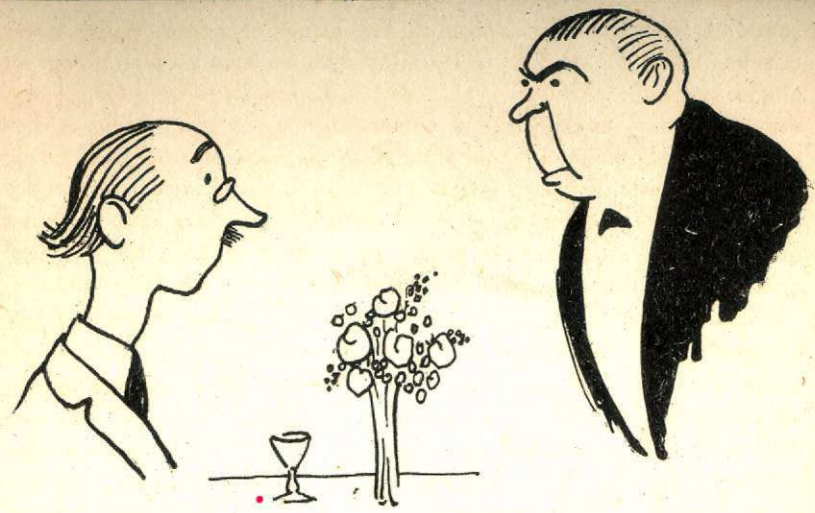
Autorretrato de Murillo.

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO, el gran pintor de madonas y de niños, nació también, como Rossini, de padres pobres. Terminaba el año 1617, cuando él vino al mundo, en una casita muy modesta de una calle también muy modesta, de Sevilla, la calle de las Tiendas, situada en el antiguo barrio judío. Sus padres, queriendo hacer de él por lo menos un hombre medianamente educado, lo enviaron muy pronto a la escuela; pero él resolvió unas veces no ir y dedicarse a jugar con los muchachos del barrio, organizando todo género de maldades; cuando éste hábito se interrumpía, y comenzaba a asistir a clase, en vez de estudiar se ponía a dibujar. Tenía todos los libros llenos de muñecos, que él decía que eran retratos de sus compañeros. En el

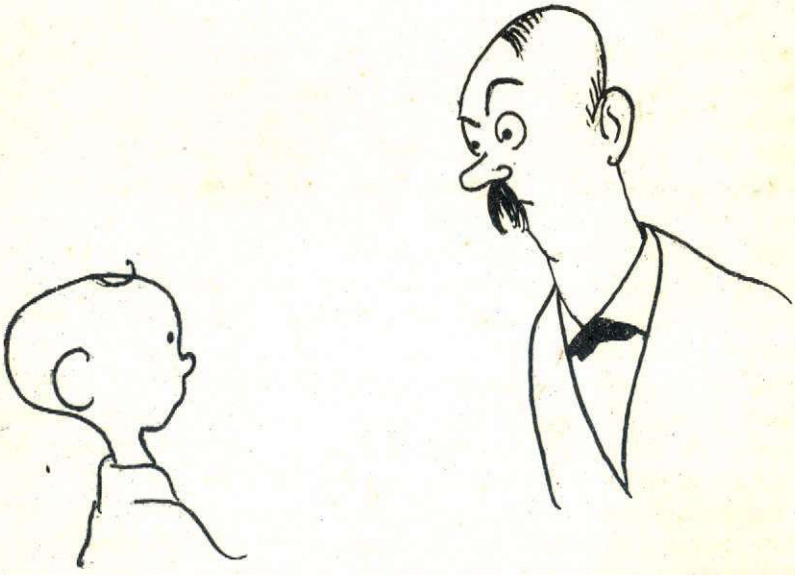
fondo, lo que al niño le gustaba era esto: ser pintor, poder hacer cuadros como los que él veía en las iglesias. Los padres al oir los elogios que todo el mundo hacía de las disposiciones del niño, le perdonaron todas sus correrías, y comenzaron a sentirse orgullosos, haciéndose mil ilusiones y realizando toda clase de economías a fin de poder más tade costearle una buena educación artística. Pero todos estos proyectos se desvanecieron al poco tiempo, pues una epidemia que asoló a Sevilla en esa época puso fin a la vida de aquéllos, quedando Murillo sin más compañía que la de una hermanita.

Supo entonces la desgracia un tío de ambos, y los recogió. Como el tío era también muy pobre, colocó a Murillo en casa de un pintor llamado Juan del Castillo que gozaba de gran prestigio en aquel tiempo en Sevilla. Este pintor aceptó complacido a Murillo que llegó a su lado en calidad de discípulo y ayudante. ¡Cuántos sueños alegraron los días del pequeño Murillo! Nadie hubiera conocido al antiguo muchacho desaplicado y revoltoso. Barría el estudio del pintor, le cepillaba a éste la ropa, le llevaba recados como un mensajero, le ordenaba los cuadros y ayudaba al pintor a hacer los colores, pues en aquel tiempo los artistas tenían que hacerlos. Murillo trabajaba rudamente; pero miraba y aprendía. Cuando tenía un rato de descanso lo empleaba en copiar los dibujos de Castillo, y así fué poco a poco adquiriendo algunos conocimientos.

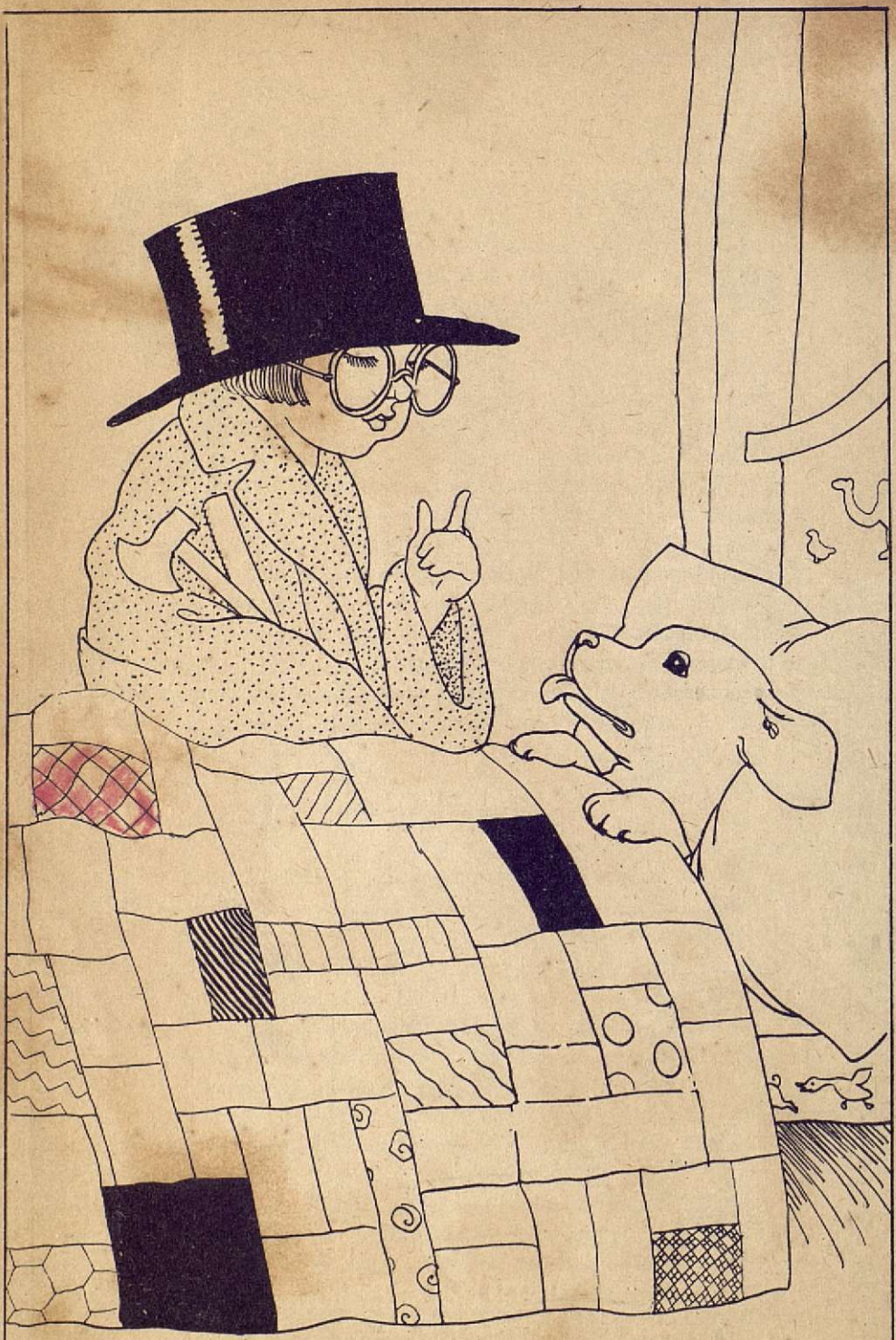
Su talento era tan grande que le llamó la atención al pintor, el cual le tomó gran simuatía y comenzó a darle, casi diariamente, lecciones. Castillo era, ante todo, un gran dibujante. Y Murillo se aplicó de tal modo, y realizó tantos esfuerzos, que a los quince años una iglesia sevillana le compró algunos cuadros. Aquel primer éxito entusiasmó a Murillo, el cual se dedicó a pintar cuadritos para venderlos en las ferias que se celebraban todos los jueves. Para venderlos hizo una especie de barraca y allí se instaló con sus cuadros y con su hermanita. La idea fué admirablemente acogida. El triunfo era completo; y no conforme con ésto se puso a retratar a todos los muchachos que a esas ferias concurrían. Con esto creció su popularidad. Algunos comerciantes de cuadros le hicieron varios encargos. Y ya él se creía un gran pintor, cuando el encuentro con un compañero de los días en que aprendía en casa de Castillo, le reveló lo mucho que aun tenía que aprender, pues este compañero, llamado Moya, venía de Flandes, donde había estudiado con uno de los más grandes pintores de la época: Van Dyck. Moya enseñó a Murillo cuánto había aprendido en Flandes; y ya encaminado éste, comenzó a luchar hecho un hombrecito, conquistando poco a poco la gloria con que la posteridad ha premiado su esfuerzo.



—¿Cuánto cuesta una ración de lomo con papas?
—Un peso.
—¿Y sin papas?
—Lo mismo; lo que vale es el lomo.
—Pues anda, chico; tráeme las papas solas.



—Vamos a ver, niño: ¿puede usted decirme que es un burro?
—Sí, señor; un caballo que no ha querido estudiar.



LA VISITA DEL MEDICO

(Para Colorear)

LA VISITA DEL MEDICO

José Ignacio.
Lezama y Acha.
(Del Vedado.)

Armandina
Cuervo y Fernández
(Del Vedado)
Fot. Colominas y Cía.

FÍSICA RECREATIVA

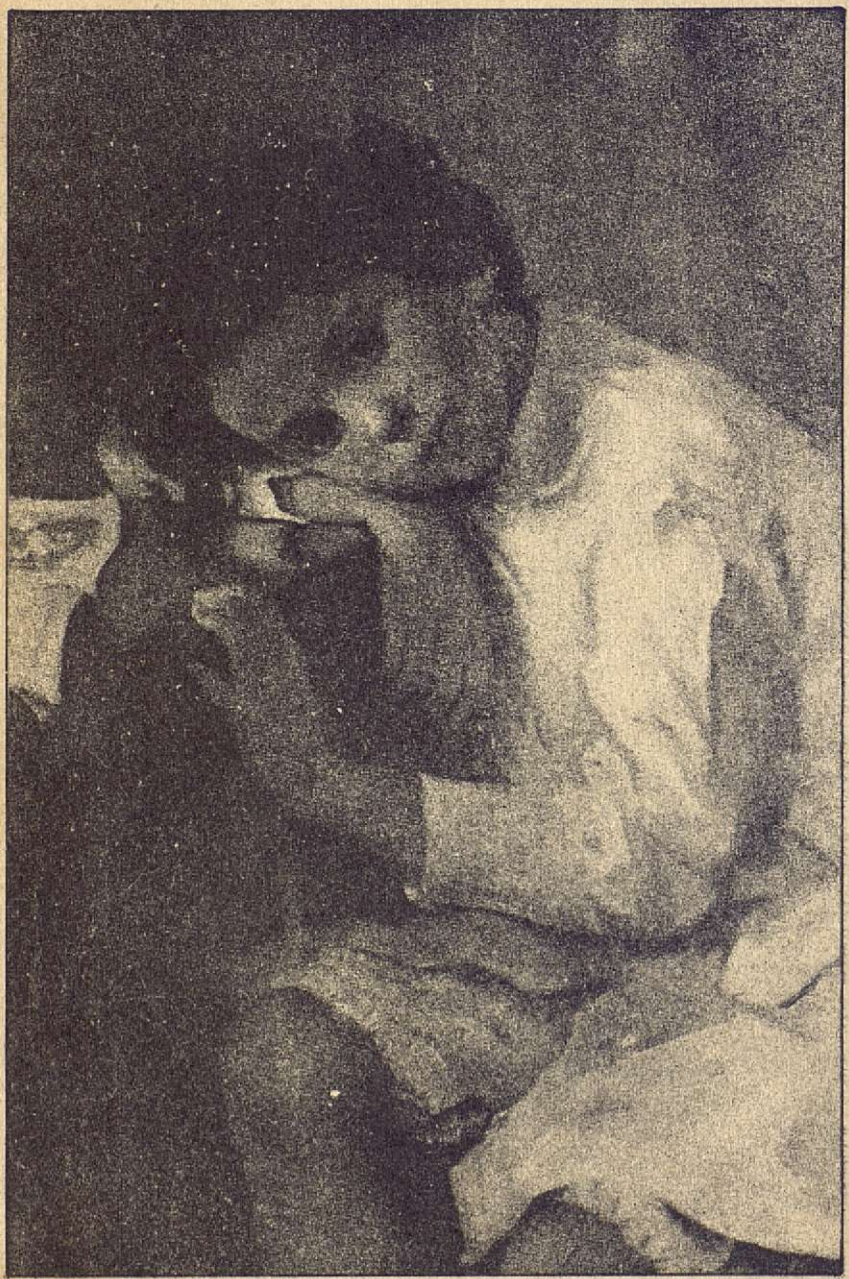
EQUILIBRIO DE UN LAPICERO EN LA PUNTA DE UN DEDO

Esta sencilla experiencia se puede hacer con sólo inspeccionar el grabado que publicamos.

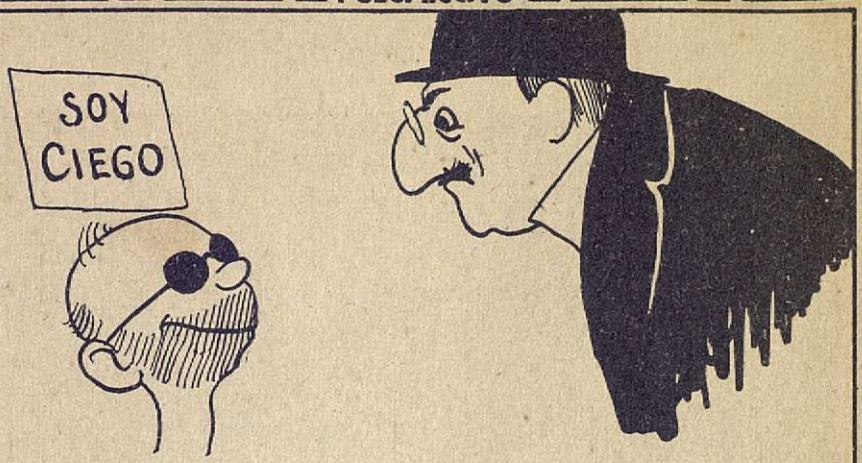
Basta, como se ve, meter la punta de un cortapluma en el lápiz cerca del cono de la punta, y cerrar en parte el cortaplumas hasta que forme un ángulo suficiente para que se establezca el contrapeso que produce el equilibrio. El conjunto resultante llega, en efecto, a éste, conforme a las leyes de la física, cuando el centro de gravedad de todo el sistema esté situado debajo del lápiz y en contacto con la yema del dedo o con el borde de una mesa, donde se verifique por la resistencia de éste una reacción mayor y contraria a la del peso de dicho conjunto.

Abriendo más o menos el cortaplumas, se podrán dar al lapicero diversas inclinaciones; y cuando el centro de gravedad del sistema caiga exactamente en la prolongación del eje del lápiz, éste se colocará en una posición perfectamente vertical.

CUADRITO



CANSADO DE TANTO JUGAR, *por Marion Boyd Allen.*



UN TRANSEUNTE DA UNA PESETA A UN MENDIGO

—Gracias, señor—le dice el pobre,—por haberme dado esta moneda de plata.

—¿Pero no es usted ciego?

—No, señor.

—¿Y ese cartel que lleva al pecho?

—Es una equivocación; yo no soy ciego, soy sordomudo.

EN UN COCHE DE SEGUNDA

Una señora pregunta a un viajante de comercio:

—¿Qué le molesta a usted más, los viajes en vapor o los viajes en ferrocarril?

—Los viajes en balde, señora.

PASATIEMPOS

No. 5.

Charadístico

1.ª y 2.ª EN EL CUARTEL	2.ª y 3.ª NOMBRE
Todo: MUEBLE	

No. 6.

Rombo numérico

9	Vocal
8 9	Adverbio
9 3 9	Metal
6 5 9 8	Animal
6 7 1 9 8	Fruta
4 2 3 1 5 8	Nombre de mujer
4 2 8 2 3 7 9	Pájaro
2 6 5 1 2 8 7 2	País
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón
1 2 3 7 8 5 3 9	Hombre de mar
4 5 4 7 6 7 2	Nombre de mujer
2 8 7 6 6 9	Alhaja
5 8 5 3 9	En el calendario
6 7 8 9	Cereal
1 2 3	En geografía
3 5	Nota musical
8	Consonante

No. 7.

Metátesis

1 2 3 4 5 6	Profesión
3 2 5 4 1 6	En aritmética

No. 8.

Jeroglífico

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO
Concurso de Pasatiempos.
Cerro 528.

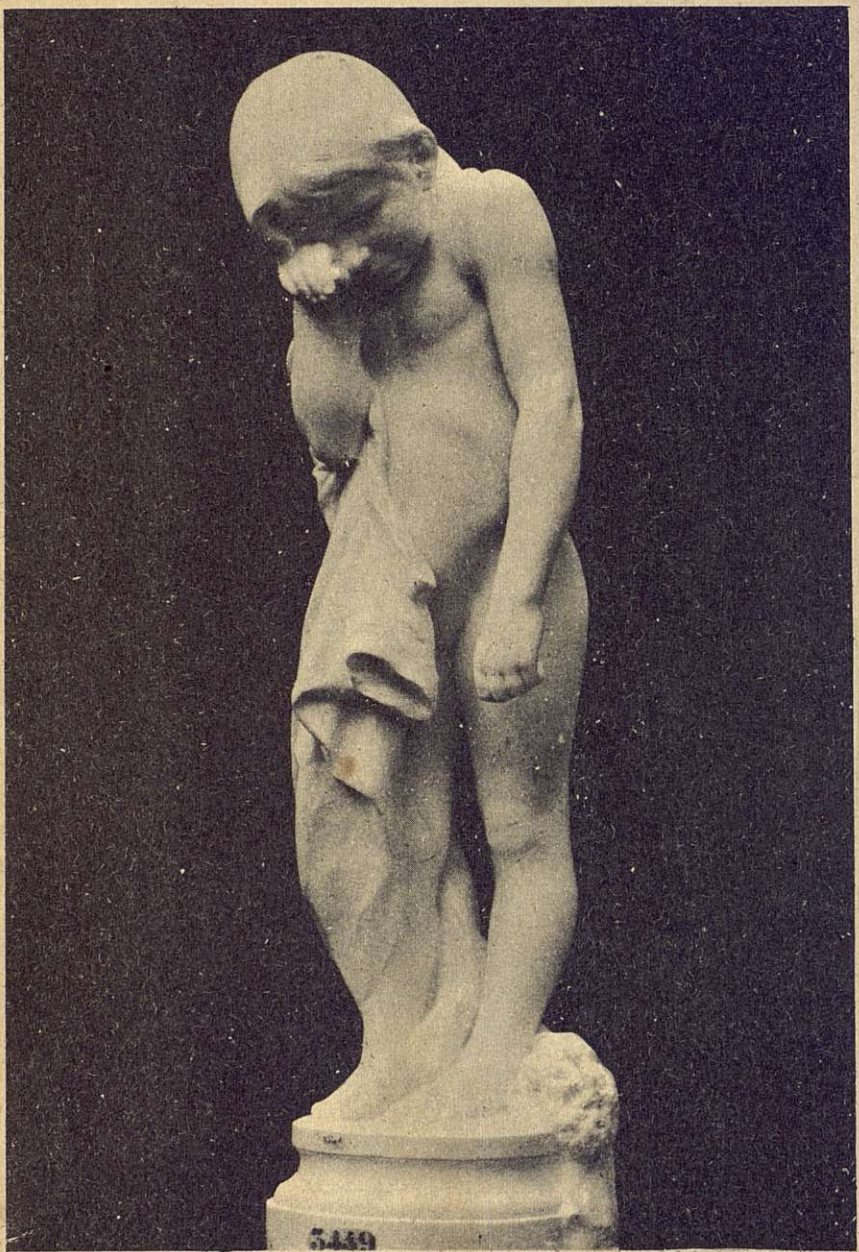
Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

Soluciones a los pasatiempos del número de enero:

No. 1: LEER ENTRE LINEAS.
No. 2: LINEA-ELENA.
No. 3: PEDRO.
No. 4: DAMASCO.

Julieta Palavicini
(De la Habana)

EL ARTE DE LA ESCULTURA



Antes del Baño

por Luisa Isella

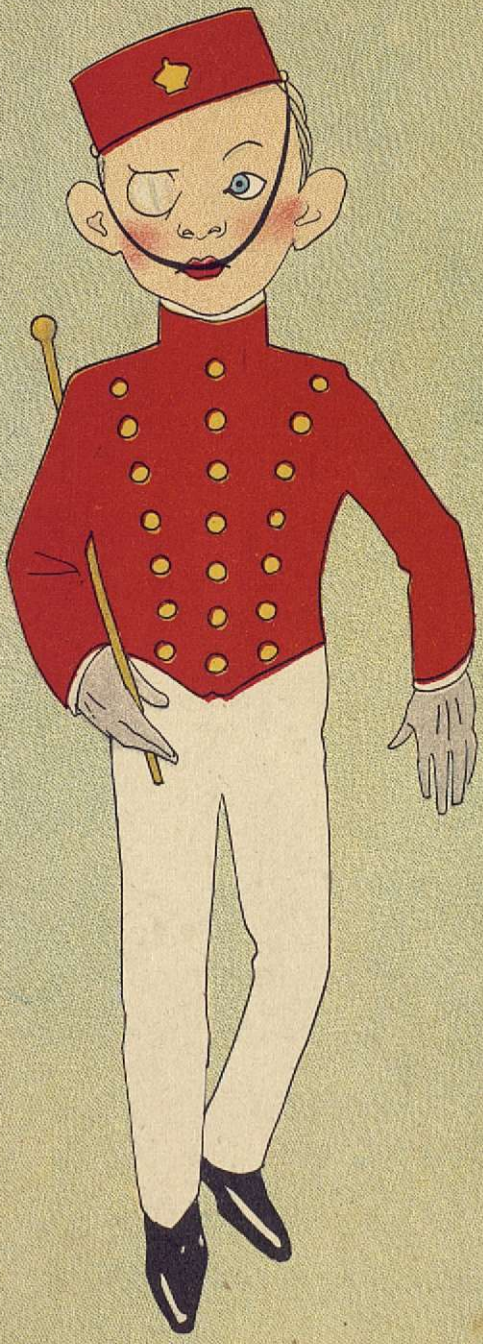
EL PERRO DEL CORONEL, *por Caran d'Ache*

AMERICAN PHOTO STUDIOS

LA FOTOGRAFIA DE LOS NIÑOS BUENOS

NEPTUNO 43 LA HABANA

Los Uniformes



SARGENTO INSTRUCTOR DEL EJERCITO BRITANICO

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.

Blez

RETRATOS
ARTÍSTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. - Tel. I-1119. - Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 3 - MARZO 1920 - 20 CTS.

JUGAREMOS HOY A...

LOS TROMPOS

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

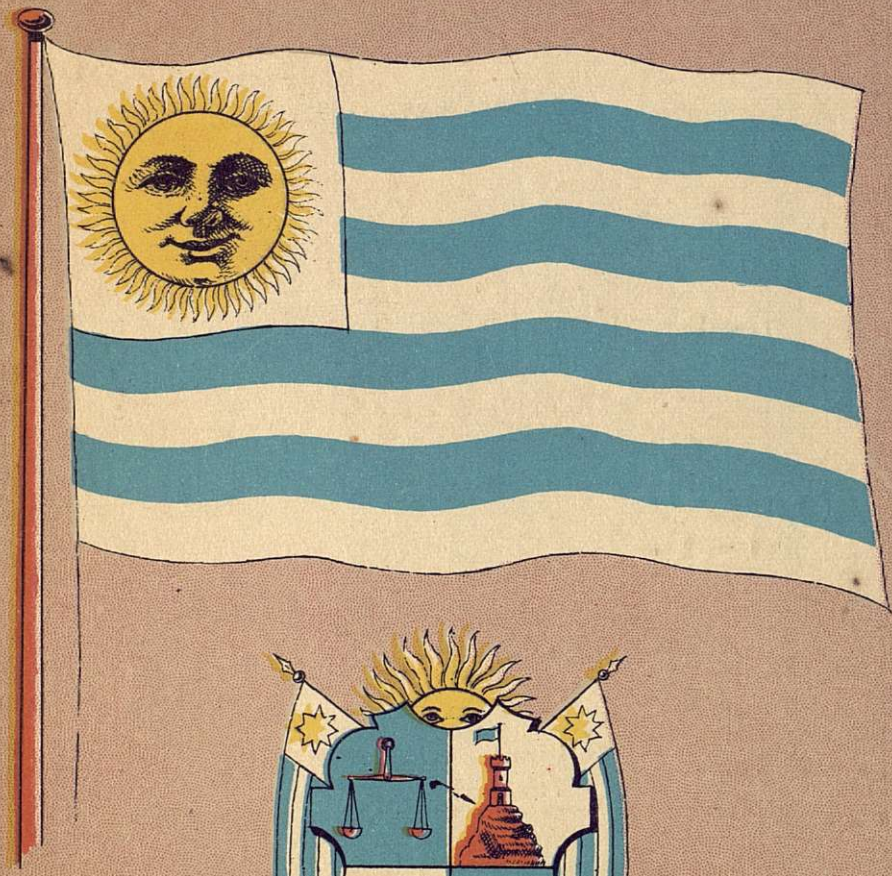
SAN RAFAEL, 32

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos



URUGUAY

Capital: Montevideo.

Jefe de Estado:

Baltasar Brum.

Cuca Sánchez.

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

OSCAR H. MASSAGUER
ADMINISTRADOR

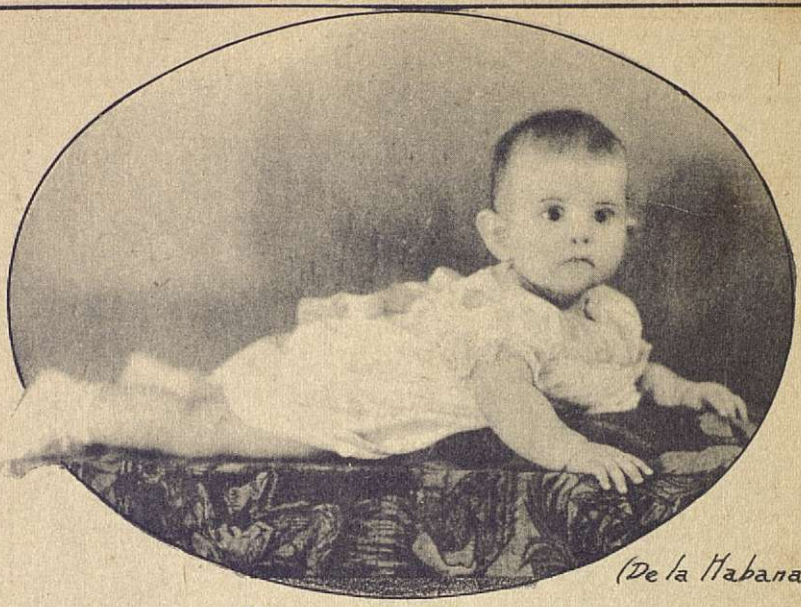
GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES

MARGARITA PRIETO Y JUNCO

7 años de edad.
Vecina de Tejadillo 34.
Propietaria del solar 2 de la manzana 117.

En los sucesivos números de PULGARCITO iremos publicando las distintas fotografías de los niños que tienen solares en el "Paraíso de los Niños", en Cojímar.

Marcos Moré del Solar. Malecón 337, altos.



(De la Habana.)

Herminia Llopiz.

EL TROMPO

OS franceses lo llaman *Sabot;* los ingleses, *top;* los alemanes, *kreisel;* y los italianos, *paleo.* Es uno de los juguetes más entretenidos, más bellos y más sencillos. Según la forma que tenga parece un experto bailarín o un señor gordo empeñado en bailar con gracia. Cuando en su cuerpo panzudo lleva pintadas algunas franjas parece un arcoiris puesto, en virtud de un milagro, al alcance de la mano. Hay cierta clase de trompos que son huecos y producen al girar un ruido parecido a un fuerte zumbido de abejas. La industria ha ideado diversas clases de trompos, entre los cuales figuran los trompos de metal que todos los niños conocen tanto como los tradicionales trompos de madera.

El origen del trompo no se sabe. Los griegos lo conocían. Los romanos lo jugaban mucho, y lo llamaban *turbo.* Y en cuanto a su uso en Europa, sólo se sabe que en Inglaterra ya se conocía en el siglo catorce. Así, pues, podemos decir que los niños de todos los tiempos y de todos los países han pasado ratos alegres y divertidos gracias a este amable juguete, sin complicaciones de construcción, sin peligros, que puede ser fácilmente llevado a todas partes y que, por su misma sencillez, no cansa jamás.

El trompo es para los niños como un fiel amigo, servicial y modesto, siempre dispuesto a hacerles pasar agradablemente una hora...

Fot. Colominas y Cía.

Arturito de Plazaola y Hernández.
(De la Habana)

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, MARZO 1920 NUM. 3

EL PESCADORCITO URASHIMA

LEYENDA JAPONESA

HACE muchísimo tiempo, vivía en la costa de Suminoyé, en el Japón, un pescadorcito llamado Urashima Taró, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Entonces, como ahora, los días de verano eran todos asoleados y de un suave azul, con algunas tenues nubes de armiño suspendidas sobre el espejo del mar. Entonces, como ahora, las colinas eran distantes y delicadas formas azulosas, fundiéndose en el cielo azul.

Cierto día salió a pescar Urashima en su barca. Los vientos eran perezosos. Y el muchacho, sintiéndose también perezoso, dejaba alejarse a la barca, y pescaba. Era una extraña barca, sin pintar y sin timón, de un corte como nunca habéis visto otra. Y a pesar de que desde entonces han pasado tantos años, todavía se pueden contemplar barcas análogas, frente a las viejas cabañas de pescadores, en las costas del mar del Japón.

Después de larga espera, habiendo Urashima sentido un tirón, recogió la cuerda, y ¡cuál no sería su asombro al ver que en vez de un pez, había cogido una gran tortuga! Tenía ésta una concha muy dura y una cara vieja, arrugada, fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa que, sin duda, no sabes, y es que las tortugas viven mil años: algunos suponen que hasta diez mil.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar a este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? Nó; no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Urashima quitó el anzuelo a la tortuga, y la echó de nuevo al mar.

Poco después sucedió que el muchacho se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día a echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una mujer bellísima, la cual, deslizándose sobres las aguas, se acercó a la barca de Urashima, penetró en ella, y, tocando al muchacho en el hombro, le dijo:

—Yo soy la hija del Dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, más allá de los mares. No fué una tortuga lo que pescaste hace poco, y tan generosamente pusiste otra vez en el agua, sin matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el Dios del mar, para ver si tu eras bueno o malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido a lllevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Urashima la escuchó con creciente maravilla; sentía que no le era posible decir que no a tan bello programa. Y tomando cada uno un remo, comenzaron a remar, hasta que, por fin, llegaron al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía e imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces.

Extraños servidores se adelantaron a recibirlos. Estaban vestidos con trajes de ceremonias; y los seres del mar acogieron a Urashima como yerno del Rey-Dragón. Y la hija del dios del mar se desposó con el pescadorcito, teniendo la ceremonia un fantástico esplendor. En el palacio del Dragón hubo grandes fiestas y regocijos.

Cada día traía nuevas dichas a Urashima. Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían por hojas, esmeraldas; y ru-

bíes, por frutas; las escamas de los peces eran de plata, y las colas de los dragones, de oro. Allí, entre tesoros maravillosos, vivieron tres años Urashima y la hija del dios del mar.

El joven pescador, sin embargo, no podía olvidar a sus padres Sufría recordándolos. Un día no pudiendo más, suplicó a su esposa que lo dejara volver a su hogar, para decirle algunas palabras cariñosas a sus padres e informarles de lo feliz que él vivía; cumplido lo cual, él regresaría al maravilloso palacio. Al oir tal súplica ella comenzó a llorar; siguió así llorando mucho rato. Al fin le dijo:

—Puesto que quieres ir, ve; pero me desespera tu partida, porque temo que no volvamos a vernos. Toma ésta cajita; llévala siempre sobre tu corazón, y no la abras nunca, pues si lo haces, no podrás regresar, y no nos veremos más.

Y diciéndole esto, le entregó una cajita de laca, cerrada con una cinta de seda.

Urashima consoló a su esposa, y le prometió no abrir nunca la cajita. Luego entró de nuevo en su barca, navegó mucho, y al fin llegó a su país natal. Penetró en la misma bahía de donde él había salido hacía tres años. Estaba mirando cuando, de improviso, sintió una gran turbación, una duda muy extraña. Le parecía que el paisaje era el mismo y, sin embargo, diferente. ¿Qué había ocurrido en su ausencia? ¿Qué había sido del pueblo donde él había vivido? Las montañas estaban allí como antes; pero los árboles habían sido cortados y las casas eran diferentes. El arroyo que corría junto a la casa de su padres, estaba allí corriendo como antes; mas ya no iban a él mujeres a lavar la ropa como antes. En vano se esforzó en hallar la choza de su padre. Los pescadores lo miraban con asombro; él no recordaba haber visto ninguna de sus casas.

Acertó entonces a pasar por allí un hombre, y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme dónde está la choza de Urashima Taró, que se hallaba aquí antes?

El hombre, sorprendido en extremo, se hizo repetir varias veces la pregunta, y, al fin, contestó:

—¿Urashima Taró? ¿De dónde viene usted que no sabe su historia? ¿Urashima Taró? . . . ¡Si hace más de cuatrocientos años que se ahogó! En ese viejo cementerio de este pueblo han erigido un monumento a su memoria. Y allí se hallan también las tumbas de todos sus familiares. Ese es un cementerio antiguo, donde ya nadie entierra. ¡Urashima Taró! Pero. . . ¿cómo es usted tan loco para preguntarme dónde está su casa?

Y el hombre se marchó, intrigado y riéndose.

Urashima se encaminó entonces al cementerio —al viejo cementerio, que ya nadie usaba— y vió su propia tumba y las tumbas de sus padres, y las de tantas personas que había conocido. Y las losas de esas tumbas eran tan viejas, tan corroídas por el verdín, que casi no podía descifrar los nombres grabados en ellas.

Entonces comprendió que era juguete de una ilusión y regresó a la playa, oprimiendo, entre sus manos, la cajita que le había dado la hija del dios del mar.

¿Qué ilusión era esa? ¿Qué significaba todo lo que le suce-

día? De pronto acudió a su mente la idea de que el Palacio en que había vivido allende el mar, con sus muros de coral y sus frutas de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año de este mundo, y que sus tres años en compañía de la Princesa, bien podían ser los cuatrocientos de que le había hablado el hombre a quien preguntó por la choza de su padre. Entonces pensó en que de nada le valía estar ya en su tierra, y se acordó de la cajita que le diera su esposa. ¿Qué podría haber dentro de ella? ¿Acaso era, precisamente, el contenido de ella, la causa de su ilusión? La duda pudo más que la fe. Y, olvidando o desdeñando su promesa, desató la cinta y abrió la cajita. Instantáneamente se elevó, en el silencio de la plaza, un humo blanco, frío, que se fué, flotando sobre el mar. Urashima comenzó a gritar angustiado. Gritaba en balde a la nube para que se detuviera. Entonces recordó, con tristeza, cuanto su mujer le había dicho, y pensó que ya no volverían a verse. Urashima comprendió que acababa de destruir su felicidad.

Pronto no pudo gritar más, y vió que sus cabellos se ponían blancos como la nieve; sintió que su cara se arrugaba y que su sangre se helaba en las venas; los dientes se le cayeron todos de repente; su fuerza se desvaneció. Después le faltó el aliento, y, al fin, cayó muerto en la plaza natal, aplastado por el peso de cuatrocientos años. . .

Y dicen que aun puede verse en el templo de Kanagua, cerca de la costa, la célebre cajita del pescador Urashima; y que los sacerdotes de ese templo, también conservan la caña de pescar de este extraño personaje, así como algunas de las joyas maravillosas que él trajo del palacio donde vivió con su esposa, la bella hija del poderoso dios del mar. . .

(Adaptación hecha expresamente para PULGARCITO.*)*

Emmita Primelles
y Agramonte
(Del Vedado.)

Josefina Seida
López y Fernández
(De la Habana)

FIGURAS MUNDIALES

EL GENERAL JOFFRE

(DIBUJO DE MASSAGUER)

NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES

El célebre bulldog de la Estación de bomberos de la calle de Cannon, en Londres, acompañado del lindo gatico que ha tomado bajo su protección

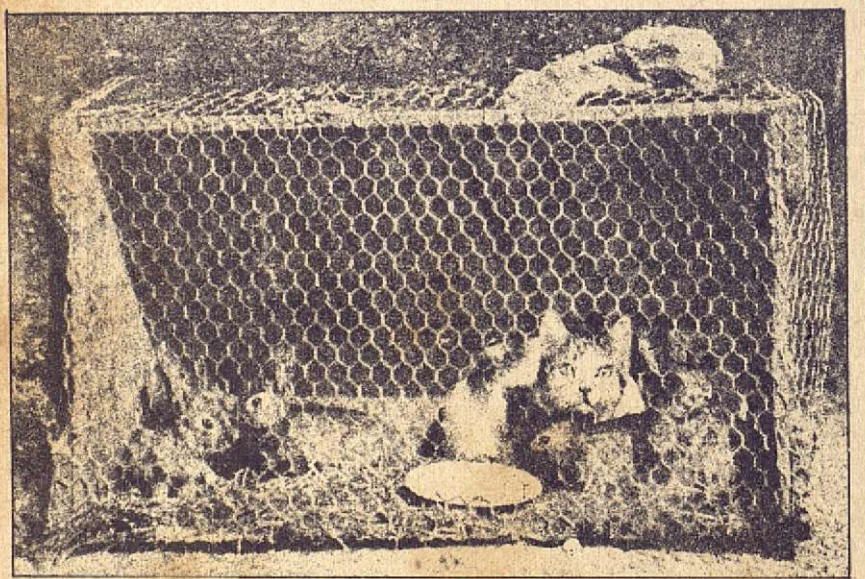
ENEMIGOS QUE SE RECONCILIAN

SE ha hablado siempre de la enemistad que existe entre algunos animales de especie diferente; y en la vida diaria hemos visto que efectivamente existe un odio muy grande entre algunos. El perro y el gato, por ejemplo, no se pueden ver; cuando se encuentran, no lo pueden evitar y "se van a las manos". El mono apenas se encuentra con un gato, inventa mil impertinencias para mortificarlo; y en cuanto al mismo gato, ha hecho el firme propósito de acabar con todos los ratones, curieles y conejitos, además de perseguir implacablemente a los pájaros y a los pollos. Es ensordecedor el alboroto que se arma en un gallinero cuando uno de esos micifús de uñas formidables hace su aparición, dominado por la idea de realizar una memorable cacería. Pero todo ese odio de los unos contra los otros es producido por el aislamiento en que viven entre sí, pues no bien hacen vida en común, cuando se encuentran juntos en una casa, se hacen los más grandes amigos y hasta llegan a protegerse mutuamente.

En efecto: es entonces cuando se da el caso de que el gato no coma si no ve que el perro lo hace también, y viceversa. En casa de unos amigos nuestros había un perro y un gato que se querían entrañablemente; comían en un mismo plato; se avisaban que ya estaba servida la comida; correteaban juntos por el jardín; y cuando uno de ellos se murió de viejo, el otro se entristeció de tal modo que no quiso comer más y se murió al poco tiempo.

Este caso no es único. Los ha habido aun más curiosos. En Londres existe un perro —un formidable bulldog de pura raza— que pertenece al jefe de la Estación de bomberos de la calle de Cannon, el cual ha tomado bajo su protección materialmente, a un finísimo gatico de Angora. El repórter de un periódico inglés ha contado cómo este perro vigila cuidadosamente a su pequeño protegido: le sigue todos sus pasos, y cuando alguien se acerca para acariciar al gatico, él observa cuidadosamente al visitante; algunos hacen como si fueran a pegarle, y el perro sale inmediatamente hecho un fiera dispuesto a vengar la ofensa que se infiere a su protegido. Es innecesario decir cómo el gato campea por todos los alrededores, pues no hay perro ni gato que se atreva a ponerla una pata encima.

No es este el único caso de adopción entre animales de diferentes clases. El conocido naturalista inglés Mr. William Wilson, que reside en Glasgow (Inglaterra) posee un inteligentísimo mono que es para dos jóvenes gaticos, que él tiene. lo que el célebre perro de la Estación de bomberos, para el finísimo gatico de Angora. Dicen cuantos han presenciado este cuadro que el mono abraza cariñosamente a sus dos hijos adoptivos, les limpia la piel y grita de satisfac-



La célebre gata propiedad de la señora Raspaud, en Francia, que ha criado, como si fueran gaticos hijos suyos, a media docena de encantadores conejitos.

Otro gato, de buen carácter y no menos buen corazón que permite a los pollitos pasearse sobre su piel...

Un bulldog y un gato de Angora que se quieren como hermanos.

Dos gatos y un perro que no pueden separarse ni para comer.

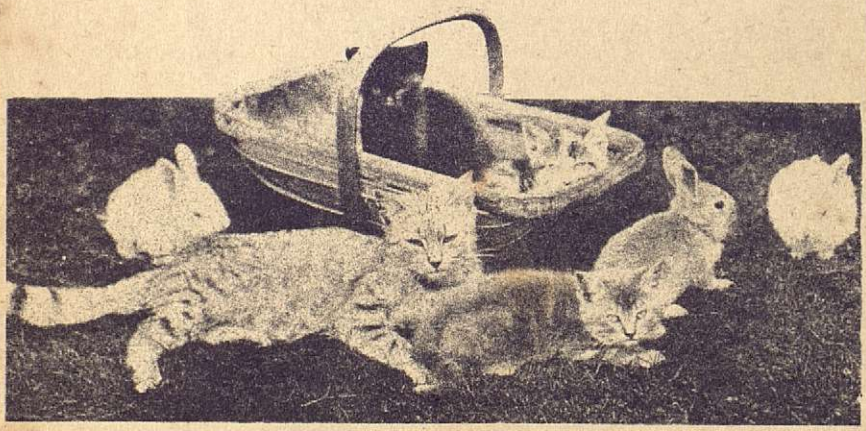
ción cuando los dos gaticos vienen contentos a buscarlo maullándole como si él fuese su verdadera madre.

Pero el caso más curioso, y que ha llamado mucho la atención, se ha dado en Francia, donde una gata ha criado nada menos que media docena de conejitos. La noticia se debe al señor M. J. Dupré, Alcalde de Cascastel, y administrador de la hacienda de la señora E. Raspaud. Cuenta dicho Alcalde, que la señora Raspaud se encontró abandonados junto al camino a esos conejitos. Como eran tan chiquitos los recogió a fin de que no se murieran de hambre. Los conejitos no podían comer aún; y la señora no sabiendo qué hacer con ellos, se los confió a una gata suya, buenísima, de quien, sin saber por qué, no esperaba que fuera a matarlos. La cosa empezó por un juego delante de ella; pero. . . ¡cuál no sería su asombro al ver que la gata tomaba en serio su papel de madre! La experiencia resultó maravillosa, pues la gata no solamente cuidaba solícitamente de los conejitos, sino que les daba de mamar, costando muchísimo trabajo hacerle abandonar la jaula para que comiese. Los conejitos por su parte estaban contentísimos y engordando más y más cada día.

Es también en Francia donde existe otro gato de buen carácter y no menos buen corazón que permite a los pollitos de la finca

donde él vive pasearse sobre su piel y jugueteen como si estuviesen en pleno campo. En Inglaterra vive otra gata que ha criado a dos zorras, Y estos casos no son únicos. Constantemente las revistas dedicadas a las crías de animales, hablan de este olvido de ignoradas enemistades que cesan. No sea. pues, tan malos los animales, y es indudable que ellos sienten y piensan y hasta guardan en sus corazones manantiales de inagotable ternura, apenas apreciados por el hombre acostumbrado a ver casi siempre en ellos tan solo una cosa, un juguete o algo que se puede comer o vender. En estos últimos tiempos, los animales —gracias a la propaganda activa de las muchas sociedades humanitarias existentes en Europa, y particularmente en los Estados Unidos— son tratados un poco mejor, y el hombre comienza a fijarse en elllos con un interés desconocido anteriormente.

Los niños deben observarlos también, y amarlos, y ser buenos con ellos que son nuestros mejores amigos, los más fieles, y con frecuencia los más inofensivos. El animal sabe agradecer todas las bondades. Cuando hagáis una caricia a un perro o un gato, por ejemplo, fijaos en sus ojos: hay en ellos una expresión de gratitud que muy pronto se apresura a demostrar. En los Estados Unidos es muy corriente colocar en los jardines y en los árboles pequeñas casitas donde los pájaros hacen después sus nidos, acudiendo también a los comederos y fuentecitas de agua, puestos especialmente para ellos; para los pájaros libres que vienen allí a cantar sin necesidad de estar encerrados en jaulas. Y éste es un ejemplo muy digno de ser imitado por los niños de Cuba, que tanto pueden hacer por nuestros encantadores y regocijados pajaritos. . .



Gatos y conejos descansando como buenos amigos en una de las fincas de las cercanías de París

René

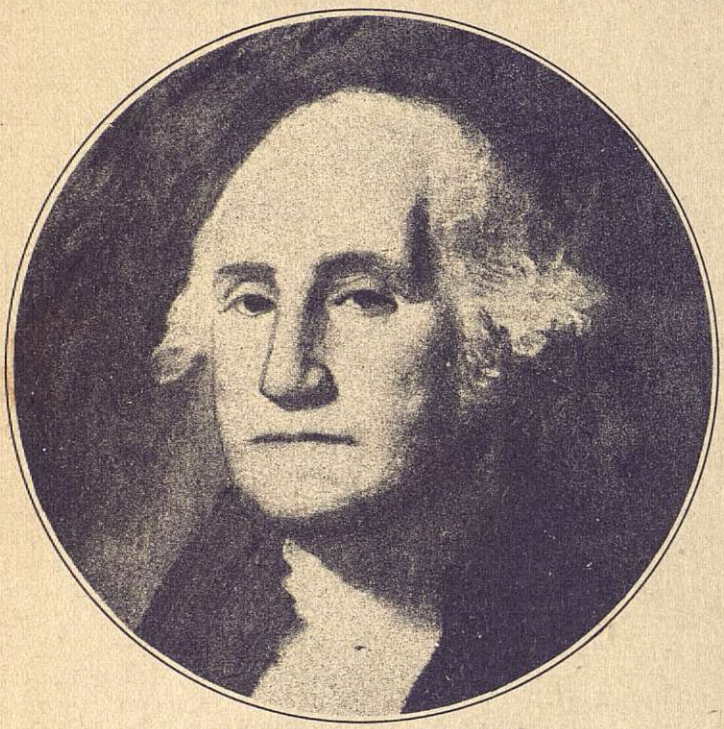
Rita y

José Luis

Pelleyá y Justiz.

(Del Vedado.)

LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES



JORGE WASHINGTON

CUANDO se quiere buscar un ejemplo de laboriosidad, de honradez, de patriotismo, de gran nobleza de corazón, y de otras muchas virtudes, se cita a Jorge Washington. Este grande hombre, que andando el tiempo había de ser uno de los más ilustres fundadores de los Estados Unidos, tuvo, una niñez que bien puede ser tenida como el mejor espejo moral de los simpáticos lectores de PULGARCITO. . .

Jorge Washington nació el 22 de febrero de 1732, en Bridge's Colle, en el antiguo condado de Westmoreland, del actual estado de Virginia. Su padre se nombraba Agustín. Su mamá se llamaba María Ball. Sus hermanos fueron cinco: Betty, Samuel, Juan Agustín, Carlos y Mildred. Poco tiempo después de su nacimiento, sus padres se trasladaron a una finca que poseían en el condado de Staffort, a orillas del Rappahannoc, donde residieron hasta 1743, año en que murió su padre.

De la casa de Bridge's Creek, donde Washington nació, no se conserva ningún vestigio; y de la de Staffort quedan tan solo unos cuantos ladrillos.

El padre de Washington hacía vida de agricultor y poseía varias fincas, así como numerosas acciones de industrias establecidas en Virginia y Maryland. A su muerte, a cada hijo le correspondió una buena parte de ese capital, siendo la madre quien por disposición suya administró dicho capital hasta que todos fueron mayores de edad. Es muy simpática la figura de este recio agricultor de Virginia; pero no lo es menos, y, sobre todo, muy interesante, la de su esposa, que supo educar admirablemente a sus hijos. ¡Con cuanto amor, con cuanta energía, supo inculcar en sus hijos los más sanos principios! Todo el mundo admiraba a esta mujer, y todo el mundo la amaba.

En aquella época, las escuelas del campo no estaban organizadas como hoy en los Estados Unidos, los cuales no se habían independizado todavía de Inglatrra. No nos debe extrañar, por tanto, que Washington no pudiera adquirir grandes conocimientos. Estaba a cargo de un hombre que era además sepulturero, y a quien se le importaba bien poco que los niños aprendiesen o no. Por otra parte, él no tenía muchas cosas que enseñarles. La madre de Washington se dedicó a suplir en lo posible las deficiencias del maestro, dándole buenos consejos, haciéndole comprender lo bueno que era hacer el bien y ser instruído y justo.

Desde los comienzos de su educación, Washington fué un niño modelo. Tenía tiempo para todo; y con su gran amor al orden y al estudio, vencía cuantas dificultades se le presentaban. Le gustaban mucho los sports y los ejercicios militares. En las horas de recreo organizaba a sus compañeros de clase en compañías, les pasaba revista y jugaba a la guerra. Todos lo amaban y lo buscaban como juez en las discusiones. Era sumamente pulcro y cuidadoso. Aún se conservan sus cuadernos de cuentas y escrituras, y lo que más llama la atención en ellos es verlos sin una mancha, sin un borrón. A los trece años conocía perfectamente la aritmética, y ya estudiaba geometría. Escribía admirablemente, con una letra muy clara que siempre conservó; y sus cuadernos están llenos de notas interesantísimas por los elevados pensamientos que gustaba de anotar siendo niño.

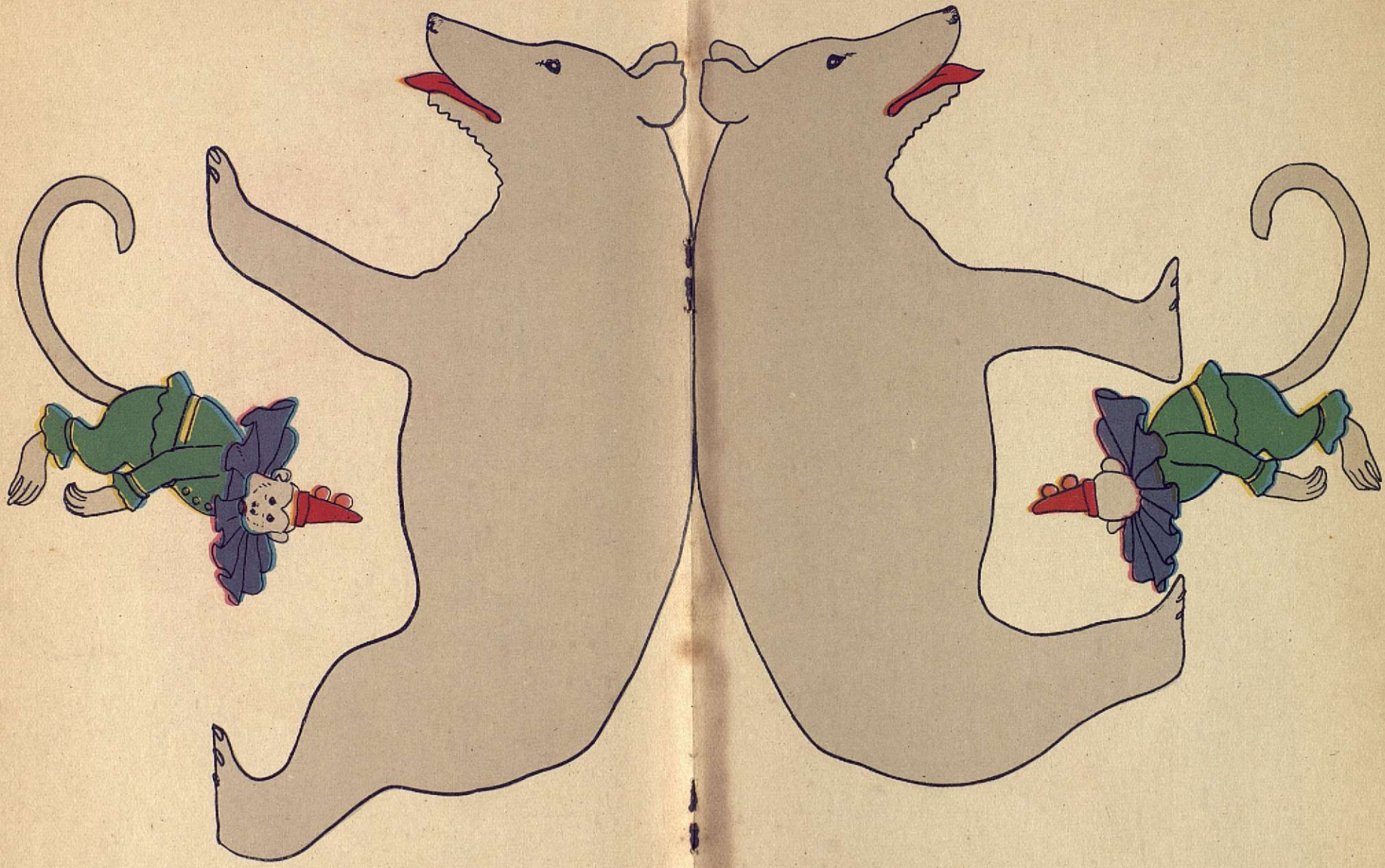
Abandonó la escuela a los dieciseis años, pero siguió estudiando matemáticas, ciencia a la cual demostró una gran afición. Se hizo agrimensor; y ya iba a abandonar su país para ingresar en la marina inglesa, como guardia marina, para seguir la carrera que tanto amaba, cuando las lágrimas de su madre, atormentada por la separación, le hicieron desistir de su propósito y dejar para mejor ocasión la realización de su deseo. Quiso entonces trabajar; y pronto encontró quien le confiase la empresa de medir una finca. Su propietario Lord Fairfax quedó muy satisfecho del trabajo. Poco tiempo después fué nombrado agrimensor público. Aquí comienza su brillante carrrera que lo ha de llevar mucho después, ya hombre, a desempeñar un brillantísimo papel en la historia de su país organizando con su talento, su energía y su gran patriotismo, la campaña decisiva para la emancipación de los Estados Unidos que habían sido hasta entonces tan solo una próspera colonia de Inglaterra.

MODAS

Desde las chiquitinas, que sólo piensan en jugar con sus muñecas, casi tan grandes como ellas, o en admirar ingenuamente un pajarillo, hasta la señorita en ciernes que empieza a soñar con fiestas y bailes todas las niñas de la casa estarán propia y elegantemente trajeadas con estos modelos; las pequeñitas, con simpáticos delantales: uno de muselina, a rayas rosadas y blancas, con bieses y botones color de rosa y peto de alforzado organdí blanco; y el otro, blanco y amarillo, con tres lindos gatos negros, dibujados, cortados y cosidos por las hábiles manos de mamá; la mayor, con sencilla túnica de *voile* rosa, con alforzitas realzadas con seda, y cinturón de seda negra; y la colegiala gentil, con saya y blusa rusa de organdí azul pálido, realzado con bieses de azul más vivo.

Miguelin Pont y Marimon.

Fot. Colominas y Cia. (Del Vedado.)



EL OSO PACIENTE Y EL MONO PAYASO

Recórtense ambas figuras, péguense los lados, uno contra otro, dejando despegadas las patas, de manera que el oso camine y el mónito monte sobre él.

Josefina Calvo y Vicente.
(De Valencia, España.)

LOS NIÑOS EN EL ARTE

LA INFANTA MARIA TERESA DE AUSTRIA

Por Velázquez.

DON Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, nacido en Sevilla en 1599 y muerto en Madrid en 1660, fué el mejor pintor español, y muchos dicen que el mejor pintor del mundo. Unía a su grandísimo talento artístico, la más exquisita bondad, cortesanía y gentileza, de tal modo, que si al ver sus magníficos cuadros se le admira, al leer el relato de su vida, llega uno hasta quererle un poco. Velázquez vivió casi toda su existencia, en la corte del Rey de España, Felipe IV, para quien pintó muchísimos cuadros y, entre ellos, este retrato de la hija del Rey, la Infanta María Teresa, que más tarde había ser la esposa de Luis XIV, Rey de Francia. En este cuadro, que se conserva en el Museo del Prado de Madrid, aparece la Infantita, de diez años, luciendo sus hermosos cabellos rubios, su enorme pañuelo y su gran traje de corte, de lindos colores, rojo y gris plata, pero de forma exagerada que hoy nos parece feísima y que era de suma elegancia en España en el siglo XVII.

LOS CLÁSICOS DE LA INFANCIA

LA FONTAINE

HE aquí a un amigo familiar de los niños, al cual, como al viejo Perrault, conocen por sus obras casi todos desde que empezaron a leer. Porque La Fontaine fué quien para ellos escribió innumerables fábulas, llenas de gracia, de ingenio y de intención.

¿Sabes tú lo que es una fábula, lectorcito amigo? Es una composición poética, generalmente corta y escrita en estilo amable y sencillo, donde para enseñar una lección moral se hace aparecer a los distintos animales hablando, pensando y sintiendo como si fueran seres humanos: así, la fábula instruye y encanta al mismo tiempo, pues tras el gracioso o interesante retrato aparece siempre el sabio consejo, encerrado en unas líneas que en castellano llamamos "moraleja", que es como si dijéramos "moral pequeñita", o "un poquitito de moral que aprender suavemente, entre juego y juego."

Siempre ha habido fábulas y fabulistas: no se recuerda un pueblo, por lejano o antiguo que sea, donde a los niños —y hasta a los grandes— no se les haya contado fantásticas y divertidas historias de animales con objeto de que aprendieran a conocer mejor la vida y a portarse siempre bien. Pero La Fontaine es el mejor fabulista de todos, porque arregló y tradujo muchas de las principales fábulas antiguas, como las del viejo griego Esopo, y también porque las que él inventó han sido traducidas y arregladas luego por muchísimos cuentistas y poetas de otros países.

Y sin embargo... ¿cuántos de los innumerables niños que saben de memoria "La cigarra y la hormiga", "El zorro y las uvas", "La lechera" y "La tortuga y la liebre", y tantas otras fábulas de La Fointane se habrán preocupado de saber cuándo y cómo vivió quien tanto pensó en divertirlos instruyéndolos?

Yo te lo diré.

"El buen La Fontaine" —pues así se le llamó en su época— vivió en Francia, en el siglo XVII, es decir, hace trescientos años. Nació en Château-Thierry en 1621, de una acomodada familia de la clase media, y recibió esmerada educación en Reims; quiso primero ser sacerdote y más tarde abogado, pero ni una cosa ni otra la atraían de veras: su vocación real era la de escritor y poeta, y a ella se entregó primero poco a poco, al mismo tiempo que ejercía un alto cargo heredado de su padre, y luego por completo en 1656 en París, donde halló nobles amigos y generosos protectores. Entre los primeros, Moliere, Racine y Boileau, dos poetas dramáticos y un crítico que gozaban de gran fama; y entre los segundos, Fouquet, el Superintendente General, o Ministro de Hacienda, como diríamos ahora, que le concedió una pensión vitalicia, el duque y la duquesa de Bouillon, la duquesa de Orleans, que le obtuvieron cargos lucrativos y honrosos, y sobre todo, la señora de la Sabliere, que le dió la

LA FONTAINE

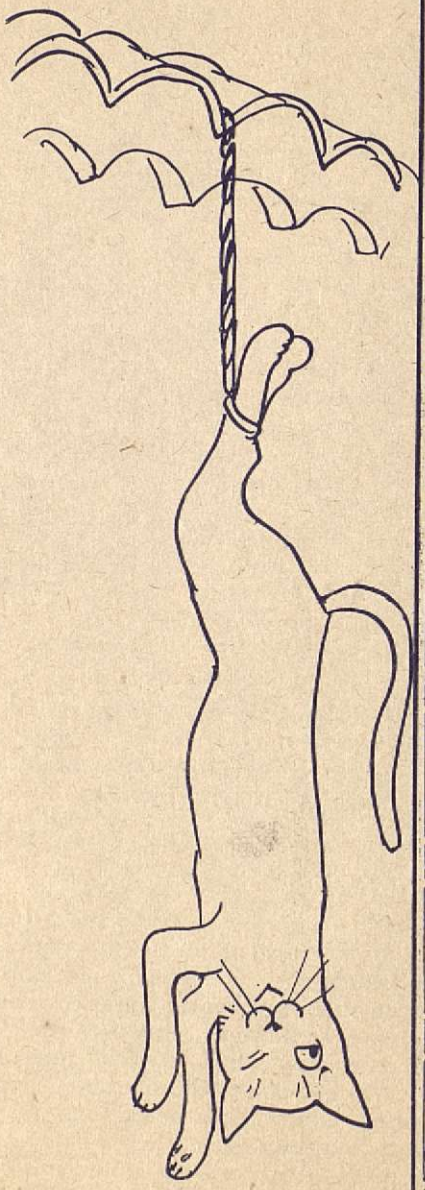
más afectuosa hospitalidad en su casa, atendiéndolo y cuidando de él durante más de veinte años, y el matrimonio Hervart, en cuyo hogar se refugió y fué a morir en 1595, dos años después de la muerte de su bienhechora.

De todos ellos, protectores y amigos, necesitó mucho "el buen La Fontaine", porque era el hombre de menor sentido práctico que se ha conocido: distraidísimo, pródigo, desmemoriado... gastaba sin saber cómo cuanto tenía, contraía deudas, salía a la calle con la ropa puesta del revés, y hubiera sufrido mucho si cuantos lo rodeaban no lo hubiesen ayudado sin cesar; pero como era dulce, amable, espiritual y agradecidísimo (como lo demostró defendiendo valerosante a su gran protector Fouquet cuando éste cayó en desgracia del Rey) todos lo querían a pesar de sus grandes defectos. Y así, rodeado de solicitud y simpatía, vivió bastante tranquilamente el señor Juan de la Fontaine, a quien sus retratos nos presentan rechoncho y jovial, luciendo el calzón corto y la gran peluca rizada que usaban todos los caballeros de la corte del Rey Luis XIV.

De su obra literaria, a la que dedicó casi toda su vida, y que comprendía obras teatrales, cuentos burlescos, y composiciones poéticas de diversas clases, lo mejor y más famoso son sus "Fábulas", en número de ciento treinta y ocho, que lo han hecho célebre en el mundo entero, y en cuyo texto aprenden a leer los niños en Francia.

EL GATO Y LA RATA VIEJA

Por LA FONTAINE



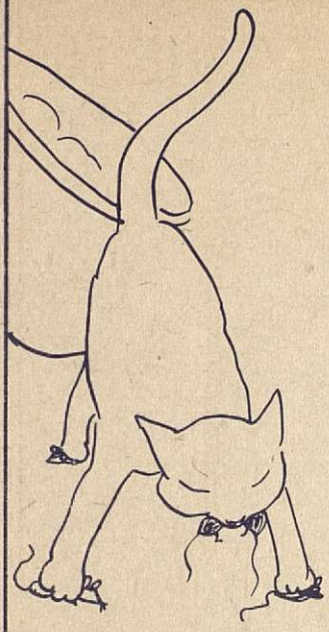
Ha dicho un gran fabulista,
que un segundo Rodilando,
Atila de los Ratones
y Alejandro de los Gatos,
de aquellos era la plaga
haciéndolos desgraciados;
y verdadero Cerbero,
exterminador osado,
a una legua a la redonda
era temido este Gato.

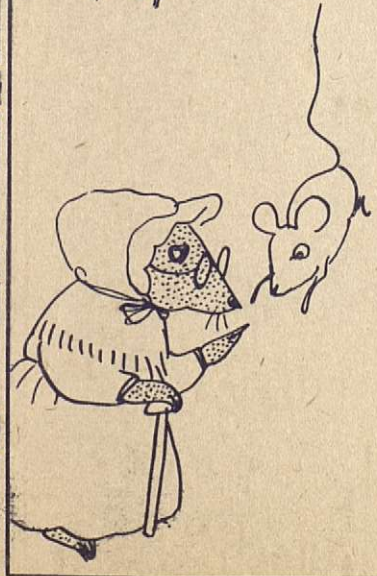
De los Ratones quería
purgar el globo terráqueo;
y todas las ratoneras,
todos los números cuatro,
y la pasta muricida,
eran juegos a su lado.

Viendo que en sus agujeros
se quedaban encerrados
por prudencia los Ratones,
y que los buscaba en vano,
el picarón hizo el muerto;
y de lo alto de un tejado
se fué a colgar de las patas,
la cabeza para abajo,
y estaba con unas cuerdas
por la pata asegurado.

El pueblo de los Ratones,
al mirarle en tal trabajo,
pensó que en justo castigo
de que se robó un asado
un pernil o un queso fresco,
o porque dió un arañazo,
o porque en plena despensa
causó irremediable estrago,
de pillos para escarmiento
estaba el Gato colgado.

Todos unánimemente
piensan pasar un buen rato
a su entierro concurriendo;
la nariz sacan ufanos,
luego asoman la cabeza,

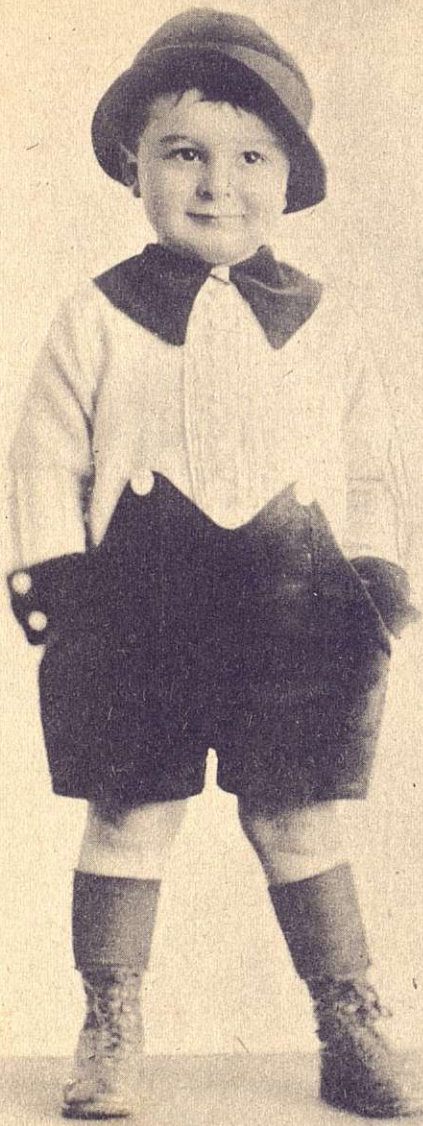




vuelven al nido alarmados,
y después salen de nuevo;
andan tres o cuatro pasos,
y al fin, del todo tranquilos,
se van a cazar osados;
pero a poco es otra fiesta,
pues resucita el colgado,
se para en sus cuatro patas
y atrapa a los rezagados.
—"Este es un ardid de guerra,"
les repite al devorarlos;
"otros mejores conozco,
y os advierto sin reparo
que vuestras cavernas hondas
no podrán jamás salvaros,
y moriréis a mis uñas
todos vosotros al cabo."

La verdad profetizaba
el segundo Rodilardo,
y segunda vez los hizo
víctimas de sus engaños.
Se llenó todo de harina,
y así vestido de blanco,
en un artesón se mete;
anduvo en ello acertado,
pues la familia ratuna
cayó muy pronto en el lazo.
Sólo una rata, una sola,
escapa de sus amaños:
una vieja veterana,
de mil campañas soldado,
y que en un combate había
perdido todo su rabo.
—"Nada de bueno me dice
ese trozo enharinado,"
le gritó desde muy lejos
al general de los Gatos;
"yo sospecho que hay oculta
cierta máquina debajo;
ser harina no te sirve,
pero aunque fueras un saco
yo jamás me acercaría
al alcance de tu mano."

Fué sin duda muy bien dicho,
y tanta prudencia alabo;
era rata de experiencia,
y sabía, a no dudarlo,
que todo el que desconfía
está de peligros salvo.



Albertico Carús y Morena.
(De New York.)
Fot. Century Art Studio.

RESULTADO DEL CONCURSO DE PINTURAS DE FEBRERO

PRIMER PREMIO

AUGUSTO OLIVA Y BLAY

Calle I entre 11 y 13, Vedado.

SEGUNDO PREMIO

CATALINA VINENT

Calle 2, número 252 entre 25 y 27, Vedado.

MENCION ESPECIAL

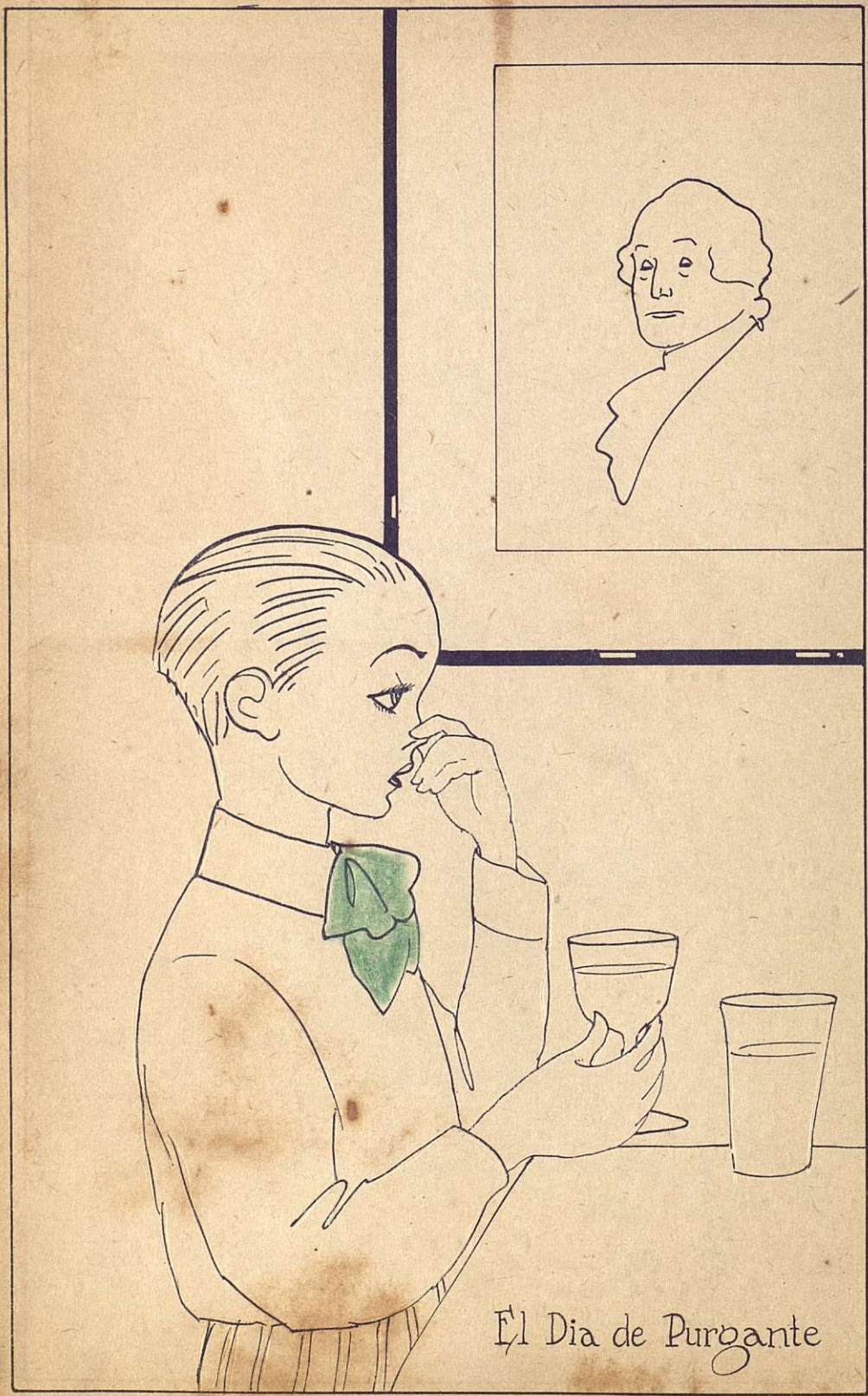
ANGEL ALCALDE

San Ignacio número 24. Habana.

El primer premio consiste en un lindo teatrito o un precioso libro de cuentos que podrán escoger en la librería "Wilson", Obispo número 52.

Al segundo premio le corresponde una suscripción gratis a PULGARCITO por un año.

A los niños premiados se les entregará, en esta oficina, una tarjeta para que puedan recoger los premios correspondientes.



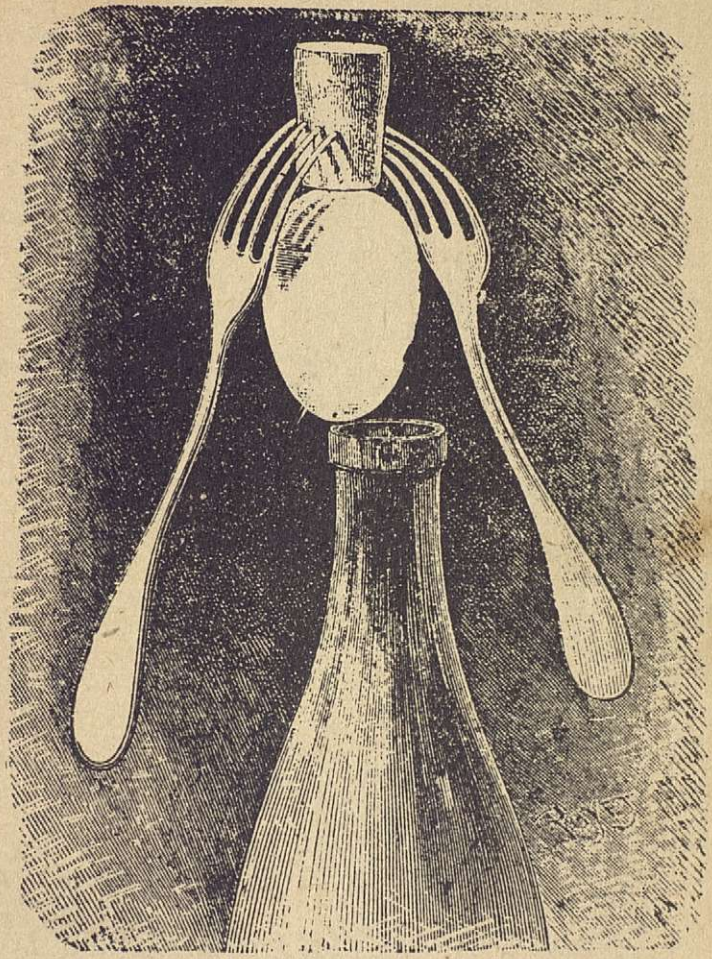
El Dia de Purgante

El Dia de Purgante

Orlanda, hija del Tenor Lázaro.

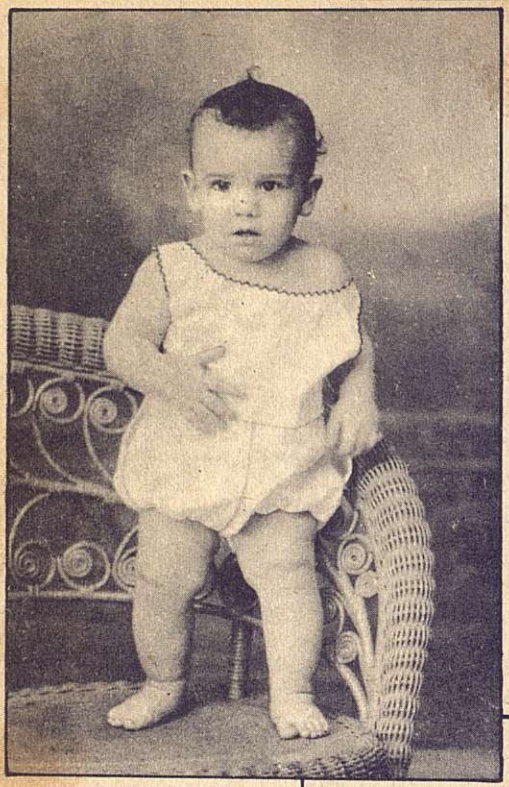
Fot. Golominas y Cía.

FÍSICA RECREATIVA



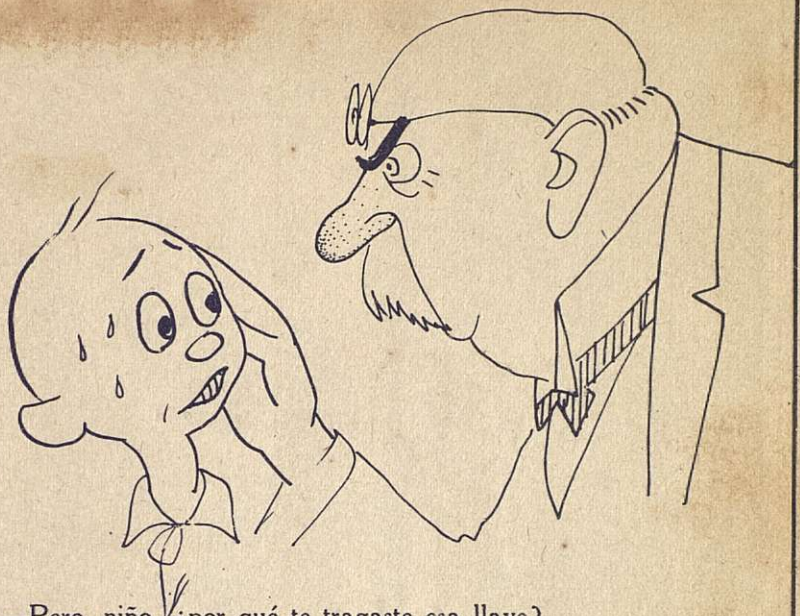
EL HUEVO SOSTENIDO EN EL BORDE DE UNA BOTELLA

Hínquense en los dedos opuestos de un tapón de corcho dos tenedores de igual peso y colóquese el conjunto resultante, por el extremo inferior del tapón, sobre uno de los extremos del huevo, y el otro sobre el borde de una botella. Hecho esto, y manteniendo el huevo bien vertical, después de algunos tanteos permanecerá el huevo en equilibrio sobre el borde de la botella, a consecuencia de ser, como quien dice, el sostén de la gravedad, cuyo centro pasa por el eje del corcho y del huevo y va a contrarrestarse en el punto en que toca al borde de la botella.



René Hernández
y
Lagomasino
(De la Habana)

Ana Margarita
Lagomasino.
y
Bauzá
(De la Habana)



—Pero, niño, ¿por qué te tragaste esa llave?
—Porque le oí decir a usted que debían darme mucho hierro.

—¿No sabes saludar aún?
—Sí, señor; buenas tardes, ¿cómo sigue su familia?

Carlos Rafael Rodriguez y R. Morini.
(De Cienfuegos.) Fot. Sanchez.

HISTORIETA MUDA

LA MANZANA INESPERADA, *por Gerbault.*

PASATIEMPOS

No. 9.

Metátesis

1 2 3 4 5 Madera.
3 4 5 2 1 Medida.

No. 10.

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 Animal.
1 3 2 4 5 7 Parte del cuerpo humano.
1 2 3 4 5 Alimento.
1 5 6 7 Número
1 2 4 Nombre que se dá a un animal.
3 5 Nota.
7 Vocal

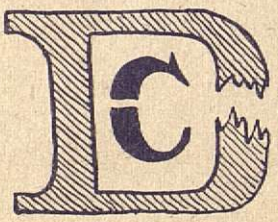
No. 11.

Intercalación

BAI TI KAL

No. 12

Jeroglífico comprimido



SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO DE FEBRERO

No. 5: Armario.
No. 6: Marcelino
No. 7: Médico-Décimo.
No. 8: Síntomas.

CUADRITO

LOS MEJORES AMIGOS, *por Czech*

AMERICAN PHOTO STUDIOS

LA FOTOGRAFIA DE LOS NIÑOS BUENOS

NEPTUNO 43 LA HABANA

LOS UNIFORMES

SOLDADO ALEMAN

(Traje de cuartel)

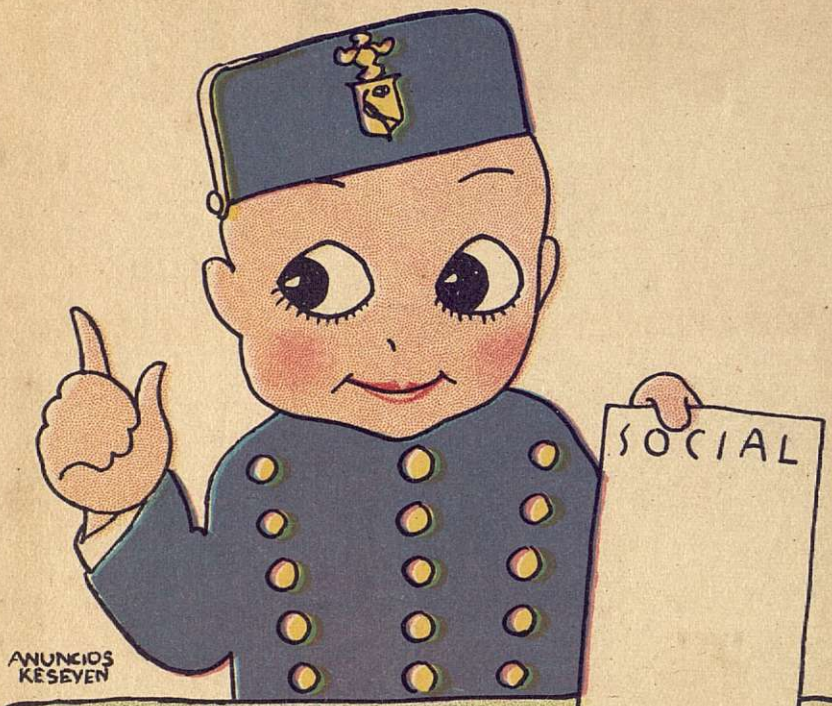
Blez

RETRATOS ARTÍSTICOS PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.



NO TE OLVIDES
RECUERDA A
TU PAPA LA
SUSCRIPCION A
SOCIAL

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528.—Tel. I-1119.—Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II ~ NUM. 4 ~ ABRIL 1920 ~ 20 CTS.

JUGAREMOS HOY A...

EL PAPALOTE

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

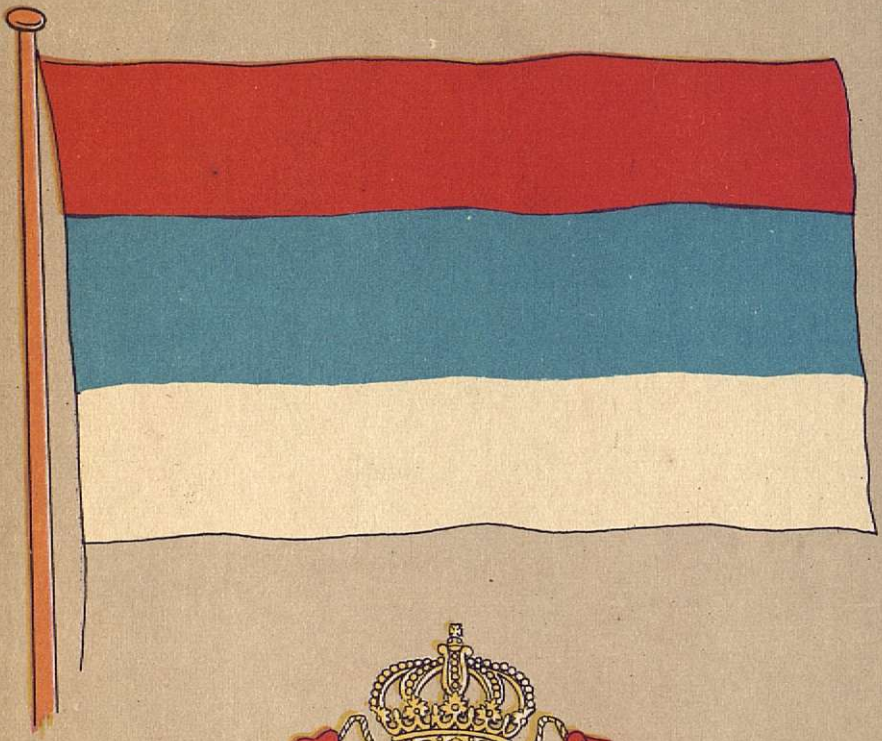
SAN RAFAEL 32

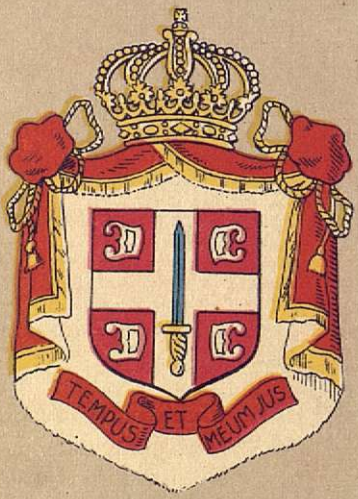
RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos





SERBIA

Capital: Belgrado.

Jefe de Estado:

Alejandro.

Jesús Barreto.
(De Guanabacoa)

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES

HILDA RUIZ CASTAÑEDA LOPEZ

4½ años de edad.

Vecina de Campanario 28.

Propietaria del solar 8 de la manzana 128, en Cojímar.

PULGARCITO:

Te mando mi retrato que me dió mamá.
Quiero salir bien.
Mi papá me compró un terreno para hacer mi casa.
Voy a tener un cuartomuy bueno para jugar con mis muñecas.
Dice papá que en Cojímar no se enferman los niños.
Mándame mi PULGARCITO.

En los sucesivos números de PULGARCITO iremos publicando las distintas fotografías de los niños que tienen solares en el "Paraíso de los Niños", en Cojímar.

MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos.

EL PAPALOTE

ALLÁ arriba, entre nubes, este bello juguete adopta posiciones caprichosas, y tiene una batalla con sus iguales. A veces parece, desde abajo, un extraño dragón de cola enorme que hubiera subido al cielo. Es tan cierta esta semejanza que los alemanes le llaman *drache*, que quiere decir dragón. Y nada es más curioso, en verdad, que la historia de este sencillo juguete, por quien todos los niños sienten especial predilección. . .

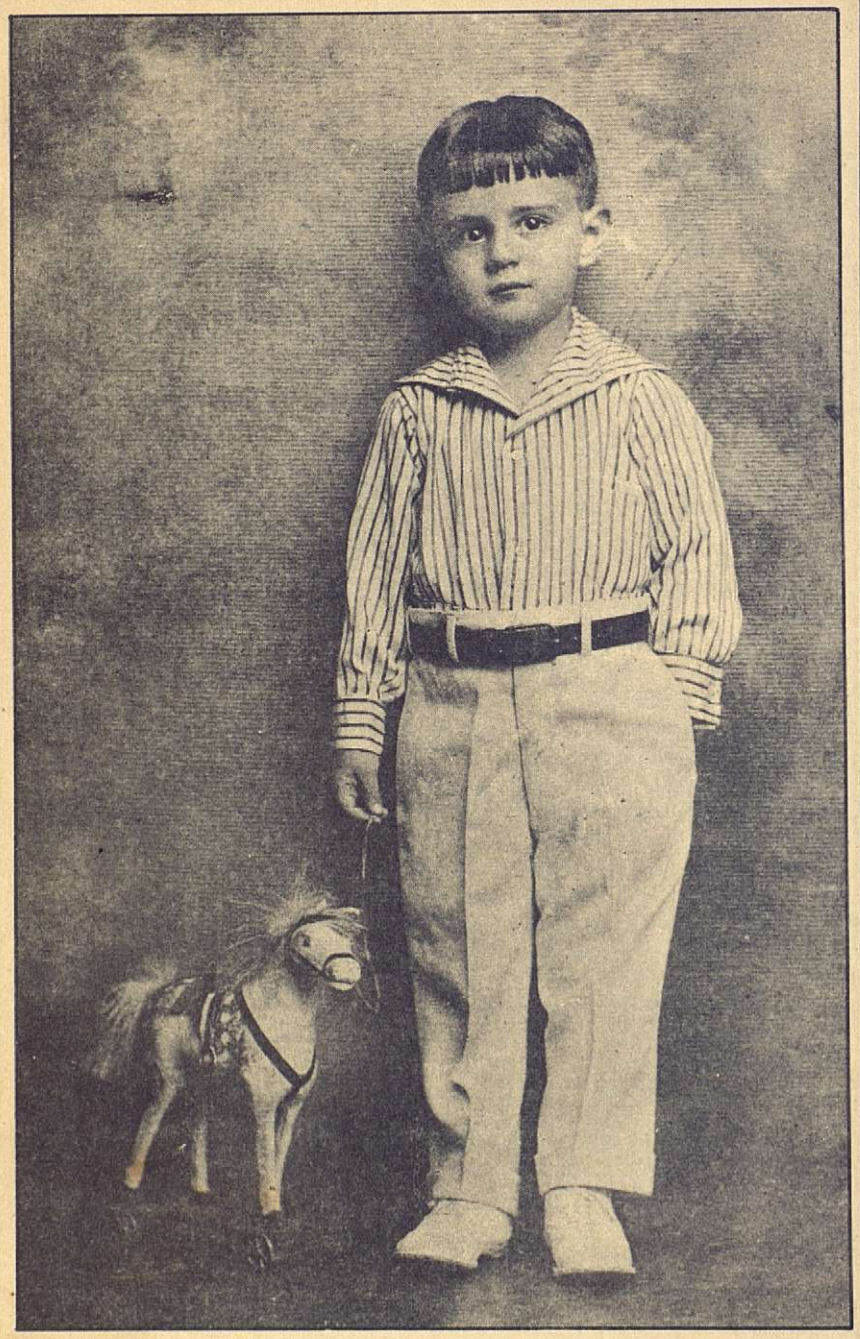
Se dice que fué inventado cuatrocientos años antes de venir Jesús al mundo, por Arquitas de Tarento, célebre filósofo y matemático griego. Pero lo cierto es que no hay pueblo de la antigüedad que no lo conociese. En China y Japón, por ejemplo, es un juego nacional. En el primero de estos pueblos existe el "día del papalote", que se celebra el noveno día del noveno mes del año; y, aseguran los viajeros, es un espectáculos muy curioso ver a los niños y a los hombres acudir a los montes cercanos para echar a volar, entre risas y alegrías, los papalotes de diversas clases que ellos poseen.

Pero lo más notable de la historia del papalote es que en su origen, oscuro y remotísimo, ha desempeñado un importante papel entre ciertos pueblos o tribus, los cuales —como sucede entre los maorís— entonan himnos religiosos mientras los sacerdotes elevan papalotes de variados colores.

Los chinos y los malayos poseen una colección muy variada de papalotes sin rabo. En 1893 el Sultán de Johor envió a la Exposición de Chicago quince modelos diferentes de esta clase de papalotes, entre los cuales figuraba el tipo, tan conocido en Cuba, que representa una especie de cajita abierta.

El papalote ha desempeñado, además, importantísimo papel, en el mundo científico. Es memorable el célebre papalote de Franklin, mediante el cual este gran sabio norteamericano demostró la electricidad natural de la luz del relámpago. En otros muchos usos científicos y en otros muchos experimentos ha desempeñado importante papel el papalote; y como si esto no fuera suficiente para enorgullecerlo, se ha visto utilizado por los ejércitos para hacer señales, llevando consigo banderas, luces, y hasta cámaras fotográficas que han funcionado sobre el campo enemigo por medio de la electricidad o de un simple mecanismo de relojería. En ocasiones ha servido para levantar hombres a algunos piés de altura. El capitán Baden-Powell, a quien se le ocurrió implantar esos simpáticos y necesarios ejércitos de *boy scouts*, construyó en 1894 un papalote de treinta y seis piés de altura, mediante el cual sus soldados se elevaron a cien piés de altura. Y el teniente Wise, construyó en 1897 otro enorme papalote con el cual pudo elevar a un hombre a una altura de cuarenta piés.

Saludemos, pues, al señor Papalote, como a uno de nuestros más importantes amigos, ya que tiene una historia tan brillante y variada.



Desi Parreño y Velazquez.
(De la Habana.)

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II LA HABANA, ABRIL, 1920. NUM. 5

LA FLOR DEL LIRIO AZUL

Por BERNARDO MORALES SAN MARTIN

Era un rey, rico y poderoso, que poseía el bien de una esposa virtuosa y de dos príncipes nobles y hermosos. Y sus vasallos adoraban el buen rey; pero el buen rey no vivía contento, porque estaba enfermo de mal del alma, de tristeza. Y ningún sabio conocía su dolencia y ninguna hierba tenida por milagrosa, lo sanaba. . .

Él sabía que el príncipe, su primogénito, tenía celos de su hermano menor; y éste era el mal que entristecía los días del rey sabio y valeroso.

Y llamaron a una hada, porque los sabios doctores de la corte no entendían de dolencias del alma.

Y el hada vino; acercóse al lecho de roble y oro del rey, y dijo que la flor del lirio azul lo sanaría, y que sólo el príncipe digno de reinar la encontraría, y poniéndola sobre el corazón del doliente, sanaría. Y dicho esto, el hada desapareció, como rayo de luna entre sombras. . .

Entonces el rey doliente llamó a sus dos hijos, les dijo que cabalgasen en sus alazanes y que buscasen la flor que había de curar su invencible melancolía. Y prometió, delante de toda su corte, que aquel de sus hijos que trajese la flor azul, heredaría su cetro y su corona de oro, su manto de armiño y púrpura, y los viejos libros en donde está escrita toda la sabiduría, y reinaría sobre sus vasallos.

Los dos príncipes cabalgan, salen por la puerta del gótico alcázar como el vendabal, y caminan por el mundo a la ventura. El primogénito camina por las ásperas sierras, siempre peñas arriba, buscando la aspereza bravía que anhelaba su alma. Y su hermano menor baja de las sierras al llano, añorando la tranquila placidez de los verdes valles, acordes con la poesía de que estaba lleno su corazón. A aquél lo guían la Ambición y la Envidia; a éste el Amor. . .

La Envidia conturba y pierde por las ásperas montañas al príncipe celoso de su hermano. El Amor aclara el entendimiento y

enseña el camino real, llano y sin tropiezos, al príncipe que amaba a su hermano primogénito.

Y vinieron las tinieblas tras el día luminoso y la tierra fué envuelta por densa oscuridad. Pero una luz blanca guiaba al rubio infante y a su alazán por el camino que conducía al llano. Y las tinieblas ofuscaron y extraviaron por barrancadas y bosques al primogénito del rey.

Llegó el buen príncipe, que amaba a su hermano, a donde brillaba la luz blanca y vió a un leñador en su choza, aderezando su cena.

—Buen hombre, buen leñador—le dijo—¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarle.

—Sigue, príncipe, el camino real—le contestó el leñador—¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, verde como la esperanza? Ella teguiará... Cuando llegues a esa luz, verás junto a ella una viejecita hilando su copo: interrógala. La viejecita te indicará el camino que has de seguir.

—Gracias, buen leñador. Dios os premiará y el rey os pagará.

Y camina que te camina, que pronto llegarás, pasa puentes y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la planta.

Y llega a la luz, verde como la esperanza de sus ensueños, y pregúntale a la vieja que hilaba:

—Buena mujer, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarlo.

—Sigue, príncipe, el camino real... ¡No te apartes jamás de él!—le respondió la mujer—¿Ves aquella luz azul como el cielo? Ella te guiará... Cuando llegues, verás junto a ella una hada joven y hermosa como el Amor, regando las flores del jardín de la Dicha. El hada te dirá dónde crece la flor que sanará al sabio y buen rey tu padre.

—Gracias, buena mujer. Dios os premiará y el rey os pagará.

Y camina que te camina, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipicios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce al llano, y llega a éste y al palacio del hada de la dicha. Y la lucecita azul como el cielo, era la luz del día, que surgía por Oriente al encuentro del buen príncipe. Y el príncipe pregunta al hada que regaba las flores del jardín del Amor:

—Buena hada, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarlo.

—Sigue, príncipe, el río que besa los muros de mi alcázar y pasa el puente de piedra: apéate en la opuesta ribera; baja a la orilla misma del río, nombrado *Río de Arenas*, y allí encontrarás, hundidos sus raices y sus tallos en el agua pura y cristalina, el lirio azul que cura las dolencias del alma. Coge dos flores: guarda una en tu pecho; cabalga llevando la otra en la diestra; vuelve al palacio del sabio y buen rey tu padre y él sanará llevando la flor del lirio sobre su corazón.

—Gracias, buena hada. Dios os premiará y el rey os pagará.

—Escucha aún, buen príncipe: no te desesperes si la Ambición y la Envidia te salen al camino; no dudes aunque llegues al martirio... Ten fe en Dios, en mí y en la milagrosa flor... Ten también fe en tí mismo, y la fe te salvará y sanará el corazón del rey.

Y el buen príncipe dobla la rodilla, besa la mano del hada, blanca como la nieve y pura como la mística azucena, cabalga y se aleja pensando que es el hada muy hermosa; de un azul de hechizo la luz de sus ojos y de una dulzura incomparable su voz. Y cuanto más se aleja, más hondo se clava el dardo amoroso en su corazón, virgen aun de amores...; y piensa que si tuviera que buscar el lirio que cura las dolencias del alma, para el rey que muere de tristeza, él se quedaría, para siempre, en el palacio del hada.

Y siguió el curso del río, y llegó al puente de piedra, obra de gigantes, se apeó en la ribera opuesta, cuajada de lirios que surgían como verdes sonrisas de esperanza en la misma orilla de la corriente clara y rumorosa. Pero los lirios estaban sin flor y el príncipe quedó sorprendido y maravillado. Y con los ojos cuajados con las perlas de su llanto, clamaba al cielo:

—¿Cómo sanará el sabio y buen rey mi padre? ¡Buena hada, acudidme, que el rey morirá si no le llevo la flor del lirio que cura las dolencias del alma!

Y de la misma orilla del río, de entre las verdes matas de lirios sin flor y la corriente diáfana y rumorosa, surgió el hada de los ojos azules y la voz dulcísima. Y mirándole con el suave fulgor de sus ojos de cielo, hablóle con el hechizo de su voz, dulce como miel de abejas, mostrándole en sus manos de azucena, dos floridos lirios azules como dos jirones del cielo.

—Toma, buen príncipe, y corre al palacio donde gime el buen rey tu padre. Esconde esta flor en tu pecho, libre de envidia; lleva

esta otra en la mano y camina... y camina a tu martirio, que será tu gloria. Yo soy el hada que fué al palacio del rey tu padre a curarle la dolencia del alma; yo era la luz verde como la esperanza, que te guió por las ásperas sierras durante la noche tenebrosa; fuí también la lucecita azul como el cielo que te guió a mi palacio, y soy también el hada que regaba las flores del jardín del Amor, cuando llegaste a él. Te sé con sano corazón y puro pensamiento. Y sabe, buen príncipe, que la buena hada mi madre, que estuvo presente en tu nacimiento, predijo que serías rey, pero que no sería sin ceñir antes tus sienes la corona del martirio... Ve; sigue tu camino. Camina por la senda de tu destino: yo velo por tí...

Y desapareció. Quedóse el príncipe con las dos flores azules en sus manos puras de envidia, guardando en su alma el recuerdo del suave fulgor de los ojos de hechizo y el eco de la voz dulce, dulcísima, del hada hermosa.

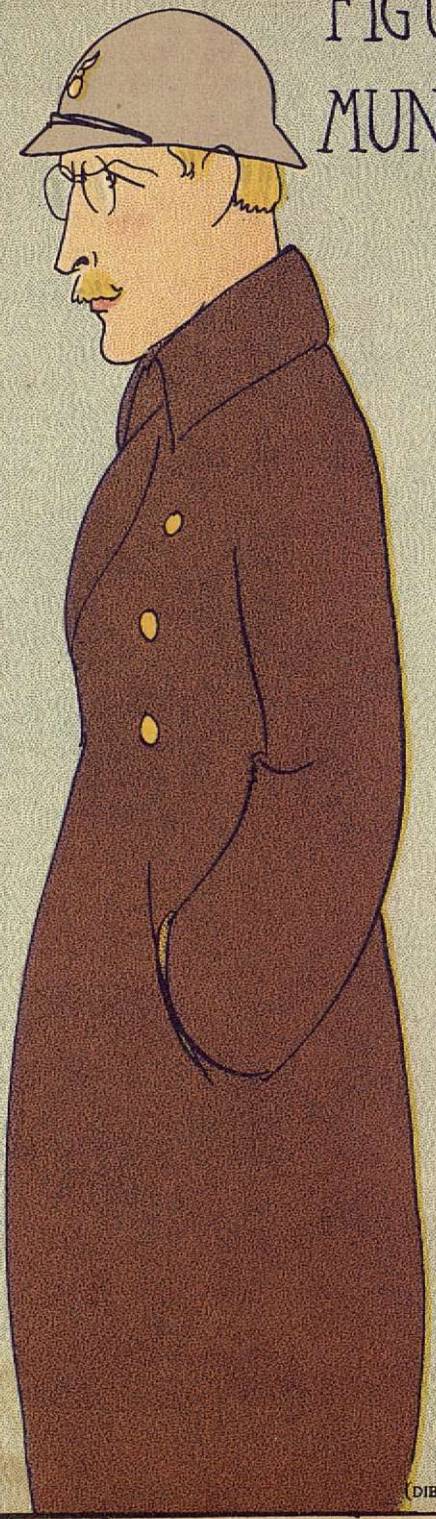
Y le sacó de su ensueño de amor, un caballero que en un caballo, negro como la Muerte, cruzaba el puente y venía hacia

Pepín Marimón

(Del Vedado)

Fot. Colominas y Co.

FIGURAS MUNDIALES



EL REY
ALBERTO I
DE BELGICA

MASSAGUER
1919

(DIBUJO DE MASSAGUER)

él. Y guardó una flor en su pecho, junto a su corazón, como había mandado la buena hada, y teniendo la otra en la diestra, cabalgó y esperó.

Y se encontraron los dos hermanos junto al puente famoso de *Río de Arenas*. Porque el caballero que venía vestido con negra armadura y cabalgando sobre negro potro, era el príncipe primogénito del sabio y buen rey, a quien guió la Ambición por las ásperas sierras; y que bajaba al llano, después de buscar vanamente por aquéllas el lirio que cura las dolencias del alma.

Y el príncipe, su hermano, no le reconoció al pronto, porque sus armas de bruñida plata eran negras como la Noche; y hasta su bravo alazán habíase tornado negro como la Muerte, que tanto es el poder de la Ambición desmedida y de la Envidia sin freno.

Y el príncipe negro vió que su hermano tenía el lirio milagroso en la diestra y que otro no florecía en la ribera; y fué a él y lo mató, hundiéndole su negra espada en el pecho, y le quitó el lirio; y cavando una fosa con sus uñas de diablo, enterró al inocente príncipe bajo el puente, en las arenas del río.

Pero como lo enterró de prisa y con miedo en el corazón, al echar con sus zarpas montones de arena sobre el cuerpo del príncipe su hermano, el fratricida dejó, mal tapados a flor de tierra, algunos rizos de la rubia y sedosa cabellera, que milagrosamente comenzaron a crecer, cubriendo las removidas arenas de un espeso y verde cañaveral. Y al fratricida, lejos de asombrarle aquel prodigio, le hizo sonreir... Creía que el diablo le ayudaba a borrar las huellas de su crimen; lanzó una carcajada, que resonó sobre la tierra como la de Caín al ver caer muerto a Abel a sus manos, cabalgó y deprisa volvió al palacio del sabio y buen rey; entrególe el lirio y el señor sanó.

Pero ciertamente que toda la corte espera al buen príncipe, y el buen príncipe no vuelve al palacio. Y el rey manda a sus caballeros que lo busquen y lo traigan a su palacio. Y la reina, su madre, llora la ausencia del hijo amado, sin ocultar su llanto. Pero el sabio rey esconde sus lágrimas... ¡que es hombre y es rey!

Y los caballeros de la corte salieron y no lo encontraron en la sierra ni en el llano ni en parte alguna... Y ya retornaban desesperanzados cuando, al pasar en sus caballos por el puente de *Río de Arenas*, vieron a un pastorcito sentado junto a un cañaveral, abstraído en su labor de cortar una caña para hacer una planta.

Y los caballeros detuvieron sus caballos. Y uno de aquéllos se apeó, acercóse al pastor y le preguntó por el hijo del rey. Y el pastorcillo se puso a tocar el caramillo y de éste salió una voz quejumbrosa que cantaba:

—Pasa, pasa, buen pastor;
pasa, pasa y no me nombres
que me han muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.

Y al oir la voz del príncipe que sonaba dentro de la flauta, en su dulce lengua nativa, llevaron al pastor al palacio del rey, al cual dijeron que no sabían del príncipe más que lo que la flauta del pastor lloraba y cantaba.

Y el rey hizo sonar la flauta y la voz doliente decía:

—Pasa, pasa, buen pastor;
pasa, pasa y no me nombres
que me han muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.

Y toda la corte, llevando al rey sabio y bueno al frente, y al pastor con su flauta al lado, y al primogénito entre sus caballeros, se encaminó a *Río de Arenas;* y el leñador y la vieja les guiaron; llegaron al puente; lo pasaron, y detuviéronse todos junto al cañaveral. Y una vez allí, sonaron el rey, y el pastor, y los caballeros la flauta que lloraba y cantaba su triste queja.

E hicieron tomarla al príncipe fratricida, asesino por envidia, y el instrumento no sonó. Y el señor rey tornó a mandar a su primogénito que la tocara, y la flauta no sonaba.

Y en tonces todas las cañas del cañaveral, movidas por la brisa marina, sonaron con dulce música, y entre ella una voz dulce y apagada lloraba y cantaba:

—Pasa, pasa, mal hermano;
pasa, pasa y no me nombres
que me has muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.

Y toda la corte y el rey miraron fieramente al asesino por envidia, y allí mismo maniataron al fratricida, que temblaba de remordimiento.

Y buscaron el cuerpo del buen príncipe entre las cañas; y al tocar éstas el sabio y buen rey, se convirtieron en los rubios cabellos del hijo amado y perdido... y éste surgió de la fosa, llevado de la mano por el hada de los ojos azules y voz dulce como miel de las abejas.

Y como ésta contó al señor rey la historia de la flor del lirio azul, y vieron ser verdad, porque el buen príncipe llevaba aún la otra flor escondida en el pecho, todos querían que el príncipe asesino fuese muerto y enterrado en la misma fosa que él abrió para su hermano. Pero éste no quiso.

Y el rey quería que fuese cargado de cadenas y encerrado, vivo por toda la vida. en un castillo desierto. Pero el buen príncipe no quiso. . . y le perdonó de todo corazón y mandó que le dejaran libre. Así lo hicieron. . . y el fratricida montó en su caballo negro como la Muerte y salió de la presencia del rey y de su reino. Y por el mundo camina, hostigado por la Envidia y espoleado por la Ambición, aún furioso y mal contento... cruzando sierras, atravesando valles, buscando la flor del lirio azul que cura el mal de envidia, sin

encontrarla nunca. Que este mal de la envidia no lo cura la flor del lirio ni otras flores de este mundo, ni tal vez del otro...

Y la corte, el rey, el buen príncipe y el pastor con su flauta volvieron contentos al palacio, guiados por la hermosa hada, y encontraron a la reina y buena madre, llorando de alegría por el retorno del hijo amado y de pena por la maldad del hijo ausente.

Y el buen príncipe, que tenía henchido de amor el corazón, casó con la hada de ojos de azul de hechizo y reinó, cuando de mal de vejez murió el sabio y buen rey, entregándole al morir su cetro y corona de oro, su manto de púrpura y armiño, y los viejos libros en los cuales estaba escrita toda la sabiduría.

Y vivieron, largos años, felices el buen príncipe y la hermosa hada; y tuvieron muchos y nobles hijos, y ninguno de ellos padeció de mal de envidia, porque eran sanos y limpios de corazón...

* * *

Y aquí acaba la leyenda del lirio azul.
Loado sea el nombre de Dios, señor de señores, rey de reyes...
Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura...
Cuando a otro haces mal, a tí mismo lo haces...

(Adaptación hecha expresamente para PULGARCITO.)

LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES

VERDI

El célebre compositor italiano José Verdi, autor de *Rigoletto*, *Aida*, *Traviata* y otras óperas no menos notables.

La niñez de este célebre compositor italiano autor de *Aida*, *Rigoletto*, *Traviata* y otras muchas óperas que hoy se cantan en principales teatros del mundo, fué casi un pequeño cuento de hadas. Hijo de una pobre familia de labradores que vivía en Roncole, provincia de Parma, nació el día 9 de octubre de 1813. Rodeaba a la estrecha casita donde habitaban, un paisaje encantador, y los bosques cercanos parecían un teatro propio para que en él se desarrollasen escenos de esos bellos cuentos en donde una viejecita que pide limosna resulta ser un hada buena capaz de hacer los más grandes milagros. Ante esos bosques, corriendo por las verdes praderas en compañía de alegres muchachos de la vecindad, pasó Verdi sus primeros años. Cuando tenía cinco o seis años, uno de sus grandes entretenimientos consistía en asistir todos lose domingos a la misa celebrada por la iglesia de la parroquia, donde él se deleitaba oyendo las melodías con que un músico pobre y desconocido arrancaba a las viejas cuerdas del órgano. Entonces tuvo un gran deseo: ser como aquel organista.

Un año después su padre lo envía a hacer sus primeros estudios en la escuela municipal de aquella comarca. La escuela estaba situada a ocho kilómetros de donde él vivía. Allí Verdi demostró ser un niño muy bueno y muy estudioso. Con su trajecito de aldeano, risueño, pensando a veces en que se encontraría tal vez

con una hada buena, Verdi—que se llamaba José—recorría todos los días esos kilómetros. Un buen día, por la noche, estando la familia Verdi reunida, conversando después de comer, el niño Verdi, que andando el tiempo iba a ser glorioso compositor, se acercó a su padre y le explicó cuán grandes eran sus ansias de aprender la música.

—Somos pobres;—le contestó su padre, pensando con dolor en que tal vez no podría complacerlo—pero, en fin, yo haré todo lo posible por atender tu deseo.

Verdi se acostó esa noche contentísimo. Pasó algún tiempo; y una tarde su padre lo llamó y le dijo:

—Por fin, vas a tener lo que deseas: tendrás un profesor de música.

—¿Quién será?—preguntó con ansiedad el niño Verdi.

—Provesi.

—¡Provesi!

Al niño le parecía todo aquello un gran sueño; y repetía, alegremente, el nombre de su futuro profesor, que era el organista de la iglesia de Bussato y un notabilísimo contrapuntista.

El padre de Verdi, por su parte, se sintió también muy contento esa noche. Había tenido que hacer muchos sacrificios para atender el buen deseo de su hijo; pero. . . él también soñaba y le parecía—¡se lo decía su corazón de padre amantísimo!—que su hijo sería una gran figura dentro del arte.

Al día siguiente emprendió Verdi su aprendizaje. Para ello fué con su padre a una tienda de objetos usados, y allí se adquirió un antiguo clavicordio, instrumento muy parecido al piano, y que se usaba cuando estos todavía no se conocían. ¡Con cuánto entusiasmo empezó a estudiar Verdi! Provesi se maravillaba de los rápidos adelantos del aldeanito, que al poco tiempo de haber comenzado a estudiar comenzó a ensayarse en el órgano. Dicen cuantos han contado la vida de Verdi que tenía ocho años y ya le dominaba la pasión por la música.

En aquella época había en Bussato una casa donde diariamente se tocaba el piano y se cantaba. Verdi se enteró; y como la música se oía muy bien de la calle, él se ponía rondar por allí hasta que empezaba el concierto, quedándose horas y horas como petrificado ante la ventana de la casa. Allí vivía un negociante muy rico llamado Barezzi, el cual era muy aficionado a la música y sabía tocar varios instrumentos, menos el piano que había sido comprado para su hija. Todas las noches visitaba la casa un amigo que lo tocaba muy bien; y a él era a quien el aldeanito se ponía a escuchar desde la calle.

Tan constante era Verdi en ir a oirlo, que Barezzi al fin se

fijó en él; le fué simpático, y un día hizo como que se encontraba con él, y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, hijo mío?

A lo cual el aldeanito respondió riendo:

—Oigo la música, señor.

—¿Te gusta la música?

—Mucho señor; yo también toco un poquito.

—Entonces, entra y estarás más cómodo; y ven todas las noches si quieres.

Barezzi tuvo entonces ocasión de conocer a fondo el carácter del niño y su vocación. Pronto se sintió atraído por el aldeanito, y llegó a quererlo con un afecto verdaderamente paternal.

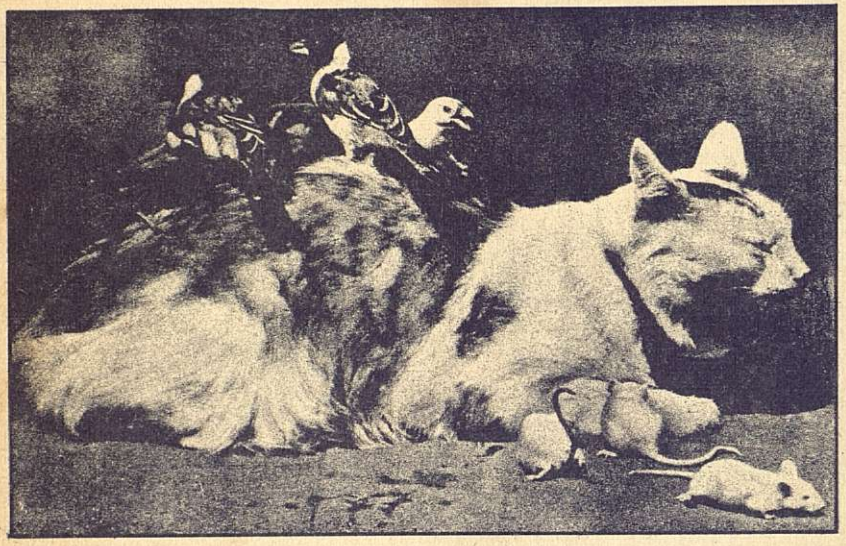
Vivió entonces Verdi una temporada feliz, entregado a su gran amor de la niñez: la música. Barezzi seguía sus estudios con interés. Y llegó el momento de ir a la Universidad de Parma, para allí seguir esos estudios. Pero. . . ¡oh dolor!. . . su padre ya no podía más, los recursos escaseaban; y así se lo escribió a Verdi. ¿Qué hacer? Volver al lado de su padre a Roncole, era olvidar todo lo aprendido y ser, como él, labrador. Pero el aldeanito tomó una resolución: no ir. Se acordó de que el Monte de Piedad de Bussato concedía todos los años una pensión de veinticinco francos mensuales a los cuatro alumnos más sobresalientes de la escuela municipal que desearan perfeccionar sus conocimientos; y en el acto solicitó una, la cual le fué concedida. Mas un nuevo problema le salía al paso: necesitaba más dinero para poder trasladarse a Milán y allí disfrutar de la pensión. Barezzi, que fué para él una especie de hada buena, le dió el dinero y lo ayudó en todo. Tenía entonces Verdi doce años; y cuando partió para Milán, ya tenía hechas algunas pequeñas composiciones. . .

Cuando llega a Milán, se encuentra con que tiene que sufrir un examen. De él no sale victorioso, pues el Jurado, que no comprende su genio, lo declara inepto para la música. El conservatorio le cerraba las puertas; pero él no se daba por vencido. Se fué a ver al director de orquesta del célebre teatro de la Scala ,llamado Rolla, el cual le aconsejó que estudiase por su cuenta, y le recomendó al profesor Lavigna. Verdi aceptó entusiasmado el consejo, y estudió así por espacio de tres años. ¡Tres años de luchas y de afanes, que deben servir de ejemplo a todos los niños! No iba a ningún paseo; no se ocupaba de nada que no fuesen sus papeles de música. Estando enfrascado en sus estudios, un día le llegó una carta de Barezzi, el cual le decía que Provesi, su primer profesor, había muerto; y que él, Verdi, podía volver a Bussato, pues había sido nombrado para sustituirlo. También le decía que le daba por

El niño Verdi tocando en casa de su protector Barezzi.

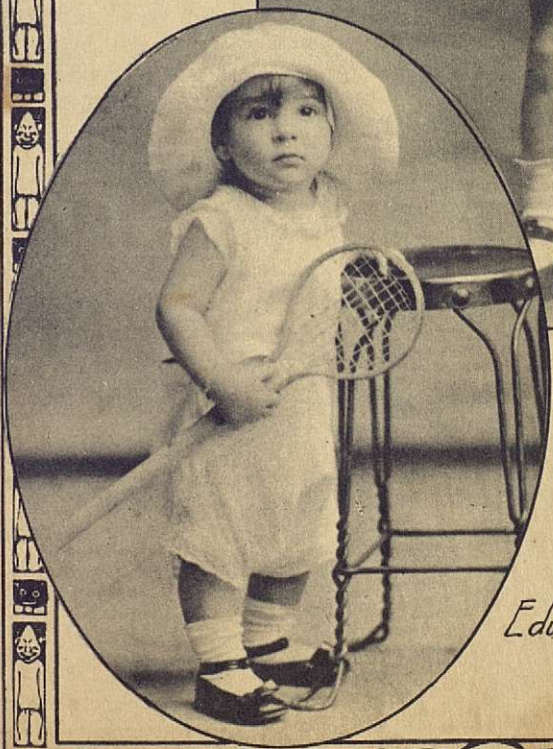
esposa a su hija. Verdi ya empezaba a ser conocido en los círculos artísticos. Volvió a Bussato, se casó, tuvo dos hijos que murieron poco tiempo después, lo mismo que su esposa, pero más tarde conquistó la gloria que su genio y su bondad de corazón merecían.

UNA GATA HUMANITARIA

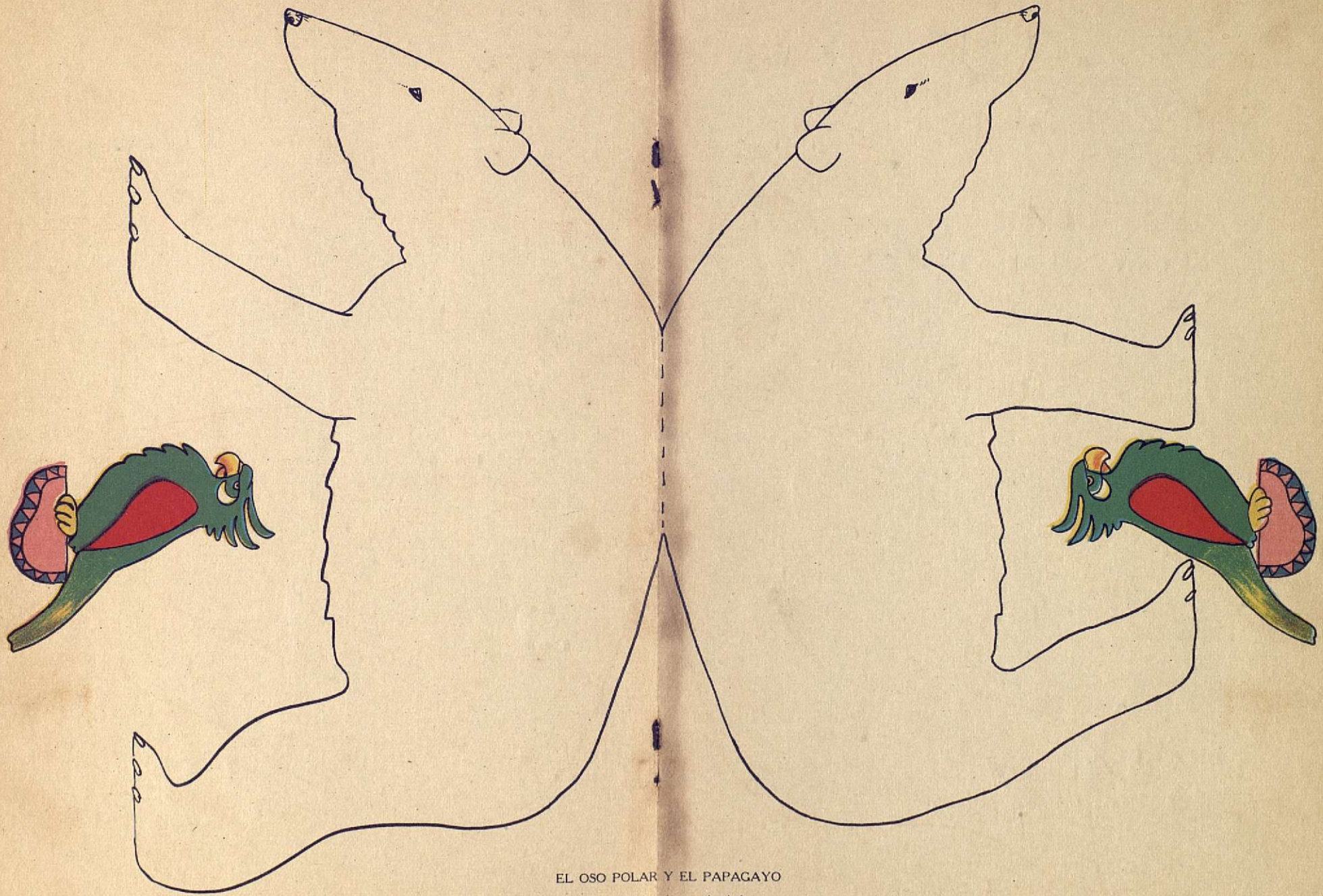


Se ha hablado mucho de los rasgos de caridad o de buen corazón que tiene el hombre. Según parece esta cualidad existe también en algunos animales. Y un bello ejemplo de esto, puede ser esta hermosísima gata, digna compañera de los otros gatos de que hablamos en el número anterior de PULGARCITO, porque se le pasean por encima pájaros y ratones. Esta gata—que pasará a la posteridad como un ejemplo elogiado por pájaros, ratones y demás animales que pudieran ser víctima de sus garras y sus colmillos—ha nacido en Francia; y acerca de ella se han hecho numerosos comentarios pues es un caso muy original entre los de su especie.

Gloria Vignier
(De la Habana)
Fot. Nuñez.



Eduardito Villegas y Girón
(De la Habana)
Fot. Colominas y Cía.

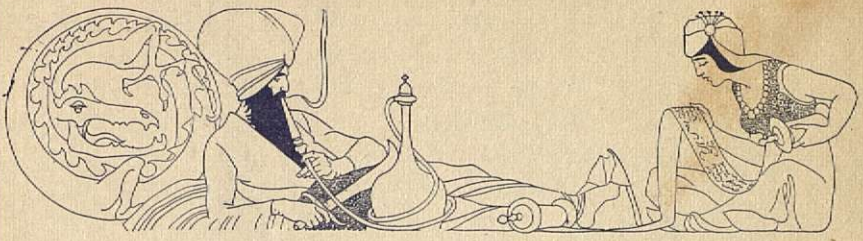


EL OSO POLAR Y EL PAPAGAYO

Recórtense ambas figuras, péguense los lados, uno contra otro, dejando despegadas las patas, de manera que el oso pueda caminar y el papagayo monte sobre él.

Celi Fernández y Xiqués
(De Güines.)

Dionisio Ravelo.
(De Chaparra)



LOS CLÁSICOS DE LA INFANCIA

EL LIBRO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

QUIEN es el autor de este libro interesantísimo y que, sin duda alguna, no existe niño o niña que no lo haya leído? Su origen como el de otros muchos libros antiguos apenas si se conoce. Está formado por una serie de cuentos populares, debidos, en gran parte, a la imaginación de escritores árabes cuyos nombres la posteridad ha olvidado por completo. Los eruditos, o sean esos hombres estudiosos que gustan de descifrar viejos manuscritos o antiguos documentos, aseguran que esos escritores tomaron por modelo para componer dicho libro una colección de cuentos muy parecidos publicada en Persia bajo el título de *Los mil y un días*. Dicen que de este libro, hoy perdido, pero del cual existen referencias en documentos de los siglos noveno y décimo, se tomó en primer lugar el argumento principal, o sea el hecho de que la bellísima Schaharazada sea quien narre los cuentos ante el Sultán envejecido, triste y cansado. . .

Muchos de esos cuentos persas fueron traducidos y adaptados al árabe; y el libro, además, creció más y más a medida que esos escritores le fueron introduciendo y añadiendo historietas originales. De todo esto, resultó un libro encantador, que se hizo muy popular entre los árabes y los países con los cuales ellos mantenían amistad y comercio. Pero el libro en sí, no era un libro para niños, sino para personas mayores, las cuales hallaban en él morales enseñan-

zas o páginas de una chispeante alegría. En Europa no se conocía este libro, no obstante hacer referencia a él, la mayor parte de los viajeros que tocaban en las costas orientales. El libro no se conoció, no se leyó, hasta que a uno de esos viajeros, el célebre arqueólogo y orientalista francés Antonio Galland se le ocurrió traducirlo y adaptarlo al idioma, usos y costumbres de su patria, al principios del siglo dieciocho. Pero Galland no tradujo todo el libro; y además hizo de la adaptación una serie de historietas encantadoras, muy propias para los niños, los cuales amaron desde entonces este libro delicioso. Posteriormente el conocido doctor Márdrus, árabe de nacimiento e hijo de una noble familia de musulmanes, tradujo el libro por completo; mas, como es natural, el libro se hizo algo incomprensible para los niños, los cuales deben preferir siempre, mientras sean pequeños, la antigua y conocidísima traducción de Galland . . .

En cuanto al libro en sí, el argumento principal consiste en presentar a un célebre rey de la India que, en virtud de una serie de acontecimientos que no son del caso relatar, se propuso matar a todas sus esposas. Esta especie de Barba-Azul de la antigüedad, no bien hacía matar a su última esposa, se casaba de nuevo con otra de las jóvenes de su reino. Se casó tantas veces y mató a tantas mujeres, que llegó un momento en que casi no pudo encontrar una nueva esposa. En esto, una de las hijas de su Primer Secretario, se decidió a casarse con él, resuelta a terminar con tantos crímenes. El padre, muy apesadumbrado, consintió al fin en el matrimonio; las bodas se efectuaron; y ¡cuál no sería la sorpresa de sus súbditos al ver que la nueva esposa, la cual se llamaba Schahrazada, no había sido degollada por los verdugos del rey! ¿Qué había hecho la nueva esposa para evitar ser una nueva víctima? Pues algo muy sencillo y muy original: pasarse las noches contando al rey una serie de entretenidas y divertidas historietas que mantuvieron suspensa su curiosidad por espacio de mil y una noches, pues ella enlazando unos cuentos con otros, cuidaba de que siempre quedase la historia a la mitad, y el rey, por saber el final le concedía cada día la vida hasta la noche siguiente . . .

En ese tiempo el rey aburrido y tiránico, tuvo con la bella Schahrazada, tres hermosísimos niños, los cuales fueron un nuevo encanto para él, que lleno de alegría ordenó a sus verdugos que no la matasen. Vivió con ella y sus hijos en plena felicidad; y, como un homenaje a la bella e inteligente Schaharazada, ordenó que se escribiera cuanto le había sucedido con la nueva esposa, así como que se difundieran por todo el país las bellas historias contadas por ella cada noche bajo los suntuosos cortinajes de su maravilloso palacio.

Mario, Emilio, y Julio Cancio Bello y Radillo.
(De la Habana)

Fot. Golominas y Cia.

LA SEGUNDA HISTORIA DE LAS SIETE QUE CONTO A SINDBAD EL CARGADOR, SINDBAD EL MARINO

(Cuento adaptado, expresamente para PULGARCITO, *del libro auténtico de* Las mil y una noches)

Sindbad el cargador, se sintió un día muy cansado de la dureza de su trabajo, y se sentó ante la puerta de un gran palacio, dando grandes suspiros y quejándose de su suerte. Lo oyó el propietario de dicho palacio, y ordenó a sus criados que hiciesen pasar a aquel hombre; le dió de comer, lo obsequió muchísimo, y después de la opípara comida se puso a conversar con él y sus amigos. Sindbad, el cargador, contó algo de su vida; y entonces el propietario del palacio, que también se llamaba Sindbad y había sido marino, le dijo:

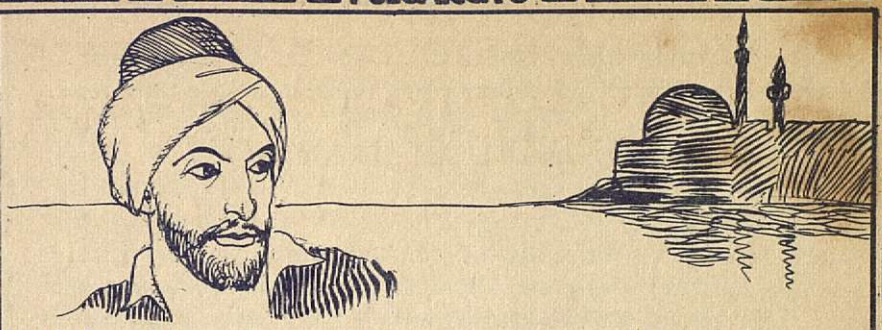
—¡Oh cargador! Sabe que yo también tengo una historia asombrosa, y que me reservo el derecho de contarte a mi vez. Te explicaré, pues, todas mis aventuras que sufrí antes de habitar este palacio. Porque sin duda ignoras los siete viajes extraordinarios que he realizado.

Después Sindbad el marino se acomodó en su silla, hizo algunos breves comentarios acerca de la vida, y comenzó a contar su historia. La primera que contó fué, cómo él, — ya escaso de dinero por haber dilapidado la fortuna que su padre le dejó—se decidió a emprender un viaje para vender diversas mercancías. En ese viaje se apeó en una isla que después resultó ser una ballena sobre cuyo lomo, merced a la arena, habían crecido árboles. Cuando lo supo, no pudo huir a tiempo; y escapó milagrosamente en una especie de tina que encontró a mano, yendo a parar a una verdadera isla, de donde salió, después de varias aventuras, en el mismo barco en donde hacía su primer viaje, volviendo a su país cargado de riquezas. Dichas riquezas las dilapidó bien pronto; y entonces emprendió un nuevo viaje parecido al primero.

Salió con muy buen tiempo. Fué tocando en todas las islas que halló a su paso; y así llegó a una "muy hermosa, cubierta de frondosos árboles, abundante en pájaros, regada por aguas puras", pero en donde no había ninguna vivienda. . .

Sindbad el marino se acomodó de nuevo en su sillón y siguió narrando así las peripecias de su segundo viaje:

—El capitán accedió a nuestro deseo de detenernos unas horas allí, y echó el ancla junto a tierra. Desembarcamos en seguida, y fuímos a respirar el aire grato de las praderas sombreadas por



árboles cubiertos de aves. Llevando algunas provisiones, fuí a sentarme a orillas de un río, resguardado del sol por ramajes frondosos. Una brisa suave invitaba al reposo. Me tendí en la yerba, y se apoderó de mi un sueño profundo. Cuando desperté no ví ya a ninguno de los pasajeros, y el navío había partido sin que nadie se enterase de mi ausencia. En vano miré a todas partes: no distinguí a nadie en la isla. A lo lejos se alejaba por el mar una vela que muy pronto perdí de vista.

Entonces quedé sumido en un estupor sin igual. ¿Qué desastre iba a ocurrirme de nuevo? Ante tan desconsoladores pensamientos, exclamé llorando:

—¡Pierde toda esperanza Sindbad el marino! Si la primera vez saliste bien del apuro, no creas que ahora te ocurrirá lo mismo.

Pero como al fin comprendí que eran inútiles todos mis lamentos y mi arrepentimiento demasiado tardío, resolví conformarme con mi desgracia. Me levanté; y después de haber andado sin rumbo, tuve miedo de encontrarme con algún animal salvaje, o algún enemigo desconocido. Me subí entonces, a un árbol, desde donde me puse a observar con más atención a derecha y a izquierda; pero solo distinguí el cielo, la tierra, el mar, los árboles, los pájaros, la arena y las rocas. Sin embargo al fijarme con más atención en el horizonte, me pareció distinguir un fantasma blanco y gigantesco. Atraído por la curiosidad me bajé del árbol; pero, atemorizado, fuí avanzando poco a poco hacia aquel sitio. Cuando estuve más cerca, advertí que era una inmensa cúpula de blancura resplandeciente, ancha de base y altísima. Me aproximé aun más a ella, y le dí por completo la vuelta sin hallar una puerta de entrada. Entonces quise encaramarme en ella, pero era tan lisa y escurridiza, que me fué imposible subir. Hube de contentarme, pues, con medirla. Puse una señal sobre mi primer paso en la arena, y de nuevo le dí la vuelta contando mis pasos. Así pude saber que tenía una circunferencia de cincuenta pasos.

Estaba pensando en cómo podría entrar allí cuando ví que, de momento, desaparecía el sol. Creí que sería una nube inmensa que lo oscurecía, pero cuando levanté la vista ví un pájaro enorme

de alas formidables que volaba por delante del sol, esparciendo la oscuridad en la isla. Mi asombro fué mucho mayor, cuando recordé que los viajeros me habían hablado, en mi niñez, del *rokh*, pájaro de extraordinario tamaño que se encontraba en una isla remota, y cuya fuerza era tan grande que podía levantar a un elefante. Entonces pensé que aquello que yo había creído una cúpula, era simplemente un huevo de aquel pájaro. En efecto: al poco rato, el pájaro descendió y se posó encima del huevo como para empollarlo. Una de sus patas extraordinarias había quedado encima de mí, que me había acostado para ver si me libraba de él. Entonces se me ocurrió una idea: aquel pájaro podía servirme para salir de la isla; me incorporé un poco, desenrollé la tela de mi turbante, la doblé muy bien, y la retorcí muy bien para servirme de ella. La até muy bien por un extremo a mi cintura y el otro a una de las patas del animal.

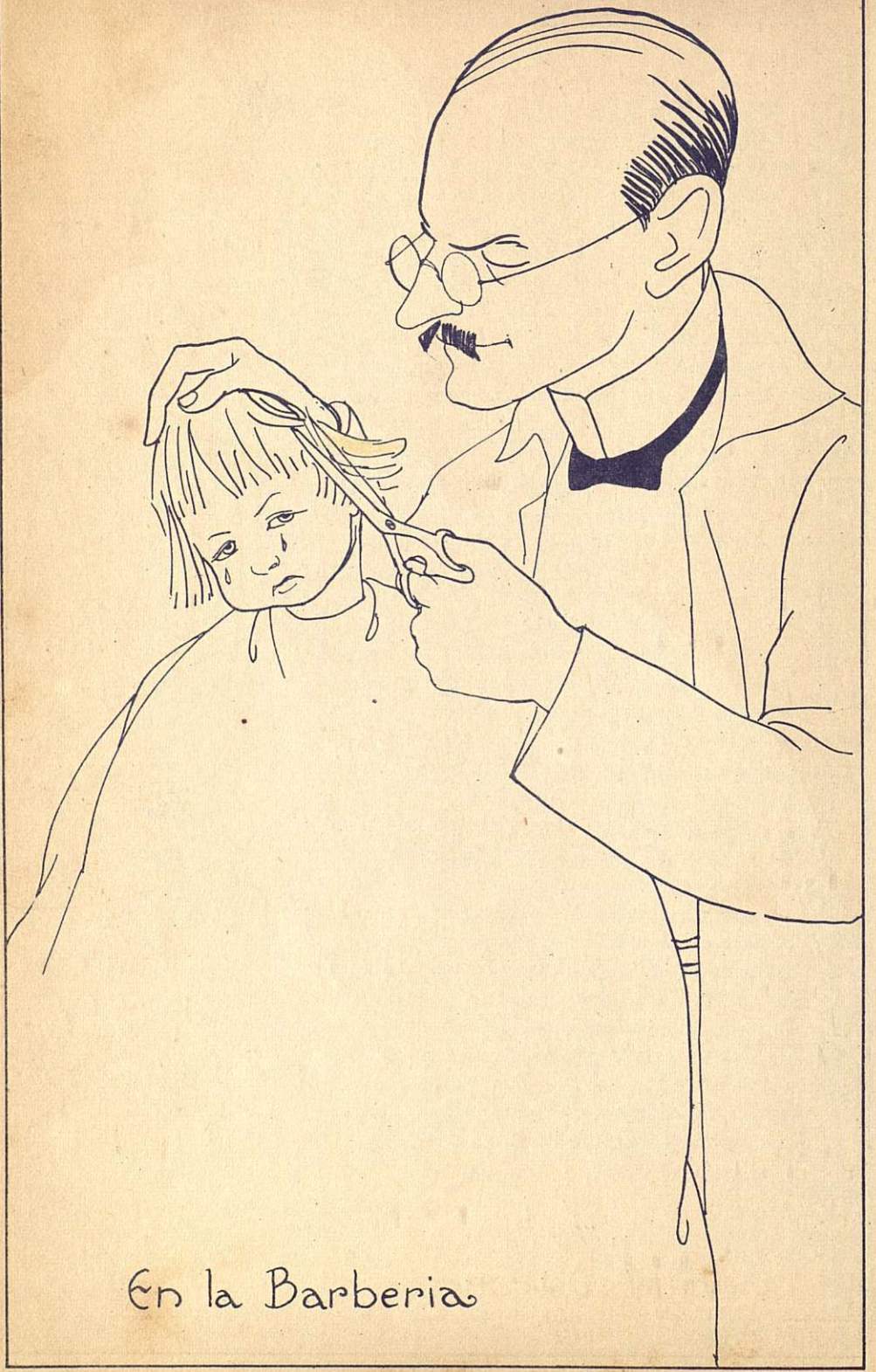
Cuando amaneció, el pájaro levantó el vuelo, llevándome consigo. Volaba tan alto, que creí tocar la bóveda celeste. Después descendió rápidamente, sobre un sitio escarpado, por lo que me apresuré a desatarme, temeroso de ser de nuevo llevado por el aire. Lo conseguí bien pronto; y entonces vi que el animal gigantesco llevaba en el pico una enorme serpiente que allí había cogido, la cual se apresuraba a llevar para su nido.

Muy conmovido por todo lo que acababa de sucederme, lancé, temeroso, una mirada en torno mío. Me encontraba en un valle ancho y profundo rodeado de montañas tan altas, que casi me era imposible mirarlas sin gran esfuerzo de mi cuello. ¿Qué hacer? una nueva desolación sentí allí. Pensé que cada vez se complicaría más y más mi aventura; y ya iba a levantarme de nuevo y maldecir el día en que se me ocurrió emprender este nuevo viaje, cuando observé que el suelo se hallaba cubierto de diamantes desprendidos de la montaña. Empezaba a mirarlos con interés y a forjar planes diversos, cuando un nuevo espectáculo me llenó de horror: allí no muy lejos estaban los guardianes de este fantástico tesoro; eran innumerables serpientes negras, más gruesas y mayores que las palmeras, y cada una de las cuales muy bien podría devorar a un gran elefante. En aquel momento empezaban a metrese en sus cuevas; pensé entonces en comer algo; y me escondí en una gruta que al fin hallé por aquellos alrededores. Me acomodé después con ánimo de dormir, y resuelto a esperar el nuevo día para ver si tenía en él meior suerte. Iba ya a acostarme, cuando distinguí a pocos pasos un gran bulto que en la semioscuridad me pareció una roca. Pero una nueva sorpresa me esperaba: la roca se movía. Y . . . ¡cual no sería mi asombro al ver que la roca era nada menos que una de aquellas serpientes! Salí de allí apresuradamente,

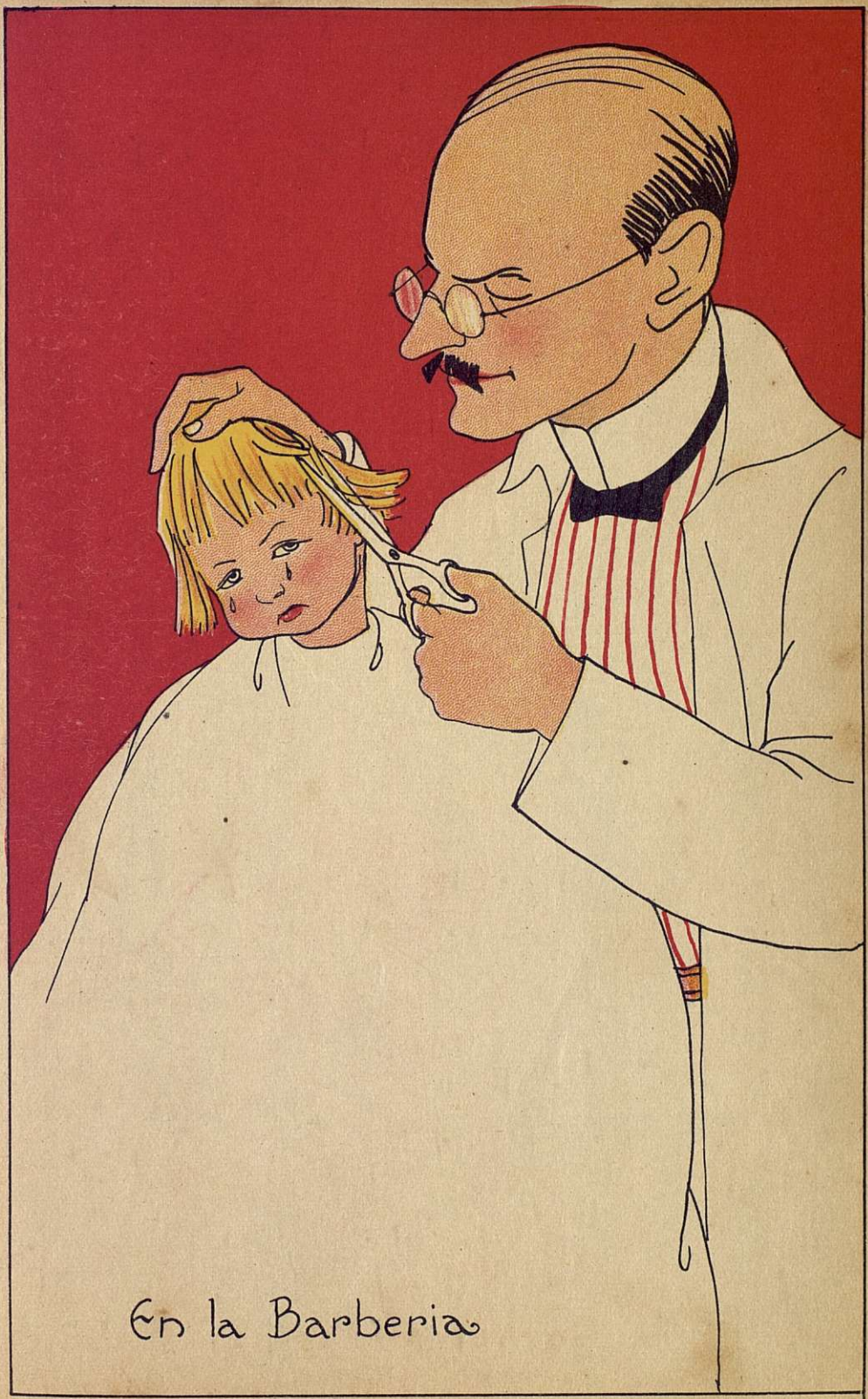
pensando en mi triste Destino. Miré a mi alrededor, y de repente ví caer algunos pasos delante de mí, un gran trozo de carne. Aturdido alcé los ojos para ver de donde provenía. No vi a nadie. Entonces me acordé de cierta historia oída cuando niño y en la cual se contaba cómo los buscadores de diamantes, que no podían bajar a aquel valle, mataban varios carneros y lanzaban grandes pedazos de carne en los cuales, al caer, se incrustaban innumerables diamantes; la carne permanecía allí hasta que uno de esos pájaros, enormes como el que allí me había llevado, bajaba a cogerla. No bien ascendían, los buscadores, que estaban arriba, azoraban con gritos y piedras al animal, el cual, muy asustado, dejaba caer su presa para volar mejor. Los buscadores recogían el pedazo de carne y sacaban de ella los diamantes adquiridos de tan fácil manera.

Otra idea salvadora se me ocurrió no bien recordé esta historia: repetir lo que ya había hecho con el pájaro. Como lo pensé, lo hice. Me amarré fuertemente al pedazo de carne; y cuando uno de los enormes pájaros, lo elevó en su pico, vi con satisfacción cuán feliz había sido mi idea. En efecto: no bien llegamos a las cumbres, ví a los hombres que hacían grandes gestos; y sentí cómo el pájaro abandonaba su presa, yendo yo a caer entre aquellos hombres, los cuales me recibieron asombrados y disgustados por aquel nuevo socio que se les presentaba de improviso. Pero yo había tenido la precaución de llenar mis bolsillos de grandes diamantes, algunos de los cuales se los ofrecí, convirtiéndose todos, de momento, en mis mejores amigos. Los hice ricos a todos, pues ellos jamás habían podido obtener diamantes tan grandes como los que yo había cogido.

Marché con ellos que no sabían cómo agasajarme. Me embarqué con ellos; y al cabo de un viaje bastante corto, durante el cual les conté mi aventura, desembarcamos en otra isla, en la cual ví entre otras cosas, "al espantable animal que se llama *ḳarḳadann*, y pace exactamente como pacen las vacas y los búfalos en nuestras praderas." El cuerpo de esa fiera es mayor que el de un camello; al extremo del hocico tiene un cuerno enorme en el cual se halla labrada una cara humana. Volvimos allí algún tiempo, respirando el aire embalsamado; cambié mis diamantes por oro y plata, y después regresé con mis nuevos amigos a esta querida ciudad de Bagdad, bella morada de paz, de la cual salí poco después de nuevo, en busca de nueva fortuna. . .



En la Barberia



En la Barberia

Adelaida Rodriguez.

Fot. Gispert.

Fernandito Sotolongo y San Germán

(De la Habana)

Fot. Colominas y Co.

MODAS

¡Vivan los días de sol!

CON abril llegan los días cálidos, largos, luminosos; y con ellos los trajes alegres y sencillos, de telas claras y ligerasé muy lindos son dos enteramente blancos, de organdí el uno y de muselina bordada el otro, y adornados con alforcitas y encajes los dos; y muy graciosamente originales los que combinan con un traje azul vivo con camisolín blanco de mangas largas, una falda verde claro con cuello y canesú crema, y un vestidito de *voile* rosa con bieses de tela azul y botoncitos rosados sobre los bieses.

Eustasio de la Cal y Herranz.
(De la Habana)

Mercedes Elena Camporredondo.
(De la Habana) Fot. Handel.

NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES

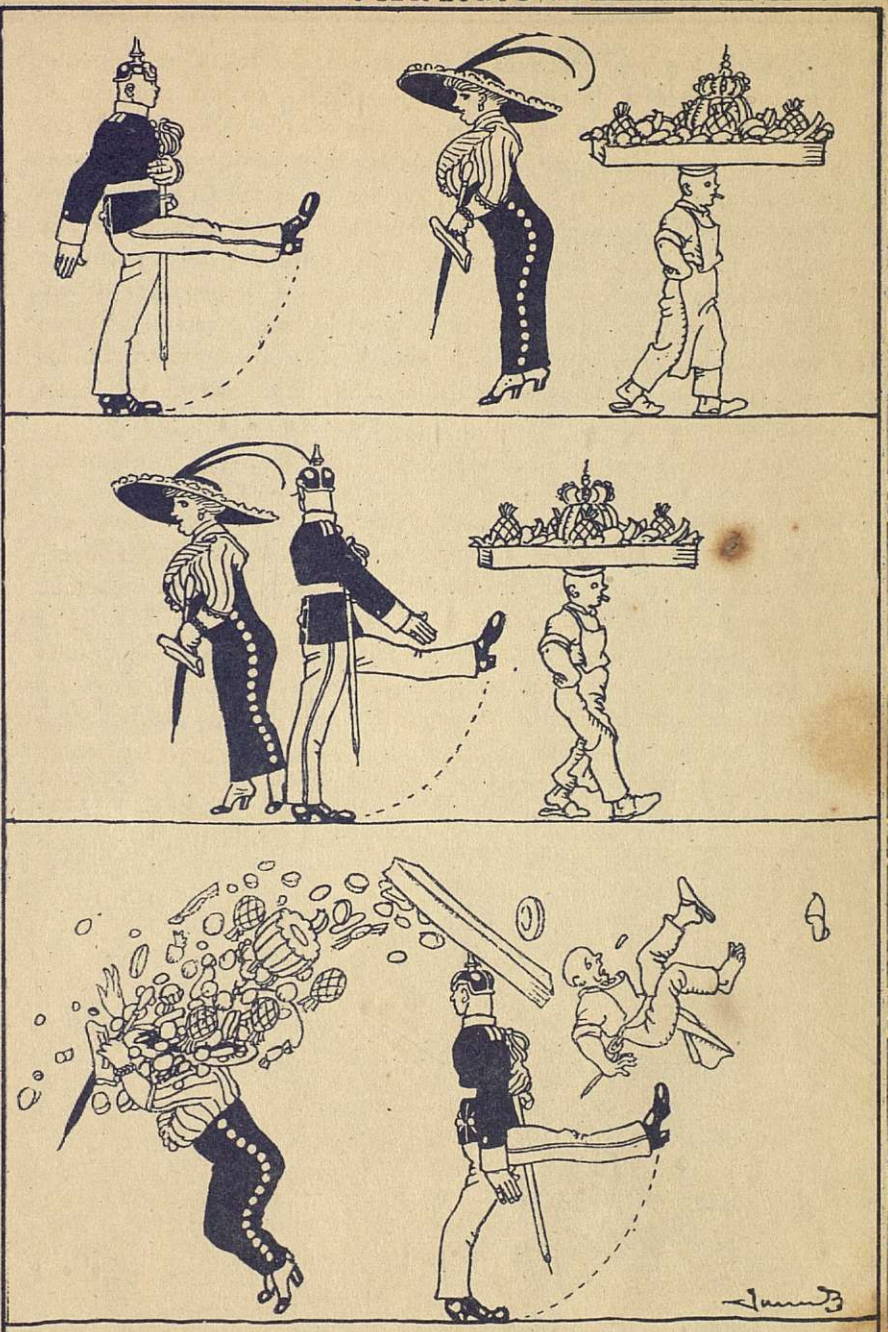
EL CONEJO

POCOS animales son tan ágiles y tan graciosos como este. Con su piel suave, sus largas orejas inquietasy sus ojillos mansos, inspira simpatía inmediatamente que se le ve. Tiene unos bigotes largos como los de los gatos pero no pertenece a la misma familia. Es un animalito muy tímido, y vive en cuevas subterráneas en pleno campo, no muy lejos de las espesas arboledas. Habita en toda Europa en estado salvaje. Y el hombre, siempre insaciable, come su carne y utiliza su piel, especialmente para fabricar sombreros. . .

De la misma familia de la liebre, es maravillosa la rapidez con que corre. No hay nada más encantador que sorprender a uno de estos animales ya domesticados escapados de la conejera y entrar en un sembrado de coles, de lechugas o de rábanos. Hace mil piruetas, corre, da vueltas, escarba y devora golosamente los tiernos repollitos. Pero no hagáis ruido. El más ligero movimiento lo espantará en el acto. Desconfiado, asustadizo, si lográis cogerlo, poned cuidadosamente uno de los deditos junto a su corazón: veréis que palpita rápidamente y que un fugaz y repetido estremecimiento recorre su piel. . .

Nada hay más interesante, ni más sencillo, hasta cierto punto, que tener una cría de estos animalitos. Ponéis en una conejera un par; y al poco tiempo habréis tenido que añadir a esa primera conejera cinco o seis; y así sucesivamente. Por cierto, que las conejeras no deben ponerse a ras del suelo sino en alto. La conejera ideal debe estar a medio metro lo menos del suelo, teniendo por piso tan solo una fuerte tela de alambre. Los criadores de conejos han observado que con este sistema se evita que los desperdicios de comidas, etcétera, se estanquen en el piso, lo cual es muy peligroso para el animal que se echa sobre ellos y se ve bien pronto con las patas peladas por distintos lugares en los cuales les salen después llagas molestísimas. . .

La ciencia es un poco cruel con estos inofensivos animales. Cuando quiere hacer algún experimento, los utiliza para ensayar y ver los resultados. Es muy corriente en los hospitales inyectarle aun conejo el virus de una enfermedad o de una epidemia, para ver todos los diversos aspectos que tiene y combatirla. Por lo cual el conejo sobre ser uno de los amigos más inofensivos, resulta ser uno de los que mayor utilidad prestan al hombre. Pero, no obstante, aunque la ciencia los someta a ese martirio en beneficio nuestro, aunque el hombre lo cace por placer, por divertirse, no lo miréis con desprecio. Pensad en que él también siente y padece y en que una caricia o una actitud generosa, son para él algo así como un rayo de sol y una sonrisa.



INCONVENIENTES DEL PASO GIMNASTICO

(Nota cómica de J. Junceda.)

PASATIEMPOS

No. 13.

Adivinanza.

Siempre quietas,
Siempre inquietas;
Durmiendo de día,
De noche despiertas.

* * *

No. 15.

Metátesis.

1 2 3 4 5 Vegetal.
5 4 3 2 1 Animal.

No. 14.

Charadístico.

1ª 2ª: Tiempo de verbo.
3ª 4ª: Divisiones geográficas.
Todo: Río de América.

* * *

No. 16.

Intercalación.

A NOTA VE

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO
Concurso de Pasatiempos.
Cerro 528.

Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

Soluciones a los pasatiempos del número de marzo:

No. 9: Nogal. Galón.

No. 10: Carnero.

No. 11: Látigo.

No. 12: Ce sola negra partida dentro de la gran de rota.

CUADRITO

¿QUIEN VENCERA?, por Orezn.

Teresa, Rosa y Gustavo Godoy Larrañaga
(Del Vedado.)

LOS UNIFORMES

EL NUEVO DE
LOS OFICIALES
CUBANOS

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.

Bler

RETRATOS
ARTÍSTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528.—Tel. I-1119.—Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 5 - MAYO 1920 - 20 CTS.

JUGAREMOS HOY A. . .

LOS SOLDADOS

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

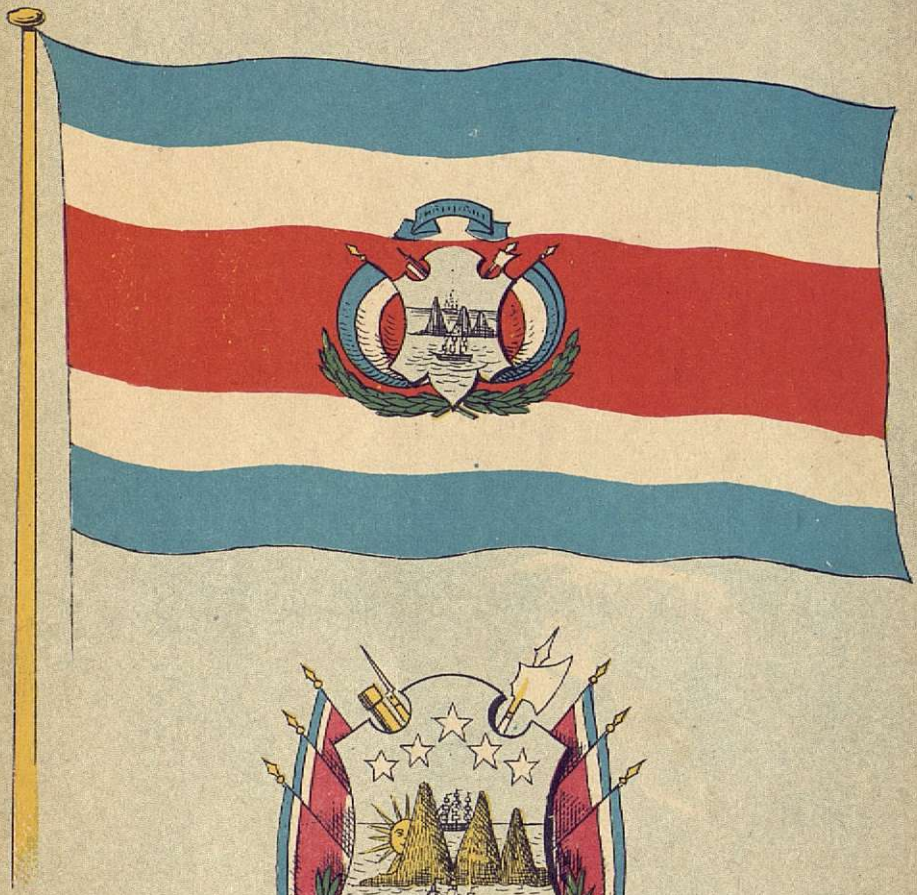
SAN RAFAEL, 32

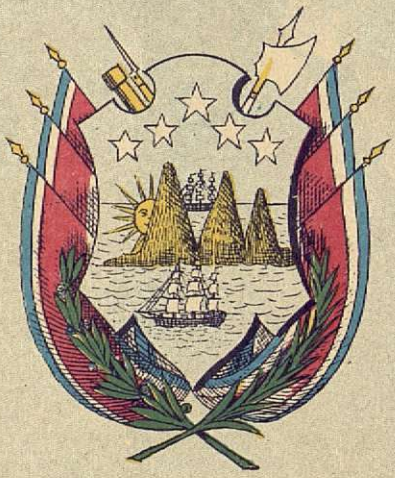
RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos





REPUBLICA DE COSTA RICA

CAPITAL: SAN JOSÉ.

JEFE DE ESTADO:

DON LEONIDAS PACHECO

Hugo Fajardo Guerra
(De Bayamo, Oriente)

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES

MARIA DEL CARMEN CASTRO Y SOLOZABAL

8 años de edad.

(De la Víbora)

Propietaria del solar 1 de la manzana 117.

Amigo PULGARCITO:

Tengo ocho años y he vivido mucho tiempo en Cojímar.
Por eso salgo tan bien y tan bonita en los retratos.
Si tú vas a Cojímar, avísame y te llevaré en el automóvil de papá, para enseñarte dónde nos bañamos y jugamos en la orilla del mar.
Dime cuál es tu solar.

Te besa,
MARÍA DEL CARMEN.

En los sucesivos números de PULGARCITO iremos publicando las distintas fotografías de los niños que tienen solares en el "Paraíso de los Niños", en Cojímar.

MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos.

Fot. Martinez Otero. (De Caibarien)

Bebito Ramiro y Escasena.

LOS SOLDADOS

Los soldados han sido siempre el principal elemento de defensa en todos los pueblos. Todas las naciones han tenido un ejército para el cuidado y vigilancia de su territorio durante la paz. Pero cuando el país se ha visto en peligro por una guerra, todos los demás ciudadanos se han alistado para combatir por su patria. Grecia fué grande porque amó el arte y dió al mundo los más bellos ejemplos de heroismo. Sus hombres que fueron grandes artistas y grandes filósofos y escritores, nunca olvidaron que algún día, si la patria lo necesitaba, ellos se verían obligados a ser soldados. Y ese es un ejemplo que no debe ser olvidado.

Siempre se debe uno a su país y a la humanidad. El hombre debe amar la verdad y cuanto exista de bueno y de noble. La tierra en que se nace es nuestra madre común. Por ella se sacrificaron muchos antepasados, con los cuales contraemos un deber al nacer. Tenemos que preferirla a todas y que defenderla con heroísmo si fuese necesario. Jugaremos hoy a los soldados; libraremos batallas; jugaremos a héroes. Muy bien. Mas, en medio de este juego pensad—con decisión y con amor—que mañana, por la patria, seréis héroes de verdad, si la patria lo necesitase, lo mismo en la guerra que en la ciencia, lo mismo en la vida que en el arte. . .

Carmencita y
Susanita Vila
y Prades Artal

(Hijas de los condes de Artal)

De San Sebastian. Fot. Willy Koch.

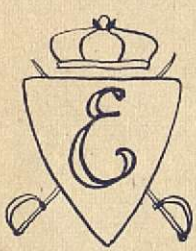
PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II LA HABANA, MAYO, 1920. NUM. 6.

EL ANILLO DEL REY SALOMON



EL sabio rey Salomón estaba muy preocupado con la construcción del célebre templo, porque era precepto divino que dicho templo no fuese tocado por el hierro, ni por objeto alguno en cuya composición entrase el hierro. No acertaba el rey con el modo de cumplir la gran obra. ¿Cómo romper enormes masas de mármol y leños durísimos sin la ayuda del hierro? Después de mucho pensar, resolvió llamar a sus Ministros para contarles lo que le sucedía y ver qué resolución a ellos se le ocurría. Así lo hizo; y el día de la reunión uno de los más sabios dijo:

—Gran rey: entre las cosas creadas por Dios hay una que a la larga podría ser más fuerte que el hierro y hasta hacer las veces de él. Al fin de los primeros días de la creación, en la hora en que la noche deja paso al día el Supremo Creador dió la vida a un gusanillo llamado Chamir, el cual posee la singular virtud de hacer pedazos las más duras piedras con solo su contacto. Pero yo no sé dónde se anida ni nunca lo supo niñgún mortal.

Pero para el rey sabio nada podía estar oculto: y como tenía el dominio completo de los espíritus, los llamó en seguida y les pidió que le indicaran donde se encondía el Chamir. Temblando éstos le dijeron que solo su gran rey Asmedai conocía tal secreto; e interrogados dónde tenía sú morada tan gran príncipe, respondieron:

—Habita muy lejos de aquí, sobre la cumbre de una lejanísima montaña, y dentro de la montaña ha cavado un pozo profundo, y el pozo lo ha llenado de agua, y encima de él ha puesto una gran piedra, y la gran piedra la ha colocado y sujetado a la tierra con la marca de su sello, y todas las mañanas lo abre y quita el sello y

sube al cielo, y vuelve a la noche y examina atentamente los signos convenidos y después se sumerge y descansa.

Salomón despidió a los espíritus y llamó a su presencia al valeroso soldado Benaja, y le entregó una cadena con el nombre de de Dios, y una inmensa carga de hilachas de lana, así como un gran número de botellas de vino, y le dijo:

—Ve, valeroso Benaja, y cumple esta gloriosa empresa.

El animoso guerrero se apresuró a cumplir las órdenes del rey. Anduvo varios días de viaje, y por fin llegó al monte indicado. Todo era allí desolado, silencioso. Pero él no se desanimó por eso. Por la parte inferior del pozo infernal, un poco más hacia la derecha, cavó un hondo foso, adonde hizo correr toda el agua del pozo, y después lo tapó con la lana que llevaba. Más arriba, casi al lado, cavó otro foso, que comunicaba con el pozo infernal, y dentro del cual echó todo el vino; y cumplida la obra se escondió detrás de un peñasco y esperó impaciente la llegada del rey de los espíritus. . .

Al caer la noche se presentó Asmedai, el cual examinó el sello, que halló intacto, y levantando la piedra, se hundió en el pozo. Pronto advirtió el olor del vino y respiró con embriaguez su perfume; mas sospechando algo hizo el propósito de no probarlo, y se puso en guardia. Pasó el tiempo, y como la sed le atormentase, no pudo esperar más y empezó a beber, hasta que por fin se le trastornó el juicio y empezó a darle vuelta la cabeza, cayendo poco después dominado por un sueño profundo.

Benaja, que lo sabía, estaba observando todo, se lanzó sobre él, le echó al cuello la sagrada cadena y la remachó con el sello sagrado. El rey dormía sin moverse y Benaja esperó. Al despertar y verse encadenado, lanzó un aullido tan grande que todo el monte retembló. Se retorcía desesperado, se agitaba, se sacudía, se contraía.

—Estate quieto—le dijo Benaja—tienes sobre tí el santo nombre de Dios, y toda resistencia es inútil.

Asmedai se sosegó y se dispuso a hacer lo que Benaja quisiera. Este le mandó que le siguiera; y comenzaron a andar. Por el camino vieron mil cosas extraordinarias, que en nada afectaron al guerrero preocupado como iba de llegar pronto ante Salomón.

Cuando llegaron, Salomón le dijo a Asmedai:

— No te enfurezcas; te he mandado a prender tan solo para que me digas dónde se esconde el Chamir, pues tengo que fabricar el templo sagrado y me es muy necesario.

Repuesto un poco de su ira Asmedai, declaró que buscar al Chamir era una empresa formidable.

—El Chamir fué confiado al rey del mar; y éste lo ha confiado al gallo montés, y con el más terrible de los juramentos le ha obliga-

do a conservarle siempre intacto. El gallo montés se ha recogido en un alto monte silencoso y desierto donde ha puesto su nido; en las hendiduras de los peñascos ha echado algunos granos con los cuales se alimenta; y jamás se mueve de allí sin que lo lleve consigo.

Salomón se quedó un momento pensativo, y después mandó a llamar a su fiel Benaja, y le encargó la nueva empresa. Benaja partió inmediatamente mientras el rey de los espíritus quedaba encadenado en palacio. Salomón estaba satisfecho porque confiaba en su servidor. Pasaron los días y por fin se supo que Benaja había regresado triunfante de su expedición. Lleno de júbilo hizo que le relatase su hazaña, y éste muy complacido le dijo:

—Gran rey: salí contento porque iba a servirte; anduve días y días por entre montes muy grandes, hasta que al fin llegué al lugar donde se hospedaba el célebre gallo. No estaba él allí; solo ví a sus pollitos, por lo que inmediatamente se me ocurrió cubrirlos con una fuerte campana de cristal que había llevado. Así lo hice, y me escondí después. Al poco rato ví llegar al gallo, muy contento; pero, lo mismo fué ver la campana que se detiene asombrado y angustiado; ve a los pollitos y empuja, da vueltas alrededor; se le cansan las alas y empuja de nuevo. Y mientras los pollitos le llaman y pían, el gallo se inquieta y empuja y choca siempre en vano. Finalmente, ya desesperado, se saca de debajo de las alas a Chamir y lo aplica contra el vidrio; ese era el momento que yo esperaba. Salí entonces y se lo arrebaté en el acto, apresurándome a venir mentras el pobre gallo desesperado por haber faltado al juramento se daba la muerte.

Salomón felicitó de nuevo a su servidor, y se aplicó desde aquel día a la construcción del templo que iba a ser consagrado al Señor. Salomón se cree poderoso, y lleno de ambición se olvida de todo, hasta del rey que tenía prisionero. Pasan los días, y éste, deseoso de vengarse, le manda a decir que debía darle la libertad y confiarle tan solo un instante el anillo sagrado, pues de ese modo él que tanto le había ayudado en lo del templo podía ayudarlo a ser más poderoso. Salomón, sediento de más poder, accede a lo que su prisionero le pide. Pero el espíritu apenas se ve libre y con el anillo, tira éste al mar, y tomando la figura de Salomón, se presenta a los Ministros y se hace pasar por rey, mientras Salomón llora su soberbia y su ambición que lo ha perdido. . .

Nadie le conoce. De su antiguo poder nada queda. Se convierte en un pordiosero del cual se ríen y lo toman por loco cada vez que dice que él es Salomón. ¡Ah!. . . ¡si no hubiera sido ambicioso!. . . Anduvo así mucho tiempo sin ser reconocido por nadie. Y cuando se decide a volver a su antiguo reino para reclamar

una vez más cuanto es suyo, de nuevo la burla y la risa de todos le demuestra que nadie le conoce. Se acerca al palacio, y llama en vano a sus puertas. Avergonzado y con la desesperación en el alma, recorre cabizbajo las calles. De toda aquella multitud, sólo lo reconocen, por fin, un rico y un pobre.

—Infeliz—le dicen—en qué estado te encuentras después de tanta grandeza.

Salomón escucha afligido estas palabras, a las cuales el pobre agrega:

—Sufre con paciencia, y confía; solo Dios puede devolverte cuanto has perdido.

Confundido se despide pensando en lo que será su vida futura. Está decidido a abandonar de nuevo el país; así lo hace, y se dirige a otra ciudad, encaminándose, al llegar a ella, al palacio real. Para lograr entrada se recomienda a los criados y se presta a ayudarlos en todo. Es así como llega a entrar de ayudante del cocinero, el cual se maravilla al oirle hablar y ver su sabiduría. . .

Tenía el rey una hija llamada **Noemí**, de maravillosa belleza. Pedida para esposa por varios príncipes a todos había desdeñado, porque ella amaba en secreto a Salomón. La madre accedió al matrimonio, pero el rey, indignado, lo desterró al desierto, donde Salomón volvió a pensar con más ardor todavía en su gran poder perdido por la ambición. Ya iba a matarse, cuando le vino a la mente la idea de que aún le quedaba un alivio, una esperanza: la plegaria. Se arrodilló, y rezó mucho; y después se dirigió a otra ciudad situada junto al mar. Allí se le acercó un pescador, el cual le ofreció un pescado, que compró en el acto. Lo abrió. . . y—¡oh alegría!—dentro estaba el anillo sagrado que Asmedai—el terrible Asmedai—había arrojado al mar. Se lo puso, y en el acto se sintió otro hombre, recobrando su antigua majestad.

Corre entonces a buscar a su prometida; y con ella se presenta en Jerusalem y llama a su leal Benaja. Se acerca al palacio; entra y hace relampaguear ante los ojos de Asmedai el anillo poderoso y sagrado. Asmedai, lanza un grito terrible y desaparece.

Salomón, perdonado, volvió a ocupar su trono, después de haber sufrido tan duro castigo su ambición sin límites.

(Adaptación hecha expresamente para PULGARCITO *del célebre libro de los hebreos,* El Talmud.)

Fot. Handel.

Miguelito y Margarita Paniagua y Ramiro.

Del Vedado.

FIGURAS MUNDIALES

EL GENERAL NÚÑEZ

MASSAGUER
1 9 1

(DIBUJO DE MASSAGUER)

LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES

EL PINTOR FORTUNY

Mariano Fortuny, admirable pintor catalán, autor de *La Vicaria*, *La elección de modelo* y otros muchos cuadros muy notables.

HACE poco más de ochenta años vivía en Reus, bellísimo pueblo de Cataluña, un viejo carpintero, maestro a su modo en el arte de tallar la madera, y que vivía muy feliz en compañía de su hijo, el cual aprendió con él la carpintería. Fortuny era el apellido de ambos. Vivían luchando honradamente por la vida. Un buen día el joven Fortuny decidió casarse con una bella mujer a quien amaba entrañablemente, y cuyo nombre era Teresa Marsal. El viejo Fortuny asintió muy gustoso; y más gustoso se sintió todavía cuando andando el tiempo—era el día 11 de junio de 1838—el joven matrimonio vió alegradas sus horas con el nacimiento de un niño.

¡Cómo se frotaba las manos, de satisfacción, el viejo Fortuny! Un cariño muy grande y muy dulce y muy nuevo sintió que nacía

en su corazón: el cariño de abuelo. Mil proyectos se formaba mientras tenía sobre las piernas al nieto que luego resultó ser uno de los pintores más notables de su tiempo: Mariano Fortuny. . .

La familia Fortuny era pobre. El abuelo sufría al pensar en la suerte que pudiera tener el nieto. En efecto: siendo muy niño todavía Fortuny, tuvo la inmensa desgracia de perder a sus padres, y el abuelo, que ya contaba más de setenta años, se dedicó por completo a la noble tarea de educar a su nieto. Rudo, alegre y muy inteligente y decidido, llevaba al nieto al taller. Y siempre habilidoso, sacaba partido, cada vez que podía, de sus conocimientos y aficiones, para modelar unas veces en cera y otras en barro, multitud de estatuitas que exhibía en público y vendía.

El pequeño Fortuny asistía embelesado a esta tarea del abuelo. Así, viéndolo y admirándolo, poco a poco se fué despertando en el niño la vocación que después iba a hacerle un hombre célebre. El pequeño Fortuny comienza por pintar muñecos que son cada día más perfectos, hasta el punto de llamar la atención del abuelo. ¡Cómo sonrió satisfecho al ver nacer en el nieto su viejo amor a la belleza y al arte! Desde el momento en que hace este descubrimiento, el nieto es su auxiliar y su camarada. En su pobre taller de artesano, una idea le asalta y cobra mayor fuerza cada día: hacer que el nieto conquiste la gloria que él, ya viejo y cansado, hubiera deseado para sí. El niño tiene gran precocidad: tiene nueve años y ya demuestra unas aptitudes que maravillan. Todos sus libros y cuadernos del colegio están llenos de curiosos ensayos. El abuelo entusiasmado lo matricula en la escuela de dibujo. Tenía entonces Fortuny doce años. Al poco tiempo concurre al taller del pintor Domingo Soberano, donde nuevas muestras de su gran talento y su gran vocación le conquista el cariño y la estimación de este viejo camarada.

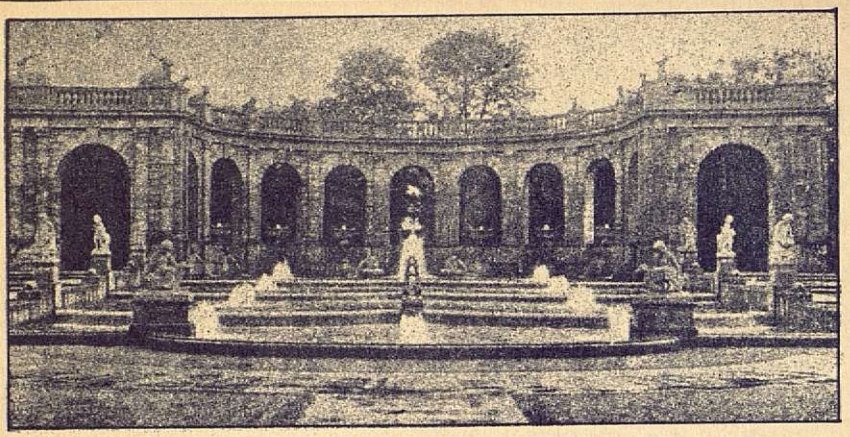
En esa época, a pesar de sus pocos años, ya pinta algunos cuadritos. El abuelo estaba loco de contento. Le parecía que cada triunfo del niño era un triunfo suyo. Las mil privaciones que pasan los dos, le parece que no son nada. Su consuelo en los momentos de mayor pobreza, era pensar en toda la gloria que esperaba en el porvenir a su nieto. Cada elogio de los amigos lo saborea como un dulce. Tantos escucha, que un buen día decide abandonar el pueblo natal y establecerse en Barcelona. Así una bella mañana, abuelo y nieto recogen pinceles, instrumentos de trabajo, y la célebre colección de figuras de cera, y parten a la conquista de la cercana capital. Por el camino, el abuelo pensaba en su hijo, en su pobre mujer, ambos muertos prematuramente; y creyó de muy buena fe, que todo el éxito del nieto era como un pago a los muchos

sinsabores de su vida, siempre laboriosa y siempre honrada.

Llegan a Barcelona, sin conocer a nadie y poco a poco abuelo y nieto se van abriendo camino el uno con su trabajo de tallista y el otro con sus cuadros y su gran amor al arte. Niño todavía Fortuny, al poco tiempo de estar en Barcelona, se conquista la admiración del escultor Talarn, que comienza a ayudarlo muy eficazmente. Después comparte su tiempo entre la Escuela de Bellas Artes, el taller del pintor Claudio Lorenzale y el trabajo para vivir; pues al mismo tiempo que estudia, ilumina fotografías y dibuja en una litografía. Al cabo de un tiempo es conocido y estimado; y siendo ya un jovencito parte para Roma, comenzando entonces su verdadera carrera artística.

Vivió este niño, una vida de cuento de hadas; pues nació pobre, trabajó mucho, y al fin conquistó la fama y la felicidad, pudiendo dar al abuelo una vejez tranquila, sin necesidad de trabajar y sintiendo la inmensa satisfacción de ver que el nieto a quien quiso entrañablemente, era un hombre famoso.

Fortuny es autor, entre otros, de los cuadros titulados: *Batalla de Tetuán*, *El jardín de los poetas*, *La lección de esgrima* y *El Tribunal de la Alhambra;* pero sus dos cuadros más célebres son *La Vicaria* y *La elección de modelo*, que están en la actualidad en poder de millonarios norteamericanos.



La gran fuente del parque de Friedrichshain, en Berlín, donde están representados por bellísimas esculturas los personajes de los más conocidos cuentos de hadas. Esta encantadora obra de arte fué ideada por el célebre arquitecto alemán Luis Hoffmann.

PEQUEÑOS HEROES VISTOS POR GRANDES ARTISTAS

LA FUENTE DE FRIEDRICHSHAIN

ES en Alemania, la patria de los célebres hermanos Grimm, donde el arte ha rendido un merecidísimo homenaje a los personajes de los más conocidos cuentos de hadas. Más de un monumento está destinado a inmortalizar a alguno de esos héroes encantadores que han tenido en su vida las más extraordinarias aventuras. Artistas de reputación han trabajado con amor para producir una obra bella que, además de conquistar la admiración de los mayores, produce una impresión inolvidable en los miles de niños que a diario la contemplan.

Una de esas obras—la más importante en todos sentidos—es la célebre fuente del parque de Friedrichshain, en Berlin, la capital de Alemania. La obra fué ideada por el arquitecto Luis Hoff-

LA PRINCESITA BLANCA NIEVES

Escultura de Ignacio Taschener, existente en la gran fuente del parque de Friedrichshain, en Berlín.

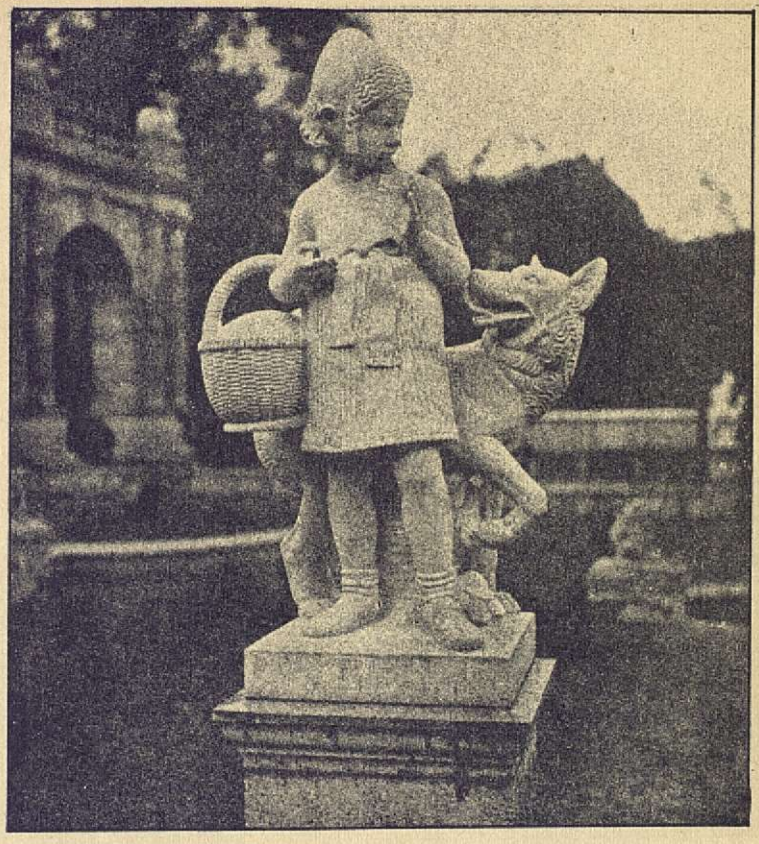
mann, habiendo tomado parte en la ejecución de la misma diversos escultores. Ocupa un gran espacio del parque. Contiene bellísimos juegos de agua, teniendo como fondo una serie de arcadas, por entre las cuales se ve un bosque imitación de los bosques de que hablan los cuentos de hadas. Delante de todo esto se extiende la gran fuente adornada por varias estatuas, artísticamente distribuídas, y las cuales representan los personajes de los cuentos que mayor popularidad han alcanzado. Blanca Nieve y Roja Flor, la

LA CENICIENTA

El notable escultor Ignacio Taschener ha sido el autor de esta bella escultura que acompaña con éxito a sus otras hermanas de leyenda, en el parque de Friedrichshain, de Berlín.

Cenicienta, Caperucita roja, y los protagonistas de *El corzo y el Rey* y *La casita de turrón*, están allí admirablemente representados, lo mismo que la Princesita Blanca Nieves y el Ogro, a quien los niños alemanes conocen por el nombre de Ruebezahl. Otros cuentos de hadas tienen allí su estatua. Y parece, de momento, que todas aquellas figuras se animan para representar ante los ojos asombrados de los pequeños espectadores, los cuentos inolvidables.

Los artistas se han inspirado en los cuentos de Grimm, muchos de los cuales son los mismos que mucho antes contara Perrault, pero



CAPERUCITA ROJA Y EL LOBO

Grupo alegórico ejecutado por el escultor Ignacio Taschener, que figura en la célebre fuente del parque de Friedrichshain, de Berlín.

algo desfigurados por el tiempo que siempre añade o quita detalles a toda narración. Por eso para comprender bien a estas estatuas es necesario haber leido el libro de Grimm. . .

En lo alto de la arcada que hace fondo a la fuente, se ven esculpidos ciervos, osos, lobos, zorras, todos los animales, en fin, que desempeñan un importante papel junto a los niños perdidos, los niños desobedientes, los niños ambiciosos y los niños buenos. Todos estos amigos y compañeros de la niñez han encontrado allí la glorificación de sus proezas y de sus aventuras. Y más de un niño al

RUEBEZAHL, EL OGRO ALEMAN

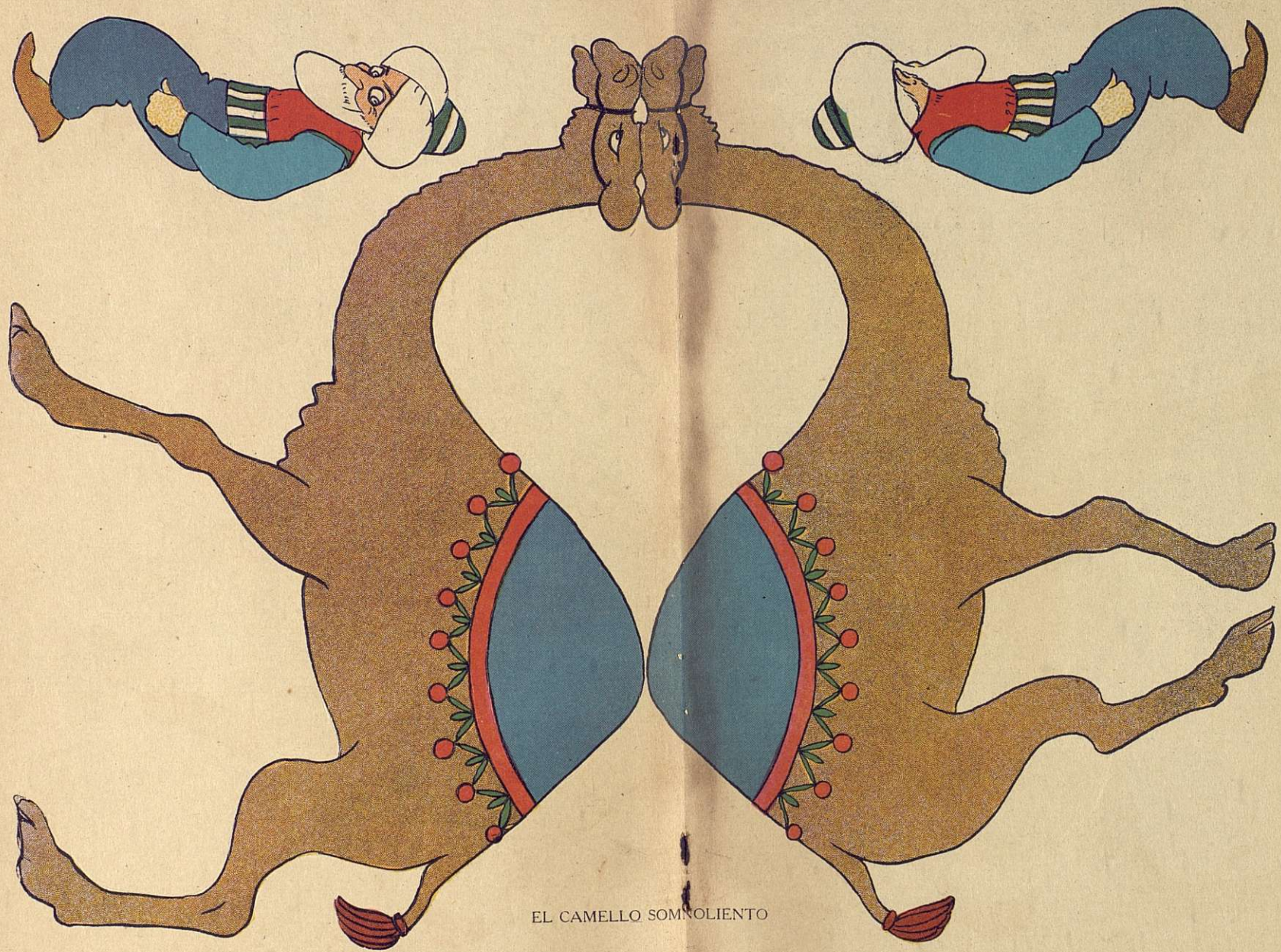
El admirable escultor P. Wirba, ha logrado imprimir a esta obra toda la maldad de que hablan los cuentos, por lo que brilla dignamente entre sus compañeras de la fuente de Friedrichshain, de Berlín.

pasar junto al parque de Friedrichshain, siente palpitar su corazón temeroso y regocijado al mismo tiempo, porque allí están el ogro devorador de carne humana y las encantadoras siluetas de aquellos niños con los cuales han convivido a través de esos cuentos llenos de belleza y de misterio. . .

Ernestico Pino

Del Vedado

Fot. Colominas y Cía.



EL CAMELLO SOMNOLIENTO

Irma Pereda.

Fot. Gispert

De la Habana.

LOS CLÁSICOS DE LA INFANCIA

SWIFT

El célebre escritor inglés Jonatan Swift, autor de los "Viajes de Gulliver".

ESTE admirable inglés, no pensó nunca en que uno de sus libros iba a figurar entre las obras predilectas de los niños: los célebres viajes de Gulliver. . .

Había nacido en Dublin, capital de Irlanda, el día 30 de noviembre de 1667. Miembro de una familia muy distinguida que había ocupado altos cargos en la carrera eclesiástica, él terminó después de una serie de vicisitudes que no son del caso enumerar, por abrazar la misma carrera, donde no obtuvo por cierto, al principio, grandes distinciones, pues hubo una época en que su parroquia no tenía más de quince feligreses.

Los primeros años de su vida no fueron muy felices, pues vivió con un tío un poco avaricioso. Después, mucho después, cuando ya había intentado mil cosas para abrirse camino el escritor William Tem-

ple lo aceptó como secretario. Estando allí, conoció y trató, por mediación de Temple, al rey Guillermo III, lo cual le sirvió más tarde para relacionarse con algunos hombres prominentes, que andando el tiempo llegaron hasta a temerle por sus escritos, pues Swift se dedicó a la literatura satírica, siendo considerado al fin por los hombres de ayer y de hoy, como uno de los más notables escritores que ha producido Inglaterra.

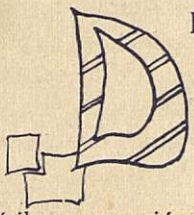
Su *Discurso sobre las disensiones entre Roma y Atenas*, fué su primer gran éxito. Este trabajo lo publicó sin su nombre, y el público se lo fué atribuyendo a los más ilustres escritores de la época. A partir de ese momento entra de lleno en la política; escribe y publica numerosos libros dedicados a estudiar seriamente algunos asuntos o bien a desmenuzarlos con su sátira. Se le teme y se le admira. Por fin después de una vida llena de actividad, llega el momento de más interés para los niños: el momento en que publica los famosos viajes de Gulliver. El verdadero título de este libro es *Viajes a través de varias remotas naciones del mundo* (Travels Into Several Remote Nations of the World). El libro también apareció sin el nombre de Swift, figurando como autor, el propio Samuel Gulliver, protagonista de la obra. Este libro está editado en cuatro partes, de las cuales se han popularizado entre los niños, las dos primeras: aquellas consagradas a las peripecias de Gulliver en Liliput y en Brobdiñac, o sea en el país de los enanos y en el país de los gigantes. Las otras dos, en donde aparece su existencia en las tierras del Yahoo, no se han divulgado entre los libros para niños. Y la razón es bien sencilla: Swift no escribió este libro para los niños, sino que hizo una sátira formidable contra el gobierno, la política y la sociedad. Pero como en ella se hablaba de enanos y de gigantes, los editores, y aún los escritores que hacen libros para niños, decidieron adaptar la narración, prescindiendo de algunos detalles de importancia, y combinar un nuevo y bello libro de cuentos.

Así surgió lo que después en diversos idiomas se ha titulado tan solo *Viajes de Gulliver*. Swift escribió este libro para censurar, atacar, molestar; y él mismo se reía cuando decía que había hecho su libro con esa idea y que, por el contrario, todo el mundo se divertía leyéndolo . . .

Swift murió, paralítico, el 19 de octubre de 1745, dejando una labor copiosísima, que ha servido para ejercer una gran influencia en la literatura de su patria. La reputación universal se la dió el libro de Gulliver. Podrá haber personas que ignoren sus otras obras, pero estas historias del Liliput y de Brobdiñac, no las desconoce nadie, y a estas horas están en manos de millares de niños que siguen con interés estas aventuras inolvidables . . .

GULLIVER DESEMBARCA EN BROBDIÑAC, EL PAIS DE LOS GIGANTES

Por JONATAN SWIFT



DESPUES que Gulliver volvió a Inglaterra, cuenta Jonatán Swift, recordaba a cada momento sus curiosas aventuras en las tierras del Liliput, donde causó verdadero asombro su estatura comparada con la pequeñísima de los habitantes de aquellos países, siendo un acontecimiento su presencia y muy útil su actuación en una guerra que tuvieron los liliputienses con sus vecinos los habitantes de Blefuscu. Un buen día Gulliver, que amaba los viajes, cansado de vivir en su país decidió emprender de nuevo otro viaje; y aunque su mujer y sus amigos trataron de quitarle esa idea de la cabeza, él se embarcó en la goleta "La Aventura", que salía para Surate, en la India.

El viaje fué muy largo y peligroso, pues tuvieron varias tempestades que por poco acaban con el barco; y como si esto no fuera suficiente, tuvieron la desgracia de no encontrar tierra pronto, lo cual agravó la situación. Por fin, al cabo de algunos días más, encontraron tierra, y decidieron echar el ancla para reposar un poco.

Pedí permiso—dice Gulliver—para bajar a tierra con los marineros, tanto por satisfacer mi deseo de estirar las piernas, pues me sentía verdaderamente entumecido, como por curiosidad.

Desembarcamos apenas llegó el bote a tierra. Los marineros comenzaron por llenar de agua las pipas del barco, y después se entretuvieron paseando por la playa. Al poco rato de estar por allí, yo me separé de ellos, pues tenía un gran deseo de conocer la isla. Dí un paseo larguísimo; y cuando volví a la costa en busca de los marineros y el bote, me encontré con que se habían marchado, probablemente cansados de tanto esperarme. Entonces me espere y maldije el momento en que se me había ocurrido emprender este viaje; no sabía qué hacer solo en aquella isla que parecía desierta. Al verme tan solo, me entregué a las más tristes reflexiones, cuando en esto un ruido muy extraño que iba acercándose cada vez más al lugar donde yo estaba, me sacó de mi estupor. Volví la cabeza, y vi no muy lejos a un hombre que venía por la orilla del mar caminanado por dentro del agua, que aunque allí era muy profunda, a él apenas si le llegaba a los tobillos. Debía tener, sin duda, un tamaño gigantesco, pues allí donde el agua casi ni le cubría los pies,

yo hubiera tenido que nadar para no ahogarme. Era un gigante tremendo (después pude comprobarlo) aun mucho mayor que los que figuran en los cuentos de hadas. Al verlo un terror muy grande se apoderó de mí. Los dientes me castañeteaban, y no me podía ni siquiera mover del temor que me inspiraba. Cuando lo ví más cerca, no pude menos de salir corriendo para guarecerme en una pequeña colina que distinguí en medio de mi turbación. Desde allí vi un espectáculo verdaderamente fantástico, pues todos los campos estaban cubiertos de yerbas tan altas como la más alta de nuestras casas. Aquel era un país al contrario del Liliput.

Me decidí, y eché a andar por el primer camino que encontré, el cual atravesaba un inmenso campo sembrado de trigo, pero de un trigo tan grande, que las matas sobresalían más de cincuenta pies sobre mi cabeza. Anduve así un trecho enorme hasta que descubrí una escalinata de escalones tan altos que comprendí que era imposible para mí subirlos. Pensando estaba ante este prodigio qué haría, cuando sentí un ruido muy extraño a mis espaldas. Me volví para ver lo que era . . . y ¡cuál no sería mi asombro al verme ante un gigante parecido en todo al que ya había visto en la playa! Volví a echar a correr, y me escondí entre los trigos. Desde allí pude observarlo. Subía por la enorme escalinata sin esfuerzo, y cuando llegó a arriba, dió un grito tan bárbaro que parecía un trueno. Pensé que era para llamar a alguien que no debía estar muy lejos. En efecto: a los pocos momentos se aparecieron siete gigantes más, todos los cuales se pusieron, junto con el que yo había visto, a cortar trigo con unas hoces tan grandes que a cada momento estaba yo a pique de ser cogido por una de ellas.

Oía el ruido que producían parecido a un vendaval; sentía también las pisadas de los gigantes cada vez más cercanas. Pronto me ví muy cerca de una de ellos, por lo cual me tiré al suelo y lancé un grito de terror. Algo debió de oir el gigante, pues se detuvo y se puso a buscar alrededor de donde él estaba. Al fin después de mucho mirar, me descubrió; me agarró delicadamente con sus dedos enormes por la mitad del cuerpo; me levantó, me miró. Yo me sentía a una altura verdaderamente fantástica, como si estuviese en una torre. Dos cosas me atemorizaron todavía más entonces: que el gigante me hiciera daño o que por el contrario me tirara al suelo desde aquella gran altura a que me veía suspendido por sus manazas. Dije algunas palabras y hasta lloré un poco; después pedí a Dios, de todo corazón, que me protegiese. El gigante se sorprendió al oir hablar a tan minúscula criatura como era yo entre sus dedos. Me parece que se imaginó que me lastimaba, pues aflojó un poco la presión tan bárbara de su mano. Y riendo estruendosamente salió corriendo en busca de su amo.

Cuando llegamos a donde él estaba, me entregó sonriendo. El amo me miró largo rato hasta que por fin me tomó, con mucha delicadeza, colocándome en la palma de una de sus manos que a mí me pareció una especie de plazoleta. Me examinó muy atentamente de pies a cabeza; me puso también con mucho cuidado en el suelo, y llamó a todos sus trabajadores para que me vieran. Todos me miraban quien mira a un bello juguete; después me pasaron la mano como a un gato, y se marcharon haciendo mil comentarios en una lengua que yo no entendía. El labrador dueño de todas aquellas tierras, sacó entonces un pañuelo, me puso en él cuidadosamente, ató las cuatro puntas, y me llevó a su casa donde me entregó a su mujer, la cual cuando me vió hizo los mismos aspavientos que si se tratase de una rana. El labrador no me soltó por eso y

siguió tratándome con todo género de consideraciones. Al sentarse a comer me puso sobre la mesa al lado de su plato. La mujer, habiéndome perdido por fin el miedo, me dió un pequeño pedazo de carne y unas migajas de pan mirando muy risueña como yo me las comía. Después me dió un vasito de una especie de sidra; vasito que para ellos debía de ser pequeñísimo, pero que tenía el tamaño de un gran tinajón. Yo bebí demostrando con mis ademanes que lo hacía a la salud de la labradora, por lo cual todos se rieron muchísimo. Sus carcajadas fueron tan fuertes que a mí me parecía que había un temblor de tierra y un gran huracán.

Cuando ya estábamos terminando la comida, uno de los hijos me echó garra sin permiso de su padre, apretándome entre sus manos. Su padre lo regañó y me soltó al fin. Al poco rato sentí un ruido verdaderamente infernal; volví la cabeza, y vi que era un gato enorme que dormía acurrucado sobre las piernas de la mujer del labrador. Solo podía verle la cabeza, pero por su tamaño cal-

culé que debía ser tan grande como uno de nuestros bueyes. Al poco rato entró la criandera llevando en sus brazos un niño grandísimo. Este al verme, me echó mano por un hombro y me llevó a su boca. introduciéndome en ella, lo mismo que hacen nuestros niños con los muñecos de goma. Lancé tal grito, que el chiquillo me soltó, y me hubiera estrellado en la mesa a no ser porque fuí a caer casualmente en las piernas del ama de la casa.

Mucho más tarde el amo se fué a inspeccionar sus campos, recomendándole a su mujer que me tratase con mucho cuidado. Me sentía cansadísimo y con mucho sueño; el ama lo comprendió y me llevó a la cama, donde me acostó tapándome con un pañuelo de bolsillo, pero tan grande como la vela de una goleta y tan grueso como esa misma tela.

Dormí dos horas. Soñé que estaba en mi casa de Inglaterra. Y cuando desperté, me encontré con la triste realidad de verme entre aquella gente, en una habitación tan grande como una de nuestras llanuras, y sobre una cama que parecía una plaza pública, de tan grande como era. Y como si tan triste espectáculo no fuera suficiente, tuve una sorpresa de lo más desagradable: dos ratas tan grandes como terneros que se subieron por las cortinas de la cama y comenzaron a atacarme, dispuestas a devorarme. Afortunadamente yo no había abandonado la espada que yo llevaba, y con ella me pude defender, matando aquellos animales de pesadilla.

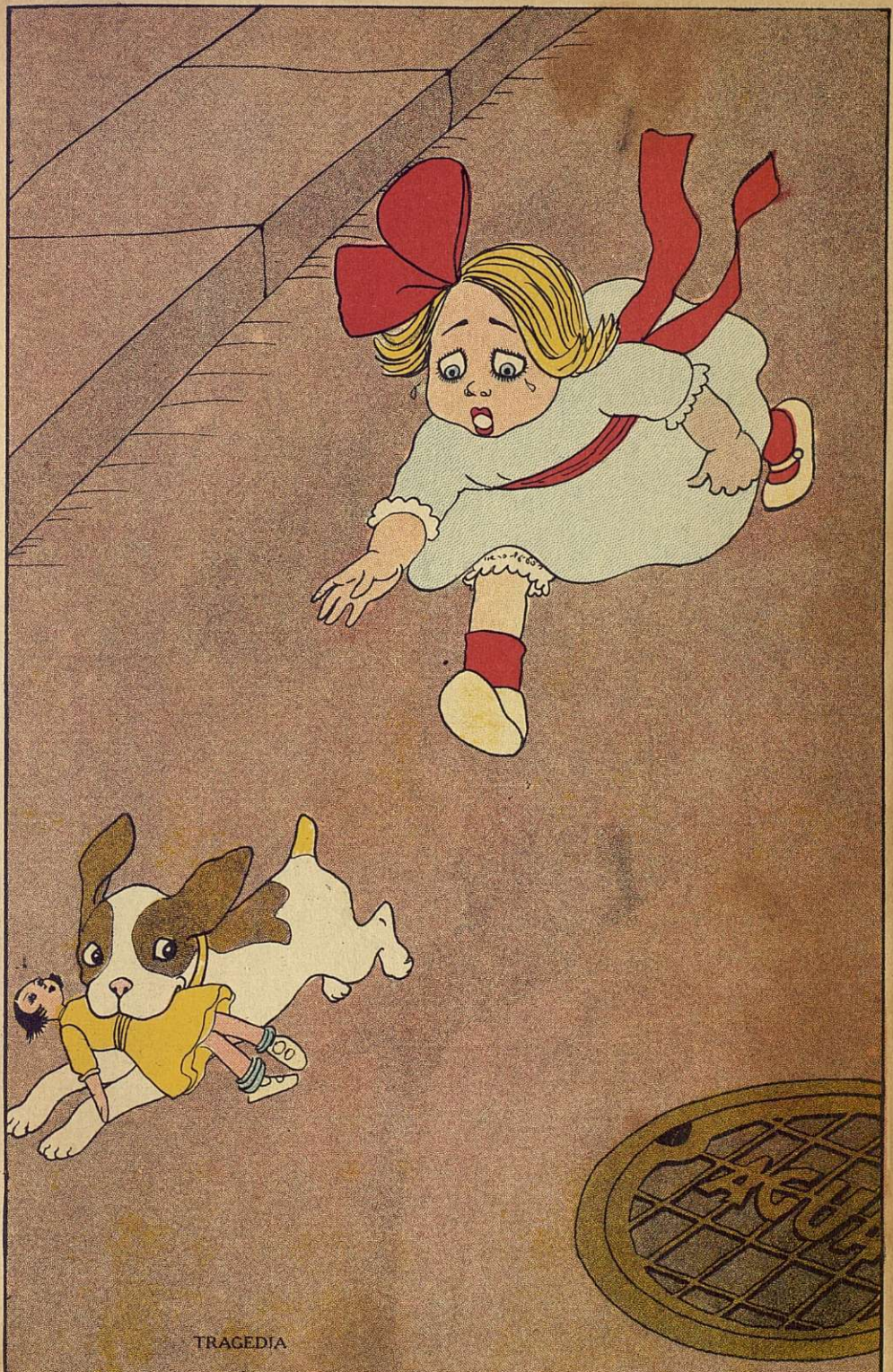
Al poco rato entró el ama la cual al verme lleno de sangre creyó que algo grave me ocurría, pero yo por señas la puse al corriente de todo. Desde ese momento se me confió al cuidado de la hija que tendría unos nueve años, la cual arregló para mí la cuna de sus muñecas, pues yo era para ella poco más que un curioso muñequito. Esta niña se hizo cargo de lavarme la ropa, y me hizo varias camisas que ella creía finísimas, pero que eran de una lona tan gruesa como la de las cortinas. Al mismo tiempo me enseñó el idioma del país, y me puso por nombre *Maniquí*, al paso que yo la denominé a ella Clumdáclich, que en su lengua quería decir "Madrecita". . .

Así refiere Swift, la llegada de Gulliver al país de los gigantes. Después vivió allí una serie de peripecias, siendo enseñado como un fenómeno y pasando por fin a la propiedad de la reina la cual se encantó con él. Por fin un águila pasa por allí y sin saber lo que hacía se lo lleva con su caseta y todo por los aires, terminando por caer a bordo de un buque inglés, el cual lo conduce de nuevo a su país, donde ansiosamente lo esperaban los suyos, creyéndole a veces muerto en su excursión inesperada.

Y así termina el segundo viaje de Gulliver, del cual aquí solo se cuentan su llegada y sus primeras impresiones . . .

(Adaptación del inglés hecha expresamente para PULGARCITO.)

TRAGEDIA



TRAGEDIA

Edwin Laidla
y Jiménez
De New York.

Maria Ana
Batista
De la Habana.

Fot. Gispert.

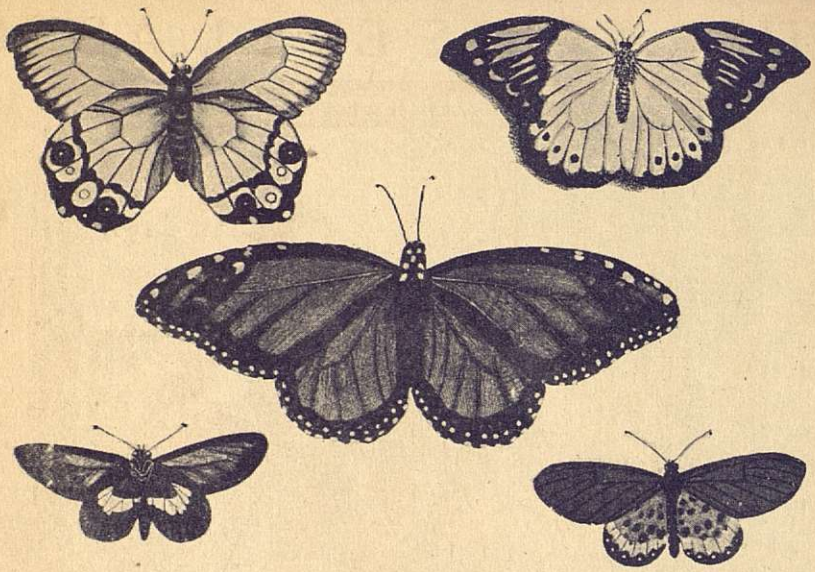
NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES

LA MARIPOSA

QUE espectáculo más encantador ofrecen los jardines y los campos cuando estos bellísimos insectos hacen su anual aparición en busca de néctar y perfumes! Vuelan atropellándose unas a otras, y dan la impresión de ser un arcoiris roto en mil pedazos, como ya dijo un poeta refiriéndose a las mariposas del Japón. Los niños, por regla general, las persiguen llenos de entusiasmo, las cazan, y con frecunecia las colocan entre las hojas de un libro donde, al fin, vienen a quedar como disecadas. ¡Un horror! Es innecesario cazarlas y torturarlas después. ¿Acaso hay nada superior al bellísimo espectáculo que ellas ofrecen con sus vuelos?. . .

La libertad es sagrada en la vida. Ser libre, correr, volar. . . ¿hay nada más hermoso que la libertad?. . . El pájaro es más bello cuando pasa volando alegremente junto a nosotros. La jaula es para él una prisión. . . aun cuando tenga los alambres dorados. Así también la mariposa es mucho más bella cuando va de flor en flor. Sus alas multicoloras dejan de serlo cuando se la toca, pues el color está formado por un polvillo sutil que se nos queda en los dedos no bien la cazamos. Si queréis mariposas, sembrad flores; haréis así de vuestra casa un paraíso.

La mariposa es un insecto de vida muy efímera. Vive casi tan poco como una flor. Hay infinidad de clases, desde la mariposa cuya primera forma de vida es el gusano de seda, hasta las mil pequeñas mariposas que inundan nuestros jardines.

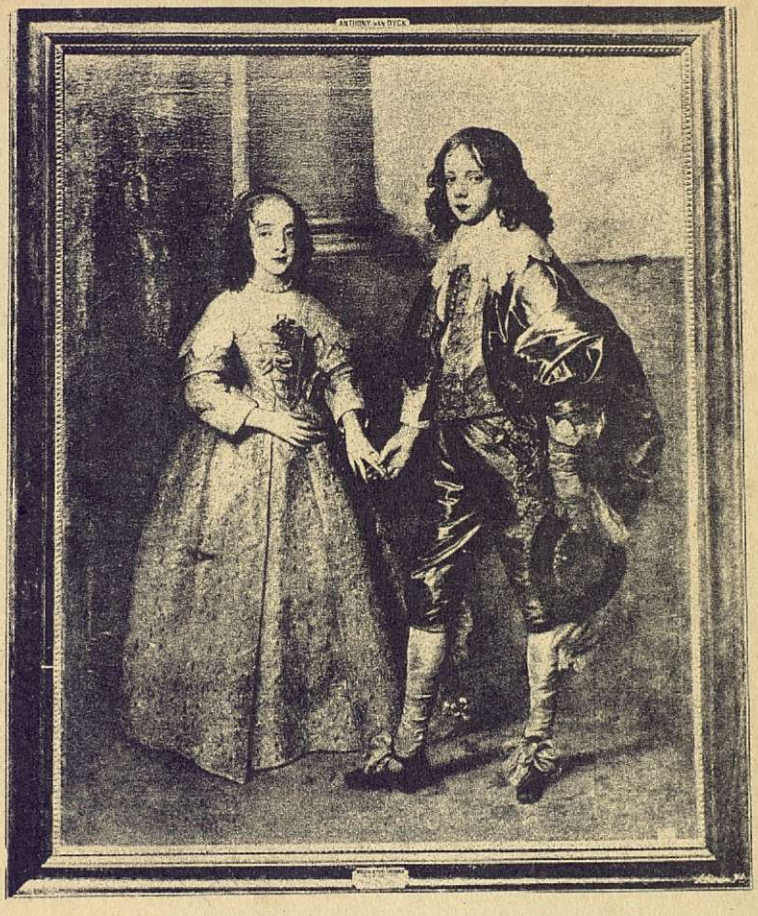


La mariposa del gusano de seda tiene grueso el cuerpo, y las alas son blancas con fajas transversales más o menos oscuras, y una mancha en forma de media luna en las dos anteriores. En Cuba no existe esta clase de mariposa, pero hay en cambio tal variedad de las otras clases que si no fuera porque el gusano de seda es una riqueza para el país donde él existe, nos sería indiferente. La mayor parte de nuestras mariposas son clasificadas por los naturalistas dentro del género que ellos denominan *Morplo;* son de gran tamaño, y tienen alas de mil matices, por regla general, muy brillantes. Hacen sus vuelos por el día, especialmente en las mañanas. De noche otras clases de mariposas realizan fantásticas excursiones. En Europa, por ejemplo, existe el *Pavón nocturno.* Pero en Cuba tenemos una que es conocidísima: la *Bruja.*

Acerca de esta *Bruja* circulan mil leyendas ridículas. Para unos es signo de desgracia que una *Bruja* se les aparezca. En cambio otros creen todo lo contrario, y tratan de cogerla para verle, según dicen, el número, y comprar un billete que tenga ese número. El tal número no es otra cosa que un simple adorno, de forma muy variable, y que llevan estos insectos en el cuerpo, muy cerca de la cabeza. Nada es más absurdo que todo esto. No traen ni mala ni buena suerte; y lo que se debe hacer es facilitarle la salida al pobre animalito que a veces se destroza él mismo al chocar contra los cristales de las puertas.

¡Flores y mariposas! Felices aquellos que al despertar pueden contemplar en su jardín tal fiesta de perfumes y de colores. Es despertar en un bello rincón del país de las hadas. . .

LOS NIÑOS EN EL ARTE



Guillermo II, Príncipe de Orange y su prometida.

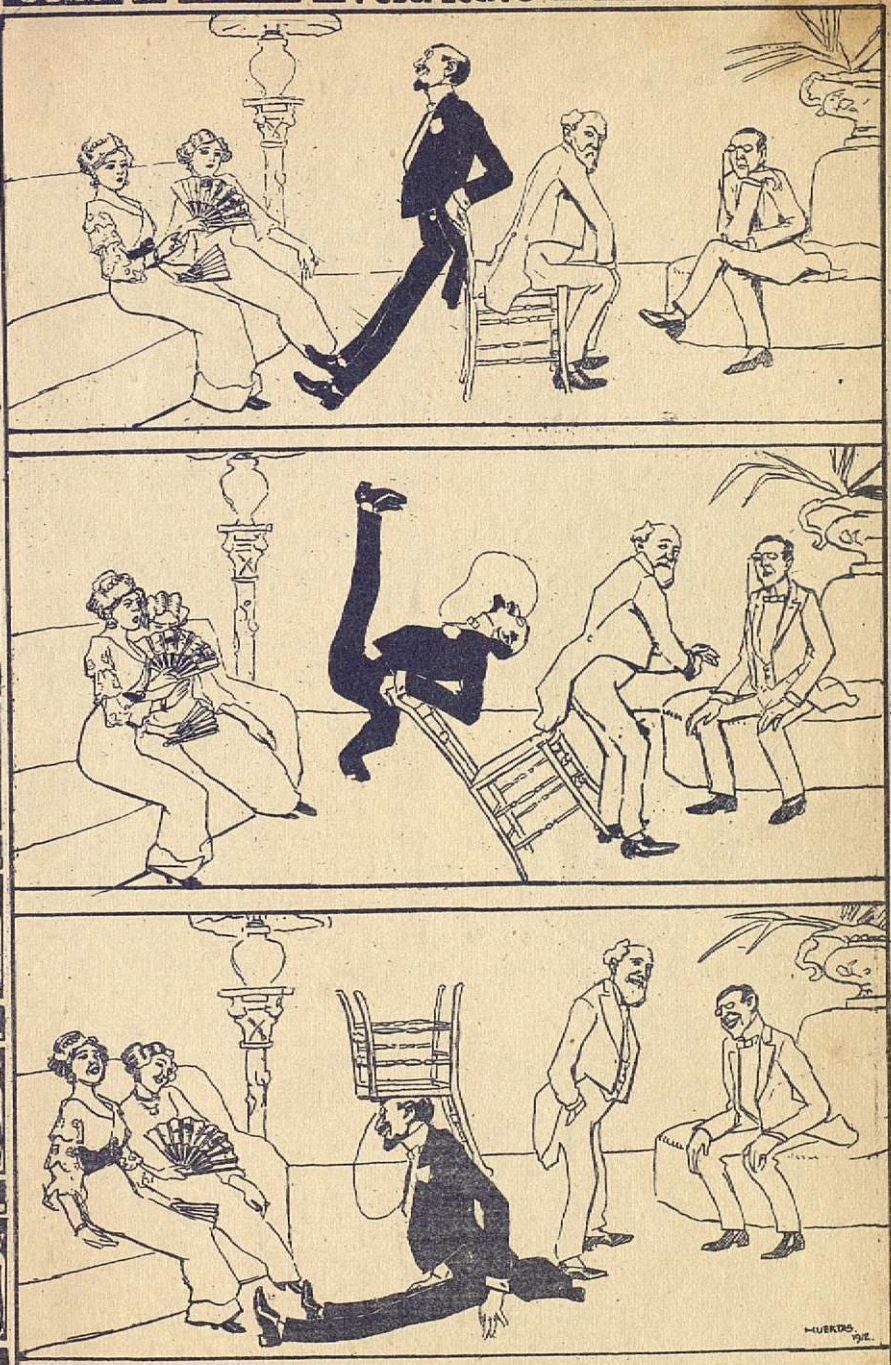
Cuadro de Van Dyck, existente en el Museo de Amsterdam.

Van Dyck, el gran pintor flamenco del siglo XVII, hizo durante su larga y brillantísima carrera artística muchos y muy buenos retratos de niños; figuran entre ellos aquel delicioso principito hijo del rey Carlos I de Inglaterra, que ya conocen los lectores de PULGARCITO, y este cuadro donde aparece el joven príncipe Guillermo II de Orange junto a la princesita con quien desde entonces estaba comprometido a casarse, mucho después y según se acostumbraba en aquel tiempo en las familias reales. Este cuadro se conserva en el Museo de Amsterdam, una de las principales ciudades de Holanda.

José Ignacio
Llano.

(De la Habana)

María Teresa Camporredondo y Pallí.
(De la Habana)



GIMNASIA DE SALON

(Nota cómica sin palabras, original de A. Huertas.)

PASATIEMPOS

No. 17.

Interpretativa.

TRIUNFAR

No. 18.

Charada.

"Prima" "dos" yo a una mujer
"Tercia" "cuarta" y muy graciosa;
A quien "todo" vió nacer:
Mas allá se fué la hermosa,
Y ya no la he vuelto a ver.

No. 19.

Jeroglífico comprimido.

D CHO I

No. 20.

Quisicosa.

De la precedente línea quebrada utilizar sólo los puntos por donde se "quiebra" (no por donde se cruza), para que, con líneas que toquen en estos puntos se puedan trazar las letras del nombre de un planeta. De esta línea no queda ningún trozo para las letras, pues, como se ha dicho, no sirven más que los puntos por donde se "quiebra".

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO
Concurso de Pasatiempos.
Cerro 528.

Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

Soluciones a los pasatiempos del número de abril:

No. 13: Las estrellas.
No. 14: Amazonas.
No. 15: Arroz-Zorra.
No. 16: Pasivo.

C U A D R I T O

IMITANDO A LA ABUELITA

M O D A S

Para las alegres excursiones.

¿Cuál de estos trajes te gusta más, lectorcita? Todos son graciosos y simpáticos: el de organdí blanco con volantitos y ancho cinturón de seda; el de tela escocesa con chaquetita de warandol azul; el muy sencillo de "voile" estampado y que forman una falda crema, con cintitas y una chaquetita verde. Pero creo que tú preferirás el de tela rosa con chalequito de organdí y vistosos bordados multicolores.

LOS UNIFORMES

DRAGON
FRANCES

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.

Blez

RETRATOS
ARTISTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528.—Tel. I-1119.—Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 6 - JUNIO 1920 - 20 CTS.

JUGAREMOS HOY A

LA PELOTA

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

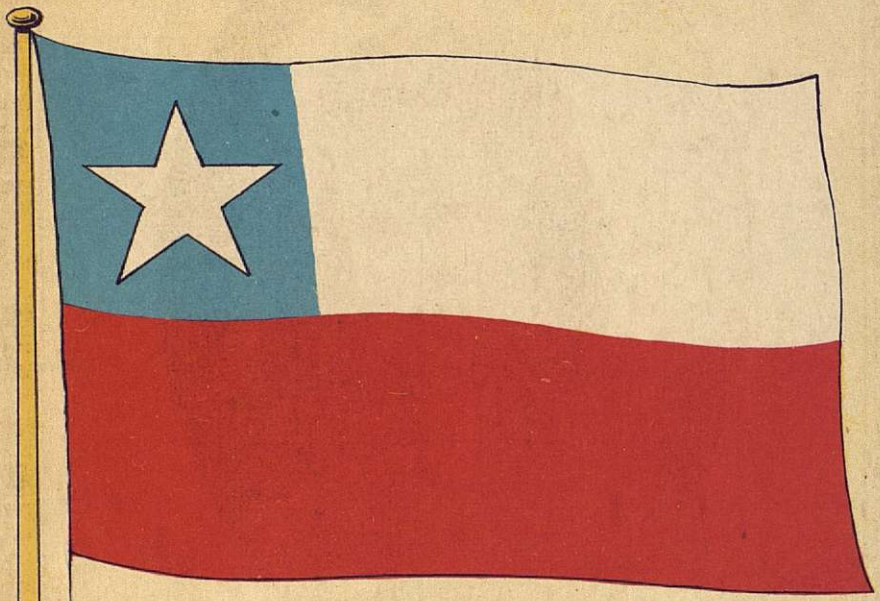
SAN RAFAEL, 32

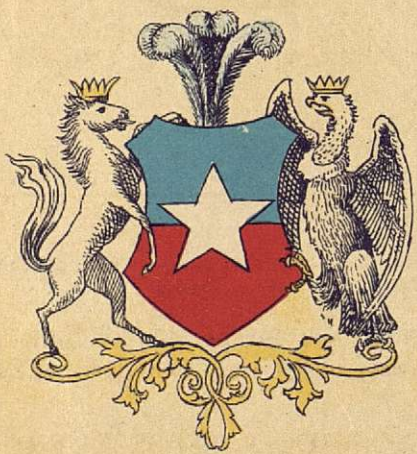
RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

Banderas y Escudos





REPUBLICA DE CHILE

CAPITAL: SANTIAGO DE CHILE.

JEFE DE ESTADO:

DON JUAN L. SANFUENTES

Narcisa del Campo

De la Habana — *F. Colominas y Cía*

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

GALERIA DE PROPIETARIOS INFANTILES

GLORIA MARIA RODRIGUEZ ECAY Y ACOSTA

6 años de edad.

Compostela 19. Habana.

Propietaria del solar 4 de la manzana Ll.

Amigo PULGARCITO:

Estoy muy contenta porque hace dos semanas que estamos en Cojímar.

¡Qué fresco chico!

Todos estamos muy bien, pero papá aumentó 14 libras en 14 días.

Yo me pasaría aquí todo el año.

Tengo un bote y desde el patio de casa salgo a pasear y a pescar.

Ven a verme.

Te manda un beso,
GLORIA

En los sucesivos números de PULGARCITO iremos publicando las distintas fotografías de los niños que tienen solares en el "Paraíso de los Niños", en Cojímar.

MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos.

LA PELOTA

ES seguro que no hay uno solo de nuestros pequeños lectores, que no haya jugado a la pelota. En Cuba es el juego nacional, lo mismo que en los Estados Unidos. No es necesario explicarlo, porque cada uno de los lectorcitos sabe tanto de él como un jugador profesional . . . .

El origen del base ball, o de la pelota como decimos en Cuba, es muy oscuro. Los amantes de él y que lo conocen hasta en sus menores detalles, aseguran que es una derivación de un juego inglés muy antiguo llamado *rounder*, algunas de cuyas variaciones se jugaron en los Estados Unidos en la época en que este país era colonia de Inglaterra. Otros dicen que no existe tal origen inglés, y que el base ball es originario exclusivamente en los Estados Unidos. Los que tal afirman, cuentan que nació en Coopertown, New York, en 1830. Por aquella época era muy corriente allí, un juego llamado *One Old cat* que fué muy popular después entre los estudiantes de algunos Estados del Atlántico. Se jugaba entre tres, y venía a ser una especie de lo que los muchachos cubanos llaman *One, two, three.* En ese juego se fueron introduciendo modificaciones y aumentándose los jugadores, hasta llegar a lo que es actualmente el base-ball. En 1833 se fundó en Filadelfia el primer club ya organizado. Entonces comenzaron los desafíos, en los alrededores de New York, que llegaron a todo su apogeo en 1843, cuando se fundó el *Washington Base Ball Club.* El primer reglamento para el juego se escribió en 1845 por el *Knickerbocker Base Ball Club*, que fué usado en los desafíos de este club con los que se formaron en Brooklyn. En 1858 se organizó la primera Asociación Nacional. El entusiasmo por la pelota crecía de día en día, siendo famosos, entre los club que se fundaron, el *Beacon* y el *Lowell*, de Boston, los *Red Stockings* (medias rojas) de Cincinnati, el *Forest City* de Cleveland, y el *Maple Leaf* de Guelph. En 1867 se efectuó en Filadelfia una convención o reunión, a la cual acudieron representaciones de quinientos clubs.

El primer club completamente profesional fué el *Cincinnati.* En 1871 se fundaron dos asociaciones nacionales ,y en 1876 se organizó la gran Liga Nacional, en la cual figuraban ocho clubs, bajo la presidencia de Nicolás E. Young. En 1882, resultando pequeña esta liga de ocho clubs, se formó la Asociación Americana. Después la Liga Nacional amplió el número de los clubs, que son actualmente doce; y el éxito que ambas asociaciones obtuvieron, dió lugar a la fundación de otras muchas formadas por club locales.

Rita Longa y Aróstegui

De la Habana

© Bachrach, N.Y.

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, JUNIO 1920. NUM. 6.

LA HORMIGUITA

POR FERNAN CABALLERO

HABIA vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Djio para sí:

— ¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina.

Pensólo más, y se fué a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro y la dijo:

— Hormiguita: ¿te quieres casar conmigo?

— ¿Y cómo me enamorarás? — respondió la hormiguita.

El toro se puso a mugir; la hormiguita se tapó los oídos con ambas patas.

— Sigue tu camino — le dijo al toro — que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiguita; ninguno se ganó su voluntad hasta que pasó un ratonpérez (1) que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dió su manita negra. Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

---

(1) Ratonpérez es un bichito gris muy inofensivo, tímido, que no hace ruido y sólo sabe huir.

Quiso la mala suerte, que un dia fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratopérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fué, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fué a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuése la hormiguita en derechura a la cocina; miró la olla y allí estaba, ¡qué dolor! el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro y la dijo:

— ¿Por qué lloras?

Ella respondió:

— Porque ratonpérez se cayó en la olla.

— Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo:

— ¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

— Porque el ratonpérez se cayó en la olla y que la hormiguita lo siente y lo llora.

— Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

— ¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

— Pues yo, palomar, me voy a derribar.

Dijo la fuente clara:

— Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola, y yo, palomar, voime a derribar.

— Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara.

— ¿Por qué, fuente clara, te pones a llorar?

— Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola, y que el palomar fuése a derribar, y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

— Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla, ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

Gustavo Godoy Larrañaga

(Del Vedado)

Fot. Colominas

Rose y Violet
Pujol

De la Habana

Fot. Pino

Faustinita
Villaseca

Fot. Correras

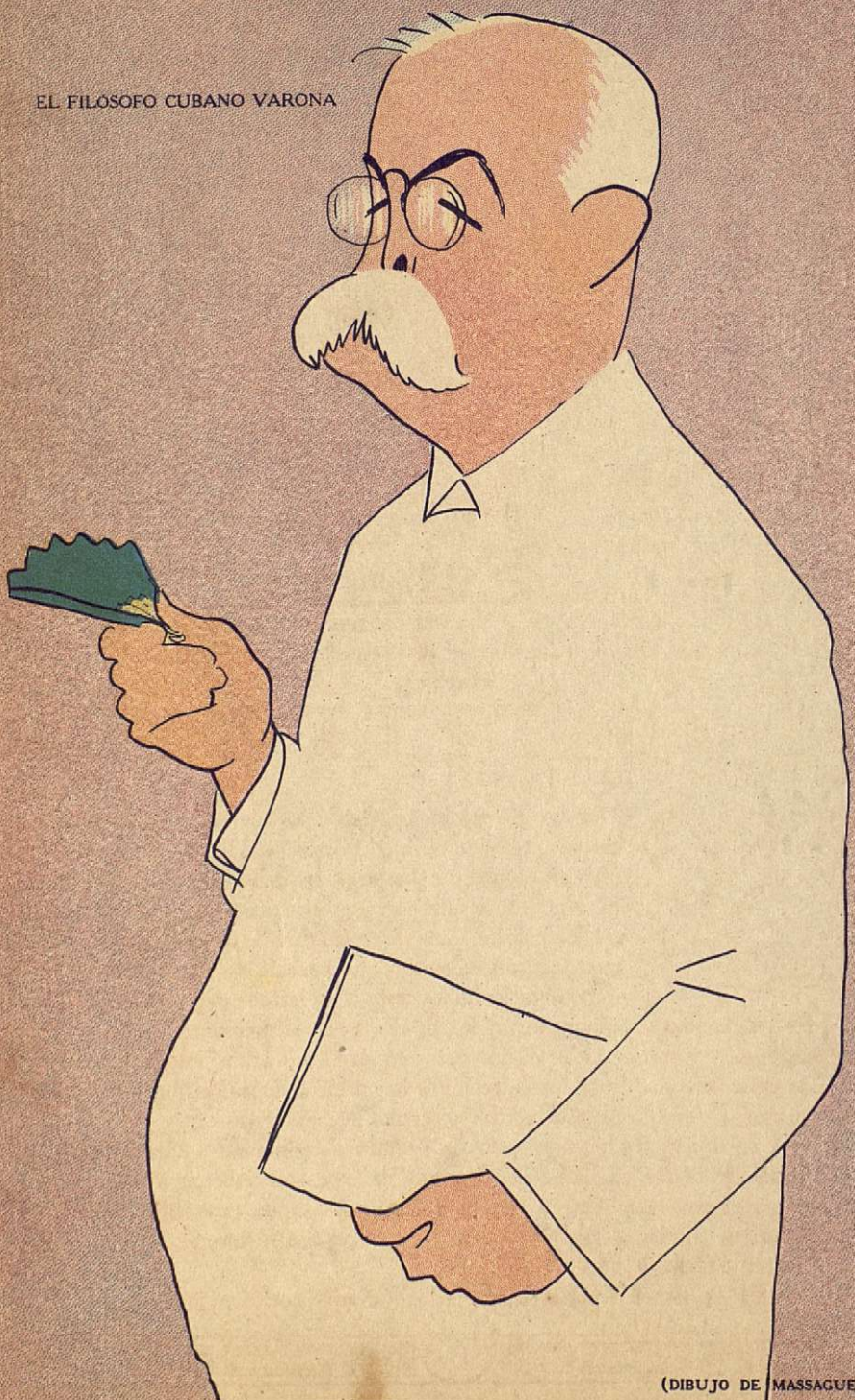
Rosarito F. Camacho

Retrato al óleo por
Vila y Prades.

De la Habana.

FIGURAS MUNDIALES

EL FILÓSOFO CUBANO VARONA



(DIBUJO DE MASSAGUER)

Una de las más emocionantes escenas de *El furor del Sultán Gakin*, tragicomedia de títeres escrita por R. G. Haebler.

LOS TITERES

NO son ya frecuentes en Cuba, los títeres. Los niños de hoy, tal vez no hayan presenciado una de esas representaciones deliciosas, en donde movidos por hilos invisibles saltaban y reían monigotes de abigarrados colores, que representaban una grotesca comedia en un escenario que parecía de juguete. Pero no debe asombrar esto a los lectores; en casi todos los paises han venido a menos los títeres, y en estos últimos tiempos algunos escritores han tratado, pero sin éxito, resucitar este género de diversión que tanto ha entretenido lo mismo a grandes que a pequeños, y cuya historia es verdaderamente interesante . . .

El origen de los títeres no ha podido determinarse. Grecia y Roma los tenían; se sabe que cuantas naciones precedieron a estas, los conocieron también; y todo hace pensar en que probablemente los títeres fueron la primera manera de *hacer* teatro que se le ocurrió al hombre.

En la Edad Media había individuos dedicados a ir de pue-

blo en pueblo dando funciones con sus muñecos: una cosa igual a lo que hoy hacen los empresarios con los artistas de verdad. Sin necesidad de apuntadores y con poco gasto de pasajes y de equipajes se movían esos hombres que llevaban la risa al rico y al pobre. En esa época Italia y Alemania fueron los paises que más se ocuparon de los títeres. Después pasó este entretenimiento a Francia y a España y se difundió por el mundo entero.

Los franceses le dieron a las figuritas el nombre de *marionnettes*, diminutivo sacado de *Marion* que es diminutivo de *Marie* (María) y cuya traducción castellana vendría a ser *mariquitas*. En Italia las llamaron *fantoches*, derivación de *fantoccio*, diminutivo de *fante* que quiere decir infante. Más tarde, como uno de los personajes siempre se llamaba *Polichinela*, que era un tipo gordo, rubio, jorobado y con nariz de loro, se le empezó a llamar al teatro de los títeres, *teatro de polichinelas;* y los franceses, a su vez, comenzaron a llacarle *Teatro Guignol* (en castellano Guiñol) porque al personaje que venía a ser lo que *Polichinela*, ellos le llamaban *Guignol*, el cual tenía un compañero llamado *Gnafron* que se hizo tan popular como el.

Los chinos Tchuní y Tchanó bailando un pintoresco "cake-walk", en el escenario del teatrico de Ivo Puhony, en Baden-Baden, Alemania.

Polichinela que hasta entonces había sido el eterno personaje vestido de casaca roja y pantalón blanco, se convirtió, al llamarse Guignol en un tipo de orígen lionés. Polichinela, Guiñol, Gnafron, y el no menos célebre Arlequín. dieron la vuelta al mundo, y vivieron hasta que el éxito de esta diversión atrapó a los escritores y ellos comenzaron a escribir dramas y comedias para ser representados por los títeres.

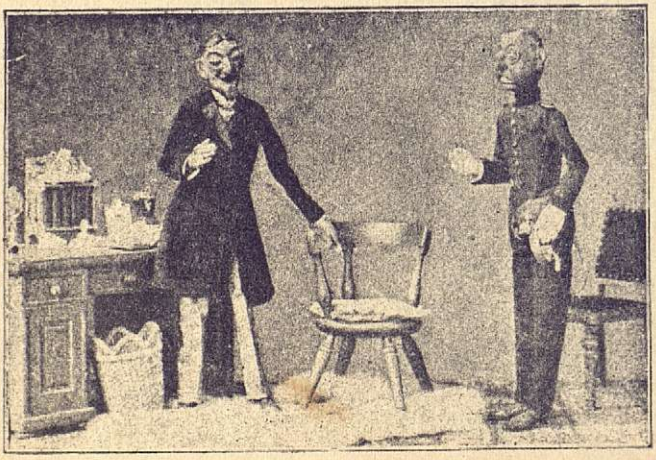
Lesage, el célebre escritor francés autor del famoso libro *Gil Blás de Santillana*, fué uno de los autores de esas obras. Voltaire, otro célebre gran escritor francés, hizo algunas. En la segunda mitad del siglo XIX, Lemercier de Neuville, adaptó las comedias de Aristófanes, el *Quijote* y los dramas de Shakespeare. Stendhal, notabilísimo novelista francés, adaptó para los títeres varios argumentos de las óperas del célebre compositor Rossini, siendo una de las que más éxito tuvo *El barbero de Sevilla*. Otro gran novelista, Carlos Dickens, de Inglaterra, compuso dramas y comedias inspirados en sus propios libros. Los títeres llegaron a tener anto éxito que hasta en el teatro de la Gran Opera de París, se instaló un teatro de Polichinelas, Guiñol o de títeres como diríamos nosotro; dándole tal vez un nombre más apropiado, ya que títere vale tanto como decir muñeco, y muñecos son al fin esos diminutos y encantadores actores.

En todas estas naciones el teatrico encantador ha caido, o va cayendo, en desuso. Solo en Alemania se ha mantenido con entusiasmo, hasta el punto de dedicarse a el especialmente algunos escrito-

El lacayo Sigfrido de *El Rey Violón* y el poeta célebre del teatrico de Baden-Baden.

res y algunos artistas El más famoso de sus teatros de este género existió en Munich, siendo su constructor Teodoro Fosher, apellidándose su dueño y empresario Schmid, a quien los muchachos familiarizados con él, conocían simplemente por *el tío Schmid*. Era un teatro chiquito, y muy lindo, siendo tan habilidoso su director de escena, el Conde Pocci, que aseguran cuantos le han visto que no parecían muñecos los títeres, sino personas. Este teatrico se inauguró en 1858, existiendo hasta 1900, en que se suprimió. Después, Pablo Brann, notable literato alemán, dirigió, también en Munich, otro teatrico que se ha hecho célebre por el lujo con que allí se presentaban las obras. Posteriormente un pintor de anuncios y carteles, Ivo Puhony, artista muy conocido y admirado en Alemania, instaló en Baden Baden otro teatrico, siendo su esposa la autora de la mayor parte de las obritas que allí se representaban; rival de Brann en lo que a la confección de muñecos y decorados se refiere, este teatrico suspendió sus funciones durante la guerra, siendo ahora el propósito de su director, restaurarlo, para regocijo de sus millares de espectadores. En este teatrico es donde se han representado, entre otras obras, *El furor del sultán Gakin*, tragicomedia de R. G. Haebler, *El Duelo* de L. Thomas, *El rey Violón*, *El estudiante camino del Paraiso*, de Hans Sachs, la danza de los chinos Tchuní y Tchanó, *El diablo y la vieja* y multitud de monólogos para títeres que han sido graciosísimos.

En la Habana existió, hasta no hace mucho tiempo, frente a la plaza de Albear un teatro donde se daban representaciones de títeres



El doctor Weller y el teniente Sassen, en una de las escenas culminantes de *El Duelo*, célebre obra de L. Thomas estrenada en el teatrico de Baden-Baden.

que fueron célebres e hicieron furor entre los niños. Consolémonos, mientras no tengamos algunos de esos regocijados teatrillos, pensando en su historia y viendo estas escenas y personajes aquí reproducidos, que nada tienen que envidiar desde el punto de vista de los trajes y las decoraciones, y aun muchas veces como artistas, a algunos teatros de grandes y a algunos actores de fama.

LALA

Por AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

En casa del magistrado H., padre feliz de dos robustos niños y de una preciosa niña, habíanse reunido varios amiguitos con objeto de ver pasar fastuosa manifestación cívica.

Días antes había traído la mamá una bandera de la patria, y dejola de buen grado a los niños que se la pidieron para jugar a la "jura de la bandera" en ficticia escuela municipal, mientras llegaba el momento de la manifestación; mas encargoles que la cuidasen mucho.

Hicieron la ceremonia con toda formalidad. El mayorcito pronunció un discurso y cuando los demás prorrumpían en atronadores aplausos, suena la música de la manifestación y corren todos atropellándose a los balcones.

Luego que hubo pasado el último manifestante, volvieron a su juego, y ¡cuál fué su estupor al ver la bandera por el suelo, llena de rasgones y de agujeros! Era que una lindísima gata de Angora, encanto de los amitos de la casa, se había hecho manta de la jurada enseña, es decir, se había hecho un lío con ella, y, queriendo escapar al ruido de los niños que volvían, se enredó más y más, y rasguño por aquí, zarpazo por allá, púsola en tal miserable estado.

Vieron los niños la huída de la delincuente, que sólo para amar a sus hijuelos revelaba algún entendimiento, y resolvieron constituirse en tribunal sentenciador, como que todos ellos eran pichones de letrados y mucho oían hablar de faltas cometidas, sentencias y castigos.

Uno dijo:

— Me parece que debemos imponer pena de muerte.

Otro dijo:

— No, eso es mucho. Dejémosla sin comer tres días.

— Y ¿no ves — clamó un tercero — que con eso también la mataríamos? Mejor es que le quitemos los hijos y los regalemos.

— No — dijo un chiquitín — pongámosle una lata en la cola para que ande siempre azorada.

Los pareceres de los doce muchachos que eran se dividieron a tres por sentencia, y cada bando quería que prevaleciese la suya, y como no podía haber mayoría, decidieron ir con el litigio a la señora de la casa, como a un Tribunal Supremo.

Corrieron en su busca, y después de referirle el caso, todos a la vez, decían a grito herido: " ¿No es verdad que debemos matarla? " " ¿No es verdad que es mejor quitarle su cría? " " ¿No es verdad que debemos ponerle una lata en la cola para toda su vida? " " ¿No es verdad que debemos dejarla tres días sin comer? "

La señora, medio aturdida por aquel vocerío, observó que su chiquitina de rubios cabellos tenía los dulces ojos azules llenos de lágrimas.

— Ven acá, Estrella, — la dijo, — ¿por qué lloras?

La niña rompió en sollozos:

— Yo no quiero que maten a Lalá, ni que le quiten sus gaticos, ni que la dejen sin comer, ni que le pongan lata en la cola.

— ¿Qué quieres tú pues que le hagamos? gritaron los muchachos.

— Nada — dijo la niña — ella no lo hará más.

— Eso es, — dijo la madre, — ustedes tienen que perdonarla, y aprendan con esta chiquita a tener buenos sentimientos. Los animalitos no saben lo que hacen, y hay hombres que tampoco lo saben. Ustedes son los verdaderos culpables porque dejaron abandonada la bandera que tanto les recomendé. Ahora traeré yo otra, y hay que ponerla bien alta, en sitio de preferencia, junto al retrato de abuelito que tanto la quería.

— ¡Ah! —clamaron los niños— pero entonces no vamos a poder jugar con ella!

— La bandera, hijos míos, no es para jugar, y yo hice mal en permitirlo hoy, sino para reverenciarla siempre y para defenderla ustedes cuando sean mayores, pensando que ella ha brotado como una flor bendita de la sangre de millares de héroes, y que cada hilo de su trama puede simbolizar un delgado hilo de acero que atravesara corazones cubanos. La bandera, hijos míos, es lo más grande que tenemos.

En esos momentos apareció por allí Lalá, blanca como un gran copo de nieve, cual si aquel puro color proclamase su inconsciencia, y tomándola en brazos la pequeñuela de ojos y alma color de cielo, la dijo en son de amenaza y reprensión:

— No lo haces más ¿sabes? La bandera es lo más grande que tenemos. Así lo ha dicho mamá.

UNA BUENA EXCUSA

— Sinvergüenza, mira cómo traes el traje!
— Tábamos jugando a las comiditas y yo hacía de queso gruyere.

García Cabral en el "Excelsior" de Mexico

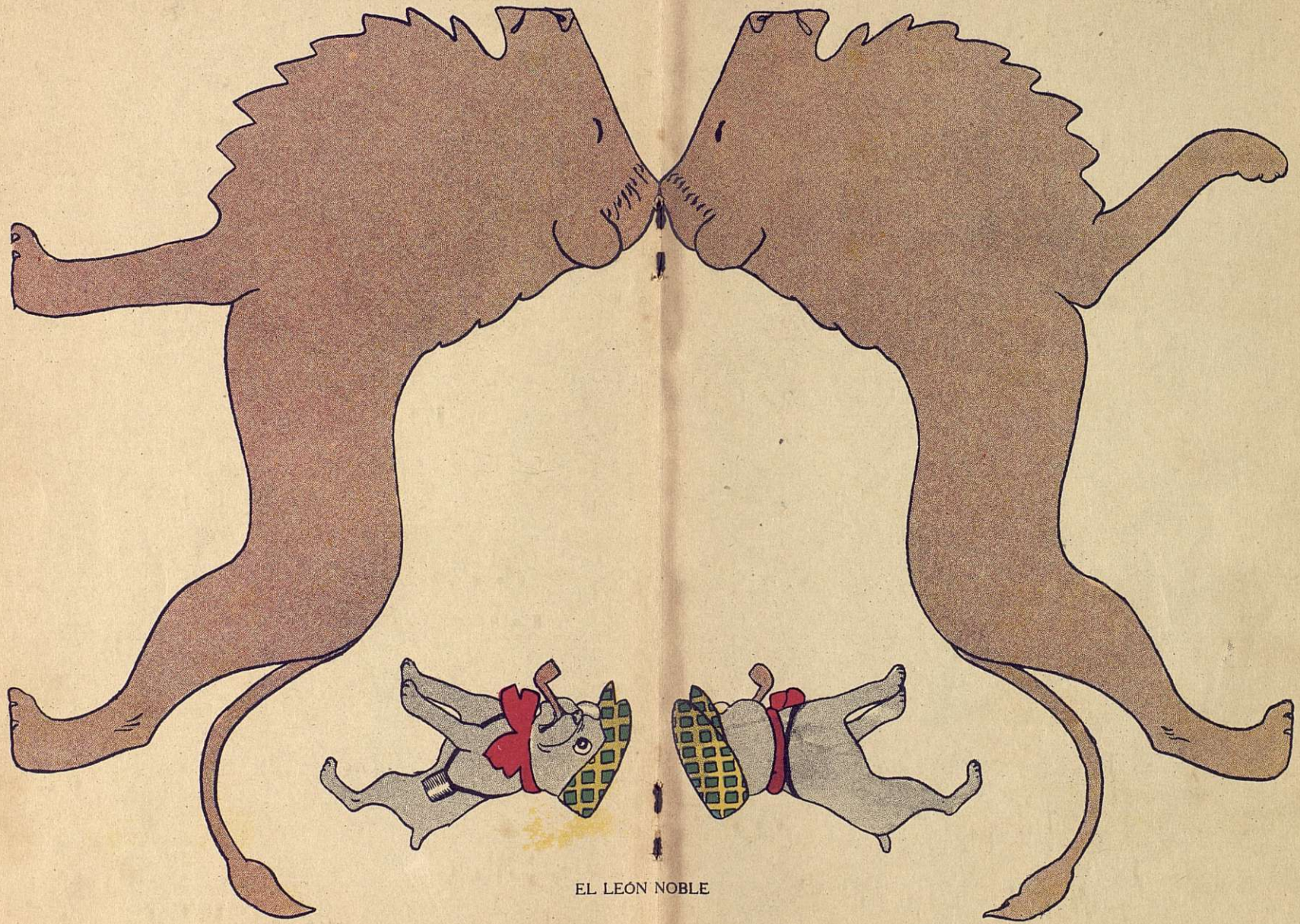
Mercedes de la Hoya y Patchat

Ⓕ Colomina

Heberto Rafael
Conde y Juárez
(De Camagüey
Cascorro)

Sarita Giménez.
(De la Habana)

Fot. Colominas y Cía



EL LEÓN NOBLE

Maria Teresa
Grau y Guillen
De la Habana

Raquel Guerra
De la Habana

Fot. Colominas y Co.

Los Clásicos de la Infancia

FERNAN CABALLERO

Retrato hecho por el pintor Madrazo en 1860; tenía entonces la escritora sesenta y cuatro años de edad; asi se conservó, con muy poca diferencia, hasta su muerte ocurrida en 1887.

Este nombre de hombre encubre la más dulce figura de mujer: Cecilio Bohl de Faber; la amable abuelita Cecilia, como la llamaron, en sus últimos años, cuantos la conocieron, apacible, serena, con cierto fulgor de belleza angelical, tal como la retrató el célebre Madrazo en 1860. Había nacido en Suiza, siendo su padre alemán y su madre española, de Cádiz. Educada en Hamburgo, pasó después a España, donde se casó y vivió casi toda su vida. Murió en Sevilla en 1887; y aseguran sus biógrafos que, a pesar de su edad se había conservado casi lo mismo que en la época del retrato. Vivió dedicada a la literatura, a los pobres y a su casa, siendo una excelente escritora, una mujer muy caritativa y una admirable ama de casa. Sus

narraciones de costumbres andaluzas son célebres; y como si esto no bastara a su gloria, fué una notabilísima autora de cuentos para niños. ¿Quien de vosotros no conoce el cuento de la cucarachita Martina? Pues este cuento famoso, no es otro que el suyo de *La hormiguita*, cambiado y arreglado a través de la imaginación popular . . .

Buena y virtuosísima, ved a continuación cómo la describe otro gran escritor español: el P. Luis Coloma. Dice él así:

"En tiempo en que la conocí, contaba ya Fernán-Caballero más de setenta años y era entonces una viejecita pequeña, que no conservaba más restos de la espléndida hermosura de su juventud que una boca roja y fresca cual si tuviera quince años y una dentadura blanca, igual y limpia como las teclas de un piano. Tenía los ojos azules, muy alegres y algo papujados, como los de Santa Teresa: la tez era nacarada, con algunas arrugas: los cabellos, blancos sobre su primitivo color, que era dorado, llevábalos formando cocas, con dos ricitos sobre las sienes, de aquellos que llamaban *nenes* en tiempo de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Su porte era de gran dama, y sus modales medidos, reposados y elegantes. Vestía ordinariamente de negro con gran sencillez, pero con suma pulcritud y esmero. Solía decir: "Las jóvenes se arreglan para parecer bien, y las viejas debemos arreglarnos para no parecer mal". Llevaba siempre y a toda hora, colgado del brazo, un bolsillo de tafetán negro, que contenía el pañuelo, las gafas, el rosario y limosnas para los pobres . . .

El pobre fué siempre el objeto predilecto de sus piadosos afanes y en remediar sus necesidades morales y materiales empleó hasta el fin de su vida todos sus cortos ahorros, los recursos de su ingenio, la poderosa palanca de su influencia y hasta el trabajo de sus manos.

Encontrábasela de continuo en su gabinete, hundida en su poltrona de *reps* verde, leyendo siempre algún libro colocado en un atrilito giratorio, y trabajando al mismo tiempo con primorosa habilidad en hacer calceta, que luego daba a los pobres. Así recibía a todo el mundo, lo mismo a los desgraciados que acudían a ella en demanda de auxilio, que a los grandes personajes que llegaban a prestarle el homenaje de su admiración y su aprecio.

En cierta ocasión pude yo admirar muy de cerca este maravilloso contraste.

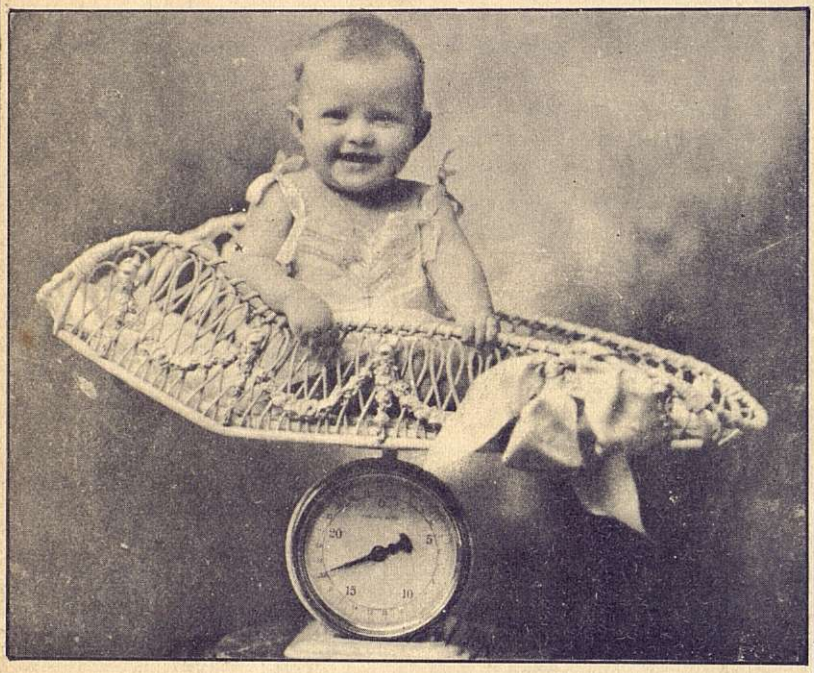
Un día detúvome María, la doncella de Cecilia, en el salón que precedía al gabinete, diciéndome que la señora estaba ocupada y que presto despacharía. Salió, en efecto, Cecilia a muy poco, acompañando a una anciana miserable y llorosa que quiso, al despedirse, besarle la mano con muestras de gratitud ardiente. Era aquella infeliz la madre de un presidiario del barrio de la Macarena condenado por homicidio en el penal de Valladolid y trasladado por influencia

de Cecilia al de Sevilla, a fin de que su buena y desdichada madre pudiese verle e influir en su corazón, no pervertido del todo.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora, cuando entró de nuevo María en el gabinete, algo extrañada, anunciando que estaba allí el señor Gobernador con un matrimonio anciano, al parecer extranjero, que no había dado su nombre. Encogióse de hombros Cecilia y mandó que pasasen adelante. Era el caballero un viejo alto y muy derecho, con venerable barba blanca; la señora, bajita y de sencilla apariencia, cojeaba imperceptiblemente al andar. Yo no les conocía; mas al verles Cecilia hizo un gesto de gran sorpresa, y sin cortedad ni aturdimiento adelantose vivamente a su encuentro. Eran los Emperadores del Brasil, don Pedro de Braganza y doña María Teresa de Borbón . . .

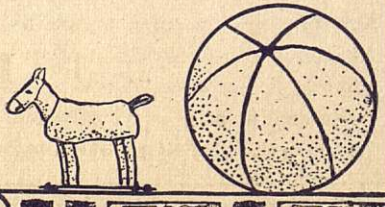
En otra ocasión vino a visitarla un inglés de fama, cuyo nombre no recuerdo, porque esto no lo presencié yo, sino que me lo refirió más tarde la misma Cecilia. Admiróse el personaje de encontrar a la célebre escritora haciendo calceta como la más humilde comadre de Triana o la Macarena, y en un brote de entusiasmo británico pidióle como recuerdo suyo, la que tenían aún en las agujas. Mas Cecilia, con aquella chuscada andaluza que siempre tuvo y conservó hasta en sus últimos años, contestole que aquellas medias eran demasiado bastas y que no era justo privar de su abrigo al pobre a quien se destinaban; pero que ella le haría otras más finas y se las daría con mucho gusto para que las conservase como recuerdo de su ingenio. Hízole, en efecto, con finísimo hilo unos diminutos calcetines, que el inglés se llevó a su país encantado de la amabilidad de Fernán Caballero.

"Vale más de lo que pesa"

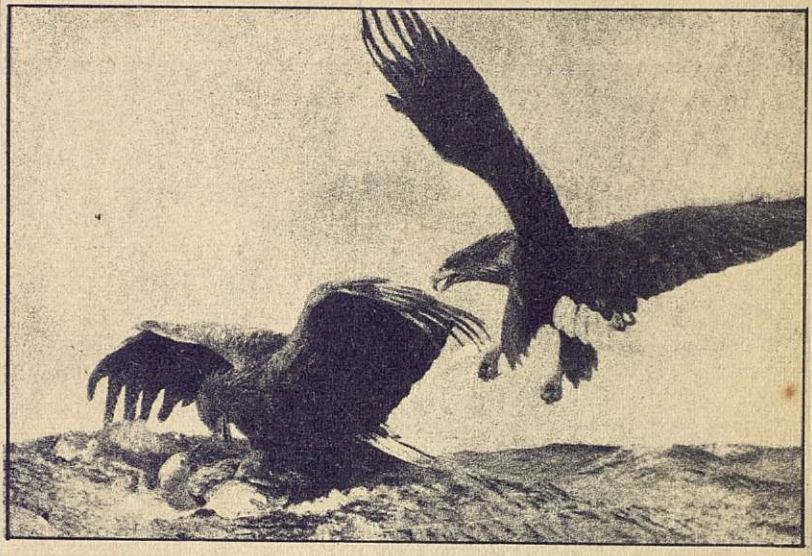


María Teresa del Valle y Fuero

De Cienfuegos



Nuestros amigos los animales



. . . lucha bravamente con sus compañeras por una presa . .

EL AGUILA

SIMBOLO de poder, de fuerza, la han puesto siempre en sus escudos los emperadores. Altiva y fiera ella ha sido siempre el terror de los animales pequeños o indefensos: carneros, conejos, etc. Corvo el pico, uñas afiladas, ojos laterales como los de casi todas las aves, pero agudos y terribles en el mirar, es una amenaza para toda esa legión de animales pacíficos que retozan o pasear muy confiadamente por las llànuras y los bosques. Sus patas casi totalmente cubiertas de plumas y sus grandes alas redondeadas, completan la figura de este soberano de los aires, a quien los naturalistas colocan entre la familia de las falcónidas a la cual pertenecen también los milanos, gavilanes y halcones.

Ama las alturas a donde el hombre en vano intenta llegar; lucha bravamente con sus compañeras. Vuela majestuosamente, mientras su pupila acostumbrada a mirar a la tierra desde eminencias, va estudiando la tierra, buscando la víctima, sobre la cual se deja caer, rápida como el rayo, certera siempre, para desgarrarla sin piedad. A veces cuando el hombre la sorprende en estas fechorías y le ataca,

no huye; al contrario, se vuelve llena de coraje contra él, deseosa de aniquilarlo.

Este animal tan valiente y tan fiero, tiene, como todos, el sentimiento de la familia. Instala su nido en la rama más alta del árbol más elevado, o en las sinuosidades más inaccesibles de las montañas. Allí rodeado de sus hijitos, de los aguiluchos como a ellos se les llama, vive horas de felicidad, de suavidad, de ternura. Pero que no se presente en esos momentos algún intrépido cazador, porque se convertirá en el acto en el animal feroz, decidido a defender aún a costa de su vida, el nido donde se agitan temerosos los aguiluchos, únicos testigos con la madre, de la tragedia en la cual el padre, revolviéndose como un guerrero, se convierte en héroe.

Ama las alturas a donde el hombre en vano intenta llegar . . .

Merceditas Madrazo

De Cienfuegos

© Colominas y Cía

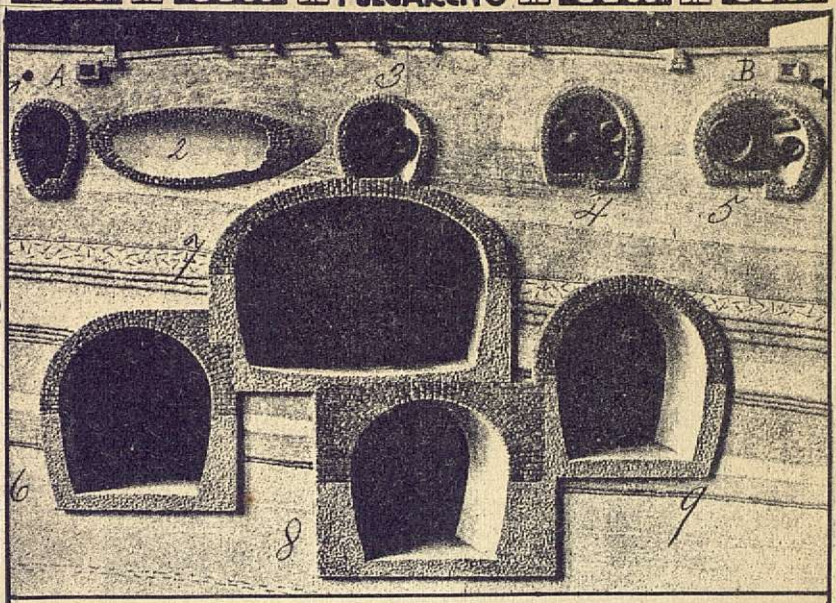
EL POLI DORMIDO

(Dibujo de C. Botet.)

EL POLI DORMIDO

(Dibujo de C. Botet.)

Clarisa Faes y González.
De la Habana.



EL INTERIOR DE UNA CALLE DE PARIS

A y B: Canalización para la electricidad; los puntos señalados por las flechas marcan los tubos del gas. (1) Alcantarillado; (2) la primitiva alcantarilla, hoy desechada; (3) túnel conteniendo las cañerías del agua; (4) lugar destinado a los tubos neumáticos; (5) túnel del servicio telefónico; (6, 8 y 9) túneles de una sola vía para el servicio subterráneo de tranvía; (7) túnel de vía doble para esa misma clase de servicio.

Lo que hay debajo de una gran ciudad

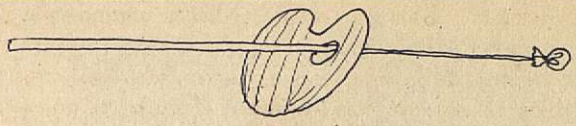
EL SUBSUELO DE PARIS

Con frecuencia se habla de París, de New York, de Londres, de Berlín. Tu imaginación se las había representado de acuerdo con los cuentos que de ellas has oido. Pero . . . ¿has pensado en la agitación de sus moradores, en la vida diaria tan distinta en emociones a la que tu has llevado hasta ahora? . . .

Para tí, niña o niño inteligente y simpático, París es, como para todo el mundo, una ciudad de ensueño. Es proverbial su belleza, su arte, su gusto exquisito, la poesía y el encanto de sus bulevares y de sus parques. Cuando tu veas a París, si es que ya no le conoces, goza de todo eso que es refinamiento y cultura. Pero . . . medita un

momento; detente. Bajo tus plantas allí, lo mismo que en New York, por ejemplo, existe una multitud que circula en el tranvía subterráneo, conquista de la moderna ingeniería, mientras otros servicios tienen también su *camino* como verás en el grabado que acompaña a estas líneas. Uno de esos servicios te encontrarás que es "el neumático", o lo que es igual unos tubos por donde se envían, mediante el aire comprimido, y a una velocidad extraordinaria pequeñas cartas de urgencia. En unos segundos atraviesa de un extremo a otro de París, esta clase de correspondencia tan eficaz como el telégrafo o el teléfono . . .

Jesús Solé. De la Habana



RESULTADO DEL CONCURSO DE PINTURAS DE MAYO

Primero: —

ANGELITO VALLADARES, de Matanzas.

Segundo: —

MATIAS FONSECA, de la Habana.

Tercero: —

CARLITOS REGALADO, de la Habana.

El primer premio consiste en un lindo teatrito y los segundos en una suscripción a PULGARCITO o un libro de cuentos.

Los premiados pueden pasar por esta oficina para que les sean entregados una tarjeta para recoger los premios en la Casa Wilson, Obispo 52, Habana.

* * *

Resultado de nuestro Concurso de Pasatiempos, durante el trimestre Enero-Marzo, 1920.

Han remitido soluciones exactas los niños

María Victoria Brú, Neptuno 222, (altos). Habana: 9.
Baby del Real, Argüelles 140, Cienfuegos: 7.
Angel Alcalde, San Ignacio 24, Habana: 7.
Carmelina Delgado, Calle 5 Núm. 44 1|2, Vedado: 6.
Belinda Delgado, Neptuno 220 (bajos) Habana: 5.
Oscar F. Cartaya, Maceo 79, Matanzas: 3.

— — — — — — — — — —

Los premiados pueden enviar por sus recompensas a estas oficinas, (Cerro 528).

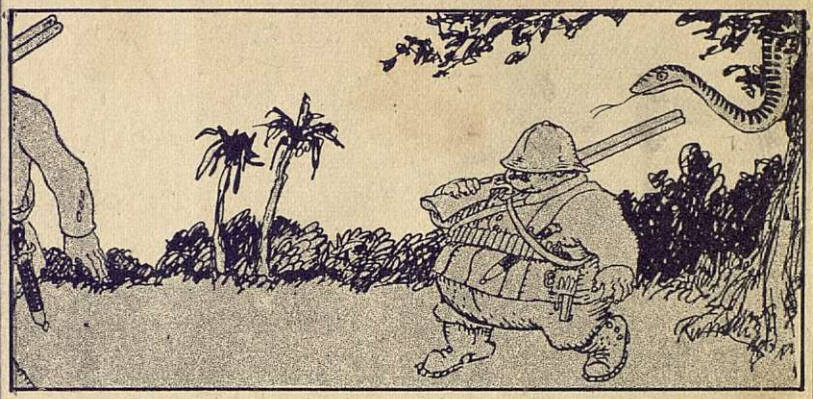
Louis Kohly Maraglia-no.

De la Habana

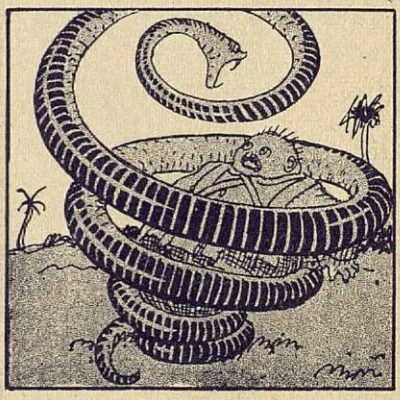
Olga Rodriguez y Plasencia

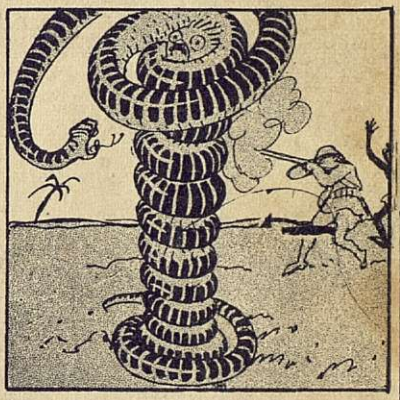
De la Habana

UN CAZADOR AFORTUNADO (Nota cómica por Junceda)



Sir James Boom, cazador animoso, pero de exigua estatura, vióse un día sorprendido en el desierto por una





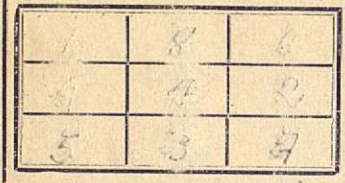
serpiente boa, que le hubiera destrozado entre sus anillos si un compañero no llega á tiempo de salvarle.

—¡Gracias, amigo mío!,—exclamó sir James en cuanto se vió sano y salvo,—á V. le debo la vida, y á ese bicho horrible la estatura que en un santiamén he alcanzado.

Núm. 21.

PASATIEMPOS

Cuadro numérico



Colocar las primeras nueve cifras, sin repetir ninguna, de manera que sumando vertical, y horizontalmente sumen quince.

Núm. 22.

Criptografía

R B M J B
O C Y R E
A O E E E

Combinar las letras de manera de formar el nombre y apellido de un célebre compositor.

Nº 23.
Metatesis

1 2 3 4 5 6 7 Embarcación
7 6 1 2 4 5 3 Vegetal

Nº 24.

Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	Animal
9	2	5	7	7	6	3	1	10		Nombre de varón.
9	3	6	9	10	3	5	10			Nombre de varón.
4	10	3	4	6	9	8				Isla.
9	3	6	4	5	8					Nación.
9	8	8	7	10						Ave.
7	8	9	10							En geografía.
1	5	7								Cantidad.
7	8									Artículo.
5										Letra.

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO
Concurso de Pasatiempos.
Cerro 528.

Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

Soluciones a los Pasatiempos del número de Mayo.

Núm. 17 : Triunfar en toda la línea.
Núm. 18 : América.
Núm. 19 : Entredicho.
Núm. 20 : Venus.

C U A D R I T O

El Huerfanito

Oleo por F. Pausas.

MODAS

La perfecta elegancia de un traje infantil no consiste, como muchos niños creen, en el lujo de las telas y la exageración de los adornos, consiste en que sea sencillo, gracioso y adecuado a la estación y al lugar en que se le luce.

Por eso son elegantes este vestidito de warandol azul pálido con ribetes blancos, y manojos de rojas manzanas, y estos delantales de juegos, blanco el uno con adornos rojos en el cinturón, cuello y puños y en el borde de los pantaloncitos; verde el segundo, con elefantitos de tela color marfil recortados y cosidos en la falda; y azul vivo el tercero, adornado con muy simpáticas ardillas grises.

LOS UNIFORMES

CAZADOR DE A PIE
(FRANCES)

Blez

RETRATOS
ARTÍSTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

¿Señora Santa Ana
Porqué llora el niño?
Por el PULGARCITO
Que no ha recibido.

$ 2.00 EL Año.

NO TE OLVIDES

RECUERDA A
TU PAPA LA
SUSCRIPCION A

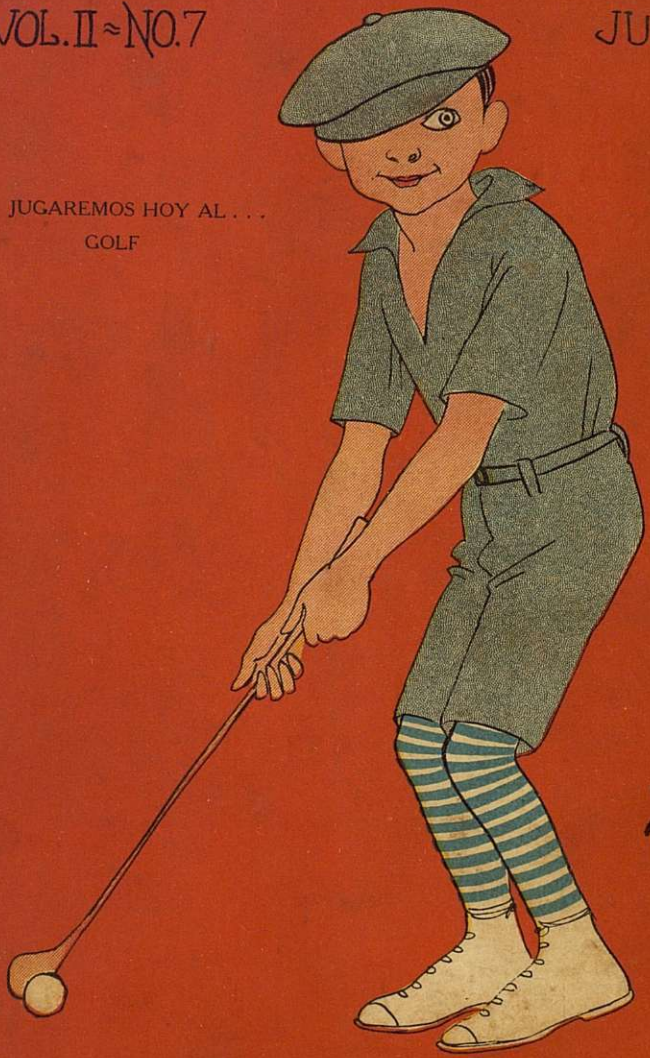
SOCIAL

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528.—Tel. I-1119.—Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II ~ NO. 7 JULIO, 1920

JUGAREMOS HOY AL . . .
GOLF



20 ¢

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

SAN RAFAEL, 32

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$ 4.00 AL AÑO 40 Cts EL NUMERO

BANDERAS y ESCUDOS

REPUBLICA DE GUATEMALA

Jefe de Estado:

Sr. Carlos Herrera

Capital:

Guatemala

Carlos Villa y de Joughs

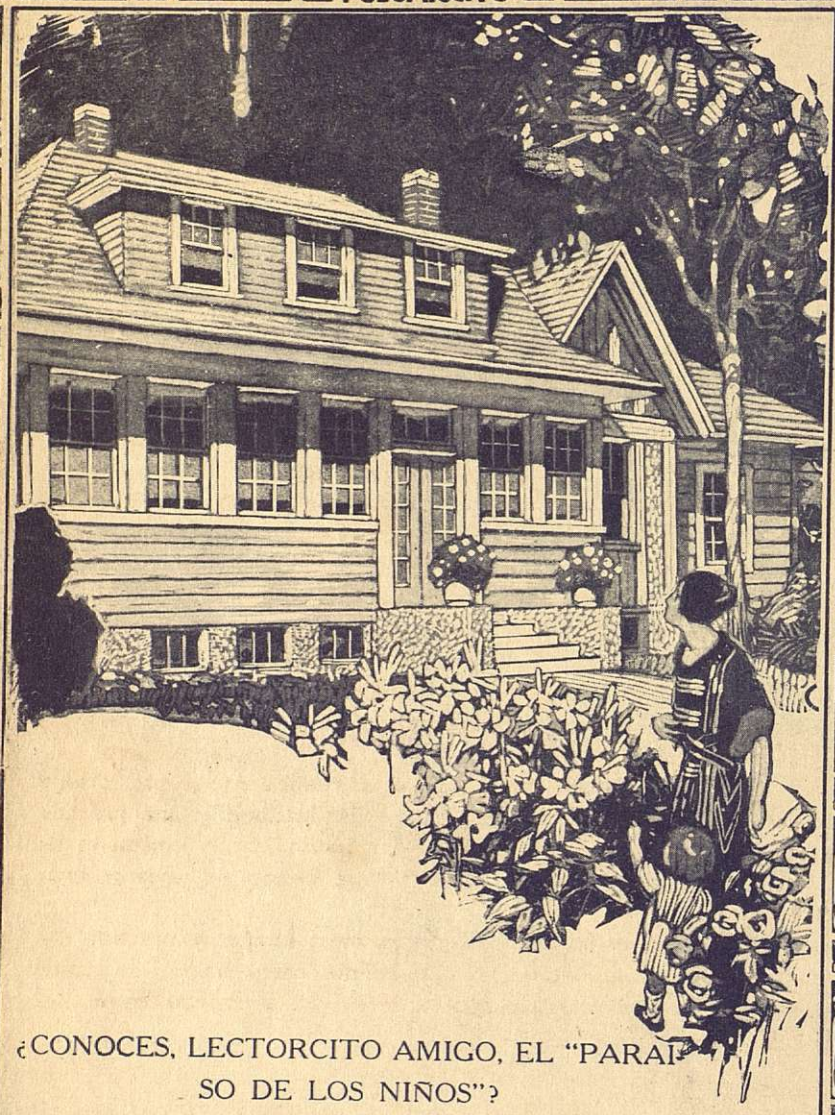
De Cardenas — F. Leuthold

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALA DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION



¿CONOCES, LECTORCITO AMIGO, EL "PARAISO DE LOS NIÑOS"?

Dile a tu papá o a tu mamá que te lleve a Cojímar.

Hace veinte años tu papá compró en el Vedado, y hoy esos terrenos valen 20 veces más. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

MARCOS MORE DEL SOLAR
Malecón 337, altos.

EL GOLF

Es un juego sencillo en la apariencia, pero que encierra grandes dificultades, para el que quiera llegar a ser un buen jugador. Como ejercicio es admirable, y debe practicarse constantemente...

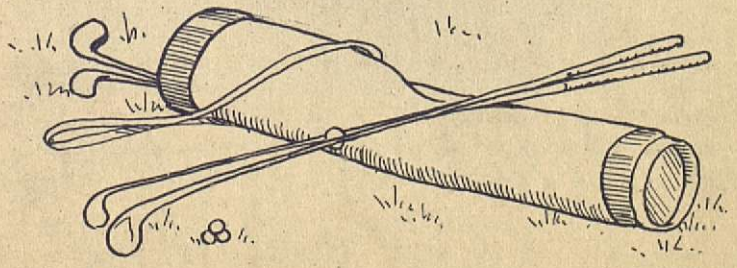
Hasta hace poco tiempo no se conocía este juego en Cuba, donde ha ido tomando mayor incremento cada día. Su origen es bastante remoto, pues en Escocia era ya conocido antes del año 1457, fecha en que alcanzó una gran popularidad. Fué para los escoceses lo que para los norteamericanos y nosotros hoy es la pelota o sea el base ball. María Estuardo, la infortunada reina de Francia y de Escocia, fué una golfista muy notable. Y este ejemplo viene a demostrar que el título de juego regio o real con que lo designan los escoceses, lo tiene muy merecido, pues fué siempre un juego predilecto de los soberanos...

Desde entonces han venido fundándose clubs dedicados especialmente a este simpático sport que ha ido ganando más y más adeptos cada día.

En Inglaterra es casi el juego nacional; y en cuanto a los Estados Unidos, bastará con decir que son muy contadas las personas que no lo saben jugar.

Manejar bien los *clubs* con que se realiza este juego, es algo que sólo se consigue después de repetidas lecciones y una práctica asidua. En los Estados Unidos e Inglaterra existen profesores de golf, a los cuales acuden todos los que desean ser unos golfistas excelentes.

En esos países, al igual que los otros en que se practica este sport, se celebran todos los años reñidos campeonatos, de donde salen los triunfadores que más tarde se van a disputar entre sí el título de campeón internacional.



Beatriz Portuondo y de Regil.

© Colominas y Cía.

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, JULIO 1920. NUM. 7.

BELLA-FLOR

Por FERNAN CABALLERO

HABIA una vez un padre que tenía dos hijos; al mayor le tocó la suerte de soldado y fué a América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre había muerto y su hermano disfrutaba del caudal y se había puesto muy rico. Fuése a casa de éste y le encontró bajando la escalera.

—¿No me conoces?—le preguntó.

El hermano le contestó con mala manera que no.

Entonces se dió a conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, que allí hallaría un arca, que era la herencia que le había dejado su padre, y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero y halló un arca muy vieja, y dijo para sí:

—¿Para qué me puede a mí servir este desvencijado arcón? ¡Pero, anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frío.

Cargó con él y se fué a su mesón, donde cogió un hacha y se puso a hacer pedazos el arcón, y de un secreto que tenía cayó un papel. Cogiólo y vió que era una escritura de una crecida cantidad que adeudaban a su padre. La cobró y se puso muy rico.

Un día que iba por la calle encontró a una mujer que estaba llorando amargamente. La preguntó qué tenía, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que no sólo no tenía para curarlo, sino que se lo quería llevar a la cárcel un acreedor, al que no podía pagar lo que le debía.

—No se apure usted—le dijo José:—no llevarán a su marido a la cárcel ni venderán lo que tiene, que yo salgo a todo; le pagaré sus deudas, le costearé su enfermedad y su entierro, si muere, y así lo hizo todo; pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto, después de pagado el entierro no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra.

—Y ahora, ¿qué hago?—se preguntó a sí mismo:—¿ahora que no tengo qué comer? Me iré a una Corte y me pondré a servir.

Así lo hizo, y entró de mozo en el Palacio del Rey.

Se portó tan bien y el Rey le quería tanto, que le fué ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentilhombre.

Entre tanto su descastado hermano había empobrecido, y le escribió pidiéndole que lo amparase; y como José era tan bueno, le amparó, pidiendo al Rey le diese a su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sentir gratitud hacia su buen hermano, lo que sentía era envidia al verlo privado del Rey, y se propuso perderlo. Para eso se puso a inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor, y que ésta, como que era el Rey viejo y feo, no le quería, y se había ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabía dónde. El hermano fué y le dijo al Rey que José sabía dónde estaba la Bella-Flor, y correspondía con ella. Entonces el Rey muy airado mandó venir a José, y le dijo que fuese al momento a traerle la Princesa Bella-Flor y, que si se venía sin ella lo mandaba ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fué a la cuadra para coger un caballo e irse por esos mundos sin saber por dónde tirar para encontrar a Bella-Flor. Vió entonces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

—Tómame a mí y no tengas cuidado.

José se quedó asombrado de oir hablar a un caballo; pero montó en él y echaron a andar, llevando tres panes de munición que le dijo el caballo que cogiese.

Después que hubieron andado un buen trecho se encontraron un hormiguero, y el caballo le dijo:

—Tira ahí esos tres panes para que coman las hormiguitas.

—Pero ¿para qué?—dijo José,—¿y si nosotros los necesitamos?

—Tíraselos—repuso el caballo,—y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y encontraron a un águila que se había enredado en las redes de un cazador.

—Apéate—le dijo el caballo—y corta las mallas de esa red y libra a ese pobre animal.

—¿Pero vamos a perder el tiempo en eso?—respondió José.

—No le hace; haz lo que te digo y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y llegaron a un río, y vieron a un pececito que se había quedado en seco en la orilla, y por más que se movía con ansias de muerte, no podía volver a la corriente.

—Apéate—dijo a José el caballo blanco,—coge ese pobre pececito y échalo al agua.

—Pero si no tenemos tiempo de entretenernos—contestó José.

—Siempre hay tiempo para hacer una buena obra—respondió el caballo blanco,—y nunca te canses de hacer bien.

A poco llegaron a un castillo, metido en una selva sombría, y vieron a la Princesa Bella-Flor que estaba echando afrecho a sus gallinas.

—Atiende—le dijo a José el caballo blanco;—ahora voy a dar

muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le hará gracia a Bella-Flor; te dirá que quiere montar un rato, y tú la dejarás que monte; entonces yo me pondré a dar coces y relinchos, se asustará, y tú le dirás entonces que eso es porque no estoy hecho a que me monten las mujeres, y montándome tú me amansaré; te montarás, y saldré a escape hasta llegar al Palacio del Rey.

Todo sucedió cual lo había dicho el caballo y sólo cuando salieron a escape conoció Bella-Flor la intención de robarla que había traído aquel jinete.

Entonces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó y le dijo a su compañero que se le había derramado el afrecho y que se lo recogiese.

—Allí donde vamos—respondió José—hay mucho afrecho.

Entonces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó prendido en una de las ramas más altas, y dijo a José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo; pero José le respondió:

—Allá donde vamos hay muchos pañuelos.

Pasaron entonces por un río y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió a José que se apease para cogérsela; pero José le respondió que allí donde iban había muchas sortijas.

Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver a su amada Bella-Flor; pero ésta se metió en un aposento en el que se encerró, sin querer abrir a nadie. El Rey la suplicó que abriese, pero ella dijo que no abriría hasta que le trajesen las cosas que había perdido por el camino.

—No hay más remedio, José—le dijo el Rey,—sino que tú sabes las que son, vayas por ellas; y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fué muy afligido a contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

—No te apures; monta sobre mí, y vamos a buscarlas.

Pusiéronse en camino, y llegaron al hormiguero.

—¿Quisieras tener el afrecho?—preguntó el caballo.

—¿No había de querer?—contestó José.

—Pues llama a las hormiguitas y diles que te lo traigan, que si aquél se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de munición, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas a él, acudieron, y le pusieron delante un montón de afrecho.

—¿Lo ves—dijo el caballito—cómo el que hace bien, tarde o temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que había echado Bella-Flor su pañuelo, el que ondeaba como un banderín en una de las ramas más altas.

—¡Cómo he de coger yo ese pañuelo—dijo José—si para eso se necesitaría la escala de Jacob!

—No te apures—respondió el caballito blanco,—llama al águila que libertaste de las redes y ella te lo cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó a José.

Llegaron al río, que venía muy turbio.

—¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este hondo río.

cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echó?—dijo José.

—No te apures—respondió el caballito;—llama al pececito que salvaste, que él te la sacará.

Y así sucedió; y el pececito se zambulló y salió tan contento meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas a Bella-Flor, dijo que no abriría ni saldría de su encierro, mientras no friesen en aceite al pícaro que la había robado de su palacio.

El Rey fué tan cruel que se lo prometió, y dijo a José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fué muy afligido a la cuadra y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

—No te apures—le dijo el caballito—móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada.

Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera, salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entonces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido a José, creyendo que a él le sucediese otro tanto, y que entonces se enamoraría de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharrón.

Todos entonces proclamaron por Rey al Chambelán, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fué a darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debía, al caballito blanco, éste le dijo:

—Yo soy el alma de aquel infeliz en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenías; y al verte tan apurado y en peligro, he pedido a Dios permiso para poder a mi vez acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho, y te lo vuelvo a decir, que nunca te canses de hacer bien.

Rosita Montes

De la Habana.

Ignacio Juan Paderewski.
Eminente músico y político de Polonia

FIGURAS MUNDIALES

Nuestros amigos los animales

ELOGIO DE LOS GORRIONES

Por JOSE M. SALAVERRIA.

Si el cisne tiene su regia blancura, si el pavo real tiene su asombroso manto de colores, vosotros tenéis vuestra libertad, ¡oh, gorriones!, vuestra inteligente e infinita libertad. Porque sois libres os amo. ¡Nada existe debajo del sol que yo ame y envidie tanto como la libertad!

Sois pequeñuelos; no poseéis ni garras ni picos dentados; no os han defendido con ninguna arma; la naturaleza os abandonó en mitad de los caminos y de las encrucijadas; pero vosotros, sabios gorriones, habéis subsanado el desamor de la Naturaleza, y vuestra arma es la astucia. Con la astucia por arma, ¡todos los enemigos se convierten en pigmeos!

Tampoco os han provisto de brillantes plumas ni de lindas voces. ¡Para qué necesitabais vosotros el dulce regalo de una canción! Tenéis por vuestra la alegría, una alegría interminable, un gozo que nace del fondo de vuestro libre corazón. Y llevando la alegría como tesoro, ¿qué valen todas las riquezas del mundo? ¡Ningún tesoro puede compararse a la alegría!

Vuestras canciones no son melódicas, y cuando cantáis en el borde de una rama, ningún transeunte se para a escucharos. ¿Qué os importa a vosotros la indiferencia de los hombres? Vosotros cantáis para vosotros mismos y no para los hombres. Que canten los jilgueros y los canarios dentro de jaulas doradas; que canten los pájaros a sueldo, los poetas esclavos, los serviles encarcelados, sus bonitas canciones; vosotros sois libres, gorriones; vosotros cantáis libremente y lo que os place, y os reís tanto de las jaulas como de los hombres.

Harto bien conocéis a los hombres! Porque los conocéis es por lo que os encaramáis en las ramas más empinadas de los árboles, fuera del alcance de las manos y de las piedras de los hombres. Sabéis que el hombre es un animal egoísta y tiránico que

únicamente estima las cosas por su utilidad; harto bien sabéis que el hombre es un animal de presa, que ama a los pájaros porque tienen las plumas lindas, o porque cantan melodiosamente, o porque su carne es sabrosa. Y como vosotros estáis gordos, sabéis perfectamente que el hombre os cogería, si os hallase al alcance de la mano, y después de cogeros os devoraría.

Entre todos los seres del aire, vosotros representáis la inteligencia, el bullicio, la gozosa vagabundez. Los otros pájaros padecen de una timidez invencible, y para sus aventuras escogen el ancho campo, las montañas, los obscuros bosques; pero vosotros no teméis a nadie, porque os sentís plenos de confianza y de inteligencia, y armados de vuestra invencible sagacidad desafiáis al mismo hombre en las mismas plazas de las ciudades. Sois listos, sagaces, comprensivos. Sabéis conciliar vuestro salvajismo de vagabundos con las comodidades que ofrece la domesticidad.

¡Oh, gorriones, cautos gorriones! Sois astutos hasta el fin. Sois los amigos de la civilización, pero no queréis uniros a su carro de esclavitud; os gusta la sociedad de los hombres, pero sin acercaros demasiado a ellos. Aceptáis complacientes los adelantos del progreso, y miráis con satisfacción los bellos paseos, los frondosos jardines que el hombre construye. Tampoco sois reacios a las innovaciones, a las maravillas de la electricidad, a los hilos telefónicos; sobre los hilos del teléfono hacéis un punto de descanso en las errantes caminatas aéreas. Mientras allá dentro de los hilos van marchando los despachos telefónicos; mientras febrilmente corre la cotización de la Bolsa, el anuncio de una muerte, la cita fraudulenta de dos enamorados, vosotros, gorriones, ¡vosotros permanecéis cómodamente sentados sobre los hilos tomando el sol, sumiéndoos en olas de luz! ¡Oh sublimes pájaros!

En un rincón de la Judea un día se levantó a predicar el Nazareno, y ante sus sórdidos discípulos levantó el grito indignado, y exclamó: "¿Por qué atesoráis riquezas? ¿Por qué tenéis miedo al mañana? ¿Por qué desconfiáis de la Providencia? ¿No veis los pájaros del campo, que no atesoran ni hacen acopio de mieses y, sin embargo, están vestidos y hartos?"

Cuando Nazareno evocaba los pájaros del campo, se acordaba de vosotros, gorriones. Vosotros no atesoráis, porque el que atesora descubre su miedo, ¡y vosotros no sabéis qué cosa sea el miedo! No tenéis miedo al día de mañana, porque estáis henchidos de fe, y vuestra fe os dice que hay una providencia que cuida de todas las aves del cielo y de todos los peces de la mar. No atesoráis para mañana, porque tenéis fe en vosotros mismos, porque así como en el día de hoy tuvisteis fuerza y ánimo para vencer las dificultades, en el día de mañana no os faltarán tampoco ni la fuerza ni el ánimo...

Y al encoger la cabeza bajo el ala, en el momento de dormir, ninguna inquietud os perturba el sueño; es porque vuestra conciencia está limpia, y es porque ninguna especie de temblor os amaga.

Sienten miedo el malvado, el cobarde, el ignorante, el rico, el poderoso; pero vosotros ignoráis la maldad, ignoráis la cobardía, y

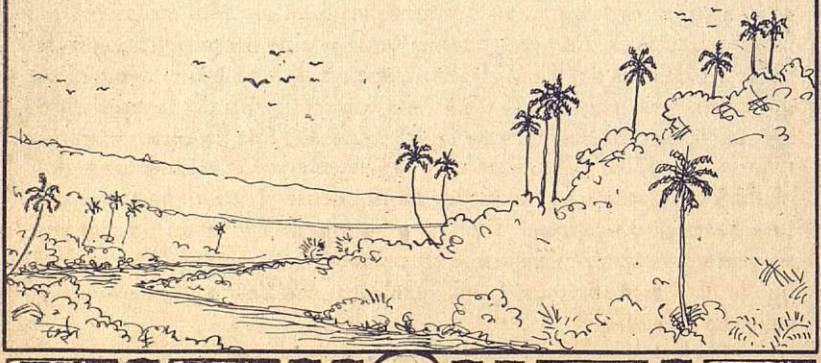
Cuadro

ni las riquezas ni el mando significan nada para vosotros.

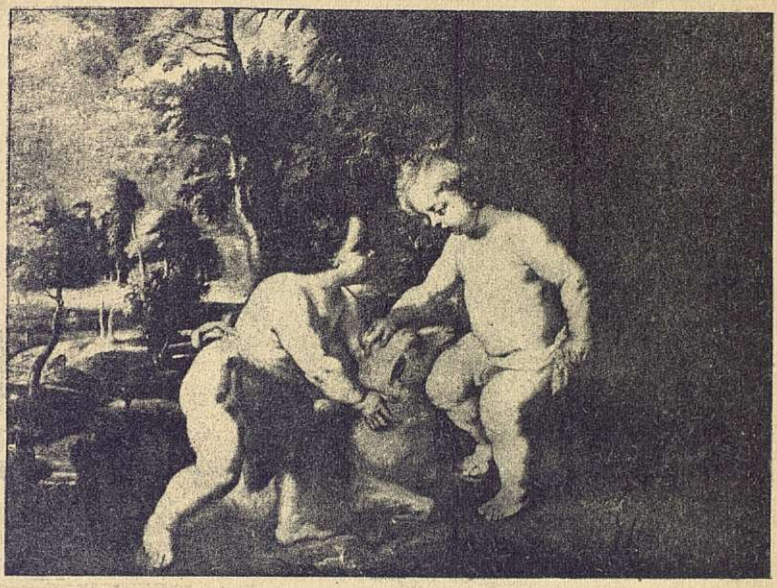
Unicamente poseéis un tesoro: ese tesoro sois vosotros mismos. Dentro de vuestra cabecita está guardado el tesoro de vuestra sabiduría, y en las plumas de vuestras alas existe y vive la potencia de vuestra libertad; y escondiendo el tesoro de vuestra sagaz cabecita bajo la envoltura de vuestras libres alas, os encomendáis a la noche y al sueño.

El crepúsculo se escapa lentamente; los faroles parpadean a lo largo de las calles; en el cielo ya no queda más que una remota y sutil palidez. Se cierra la noche obscura. ¡Cuán lleno de afanes ha sido el largo día! Entonces vosotros, bullangueros gorriones, calláis, y acurrucados, hechos un ovillo, teniendo por techo el espacio, os dormís.

Yo conozco el árbol de aquel jardín, aquel árbol hermoso que os sirve de lecho. Yo conozco aquel árbol, puesto en el borde de la calle, en cuyas más altas ramas tenéis fundada vuestra comunidad. ¡Cuántas veces, en los fríos crepúsculos del invierno, me he detenido a mirar el árbol, y os he visto allá arriba durmiendo, y he sentido horror y pena por vuestro desamparo! No tenéis el calor y la molicie del nido... Os he visto desamparados, y he temblado por vosotros. Pero no, aunque el invierno os arrebató las hojas del árbol, cuando más necesarias eran; aunque os falte hasta el amparo de unas mezquinas hojas para cobijaros en el centro de la noche, ¡vosotros no os inmutáis! Sois bravos, sabéis aceptar la desgracia sin amilanaros. Aunque la lluvia os azote, vosotros dormís impávidos. La noche cae con todas sus horribles asechanzas; acaso lloverá, tal vez nevará, quién sabe si a la madrugada el aire mismo será hielo. ¡No importa! Sois valerosos, sabéis ponerle cara estoica a la noche y al porvenir. ¡Sean bien sufridos todos los contratiempos, si a cambio de ellos se posee la libertad! ¿Y qué fuerza tendrán el acaso, el porvenir, todas las inminencias del día de mañana? Cuando uno se escuda en la fe, cuando se cree en sí mismo, ¿qué garras, qué espadas, qué fuego, qué fuerza, qué enemigo será bastante fuerte para vencernos?



LOS NIÑOS EN EL ARTE



EL NIÑO JESUS JUGANDO CON SAN JUAN

— P O R —

R U B E N S

PEDRO Pablo Rubens, el más célebre pintor flamenco, nació en Colonia, ciudad alemana donde su padre se hallaba desterrado, en 1577, y murió en Amberes, en 1640. Su vida fué sumamente dichosa, pues desde muy joven alcanzó gran éxito en su arte, y luego vivió largos años en las principales capitales de Europa, rodeado de lujo y de honores, gozando de todas las delicias del triunfo, tanto como artista, como de diplomático, que sabía serlo muy hábil, mediando con inteligencia y lealtad entre los mas poderosos príncipes de aquella época. Fué un pintor extraordinario, que sabía interpretar admirablemente todos los asuntos y dominaba casi todos los géneros de pintura, desde el retrato hasta la pintura histórica o religiosa. Bien mereció su gloria y fama, no sólo por su genio sino también por su gran amor al arte, por su laboriosidad que le hizo producir más de mil quinientos cuadros, y por su noble y generoso corazón.

(de Oriente)

Antonio
E Salcedo

Yolanda Suarez
Massaguer

Los Arboles Enanos del Japón

Un curioso y diminuto árbol centenario.

¿COMO unos juguetes? Sí; como unos juguetes encantadores son estos árboles minúsculos y sorprendentes, que la fantasía y la ciencia de un pueblo eminentemente artista, ha concebido. Son árboles en los cuales la pequeñez no impide el más frondoso desarrollo, floreciendo lo mismo que sus hermanos, los gigantes de las avenidas y de los parques. Son árboles casi siempre centenarios y no más alto que cualquiera de los pequeños jarrones que existen en todas las salas. ¿Cómo puede ser esto?

El Japón, que ha producido, y produce, tantas maravillas artísticas, sorprendió también al mundo, hace años, con estos árboles propios para casas de muñecas o para adornar un juguetero. Pueblo que posee un elevado sentido artístico, no hace sus jardines como los europeos o como nosotros. Al contrario. Sus jardines son reproducciones en miniatura de los más bellos paisajes del país; y así ellos figuran playas, bosques, cascadas; todo pequeño y todo exacto. Para obtener tan bellísimo conjunto, someten a los árboles a un cultivo especial, cortándoles, según dicen

Este diminuto ejemplar japonés tiene 70 años.

algunos, la raíz central, logrando así estos árboles diminutivos que tan importante papel desempeñan en esos jardines.

En Europa se han hecho diversas exposiciones de estos árboles que siempre han llamado mucho la atención. En Inglaterra han

Puede estar sobre una mesita de la sala, y, sin embargo, cuenta 60 años de vida.

hecho furor, y el rey posee una colección que se reconoce como una de las mejores del mundo. Estos árboles, muchos de los cuales tienen más de cien años, se han vendido a precios elevadísimos. Una *tuya* se vendió una vez en 1.360 francos y un pino en 1.000. Se explica que despierten tanto interés estos arbolitos, pues todo en ellos es proporcionado, hasta las frutas que en los naranjos, por ejemplo, tiene el tamaño de una de nuestras ciruelas.

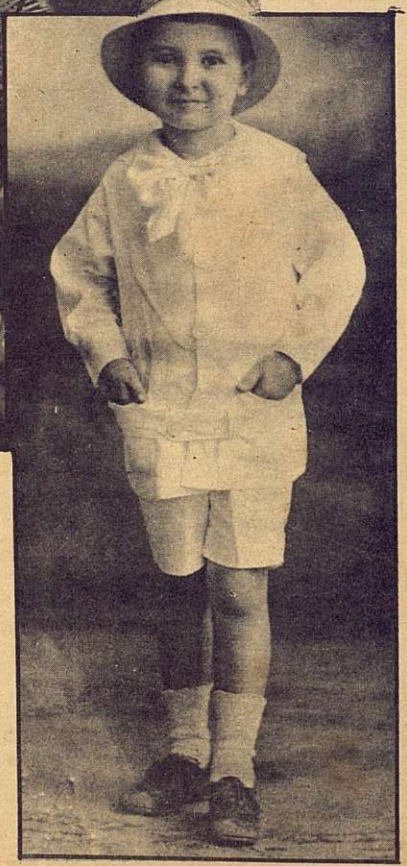
¡Con qué aspecto de realidad jugarán a las muñecas las niñas japonesas! Tienen a su disposición, en sus jardines, un Japón de juguete, en donde todo parece hecho especialmente para que pasee su *kimonita* de seda, la muñequita de ojos exageradamente alargados y cabellos que caen lisos y rectos como los flecos de una cortina. Las naranjas y las almendras no es necesario simularlas. Están allí ciertas y pequeñas, tal como las puede necesitar la minúscula dueña de la casa de cartón. Y hay un momento en que la niña, rodeada de tantas cosas bellas y pequeñas, piensa que vive uno de esos sencillos y encantadores cuentos japoneses, poblados, como los de nosotros, de hadas y héroes..

Un arbolito que tiene 200 años de existencia.

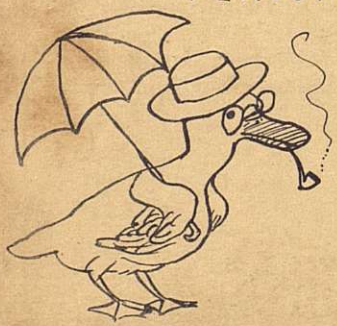
EL BURRITO MEJICANO

(Recórtese y péguese ambos lados del burrito mejicano, con excepción de las patas, que deben doblarse ligeramente para fuera. Con esto se consigue parar la figura).

LYDIA
SANJENIS
PERDOMO



JOAQUIN
SANJENIS
PERDOMO



Los Clásicos de la Infancia

Los hermanos Grimm

En el primer tercio del siglo XIX dos jóvenes recorrían Alemania, su patria, observando hombres y pueblos. Se detenían para escuchar los relatos más infantiles hechos por los labradores y servidores de fondas, siendo en Niederzwhern donde más se detuvieron y donde mayor cantidad de relatos escucharon de labios de una buena mujer, que se los confiaba pacientemente. ¿Quiénes eran esos viajeros curiosos e infatigables?

Dos amigos, dos buenos amigos de nuestros lectorcitos: Jacobo Luis y Guillermo Grimm. Hijos de un distinguido abogado de Hanan, en Hesse-Cassel, perdieron a su padre siendo todavía muy niños.

Había nacido el 4 de Enero de 1785; y Guillermo el 24 de Febrero de 1786. La tía de ellos, que era Señora de compañía de la esposa del Landgrave de Hesse, ayudó eficazmente a costear la educación de ambos hermanos. De los dos. Jacobo Luis fué el más distinguido; filólogo y amante de la mitología, escribió libros muy interesantes sobre tales asuntos, los cuales no dejaron de apasionar también a su hermano Guillermo, el cual es autor de libros muy notables y que fué mucho más amigo de la sociedad que aquél. Los dos ocuparon altos cargos en su país, habiéndose reunido en más de una ocasión para componer obras de importancia

Una de éstas fueron los *Kinder und Haus marchen* (Cuentos de hogar y de niños) en donde coleccionaron todos los cuentos que les habían sido confiados en sus viajes por Alemania, y cuya primera edición publicaron con el retrato de la mujer que les reveló en Niederzwchrn, como un homenaje de agradecimiento.

Muchos de esos cuentos que después se han traducido a todos los idiomas, son de origen verdaderamente alemán, pero otros—una gran parte—no son más que los mismos cuentos de Perrault, como la célebre *Cenicienta* y *Pulgarcito*, entre otros muchos, que llegaron a Alemania junto con la fama de su autor.

Algo cambiados por la versión popular, así aparecen en el libro de los Grimm que todos los niños han leído.

Estos dos notables escritores fallecieron casi al mismo tiempo, pues Guillermo terminó sus días en 1859 y Jacobo Luis en 1863, siendo el célebre libro de cuentos para niños la obra que ha quedado como representativa del talento y la actividad literaria y científica de ambos.

HANSEN Y GRETEL

Por JACOBO LUIS Y GUILLERMO GRIMM

UNA vez había un pobre leñador que vivía en una cabaña cerca de un gran bosque; de su primera mujer, que había muerto, le habían quedado dos hermosísimos niños, Hansen y Gretel; la segunda mujer no tuvo hijos. El buen hombre ganaba su vida con mucho trabajo, y cuando vino un año de hambre, temió que dentro de poco el pan faltaría en su casa. Una noche en que esta idea le atormentaba, dijo a su mujer:

—¿Cómo vamos a componérnoslas para alimentar a estos pobres niños? ¿Qué va a ser de nosotros?

—Mira—dijo la mujer,—mañana por la mañana llevaremos los niños al bosque, al lugar más espeso; les diremos que se sienten sobre el musgo y que nos esperen hasta que hayamos concluído el trabajo del día; pero como no volveremos a buscarlos, nos veremos libres de ellos.

—No—exclamó el pobre leñador,—no haré esto; no tendría valor para dejar a mis hijos en el bosque a merced de los lobos y los osos.

—Pues bien; entonces manda que hagan cuatro ataúdes, porque nos moriremos todos de hambre. Además, ¡quién sabe si en lugar de ser comidos por los lobos, serán probablemente recogidos por personas caritativas!

Y ella insistió tanto, que acabó el hombre por consentir; pero los niños, que atormentados por el hambre estaban despiertos, lo oyeron todo.

—Estamos perdidos—dijo Gretel llorando amargamente.

—No te apures—repuso su hermano;—yo conozco un remedio para el mal que nos amenaza.

Se levantó poco a poco, se vistió, y abriendo la puerta sin hacer ruido, salió de la casa. A la luz de la luna los guijarros brillaban como la plata; Hansen llenó de ellos sus bolsillos, y volvió marchando de puntillas. Entonces dijo a su hermanita:

—No tengas miedo, Gretel queridísima; ya he encontrado lo que nos hacía falta.

Se consoló la niña, y los dos se durmieron.

Por la mañana, la madrastra vino a despertarlos y les dijo:

—Vamos, arriba, que iremos al bosque; tomad cada uno un pedazo de pan, pero no os lo comáis de una vez, porque no tenéis otra cosa para todo el día.

Hansen, que tenía todos sus bolsillos llenos de piedras, dió a su hermana su pedazo de pan para que se lo guardase. Cuando se puso en camino, se arregló de manera de quedar atrás; por fin su padre lo observó y le dijo:

—¿Qué tienes hoy, Hansen? ¿Tú, que corres siempre delante, vas arrastrando las piérnas?

—Es—respondió Hansen—que me parece ver sobre nuestro tejado a mi gatito blanco que me dice adiós.

—Tontín—dijo la madrastra,—lo que tomas por el gato es la chimenea.

Hansen lo sabía perfectamente, pero se quedaba atrás, para ir dejando caer las piedrecitas en el camino.

Cuando llegaron a un sitio bien espeso del bosque, la madrastra dijo a los niños:

—Vais a quedar ahí y a coger leña; yo acompaño a vuestro padre, que va a derribar una encina que hay lejos de aquí; a la noche vendremos para volvernos a casa.

Hansen y Gretel, al quedarse solos, hicieron lo que se les había dicho, y cuando se cansaron, se sentaron y empezaron a comer su pan. No tenían miedo porque oían sin cesar los golpes que daban contra un árbol, y creían que era el hacha de su padre. Pero no, era una gran rama que se había desprendido, y agitada por el viento chocaba contra un árbol.

La noche llegó, y sus padres no vinieron a buscarles. Gretel empezó a sollozar y a lamentarse; al menor ruido creían que se les acercaba un lobo.

—Cálmate—le dijo Hansen—cuando aparezca la luna, nos marcharemos.

Cuando apareció la luna, cogió a su hermana de la mano, y después de mirar detenidamente descubrió el sendero que habían tomado, porque los guijarros blancos que había ido tirando de trecho en trecho, lucían como monedítas nuevas. Siguieron estas huellas y marcharon toda la noche. Por la mañana llegaron a la casa y llamaron a la puerta; el padre vino a abrirles y lloró de alegría al volverlos a ver. No había podido dormir en toda la noche, pues su corazón había sufrido horriblemente ante la idea de que sus hijos fueran destrozados por las fieras. La madrastra aparentó regocijarse mucho porque hubieran encontrado el camino, pero en el fondo estaba irritadísima.

Al día siguiente, un hombre caritativo les dió algún dinero para que se remediaran; pero al cabo de algún tiempo se gastó todo, y una noche la mujer dijo a su marido:

—Otra vez estamos amenazados de morir de hambre; no hay sino dos panes en casa y no queda un céntimo para comprar más; es preciso llevar otra vez los niños al bosque y abandonarles a la gracia de Dios.

—¿Y no podríamos esperar a que se acabasen los dos panes, para que mis pobrecitos hijos comiesen lo que les corresponde?

—Entonces, cuando no tengan nada que comer, estarán tan débiles que no podrán andar. ¿Cómo les llevaremos al bosque?

El padre, bien a pesar suyo, consintió por fin. Los niños los oyeron también de nuevo, y Hansen se levantó como la primera vez para buscar guijarros. Pero la madrastra, que había sospechado algo, se había levantado para cerrar la puerta y se llevó la llave, por lo que el muchacho tuvo que volver a acostarse.

—Esto no importa—dijo a Gretel;—tengo otra idea y el buen Dios me ayudará.

Muy de madrugada se pusieron todos en camino para el bosque.

Hansen se arregló de nuevo para quedarse atrás: había hecho migajas el pedazo de pan que la madrastra le había dado y las fué sembrando por el camino. Cuando llegaron al centro del bosque, la madrastra hizo a los niños la misma recomendación que la primera vez; después se llevó casi a la fuerza al padre, el cual los abrazó muchas veces antes de abandonarlos.

Después de haber cogido una gran cantidad de leña, los niños se sentaron sobre el musgo y Gretel partió con su hermano su pedazo de pan. Llegó la noche, pero nadie pareció para buscarlos, y Gretel tuvo otra vez miedo.

—Espera que salga la luna—dijo Hansen—y encontraremos otra vez nuestro camino.

Apareció la luna, y Hansen en vano se bajaba a la tierra para buscar las migajas de pan, porque durante el día los pájaros se las habían comido. Sin embargo, los niños acabaron por descubrir un sendero; pero como no era el que buscaban, hubieron de perderse.

Después de muchas horas de marcha, los pobres hermanitos, agobiados por la fatiga, se detuvieron, y acostándose sobre el césped, se quedaron dormidos. Cuando se despertaron, tuvieron la suerte de encontrar algunas frutas salvajes, y después de satisfecho su apetito, se llenaron los bolsillos. Después volvieron otra vez a buscar el camino de su casita, pero no lograron hallarlo.

Hansen, siempre valeroso, animaba a su hermanita, que algunas veces, de abatida que estaba, no quería marchar, y por último, al tercer día, divisaron una casa cuyas paredes eran de turrón y las ventanas de azúcar cande.

Hansen arrancó un pedazo y dijo:

—Toma, hermanita, como recompensa a las fatigas y angustias que acabas de sufrir.

Y la niña comió alegremente el azúcar.

De pronto se oyó una voz dentro de la casa que decía:

—¡Crie, crac! ¿quién masca mi azúcar?

—Es el viento que parte los cristales—respondió Hansen; y arrancó un pedazo mayor que el primero mientras le hincaba el diente a un buen trozo de turrón que había arrancado de la pared.

La puerta se abrió, apareciendo una vieja, muy vieja, con una cara horrible. Los niños, asustados, dejaron caer el azúcar y el turrón; pero la vieja, en vez de reñirles, se sonrió y les dijo:

—¿No es verdad que en mi casa hay cosas muy buenas? Entrad, hijos míos; podréis vivir aquí y seréis tratados como príncipes.

Los niños, tranquilizados con estas palabras, no observaron los dientes largos y puntiagudos que tenía la vieja, y entraron en la casita. Comieron pasteles, frutas y riquísimos bombones, y después la vieja les condujo a una hermosa alcoba donde había dos camitas muy limpias. Los niños se creían en el paraíso, y se acostaron quedándose profundamente dormidos.

Pero la vieja era una mala bruja que había hecho su casa de turrón para atraer a los niños y devorarlos, y la endiablada mujer reía y cantaba a la idea de los buenos bocados que se la preparaban. Muy temprano entró en la alcoba donde los niños seguían durmiendo y los palpó suavemente, encontrándolos menos gruesos de lo que pensaba.

Cuando se despertaron, condujo a Hansen al corral y empujándole bruscamente le hizo entrar en una jaula. Y después, cambiando de tono, dijo a la pobre Gretel con voz dura y chillona.

—Vaya, perezosa, a trabajar; ve a la cocina y allí encontrarás lo necesario para preparar un buen almuerzo: cuando esté hecho, ven conmigo a llevar un buen plato a tu hermano, porque quiero engordarle antes de comérmelo.

La pobre muchacha lloró a lágrima viva, y de rodillas pidió a la vieja que perdonase a su querido hermano; pero la bruja la amenazó que si no la obedecía en el acto, sería muerta y comida antes que Hansen. Gretel entonces encendió la lumbre y ayudó a la bruja en las tareas de la cocina; la vieja llevó por sí misma a Hansen la comida, y, la verdad sea dicha, el muchacho estaba bastante más tranquilo de lo que pudiera imaginarse. Cuando la vieja, al cabo de algún tiempo, le pedía que sacara el dedo a través de los barrotes de la jaula, el muchacho presentaba un hueso de pollo.

—¡Caramba!—decía la bruja—¡qué raro es que comiendo tan buenas cosas no le aproveche y siga tan delgado!

Al cabo de un mes, dijo la vieja a la niña:

—No quiero esperar más; mañana es el día de mi santo y quiero regalarme con un buen asado: mataré a tu hermano, esté gordo o flaco, y como también necesito pan tierno, prepara la masa y calienta el horno.

Gretel, con el corazón oprimido por la más terrible angustia, se decía:

—Más nos hubiera valido que nos hubieran devorado los lobos: así hubiésemos muerto juntos y no me vería obligada a ayudar a esta horrible bruja a preparar la muerte de mi Hansen.

Cuando hubo encendido la lumbre, llegó la vieja y abrió la puerta del horno.

—No sé si está a punto—dijo:—entra tú en el horno y me dirás si está caliente. Era que se le acababa de ocurrir la idea de que la carne de niña cocida al horno, sería un bocado exquisito. Pero en las miradas feroces de la vieja adivinó la muchacha su designio, y por eso contestó:

—¿Y como me voy a subir yo a la boca del horno siendo tan chica?

—Tonta y más que tonta—gruñó la vieja—voy a enseñarte:—y subiéndose sobre una silla se encaramó a la boca del horno.

—¿Lo ves?—dijo, y se preparó para bajar; pero Gretel hizo un esfuerzo desesperado, y empujando a la vieja dentro del horno, cerró la puerta, que era de hierro, y echó el cerrojo.

La bruja empezó a dar gritos; suplicó a Gretel que le abrie-

ra, ofreciéndole además de la vida de Hansen una multitud de cosas a cual más bellas; pero la niña ni la escuchó; se fué al corral y abrió la jaula donde estaba prisionero su hermanito, le puso en libertad y se abrazaron llorando de alegría.

La vieja pereció ahogada, y los niños, al recorrer la casa, encontraron en ella una fabulosa cantidad de riquezas.

Llenaron sus bolsillos de perlas y diamantes, y después, cogiendo un gran cesto con provisiones, se pusieron en camino para buscar su casa. Al día siguiente consiguieron salir del bosque; pero un ancho río les cortó el paso y no había puente ni barco para atravesarlo.

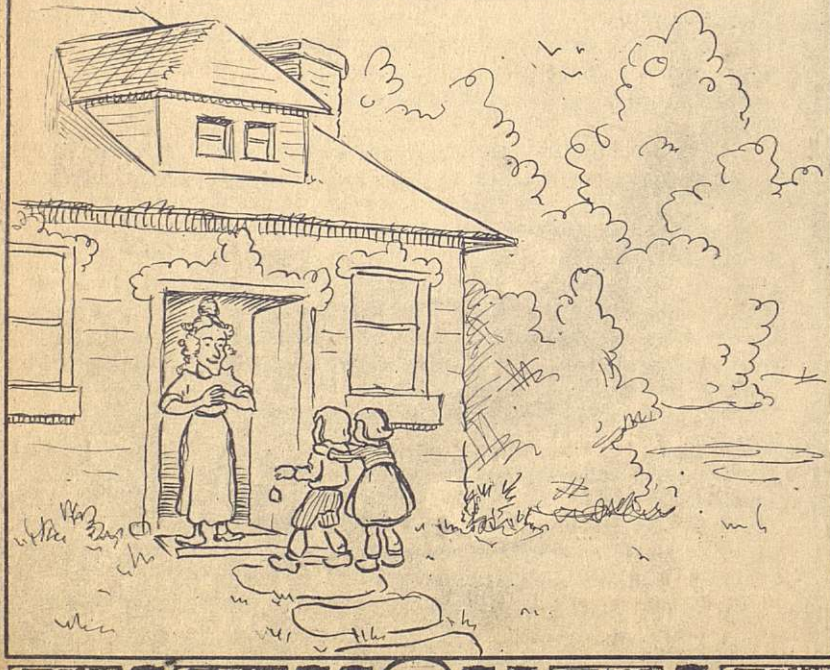
Junto a la orilla nadaba un hermoso cisne.

—Precioso animal—dijo Gretel,—¿quieres hacer el favor de llevarnos a la otra orilla?

El cisne comprendió lo que se le pedía y se aproximo cuanto pudo. Montó sobre él la niña y la pasó al otro lado e inmediatamente volvió por Hansen.

Algo más lejos los muchachos se encontraron buenas gentes que les pusieron en camino de su casa. Al llegar, vieron a su padre que estaba triste y desolado a la puerta de su choza, llorando la pérdida de sus hijos y maldiciéndose por haber escuchado los consejos de su mujer. Esta había muerto; se había roto la cabeza y seis o siete costillas al bajar de un árbol donde estaba cogiendo fruta.

Hansen y Gretel se precipitaron a los brazos de su padre, que por poco muere de alegría. Le entregaron las riquezas que habían recogido en la casa de la bruja y vivieron felices muchos años.



Felipe Rasco

EL MONOPLANO

(dibujo para colorear)

EL MONOPLANO

(dibujo para colorear)

Anita Fernández

MODAS

PARA JUGAR EN LA PLAYA

Todos juegan alegres y felices sin la molestia de trajes lujosos que es preciso cuidar demasiado: el *baby* vestido de blanco con biesecitos rosa; la señorita ya importante—¡de catorce años!—que lleva un traje de cambric verde nilo con rosas bordadas y cuellito de piqué; el rubio marinerito, y su hermanita trigueña, que por no ser menos viste también de marinera, y las amiguitas vestidas de azul con cuello y cinturón blanco, de rosa pálido con bieses color de coral, o de *gingham* a cuadros con blusita blanca.

J. M. Barrie, autor del cuento de "Peter Pan".

Jorge Frampton, autor de la estatua de "Peter Pan".

PEQUEÑOS HEROES VISTOS POR GRANDES ARTISTAS

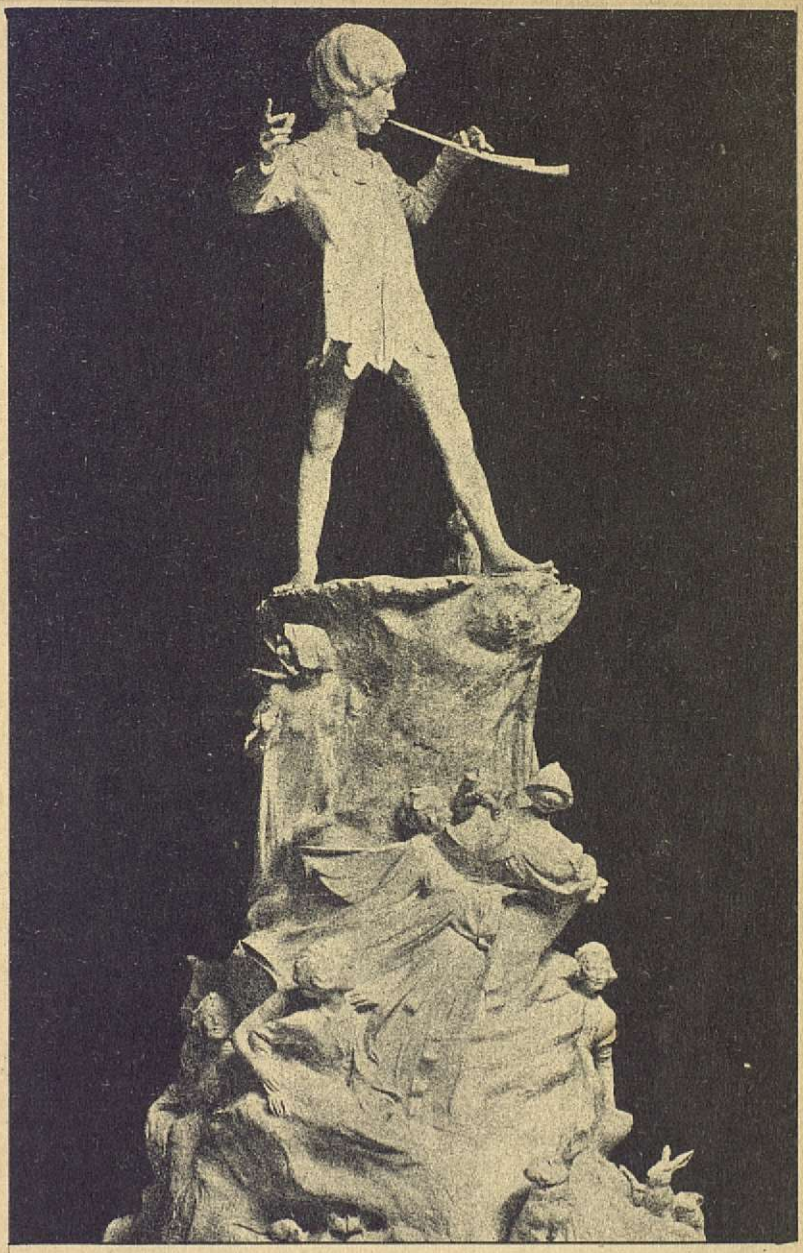
LA ESTATUA DE "PETER PAN"

EN LONDRES, en uno de sus más bellos jardines, en el de Kensington, se levanta esta bellísima estátua del célebre *Peter Pan*, obra de Jorge Frampton, uno de los más notables escultores ingleses de estos días, y la cual ha sido regalada a esa ciudad por J. M. Barrie, ilustre escritor inglés creador de este simpático tipo de muchacho, cuya flauta prodigiosa tenía el poder de hacer salir de los árboles hadas, animales y multitud de pequeñas figuras de ensueño.

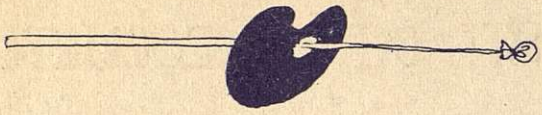
La estatua ha sido ejecutada en bronce estando colocada en el centro de un artístico estanque. El efecto es de una gran belleza. Tal ha sido el acierto que ha tenido el escultor al concebir esta glorificación del digno hermanito, dentro de la leyenda, de Caperucita y Pulgarcito.

El autor de la historia de *Peter Pan*, J. M. Barrie, es un notabilísimo escritor inglés, que ha sido, y es, periodista, cuentista y dramaturgo. En 1902 publicó *El pequeño pájaro blanco* (The Little White Bird) interesantísimo libro de cuentos para niños, uno de cuyos episodios es la vida de *Peter Pan*, el muchachito que no quería crecer, obteniendo con este último un éxito tan grande, que decidió el mismo Barrie llevarlo a la escena, escribiendo entonces, en 1904, una pieza con la cual ganó nuevos lauros y mucho dinero.

El autor de la estatua ha colocado a *Peter Pan* sobre el tronco de un árbol, tocando su flauta mágica, mientras bajo él, saliendo del árbol, se ven salir en artístico tropel, las principales figuras y animales de la fábula.



En Londres, en los jardines de Kensington, se levanta esta bellísima estatua de *Peter Pan*, obra del notable escultor Jorge Frampton, y regalada a la municipalidad por J. M. Barrie, célebre creador del simpático héroe de su famoso cuento.



RESULTADO DEL CONCURSO DE PINTURAS DE JUNIO

Primero: Catalina Vinent, del Vedado.

Segundo: Evaristo Berenguer, de Oriente.

Tercero: Oscar Mena y Gómez, de Güines.

El primer premio consiste en un lindo teatrito y los segundos en una suscripción a PULGARCITO o un libro de cuentos.

Los premiados pueden pasar por esta oficina para que les sean entregados una tarjeta para recoger los premios en la Casa Wilson, Obispo 52, Habana.

* * *

RESULTADO DE NUESTRO CONCURSO DE PASATIEMPOS DURANTE EL TRIMESTRE ABRIL-JUNIO

Han remitido soluciones exactas los niños:

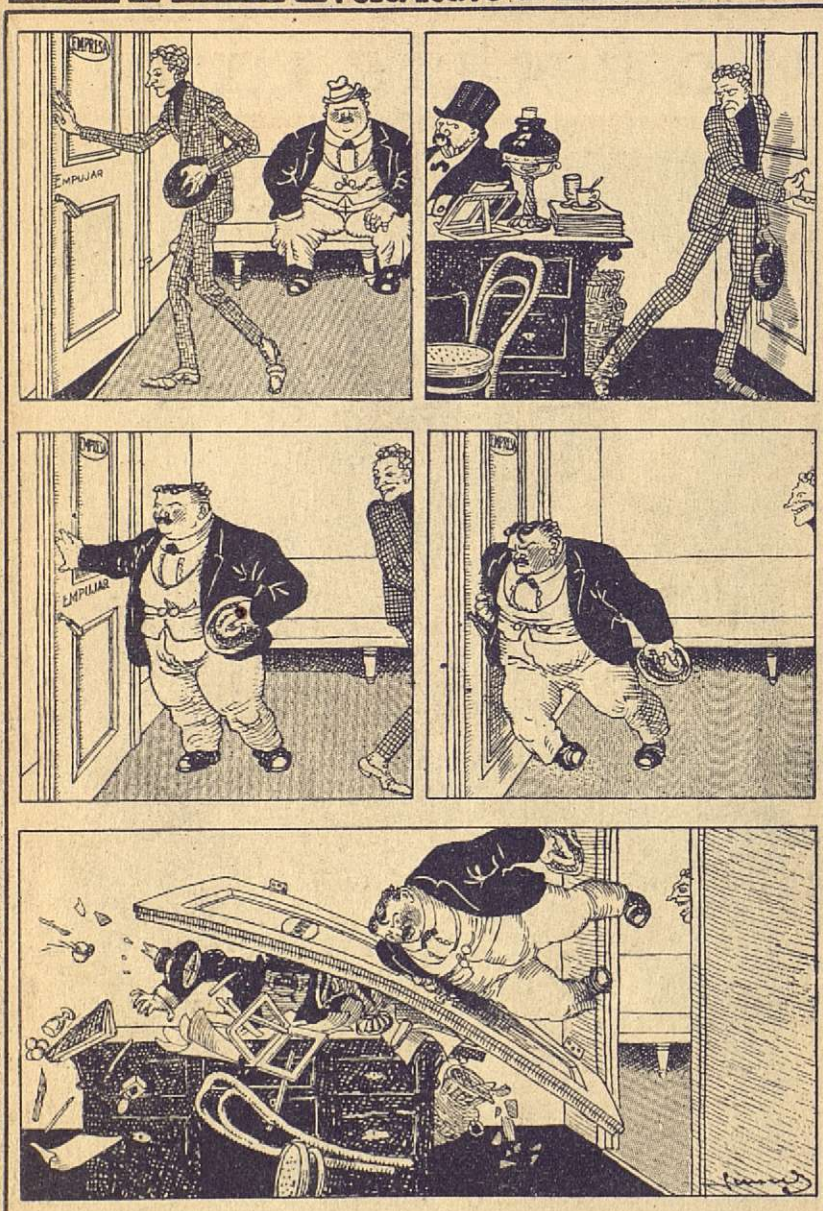
María Victoria Brú, Neptuno 222, altos, Habana	4
Belinda Delgado, Neptuno 220, bajos, Habana	4
Paul Solomon, Apartado 235, Matanzas	4
Luis Casademunt, Ayuntamiento 18, Matanzas	4
Miguelito Baguer, Trocadero 54, bajos, Habana	2
Ramón López, Calzada 37, Jaruco	1

Los premiados pueden enviar por sus recompensas a estas oficinas, Cerro 528.

EL ARTE DE LA ESCULTURA

EL ARTE DE LA ESCULTURA

MUCHACHO CON UN GALLO, por W. Marcinkowski.



VENGARSE POR MANO AJENA

Dos notabilidades de circo ecuestre esperando contrata en la antesala del empresario.—(*Historieta cómica sin palabras, por Junceda*).

CUADRITO

EL CUENTO DE LA ABUELITA, por P. Hoecker.

PASATIEMPOS

No. 25.

Intercalación:

ANI NOTA MAL

No. 26.

Jeroglífico:

PER PIR POR PUR

* * *

No. 27

Carta-charada:

Querida "Todo": Pronto atravesaré el "prima", metido en una "segunda" "tercia", para llegar hasta "dos".

Sin más, te saluda tu amiguito

"Uno" "dos" "tres" menos a.

* * *

No. 28.

Metatesis:

1 2 3 4 De uso doméstico.
3 2 1 A Literato.

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO
Concurso de Pasatiempos.
Certo 528.

Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

* * *

Soluciones a los pasatiempos del número de Junio:

No. 21: 1 6 8
5 7 3
9 2 4

No. 22: JACOBO MEYERBEER.
No. 23: GONDOLA-ALGODON.
No. 24: MURCIELAGO.

Uniformes.
ZOAVE FRANCES

CINELANDIA

Envie cheque por $4.00 y recibira un año el mejor album de artistas de cine que se imprime en la America Latina El primer numero sale en Octubre.

O. H. Massaquer
Sol 45 Habana

Blez

RETRATOS
ARTISTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

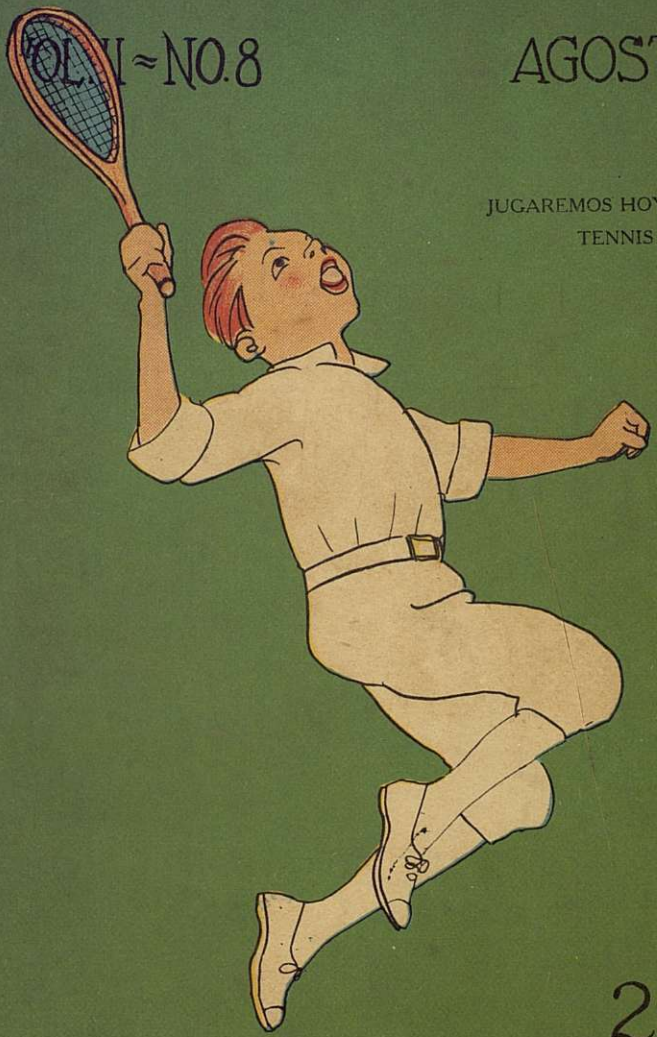
ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. I-1119. — Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. V ~ NO. 8 AGOSTO, 1920

JUGAREMOS HOY AL . . .
TENNIS



20¢

CUANDO UN NIÑO
SE PORTA BIEN
MERECE UN RETRATO

COLOMINAS Y CIA

SAN RAFAEL, 32

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$ 4.00 AL AÑO 40 cts EL NUMERO

BANDERAS y ESCUDOS

REPUBLICA DE BOLIVIA

Jefe de Estado:

José Gutiérrez Guerra

Capital: La Paz.

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALÁ DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

Las Estrellas Infantiles del Cine

Lucille Rickson y Johnny Jones, dos simpáticos actores infantiles de películas, que están llamando la atención en los Estados Unidos.

EL TENNIS

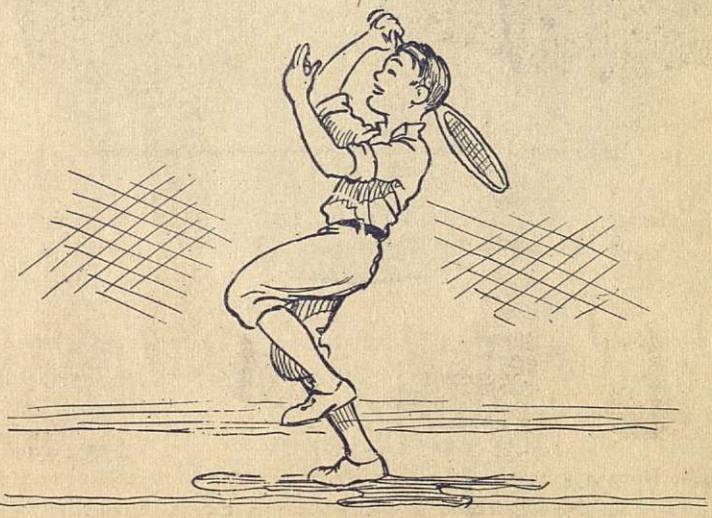
Si no tan popular como la pelota (el base ball) es, por lo menos, uno de los más conocidos en Cuba, donde existen varios clubs, que sin duda son muy conocidos de nuestros pequeños lectores...

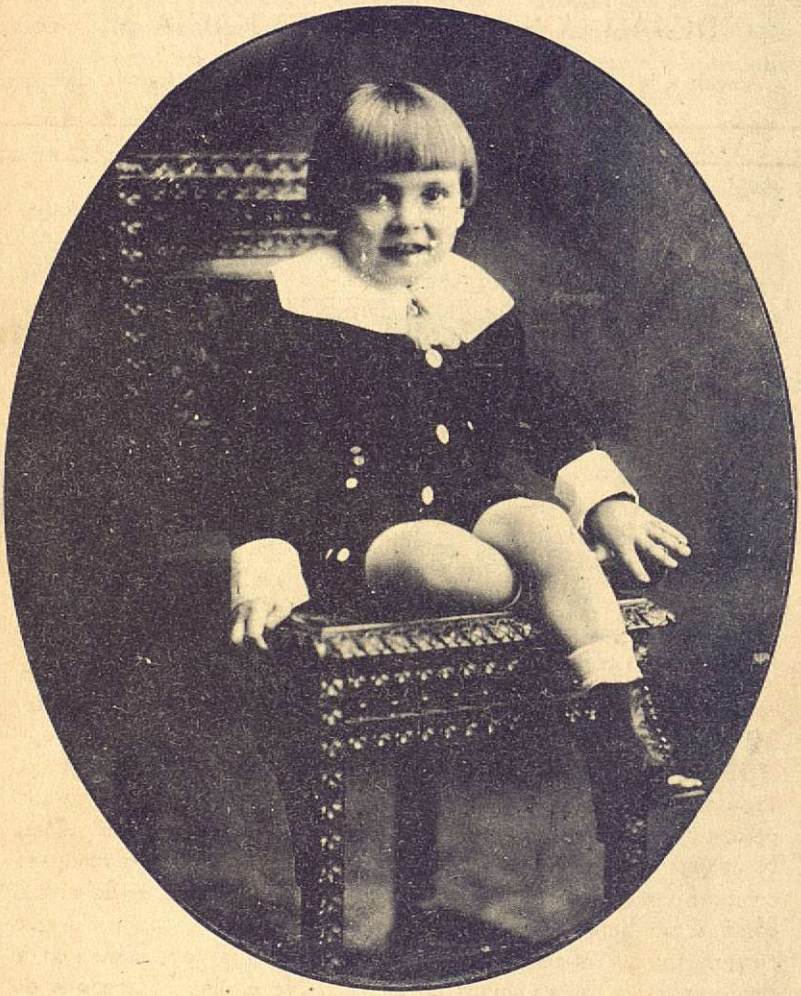
¡Cuánta agilidad, cuánta astucia, se necesita para ser un jugador afortunado! Es uno de los juegos más bellos, y el que menor apariencia de esfuerzo exige. Y, sin embargo, es uno de los más difíciles y donde mayor resistencia es necesaria.

No se sabe bien el origen de este juego, que, como casi todos los existentes, tienen una historia muy lejana. Se cree que se derive de algunos de los antiguos juegos griegos y romanos. En Francia y en Inglaterra fué donde alcanzó su mayor apogeo, llegando a ser el favorito de los reyes. Luis X y Carlos V fueron, entre otros, unos formidables jugadores. A medida que fueron pasando los años, el juego recibió diferentes modificaciones, hasta llegar a adoptarse las reglas que actualmente se observan en todas partes.

En Europa el *tennis* tiene innumerables simpatizadores; y en América, se juega mucho en los Estados Unidos, Cuba y la Argentina. Existe un campeonato mundial de tennis que se discute todos los años entre los campeones de cada país.

El juego en sí es un magnífico ejercicio, muy propio para ser jugado lo mismo por niños que por niñas en una de estas claras tardes de verano.





© Bles

NICOLAS MENESES

PULGARCITO

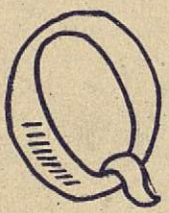
"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, AGOSTO DE 1920. NUM. 8.

NENÉ TRAVIESA

Por JOSE MARTI



¡QUIEN sabe si hay una niña que se parezca a Nené! Un viejito que sabe mucho dice que todas las niñas son como Nené. A Nené le gusta más jugar a "mamá", o a "tiendas", o a "hacer dulces" con sus muñecas, que dar la lección de "treses y cuatros" con la maestra que le viene a enseñar. Porque Nené no tiene mamá: su mamá se ha muerto: y por eso tiene Nené maestra. A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar: ¿y por qué será? ¡Quién sabe! Será porque para jugar dulces le dan azúcar de veras: por cierto que los dulces nunca le salen bien de la primera vez: ¡son unos dulces tan difíciles!: siempre tiene que pedir azúcar dos veces. Y se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a pasear o a comprar, o a visita., siempre llama a sus amiguitas: pero cuando va a hacer dulces, nunca. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si no hubiera pensado nunca en comprar el lápiz: lo que compró fué un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino "Merengue de fresa".

El padre de Nené la quería mucho. Dicen que no trabajaba bien cuando no había visto por la mañana a "la hijita". El no le decía "Nené" sino "la hijita". Cuando su papá venía del trabajo, siempre salía ella a recibirlo con los brazos abiertos, como un pajarito que abre las alas para volar, y su papá la alzaba del suelo, como quien coge de un rosal una rosa. Ella lo miraba con mucho

cariño, como si le preguntase cosas: y él la miraba con los ojos tristes, como si quisiese echarse a llorar. Pero en seguida se ponía contento, se montaba a Nené en el hombro, y entraban juntos en la casa, cantando el himno nacional. Siempre traía el papá de Nené algún libro nuevo, y se lo dejaba ver cuando tenía figuras; y a ella le gustaban mucho unos libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y su color: y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que la luz tiene siete colores, y que las estrellas pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por un jardín. Pero no: porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujada, por el viento, mientras que las estrellas van siempre en el cielo por un mismo camino y no por donde quieren: ¿quién sabe?: puede ser que haya por allá arriba quien cuide de las estrellas, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas. Sólo que las estrellas no son niñas, por supuesto, ni flores de luz, como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo: y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá: y su papá dice que en un libro hablan de que uno se va a vivir a una estrella cuando muere. "Y dime, papá", le preguntó Nené: "por qué ponen las casas de los muertos tan tristes? Si yo me muero, yo no quiero ver a nadie llorar, sino que me toquen la música, porque me voy a ir a vivir a la estrella azul". "Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?" Y Nené le dijo a su papá—"¡Malo, que crees eso!"Esa noche no se quiso ir a dormir temprano, sino que se durmió en los brazos de su papá. ¡Los papás se quedan muy tristes, cuando se muere en la casa la madre! Las niñitas deben querer mucho, mucho a los papás cuando se les muere la madre!

Esa noche que hablaron de las estrellas trajo el papá de Nené un libro muy grande: oh, cómo pesaba el libro! Nené lo quiso cargar, y se cayó con el libro encima: no se le veía más que la cabecita rubia de un lado, y los zapaticos negros de otro. Su papá vino corriendo y la sacó de debajo del libro, y se rió mucho de Nené, que no tenía seis años todavía y quería cargar un libro de cien años. ¡Cien años tenía el libro, y no le habían salido barbas! Nené había visto un viejito de cien años, pero el viejito tenía una barba muy larga, que le daba por la cintura. Y lo que dice la maestra de escribir, que los libros buenos son como los viejos: "Un libro bueno es lo mismo que un amigo viejo"—eso dice la maestra de escribir. Nené se acostó muy callada, pensando en el libro. ¿Qué libro era aquel, que su papá no quiso que ella lo tocase? Cuando se despertó en eso no más pensaba Nené. Ella quiere saber qué libro es aquél. Ella quiere saber cómo está hecho por dentro un libro de cien años que no tiene barbas.

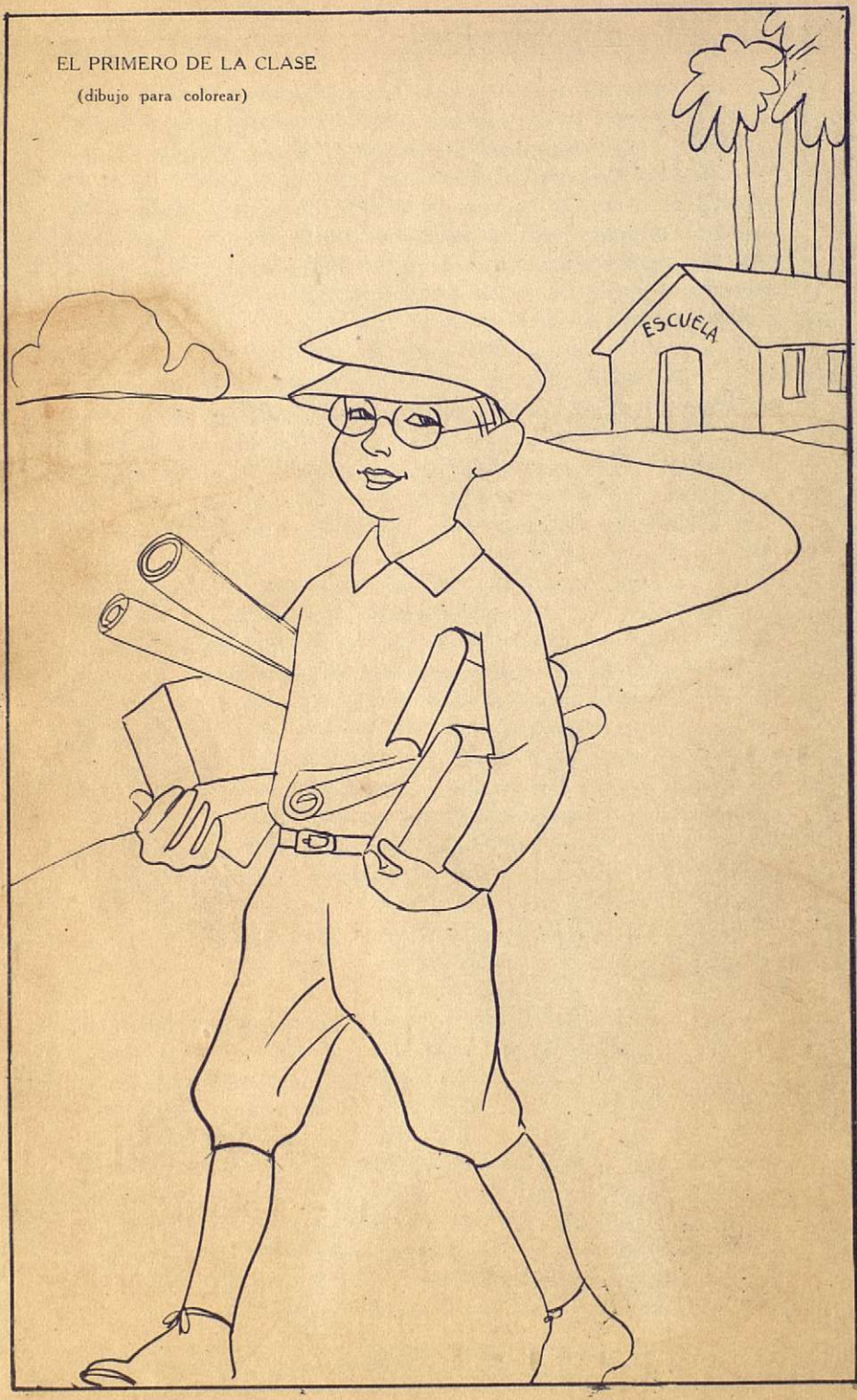
Su papá está lejos, lejos de la casa, trabajando para ella, para que la niña tenga casa linda y coma dulces finos los domingos, para comprarle a la niña vestiditos blancos y cintas azules, para guardar un poco de dinero, no vaya a ser que se muera el papá, y se quede sin nada en el mundo "la hijita". Lejos de la casa está el pobre papá, trabajando para la "hijita". La criada está allá adentro, preparando el baño. Nadie oye a Nené; no la está viendo nadie. Su papá deja siempre abierto el cuarto de los libros. Allí está la sillita de Nené, que se sienta de noche en la mesa de escribir, a ver trabajar a su papá. Cinco pasitos, seis, siete... ya está Nené en la puerta: ya la empujó; ya entró. ¡Las cosas que suceden! Como si la estuviera esperando estaba abierto en su silla el libro viejo, abierto de medio a medio. Pasito a pasito se le acercó Nené, muy seria, y como cuando uno piensa mucho, que camina con las manos a la espalda. Por nada del mundo hubiera tocado Nené el libro: verlo no más, no más que verlo. Su Papá le dijo que no lo tocase.

El libro no tiene barbas: le salen muchas cintas y marcas por entre las hojas, pero esas no son barbas: ¡el que sí es barbudo es el gigante que está pintado en el libro! y es de colores la pintura, unos colores de esmalte que lucen, como el brazalete que le regaló su papá. ¡Ahora no pintan los libros así! El gigante está sentado en el pico de un monte, con una cosa revuelta, como las nubes del cielo, encima de la cabeza; no tiene más que un ojo, encimo de la nariz: está vestido con un blusón, como los pastores, un blusón verde, lo mismo que el campo, con estrellas pintadas de plata y de oro: y la barba es muy larga, muy larga, que llega al pie del monte: y por cada mechón de la barba va subiendo un hombre, como sube la cuerda para ir al trapecio el hombre del circo. ¡Oh, eso no se puede ver de lejos! Nené tiene que bajar el libro de la silla. ¡Cómo pesa este pícaro libro! Ahora sí que se puede ver bien todo. Ya está el libro en el suelo.

Son cinco los hombres que suben: uno es un blanco, con casaca y con botas, y de barba también: ¡le gustan mucho a este pintor las barbas!: otro es como indio, con una corona de plumas, y la flecha a la espalda, el otro es chino, lo mismo que el cocinero, pero va con un traje como de señora, todo lleno de flores: el otro se parece al chino, y lleva un sombrero de pico, así como una pera: el otro es negro, un negro muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir! ¡por eso no quería su papá que ella tocase el libro! No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá. ¡Muy bonito que es este libro viejo! Y Nené está ya casi acostada sobre el libro, y como si quisiera hablarle con los ojos.

EL PRIMERO DE LA CLASE

(dibujo para colorear)

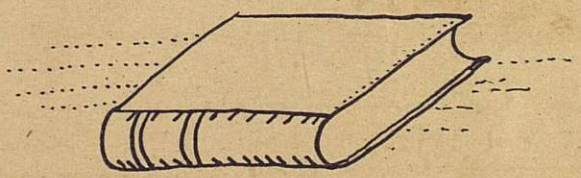


EL PRIMERO DE LA CLASE

(dibujo para colorear)

¡Por poco se rompe la hoja! Pero no, no se rompió. Hasta la mitad no más se rompió. El papá de Nené no ve bien. Eso no lo va a ver nadie. ¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales... ¡Y con colores, como el gigante! Sí, esta es, esta es la jirafa, comiéndose la luna: este es el elefante: el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre, cómo corre este perro! ¡ven acá, perro! ¡te voy a pegar, perro, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja. ¿Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura. Las dos hojas del libro están llenas de monos; un mono colorado juega con un monito verde: un monazo de barba le muerde la cola a un mono tremendo que anda como un hombre, con un palo en la mano: un mono negro está jugando en la yerba con otro amarillo: ¡aquellos, aquellos de los árboles son los monos niños! ¡qué graciosos! ¡cómo juegan! ¡se mecen por la cola, como el columpio! ¡qué bien, qué bien saltan! ¡uno, dos, tres, cinco, ocho, dieciseis, cuarenta y nueve monos agarrados por la cola! ¡se van a tirar al río! ¡se van a tirar al río! ¡visst! ¡allá van todos! Y Nené, entusiasmada, arranca al libro las dos hojas. ¿Quién llama a Nené, quién la llama? Su papá, su papá, que está mirándola desde la puerta.

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega hasta el techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte que se le viene encima. Está callada, callada, con la cabeza baja, con los ojos cerrados, con las hojas rotas en las manos caídas. Y su papá le está hablando: "Nené, no te dije que no tocaras ese libro?; ¿Nené, tú no sabes que ese libro no es mío, y que vale mucho dinero, mucho? ¿Nené, tú no sabes que para pagar ese libro voy a tener que trabajar un año?" Nené, blanca como el papel, se alzó del suelo, con la cabecita caída, y se abrazó a las rodillas de su papá: "¡Mi papá", dijo Nené, "mi papá de mi corazón! ¡Enojé a mi papá bueno! ¡Soy mala niña! ¡Ya no voy a poder ir cuando me muera a la estrella azul!"



PEQUEÑOS HEROES VISTOS POR GRANDES ARTISTAS

EL GALLO DE MORÓN

¡El gallo de Morón! ¿Quién de vosotros no ha oído hablar de este célebre gallo? "Se quedó como el gallo de Morón: sin plumas y cacareando"; os habrán dicho más de una vez. Y este gallo, al parecer, más o menos imaginario, no es una fantasía. ¿Lo sabíais? Y una prueba de que no es, puede ser el hecho de que tiene una estatua en su pueblo natal: en Morón...

Morón es una tranquila ciudad de Andalucía. El sitio escogido para levantar la estatua al gallo es una montaña desde donde se divisan más de treinta pueblos. El gallo no puede quejarse. Para que él luciera eternamente su rabia, se gastaron más de veinte mil pesos, pues había que decorar los alrededores y colocar la estatua de manera que dominase bien la ciudad y toda la vasta comarca.

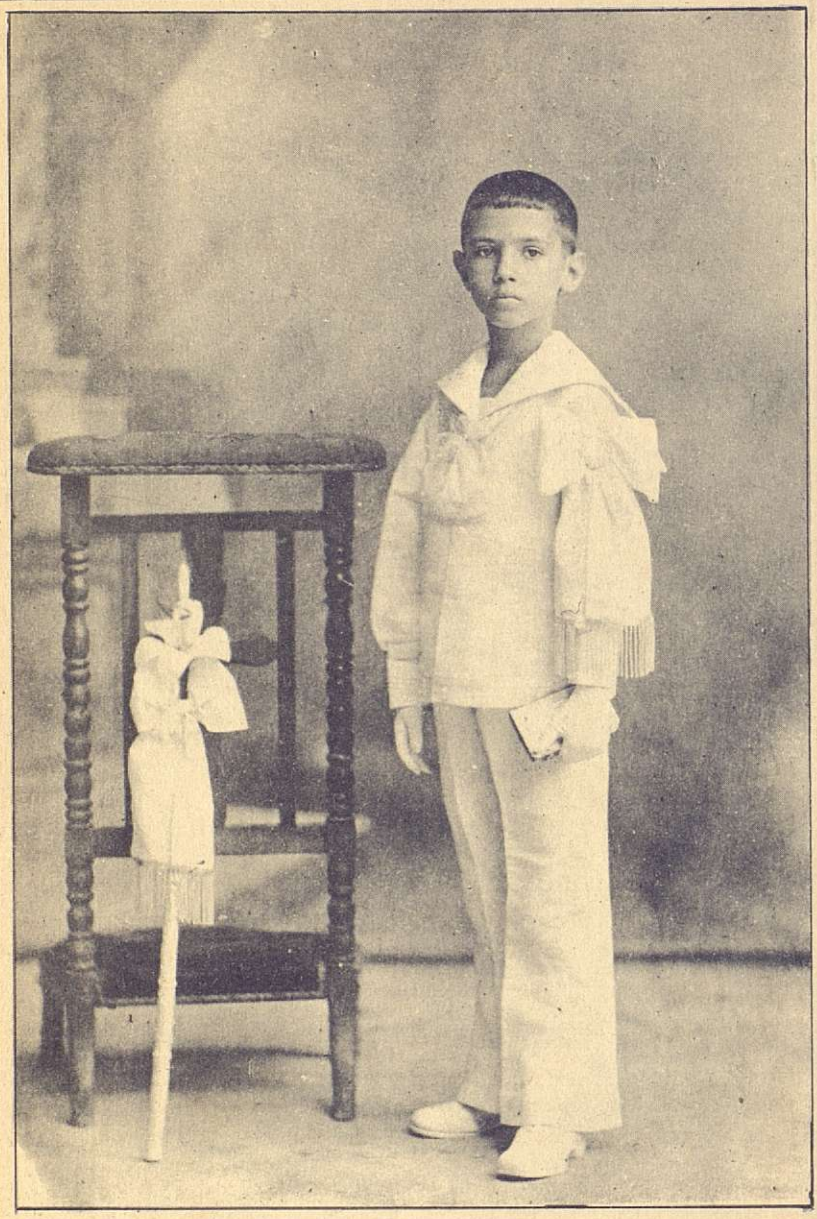
Sobre un macizo pedestal está el célebre gallo desplumado, de espolones que recuerdan las espuelas de los caballeros medioevales, la cresta erguida, el pico dispuesto a herir. Es una figura rara; pero es necesario convenir en que la estatua es notabilísima. Es, ciertamente, un gallo enfurecido y dispuesto a morir peleando. Viéndolo se recuerda su verdadera historia, aquélla que cuenta cómo este gallo en una memorable pelea celebrada en Sevilla, estando ya sin plumas, todo lleno de sangre y cacareando de rabia y dolor, siguió luchando hasta vencer. Con lo cual el gallo conquistó la inmortalidad y esta sencilla y original estatua destinada a recordar su hazaña.

¿CONOCES, LECTORCITO AMIGO, EL "PARAISO DE LOS NIÑOS"?

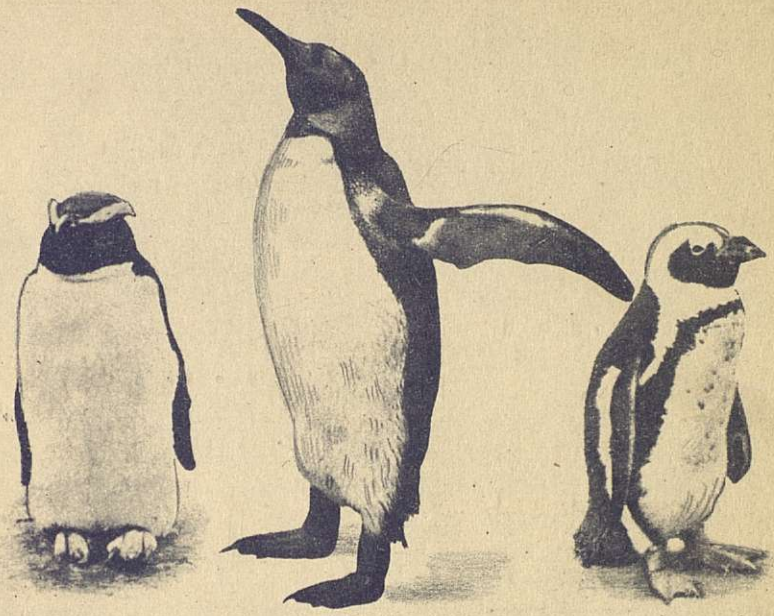
Dile a tu papá o a tu mamá que te lleve a Cojímar.

Hace veinte años tu papá compró en el Vedado, y hoy esos terrenos valen 20 veces más. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

MARCOS MORE DEL SOLAR
Malecón 337, altos.



IVÁN IGNACIO PLANAS
(de Marianao)



El pingüino "Pico Grueso". El pingüino del Cabo.

Una característica actitud del pingüino.

Nuestros Amigos los Animales

LOS PINGüINOS

De todos los pájaros raros existentes en las Colecciones Zoológicas, el pingüino, sin duda, es el más popular. ¿No es cierto?

Su fisonomía característica y extraña no se olvida jamás. Se le conoce por vez primera, e inmediatamente inspira nuestra curiosidad, alcanzando gran popularidad, sin que para ello ponga nada de su parte; antes al contrario, muestra siempre hasta desdén con sus visitantes.

No imita la conducta del loro o del pelícano, por ejemplo, que se hacen amables ante el público que los visita y contempla.

¿Y no es también cierto que el pingüno parece cualquiera otra clase de bicho, pero que nunca un pájaro? Podría decirse que es una caricatura humana, en la que se inspiraron nuestros humoristas para ridiculizarnos.

Contempladle un momento, y tendréis la impresión de que estais viendo a un muchachito gordo, que llevara un traje cuyas

...el leopardo marino, que gusta de sus tiernas carnes...

mangas, a causa de un descuido, hiciéraselas el sastre demasiado cortas, y que por efecto de sus carnes excesivas anduviese a saltitos.

Cuando marcha de esta forma, sus alas penden tiesas. En esa posición, parece precisamente un "espanta-pájaros"...

Estos extraños pájaros son los verdaderos niños mimados del Océano Sur. Nunca se encuentran en el Norte. Son antiquísimos; los fósiles hallados prueban que existen desde muy remoto.

De sus antepasados ninguna cosa seria se sabe, pero lo que se conoce de los contemporáneos, es interesante.

Por los fósiles encontrados de estas aves se ha averiguado, que las actuales se diferencian de las primitivas en el tamaño de sus patas. Estas eran más largas. Al principio fueron consideradas como excelentes viajeras pedestres, pero luego se han especializado como nadadoras, llegando a ser las primeras.

Sus alas también han sufrido modificación, poseyendo hoy unas con las que pueden volar en el agua, siendo tan fuertes como las de cualquier otro pájaro. Para resistir grandes caminatas cuentan con sus cortos muslos, pero perfectamente adaptados para ese fin. En el agua, el pingüino no utiliza sus pies; éstos no le sirven bien para nadar como al pato. Sin embargo, cuando lo estiman necesario los emplean para andar, consiguiendo "cubrir" muchos kilómetros, y hay especies de estos animales, como las denominadas con los nombres de "Saltadoras de roca" y "Pico grueso", que de una manera asombrosa salvan. de un salto, la distancia de una roca a otra.

Que andan tanto como nadan, lo prueba el hecho de que, estando sus alimentos en el mar y cuidándose de dar el sustento a sus pequeñuelos hasta que tienen todas las plumas, para llegar a los nidos y proporcionarse manjares, tendrán que andar y nadar mucho y con frecuencia.

La fortaleza del pingüino es maravillosa. Lo demuestra la especie más grande y fina, conocida con el nombre de "Emperador". Unicamente habita en la zona del Antártico, y en ella, a pesar de su terrible frialdad, tienen a sus hijuelos y los alimentan.

El "Emperador" pingüino no se ocupa de preparar nido alguno para el hijo. ¡Este se acuesta entre las patas de sus *papás*, o de su *nodriza!* Decimos *papás* y *nodrizas*, porque estos "Emperadores" inculcan a sus pequeñuelos los principios caritativos.

La raza de que hablamos, acostumbra a hacerse cargo de todos los pingüinitos abandonados: son una especie de Casas de Maternidad de estas aves. El sistema no prospera, no da buenos resultados, porque los pequeños pingüinos, empachados de tanto cariño y cuidados excesivos, abandonan a sus protectores, pereciendo, con lamentable frecuencia, de frío.

Fuera de este peligro y del que representa el poder ser comido por el leopardo marino. que gusta de sus tiernas carnes, no corren otros.

Existe otra clase de pingüinos, "El Rey pingüino", que reside en países más clementes, como las islas Falklands y Shetlands y del Sur, y de los que hay ejemplares en los más importantes jardines Zoológicos del mundo. Distínguense de los anteriores por su indumentaria Napoleónica, de chaleco blanco y grandes "botas" negras.

Ejemplar de pingüino "Saltador de Rocas".

Un pingüino jovencito.

Como los otros, no preparan los nidos, pero en cambio no tienen el mismo entusiasmo por los hijos que no son suyos ¡y hacen bien! siendo ésto más favorable para sus pequeñuelos legítimos, que "debutan" en la vida con más probabilidades de salir adelante. Sus padres le dan una educación sólida, y no corren peligro de cometer faltas de urbanidad contra sus semejantes, puesto que la hembra pingüino es gran amante de las buenas formas.

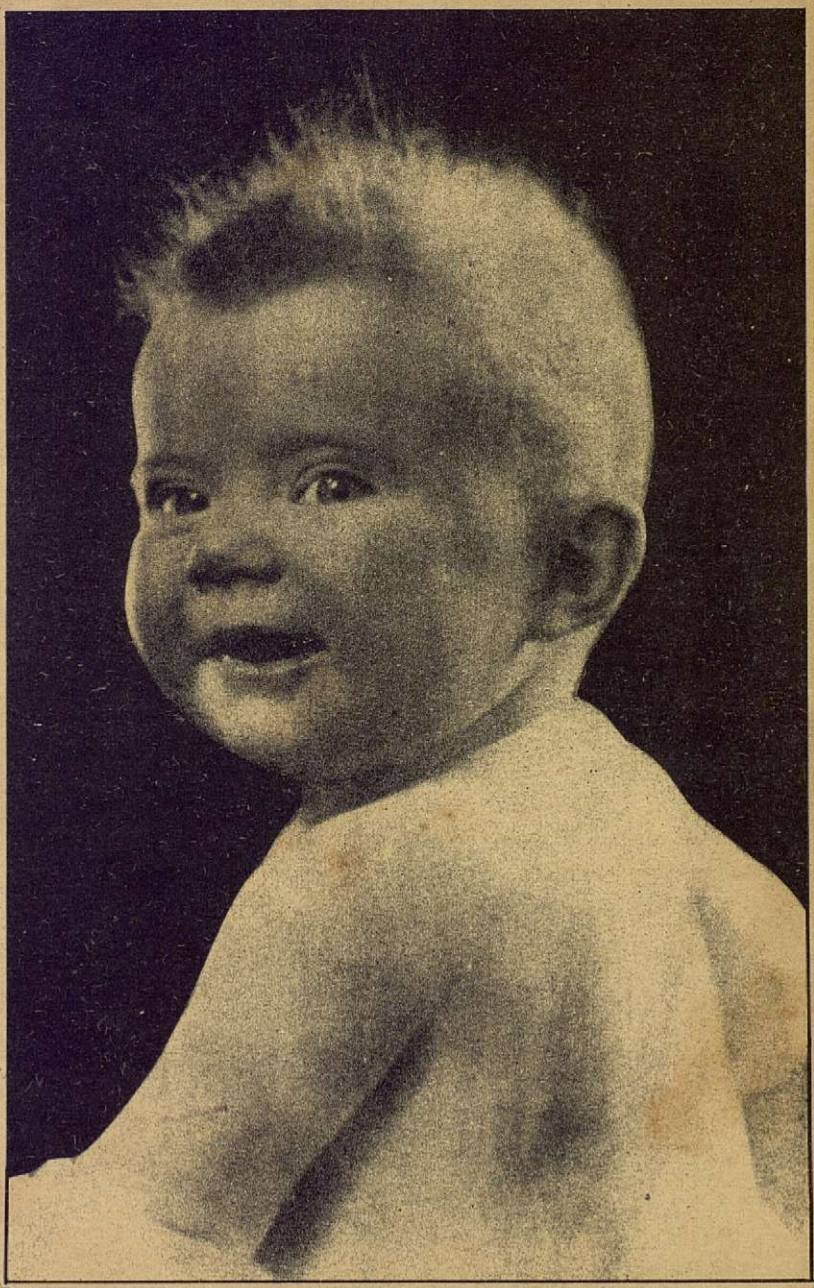
La diferencia entre las especies "Emperador" y "Rey" es poca. Cuando son grandes, sólo varían en el tamaño, y en que los muslos son más emplumados en la raza primeramente mencionada. De jóvenes, la distinción puede hacerse más fácilmente. El pingüino que tiene la cabeza blanca pertenece a la especie "Emperador"; el que la tiene de color café con leche desciende de algún "Rey": es un *príncipe* jovencito.

Entre estos pájaros existen—¡ay!—*individuos* holgazanes; y lo que es peor, aficionados a lo ajeno; y se apoderan de los nidos que otros laboriosos y honrados construyen y amasan trabajosamente, con piedras, huesos y otras cosas...

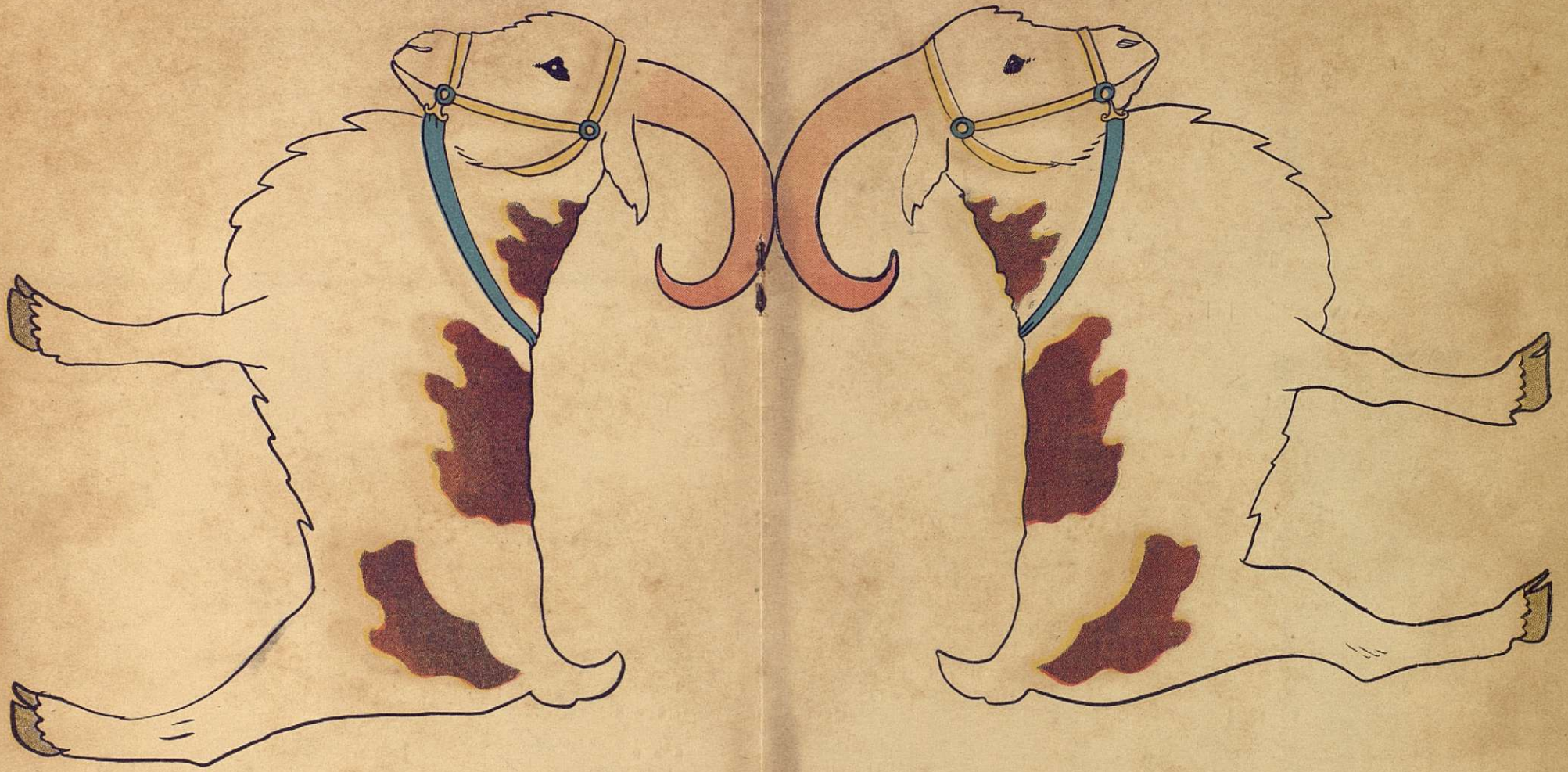
Este animalito tiene un corazón muy sensible; ama con pasión a su mujer y sus hijos; y cuando aquélla lo abandona o se muere, él muere de pena o se entrega con absoluta dedicación al cuidado de los pequeñuelos...

Para terminar diremos, que el pingüino representa el límite en la evolución de los pájaros. Se parece, por otra parte, a los pescados con que se alimenta, y a veces sus plumas recuerdan las escamas de aquéllos, y pudiendo sobrepasarlos, en cuanto a rapidez en el agua. Los atrapan, se los comen, y suben a la superficie de un salto tal, que dejan con la boca abierta, por el asombro, a los salmones más saltarines.

El pingüino "Rey" nadando.



MARIA MARSH ARMS (6 MESES) LA MAS JOVEN DIVA DEL CINEMATÓGRAFO



EL CHIVO AMAESTRADO

- Y -

EL GATO FAROLERO

(Recórtese y péguese ambos lados del chivo amaestrado y el gato maromero, con excepción de las patas, que deben doblarse ligeramente para fuera. Con esto se consigue parar la figura).

El Diente Sacado

Los Clásicos de la Infancia

MME. LEPRINCE DE BEAUMONT

STE amable nombre de mujer es, sin duda, uno de los más familiares entre los niños. ¿Quién de los lectores de PULGARCITO no ha hojeado el *Almacén de los niños?* Es un libro encantador en donde las lecciones de historia y demás conocimientos importantes, alternan con los bellísimos cuentos inspirados en las más morales enseñanzas. Ella es, así, la amiga de los niños; y sus libros son, de generación en generación, inolvidables...

Madame Leprince de Beaumont, era hermana del célebre pintor Leprince, y nació el 26 de abril de 1711, en Ruan, ciudad de Francia y capital del departamento del Sena Inferior y antiguamente de la Normandía. Primeramente estuvo casada con M. de Beaumont, que no la hizo muy feliz.

En 1748 se dió a conocer en la carrera literaria por su novela: *El Triunfo de la Verdad* o *Memorias de M. de La Villette*, cuyo escrito, impreso en Nancy, fué presentado por ella misma, en Commercy, al Rey de Polonia, juntamente con algunas obras que no había aun publicado. Por este tiempo fué cuando Madama de Beaumont pasó a Inglaterra y fijó su residencia en Londres, en donde, habiéndose encargado de la educación de algunas señoritas, adquirió una grande reputación. Entre las muchas y excelentes obras que, con este motivo, escribió durante los diez y siete años que habitó aquella capital, la que mejor éxito tuvo, fué el *Almacén de los Niños*, impreso en 1757, y traducido inmediatamente a todas las lenguas de Europa.

Hallándose Madama de Beaumont en la edad de cincuenta años, y siendo poco favorable a su salud el clima de Inglaterra, se decidió a dejar este país. Durante el tiempo que permaneció en Londres, se empleó honoríficamente en la educación teórica y práctica de la infancia y de la juventud, habiendo escrito unos cuarenta tomos, todos interesantísimos.

Habiéndose casado en segundas nupcias con Tomás Pichon, uno de sus compatriotas, de quien tuvo seis hijos, conoció que necesitaba del retiro para dedicarse a la educación de ellos y a la composición de algunos libros, cuya idea había concebido. Sorda a la de muchos grandes señores, y aun de algunos príncipes que deseaban tenerla cerca de sí, tuvo bastante prudencia y valor para resis-

tir a la seducción de promesas brillantes, las cuales no se hubieran realizado más que en parte.

En 1768 compró con el módico fruto de sus continuas economías una pequeña posesión en las inmediaciones de Anueci, en la Savoya, a donde se había retirado en 1764. Allí fué donde escribió sus últimos libros. El cuidado de su familia y las tareas agrícolas de que tanto gustaba, no le impidieron cultivar las letras de que tanto gustó. Fué muy culta y muy estudiosa; y además fué sumamente buena y caritativa.

Cuando murió, en 1780, la lloraron ricos y pobres; pues había sabido hacerse amar de unos y otros por sus excelentes virtudes, su talento y la inagotable bondad de su corazón.

LA VIUDA Y SUS DOS HIJAS

Por MADAME LEPRINCE DE BEAUMONT

HABIA una viuda, bastante buena mujer que tenía dos hijas muy amables. La primera se llama Blanca; y la segunda, Rubia. Les habían dado estos nombres porque la mayor tenía la tez más preciosa del mundo, y la otra el pelo como el oro y los labios y las mejillas encendidas como el coral. Estando esta buena mujer hilando un día delante de su puerta, vió venir una pobre vieja, que con mucha dificultad andaba sostenida por un palo.

—Muy fatigada llegáis;—la dijo—sentaos un poco, y descansaréis.

Mandó al mismo tiempo a sus hijas que diesen una silla a la anciana; y aunque ambas se levantaron a un tiempo con ese objeto, Rubia anduvo más ligera que su hermana, y trajo la silla.

—¿Queréis beber un traguito?—dijo la buena mujer a la anciana.

—De buena gana—respondió ésta—y aun me parece que comería con gusto un bocado, si pudierais darme cualquier cosa para reponerme.

Mandó a sus hijas que sirviesen de comer a la anciana; y cuando estaba sentada a la mesa, fué la mayor por orden de su madre a coger algunas ciruelas de un árbol que ella había plantado y que por este motivo estimaba mucho. Blanca, en vez de obedecer gustosa a lo que le mandaba su madre, murmuró interiormente de esta orden, diciendo:

—¿Acaso ha sido para esta vieja golosa para quien yo he cuidado tanto mi arbolito?

No obstante se vió precisada a darle algunas ciruelas, aunque de malísima gana.

—Tú, Rubia,—dijo la madre a la segunda de sus hijas,—como tus uvas no están aun maduras, no tienes fruta alguna que dar a esta pobre mujer.

—Así es—dijo ella;—pero ya oigo cantar mi gallina, que acaba de poner un huevo, y si esta señora gusta de comérselo fresquito, se lo ofrezco de buena voluntad.

Sin esperar la respuesta de la anciana, corrió a buscar el huevo; pero en el mismo punto que se lo presentó, desapareció esta mujer, quedando en su lugar una hermosa dama, que, dirigiéndose a la madre, dijo:

—Voy a recompensar á vuestras hijas según su mérito. La mayor será una reina poderosa, y la segunda una labradora.

—Tocó el suelo con su vara, y se hallaron en una linda alquería.

—Ved ahí vuestra parte;—dijo a Rubia—yo sé que doy a cada una lo que más apetece.

Retiróse la encantadora después de dichas estas palabras, dejando atónitas a la madre y a las hijas. Entraron éstas en la alquería, y quedaron maravilladas de la limpieza de los muebles. Eran todas las sillas de madera, pero tan limpias, que se veían en ellas como en un espejo. Las ropas de las camas era de lienzo blanco como la nieve. Había en los establos veinte carneros y otras tantas ovejas, cuatro bueyes y cuatro vacas; y en el corral toda clase de animales, como gallinas, ánades, pichones, y otros. Tenía también un bello jardín, lleno todo él de flores y de árboles frutales.

Blanca miraba sin celos el don que a su hermana le había tocado, y sólo pensaba en el placer que tendría cuando fuese reina. De repente oyó el ruido que hacían unos cazadores al pasar, y habiendo salido a la puerta para verlos, pareció tan hermosa a uno de ellos, que era el rey, que resolvió tomarla por esposa.

Cuando Blanca fué reina, dijo a su hermana:

—Ya no quiero que seáis más tiempo labradora; venid conmigo y os casaré con un gran señor.

Hermana mía, os agradezco vuestro buen deseo,—respondió Rubia—pero como ya estoy acostumbrada al campo, prefiero quedarme en él.

Marchóse pues la reina Blanca, la cual de alegría pasó sin dormir muchas noches. Los primeros meses estaba tan ocupada con sus preciosos vestidos, los bailes y las comedias, que no pensaba en otra cosa. En poco tiempo se habituó a todo ésto de tal modo, que ya nada la divertía; al contrario, tuvo que sufrir grandes disgustos: todas las damas de la corte la hacían grandes obsequios cuando se hallaban en su presencia; pero ella sabía que la estimaban poco, y que decían:

—Miren la labradorzuela, como hace la gran señora: por cierto que ha tenido el rey poco gusto para haber elegido tal mujer.

Estas hablillas fueron causa para que el rey, reflexionando en ello, pensase que había hecho un disparate casándose con Blanca; y como ya había disminuído el amor que la tenía, hacía tan poco caso de ella, que casi no la hablaba. Luego que se notó el desapego del rey hacia su mujer, dejaron de considerarla como tal, y su desgracia era tanta, que ni aun tenía una amiga fiel a quien comunicar sus pesares.

Conocía que era costumbre en la corte vender a sus amigos por interés, mentir a cada momento, y hacer buen semblante a los mismos que más se aborrecen. Decíanla que una reina debía tener siempre el semblante grave y majestuoso, y eso la obligaba a estar seria. Tuvo varios hijos, y durante este tiempo permanecía continuamente a su lado un médico, que examinaba cuanto comía, y le arrebataba las cosas que más la gustaban. En todo lo que comía no echaban sal alguna; la estorbaba que se pasease cuando lo deseaba; en una palabra, desde la mañana hasta la noche no hacía cosa alguna sin que la contradijesen. A sus hijos los daban a criar fuera contra de su gusto, y ni aun tenía libertad para poder replicar.

Moríase de pena la pobre Blanca, y se puso tan flaca, que a todos causaba compasión. No había visto a su hermana en tres años, pensando que no era digno de una reina ir a visitar a una labradora; pero viéndose consumida de melancolía, resolvió salir a espaciarse algunos días al campo. Pidió para ello licencia al rey y éste se la concedió de buena gana por desembarazarse de ella.

Era ya cerca de noche, cuando llegó a la alquería de su hermana, y desde lejos vió delante de la puerta un tropel de pastores y pastoras que danzaban y se divertían alegremente.

—¡Oh Dios!—dijo la reina suspirando—¿dónde están aquellos felices tiempos en que yo me divertía como estas pobres gentes, sin que nadie me lo estorbase?

Apenas llegó, fué corriendo su hermana a abrazarla. Esta tenía un semblante alegre, y estaba tan gruesa, que no pudo dejar de llorar al verla. Había casado Rubia con un joven labrador nada rico; pero jamás olvidaba éste que su mujer le había dado cuanto tenía, y así es que no omitía medio alguno para agradarla y mostrarla su agradecimiento. No tenía Rubia muchos criados, pero éstos la amaban como si fuesen sus hijos, porque también ella los trataba con cariño. Todos sus vecinos la amaban igualmente, adelantándose cada uno a darla constantes pruebas de ello.

Dinero no tenía mucho, pero tampoco lo necesitaba. Recogía en sus tierras trigo, vino y aceite. Sus ganados la abastecían de leche con que hacía mantequilla y queso; hilaba la lana de sus trajes, y los de su marido y sus dos hijos; gozaban todos de buena salud, y de noche, después de haber concluído el trabajo, se divertían con toda clase de juegos.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la reina—la encantadora me hizo un funesto regalo haciéndome reina. La alegría no se encuentra en los magníficos palacios, sino en las ocupaciones inocentes del campo.

Apenas acabó de decir estas palabras, cuando se apareció la encantadora.

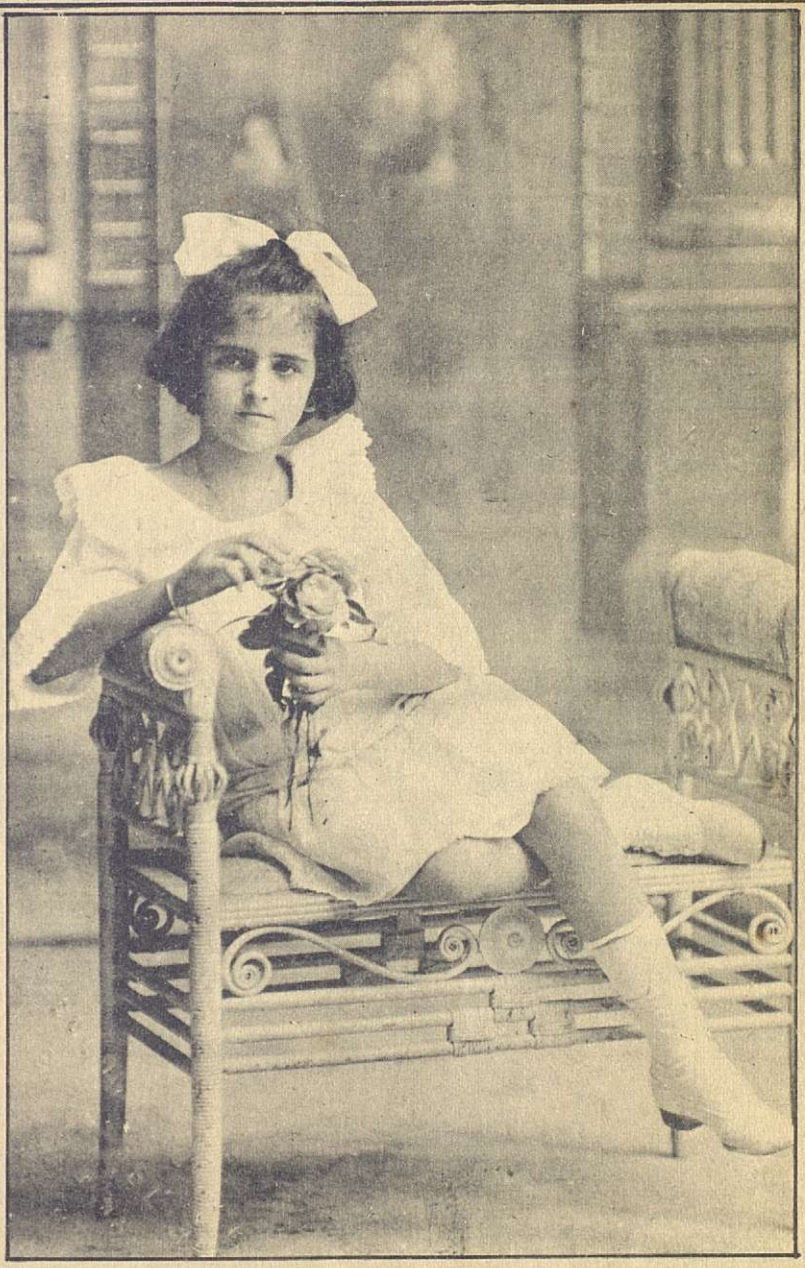
—Yo no he pretendido recompensarte haciéndote reina;—le

dijo—lo he hecho para castigarte, porque me diste de mala gana tus ciruelas. Para que seas feliz, es necesario que, como tu hermana, no poseas más que las cosas necesarias, sin desear otras.

—¡Oh señora!—exclamó Blanca—puesto que os habéis vengado suficientemente, haced que cese ya mi desdicha.

—Ha terminado—replicó la encantadora.—El rey, que ya no te ama, acaba de casarse con otra mujer, y mañana vendrán sus criados a ordenarte de parte de él, que no vuelvas al palacio.

Todo sucedió del mismo modo que la encantadora se lo había predicho. Y Blanca pasó el resto de su vida con su hermana Rubia, muy contenta y satisfecha, sin pensar en la corte, sino en agradecer a la encantadora cada vez más, el favor que la había hecho volviéndola a la vida tranquila de su aldea.

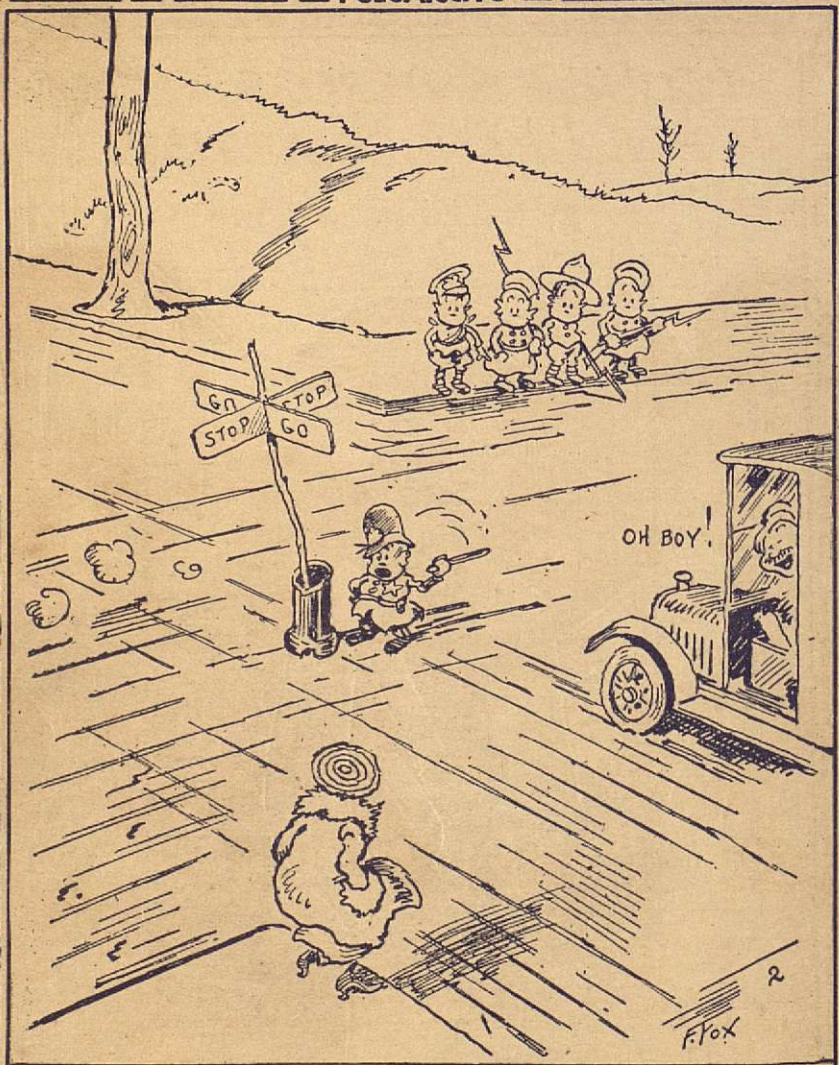


Ofelia Valverde y Rodriguez
de la Habana

MODAS

PARA EL CAMPO O PARA EL JARDIN

Nada más apropiado para jugar incansablemente en campos o jardines, que estos trajes sencillísimos y muy graciosos, todos de warandol blanco o crema; sus únicos adornos son simples bordados a punto de cruz o aplicaciones de telas de variados colores en forma de flores o frutas; a algunos acompañan sombreritos y bolsas de la misma tela y adornos.



Los muchachos han dejado de creer a Juanito loco por haber cambiado su uniforme de soldado por uno de policía.

(*Fox en "Providence Journal*)

FIGURAS MUNDIALES

ANTONIO MAURA

Famoso político español.

El Cuervo y el Zorro

Por LA FONTAINE

Maese Cuervo, de un árbol en la rama,
estaba, según fama,
en el pico teniendo con cuidado
un queso delicado.

Al husmo, maese Zorro luego vino,
y díjole ladino,
con grande cortesía:
"Tenga el señor de Cuervo muy buen día;
de belleza es usted raro portento,
y en verdad, si su acento
corresponde al primor de su plumaje,
de este bosque salvaje
el fénix debe ser". El Cuervo vano
quiso mostrar ufano
su voz: el pico abrió, y en tal anhelo
el queso cayó al suelo.

El Zorro le tomó con mucho brío,
Diciendo: "Señor mío,
sepa que todo lisonjero vive
de quien le oye y recibe;
y esta lección, sin que parezca exceso,
vale muy bien un queso".

Entonces juró el Cuervo avergonzado,
confuso y acuitado,
que nadie otra ocasión le atraparía;
pero tarde, a fe mía.

Ⓕ Colominas

Juanito Aspuru y Blascucia

del Vedado

LOS NIÑOS EN EL ARTE

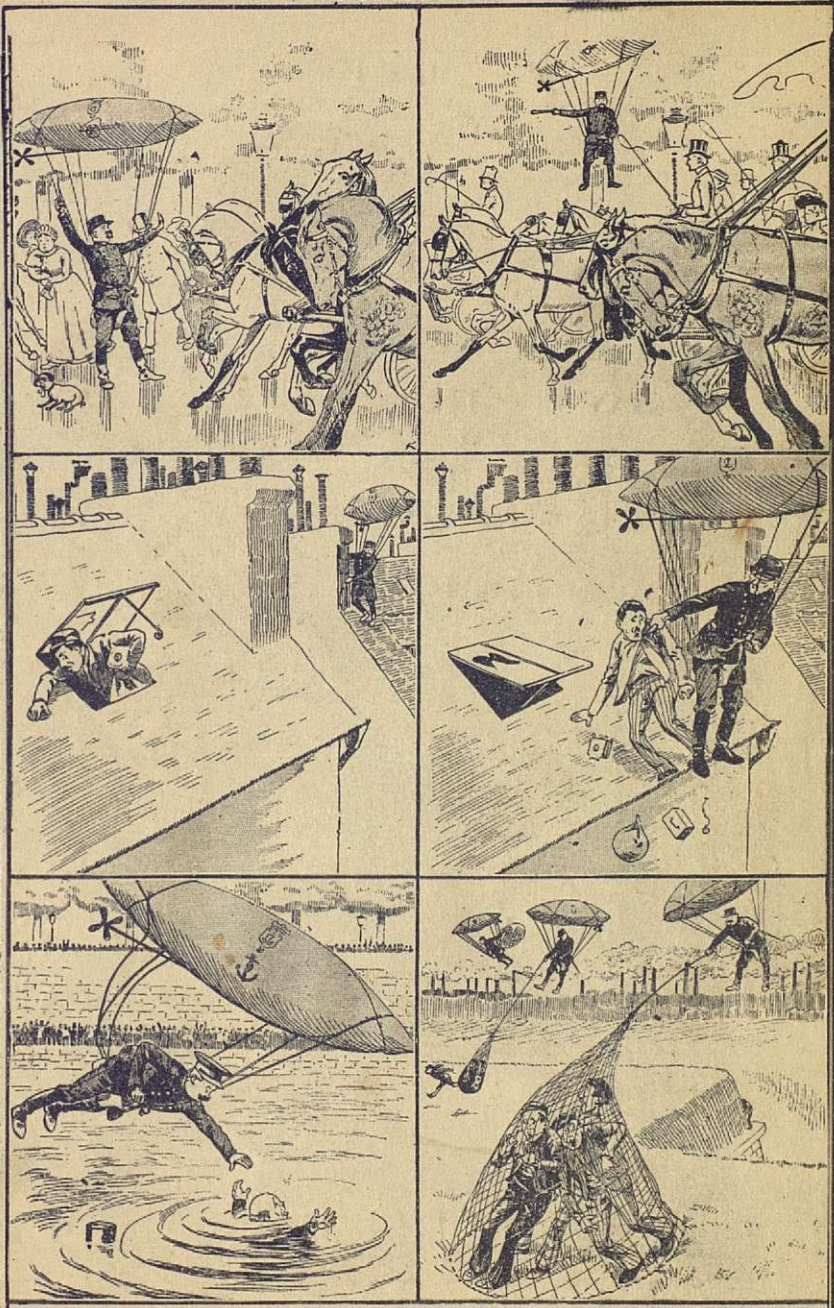
LA NIÑITA DE STROZZI, por Tiziano.

Tiziano Vecelli, conocido universalmente por el nombre de "el Tiziano", fué uno de los mejores pintores que han existido jamás. Nacido a fines del siglo XV cerca de Venecia, discípulo de Juan Bellini y condiscípulo y amigo de Giorgione, es el Tiziano el artista más célebre de la escuela de pintura veneciana. Su admirable talento lo condujo rápidamente a la gloria, y protegido y admirado por los jefes de la República Veneciana, por los principales italianos, por el rey de Francia Francisco I, por el Papa Julio II, por los reyes de España Carlos V y Felipe II, vivió colmado de riquezas y honores hasta que su muerte, ocurrida en Venecia en 1575, cuando casi llegaba a los cien años, fué causa de duelo general.

Tiziano dejó innumerables obras, sobre todo cuadros religiosos e históricos y retratos de los principales personajes de su época; pero un sólo retrato de niño se conoce de él, y es éste de la hijita de su protector el príncipe Roberto Strozzi, en que la linda princesita aparece acariciando, llena de naturalidad y gracia, a su perro favorito.

LA HORA DE CLASE

por J. C. Leyendecker



LA POLICIA DEL PORVENIR

LA GRAN OLA,

POR A. ST. LEDGER EBERLE

CUADRITO

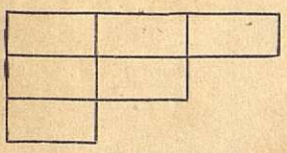
POR BERGEN

Música Casera

PASATIEMPOS

No. 29.

Triángulo



Sustituir los cuadros por sílabas de modo que, leído horizontal y verticalmente, diga: 1o. Nombre de varón, 2o. Fruta, 3o. Nota musical.

* * *

No. 30.

Fuga de consonantes:

.i e.e. .o..e .o..e .o..o..a.e y .e .e .ue.o
.i e.e. .i.o ..o.e.e .a .e a.e.o y .o .i..o e.
.u .o.a. .ue e. e. a.e.o .ua..a .u .o.o. .a.a
.i.i. .o..a.ao

No. 31.

Jeroglífico numérico:

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Nombre de flor.
9 5 2 7 3 6 8 7 8	Nombre de ave.
1 5 9 5 2 0 7 8	En los buques.
7 3 9 0 7 8 0	Nombre de varón.
1 5 2 9 8 6	Nombre de mujer.
7 0 9 5 4	Nombre de varón.
9 5 6 0	Parte del cuerpo.
2 8 0	En los tribunales.
2 8	Nota musical.
1	Número romano.
9 3	Nota musical.
7 8 5	Río.
2 8 9 0	En las canoas.
4 5 6 7 5	Nombre de mujer.
7 2 3 6 8 0	Sport.
1 3 2 3 5 1 0	Nombre de varón.
1 5 4 3 9 3 2 0	Nombre de varón.
1 0 9 3 4 5 2 3 0	Funcionario policial.
8 4 1 2 3 7 0 2 3 0	En las oficinas.

* * *

No. 32.

Jeroglífico comprimido:

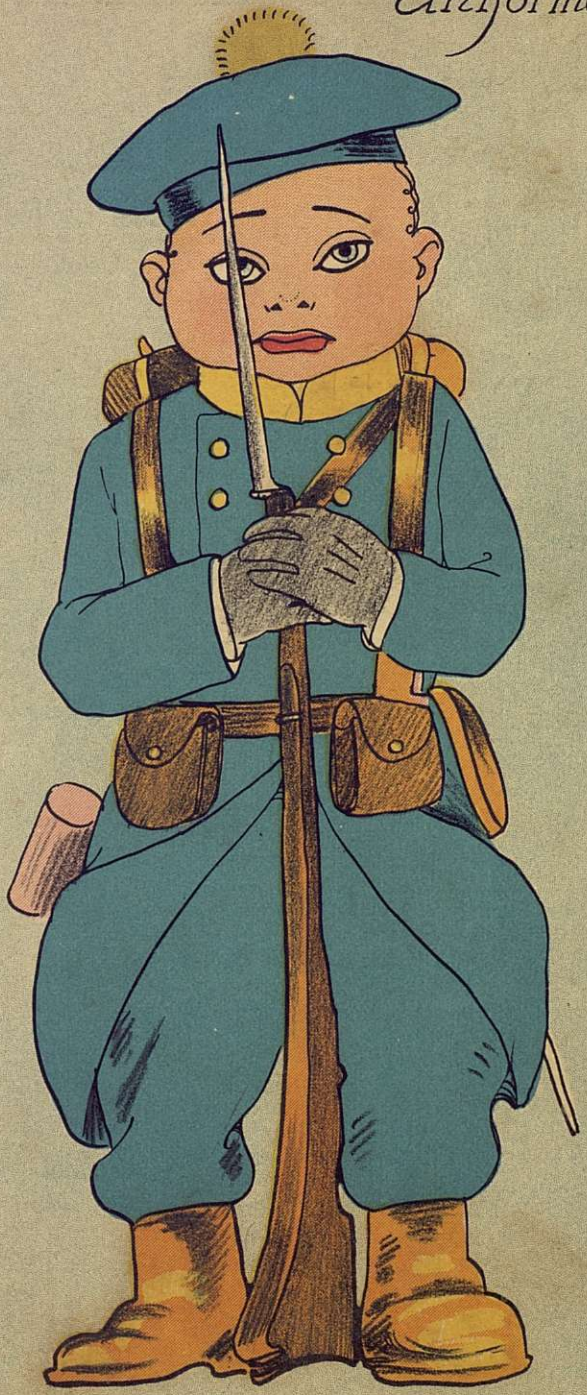
SAS SAS SAS

* * *

Soluciones a los pasatiempos del mes de Julio:

No. 25: TORERO.
No. 26: SIN PAR.
No. 27: MARTINA.
No. 28: LOZA-ZOLA

Uniformes



FUERZA DE MARINA (FRANCES)

CINELANDIA

Envie cheque por $4.00 y recibira un año el mejor album de artistas de cine que se imprime en la America Latina. El primer numero sale en Octubre.

O. H. Massaquer
Sol 45 Habana

Blez

RETRATOS
ARTÍSTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)

ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. Telf. I-1119. — Grabadores e impresores.

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 9 - SEPTIEMBRE 1920 - 20 CTS.

JUGAREMOS AL...

BALON PIE

Florient
Flowers of the Orient
SEGURO.

RECOMIENDA A TUS HERMANOS MAYORES, QUE TODOS LOS MESES LEAN LA MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

$3.00 AL AÑO 30 CTS EL NUMERO

CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos de la América Latina.

CINES, DEPORTES, TEATROS

Director Gerente:
OSCAR H. MASSAGUER
Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.
el Número

Hilda Martín y Carballo

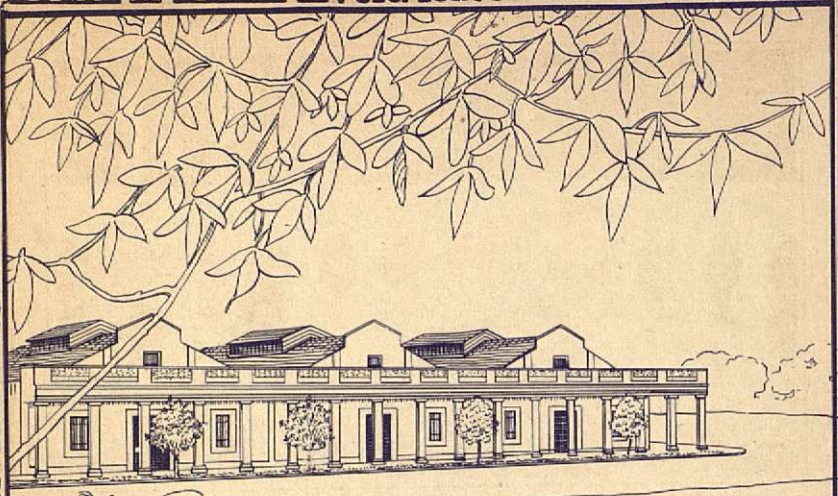
Ⓕ Villas

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a *peseta*. El año entero *dos pesos*.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

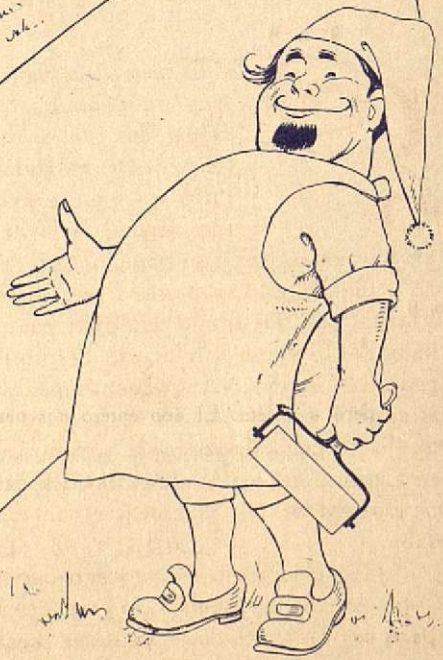
RAQUEL CATALA DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION



El INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón, (Ensanche de la Habana). Teléfono M-4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de carta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.



EL FOOT BALL

EL apogeo de este juego comenzó en Cuba varios años después de haberse constituído la república. Los cubanos que habían sido alumnos de los colegios norteamericanos, unidos a unos cuantos simpatizadores que aquí hallaron, comenzaron a jugarlo. Se formaron entonces dos *clubs*: uno organizado por los alumnos de la Universidad y otro por los socios del *Vedado Tennis*. Después el entusiasmo ha decaído un poco, siendo jugado de tarde en tarde...

El foot ball es un juego, muy fuerte; tal vez el más fuerte de cuantos se conocen

Su origen es muy remoto, pues se ha comprobado que todos los pueblos de la antigüedad lo practicaban, observando reglas más o menos parecidas a las que hoy existen. Las tribus salvajes y los indios primitivos, los romanos y los griegos, ya lo practicaban. En Irlanda se conocía hace dos mil años, haciendo furor después en el resto de Inglaterra, siendo los alumnos de los más célebres colegios, los jugadores más entusiastas. Lo mismo sucedió en los Estados Unidos; existiendo actualmente dos clases de *foot ball*: el llamado *Rugby* y el *Association*. El más fuerte es el primero que es el que con más frecuencia se practica en los Estados Unidos.

En Cuba se está jugando actualmente el *foot ball Association*. El *foot ball Rugby* se ha llegado a conocer en el mundo entero con ese nombre, por haber sido el gran colegio inglés de Rugby el que dió una redacción definitiva a las reglas mediante las cuales se juega esa clase de *foot ball*, que ha sido el preferido en algunos otros países, como en España, donde ha despertado gran entusiasmo.

María Luisa Montalvo y Laza

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA, SEPTIEMBRE 1920. NUM. 9.

LAS DOS CHINELAS

(CUENTO PERSA)

HABIA en Bagdad un comerciante viejo y avaro llamado Aboul Cassem Tambourí quien, a pesar de ser muy rico, estaba siempre cubierto de harapos siendo sobre todo sus chinelas lo más curioso de su repugnante indumentaria.

Todos los zapateros de viejo de Bagdad las conocían por haberlas remendado. Las suelas estaban guarnecidas de gruesos clavos por lo que excitaban la risa de todo el mundo hasta el punto de que cuando se quería dar idea de alguna cosa pesada se añadía invariablemente: "es como las chinelas de Cassem".

Cierto día compró en un bazar de la ciudad una gran cantidad de cristalería, considerando que el negocio le sería lucrativo.

Al día siguiente supo que a un perfumista arruinado no le quedaba otra cosa, por todo recurso, que una cierta cantidad de agua de rosa. Aboul Cassem se aprovechó de la comprometida situación de este descraciado y le compró toda el agua de rosa que poseía, por la cuarta parte de su valor.

Aunque esta operación logró ponerle de buen humor, no por eso llegó hasta obligarle a dar el festín acostumbrado que los negociantes ofrecen a sus amigos cuando han realizado algún negocio ventajoso, ofreciéndose así mismo solamente el lujo de ir al baño, cosa que no había hecho desde hacía muchísimo tiempo. Allí encontró a un hombre a quien tomó por uno de sus amigos, aun cuando los avaros no merecen tenerlos. Este le dijo que haría bien comprando otras chinelas, pues con las que tenía estaba ridiculizado por todo el mundo.—Ya pensaré en eso,—dijo Cassem; y una vez desnudo se metió en la estufa.

Durante este tiempo, el Cadí de Bagdad vino también a bañarse. Cassem salió primero y, al pasar por la primera pieza, no volvió a ver sus chinelas hallando en su lugar un calzado completamente nuevo.

Pensando que éste era un regalo que su amigo le hacía para evitarle la pena de tener que comprar otras, salió del baño muy contento de sus hermosas chinelas.

Cuando el Cadí quiso volver a calzarse, sus esclavos buscaron en vano su calzado hallando sólo las abominables chinelas harto conocidas de Cassem, quien fué preso en el acto, acusado de robo y para salir de la prisión tuvo que pagar tanto más cuanto que se le suponía tan rico como avaro.

Apenas entró en su casa, arrojó de despecho al Tigris que pasaba bajo sus ventanas las chinelas que le había devuelto el Cadí; pero aquella misma noche los pescadores que sacaban su red con más trabajo que de costumbre, se indignaron tanto al ver que los clavos de las chinelas de Cassem habían roto las mallas de su aparejo, que cogieron las chinelas arrojándolas con tanta fuerza a la casa de Cassem que le rompieron todos los frascos.

Esto produjo un estrépito enorme y toda el agua de rosas se derramó por el suelo.

Cassem creyó morir. "Malditas chinelas"—exclamó arrancándose de la cabeza los pocos pelos que le quedaban. —"No volveréis a fastidiarme nuevamente". Y cogiendo una azada fué a enterrar sus chinelas al jardín.

Pero uno de sus vecinos, hubo de advertir que Cassem removía la tierra y como le quería mal, a pesar de que aparentaba ser muy amable para con él, corrió inmediatamente a decir al gobernador que el avaro acababa de desenterrar un tesoro en su jardín.

Al oir esto, el funcionario, cuya avaricia se despertaba por bien poco, creyó el negocio excelente y a pesar de que nuestro comerciante gritaba hasta enronquecer que no había encontrado ningún tesoro, el gobernador despechado no le dejó en libertad sino a cambio de tener que pagar una importante suma.

Nuestro hombre entonces cogiendo sus chinelas con aire desesperado fué a arrojarlas a un acueducto bastante apartado, pero el diablo, a quien sin duda este juego debía divertir mucho, dirigió las chinelas de tal modo que interceptaron la corriente del agua. Los fontaneros encargados de reparar este daño encontraron las chinelas de Cassem y las llevaron al gobernador declarando que ellas habían sido la causa de todo el mal.

El desgraciado propietario de las chinelas fué de nuevo metido en prisión y condenado a una multa más fuerte aún que las

dos anteriores, pero en cambio le devolvieron sus queridas chinelas y váyase lo uno por lo otro...

Tanta ironía en la desgracia le exasperó de tal manera, que resolvió inmediatamente quemar sus babuchas, pero como estaban completamente empapadas de agua se dirigió a la terraza de su casa donde las dejó expuestas al sol.

El perro de su vecino al ver las chinelas se arrojó a la terraza; empezó a juguetear con ellas, tirándolas por fin a la calle con tan mala fortuna que fueron precisamente a caer sobre una mujer en cinta que por allí pasaba.

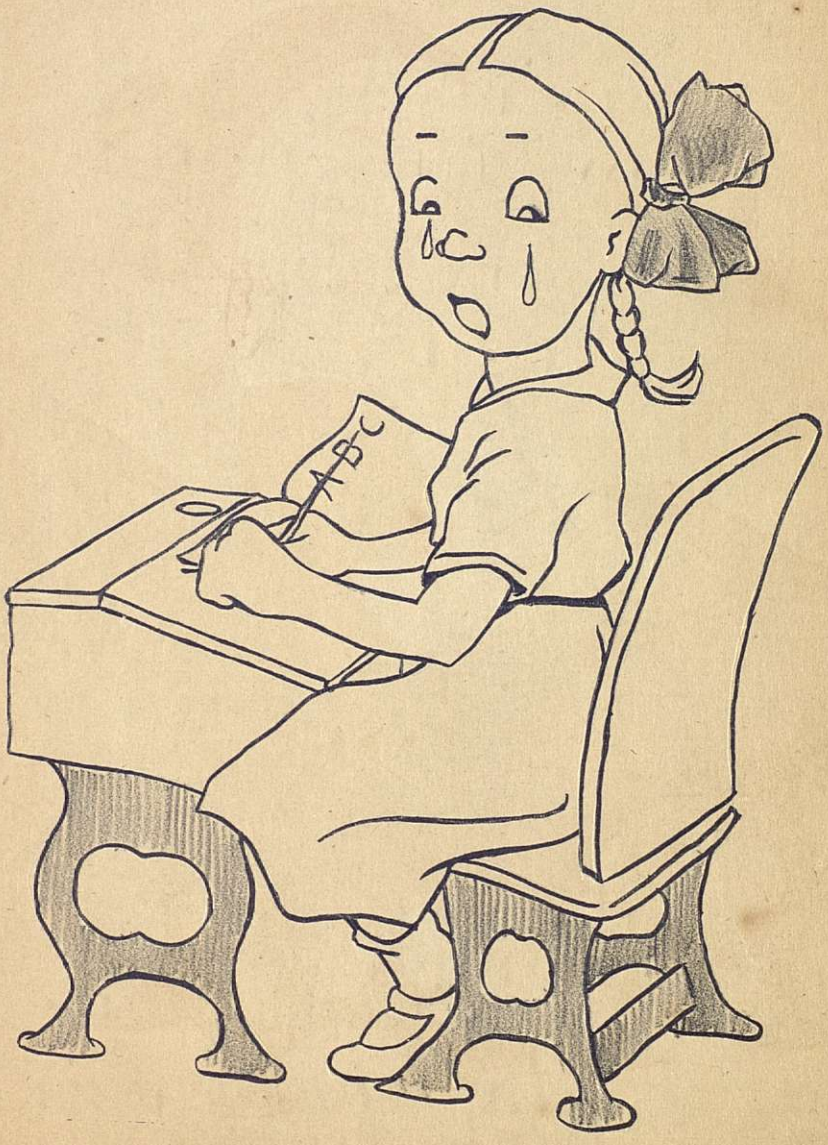
El golpe fué tan violento que, unido al susto que esto le produjo, fué causa de que la pobre mujer enfermase por lo que su marido se dirigió, acompañado de las babuchas, a quejarse ante el Cadí contra Cassem el cual tuvo que pagar otra multa proporcionada a la desgracia de que sus babuchas habían sido causa.

Entonces Cassem cogiendo las chinelas en la mano suplicó al Cadí, con una vehemencia que hizo reir al juez, publicara un decreto a fin de que no se le pudiera imputar en lo sucesivo las desgracias que esas malditas chinelas pudieran ocasionar, pero ya era un poco tarde, pues el pobre Cassem estaba arruinado y había aprendido a sus expensas el peligro que se corre siendo muy avaro y teniendo largo tiempo las mismas babuchas.

EL PRIMER DIA
DE ESCUELA

EL PRIMER DIA DE ESCUELA

(PARA COLOREAR)



Eddie Posso y Alvarado

TRES HEROES

Por JOSE MARTI.

CUENTAN que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a las leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en el camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía, antes de la libertad, como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta can-

tidad de decoro; como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se revelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados.

* * *

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor, en el mundo, por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal de cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.

* * *

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde ni-

SIMON BOLIVAR

uno de los más grandes libertadores de América.

ño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba

fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuándo en cuándo los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron sus cadáveres descabezados. Pero México es libre.

***

San Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto,

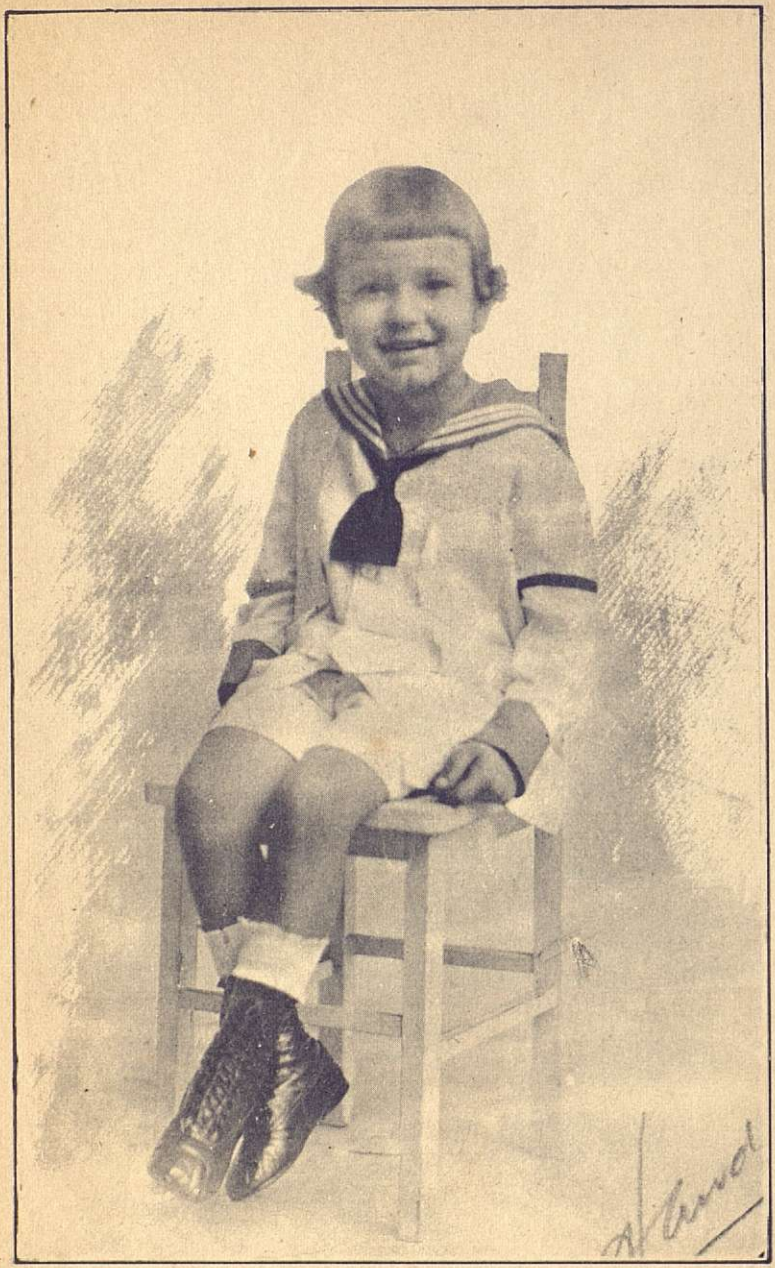
JOSE DE SAN MARTIN
libertador de Chile y Argentina.

muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco; parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América. ¿Qué le importaba perder su carrera si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían

muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel, de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar y San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres o los que padecen pobrezas y desgracias por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

EL CURA DON MIGUEL HIDALGO

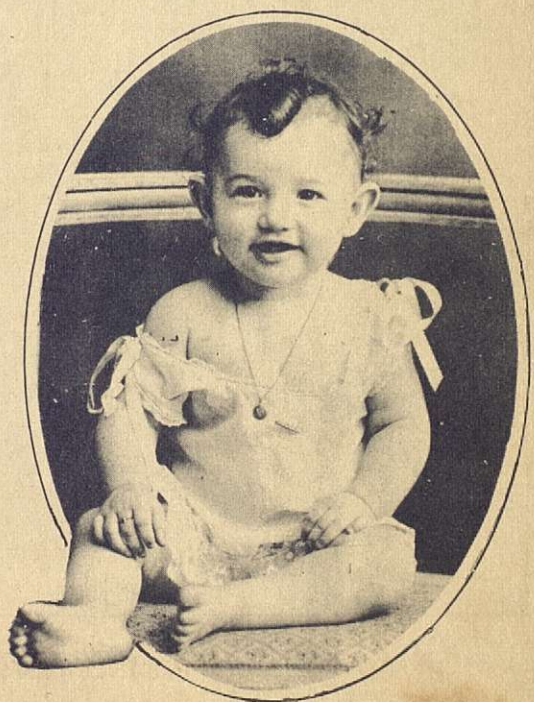
gran libertador mexicano.



Octavio Martinez Borges

Ⓕ Handel

Rodolfo
San Martín
Rodriguez



Miriam
Feinmar

LAS "ESTRELLAS" INFANTILES DEL CINE

Lucile Ricksen y Johnny Jones en dos de las más interesantes escenas de las películas por ellos representadas últimamente.

El célebre Johnny Jones en dos de los momentos más emocionantes de dos películas cuya representación ha estado a cargo de él y otros actores no menos pequeños y no menos inteligentes.

Hija del Comandante Heriberto Fernandez de Santa Clara

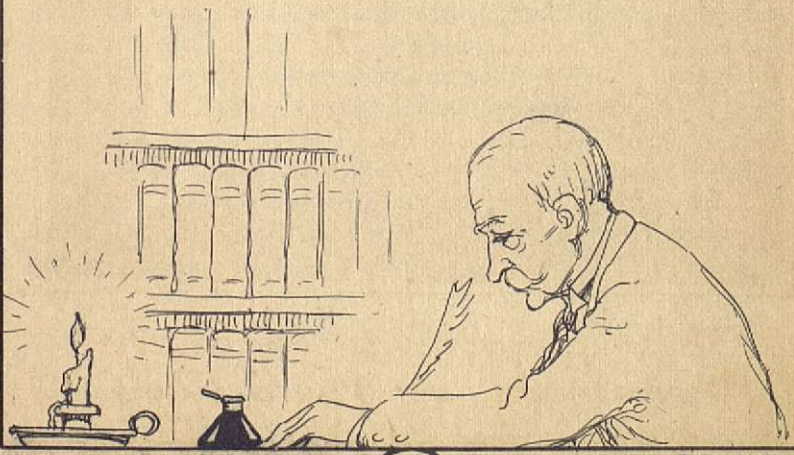
Los Clásicos de la Infancia

JUAN NICOLAS BOUILLY

He aquí un autor que debe ser familiar a todas nuestras lindas lectorcitas. En efecto: ¿qué niña no ha leído los célebres *Cuentos a mi hija*? Es un libro bello, sumamente interesante, y en donde se encuentran los más notables consejos. Es un manual de la niña intelectualmente educada. Y las historietas son tan sencillas y tan tiernas que se quedan para siempre grabadas en el corazón.

Fué escrito este libro por Juan Nicolás Bouilly, escritor francés que nació cerca de la simpática ciudad de Tours el 24 de enero de 1763, y murió en París el 14 de abril de 1842. Cuando estalló la memorable Revolución francesa tomó una parte muy activa en la organización de la educación primaria acometida por el nuevo gobierno. En 1799 se retiró de la vida pública y se entregó por completo a la literatura. Escribió numerosas obras de las cuales las más importantes son *Pedro el Grande*, *Charlas de un campesino*, *Leonora*, y los célebres *Cuentos a mi hija* que vinieron a enriquecer las bibliotecas de los niños con un tesoro de bondad, de ternura y de moral.

Es un autor simpático que hace pensar y sentir muy hondamente, toda la belleza de los actos virtuosos. Léanlo todos nuestros lectorcitos, no una sino muchas veces. Apréndanse de memoria sus máximas; y sigan en todo a los protagonistas buenos, sencillos y puros de corazón, que desfilan a través de las páginas de sus cuentos inolvidables.



LOS DOS RELOJES

Por JUAN NICOLAS BOUILLY

M. de Saint Alban, rico hacendado, tenía dos hijas, cuyos gustos no se parecían mas que las facciones de sus rostros. Clarisa, la mayor, tenía talla graciosa y bonita cara; pero echaba a perder estos felices dones de la naturaleza con contínuas y ridículas manías, y particularmente con una dejadez insoportable, y la más loca prodigalidad. Amalia por el contrario, que tenía un año menos, ocultaba bajo la mayor modestia tanta prudencia y discernimiento, que más de una vez le habían proporcionado una extrema superioridad sobre su hermana. Lucirlo, y llamar la atención; tal era la divisa de la una: observar, y aprovecharse de todo, formaban el gozo único de la otra.

Se llegaba ya a la renovación del año, a aquella temporada tan querida de la juventud, en que regalos de toda especie sirven de premio al trabajo y buena conducta, pero que, con frecuencia, son efecto pernicioso también de un cariño loco o de una vana ostentación.

M. de Saint Alban, cuyo vivo y minucioso genio no iba en zaga a su bondadoso corazón, fué con sus dos hijas a una de las primeras relojerías de París, y les dijo que cada una escogiese un reloj para sí. Clarisa echando la vista sobre los más lucidos, fijó su elección en uno pequeñito, cuyo cerquillo de diamantes la había deslumbrado; y sin asegurarse de la bondad de este relojito, ni atender a las advertencias que sobre ello se le hicieron, persistió en su elección, y trabó al punto el frágil dije con una cadenilla de oro que ella traía al cuello.

Amalia, por el contrario, no veía en la oferta de su padre, más que el beneficio de saber puntualmente la hora en que estaba habituado a hacer tal o cual cosa, de evitar para siempre por este medio el hacer esperar ni un solo instante, y contemplar su impaciencia que era suma. Ciñóse pues a rogar al relojero que le diese un reloj sencillo, pero que anduviese bien. El mercader sirvió a la doncella a pedir de boca, y le dió un reloj, cuyo adorno todo consistía en la seguridad de su mecanismo. Amalia le prendió igualmente a una cadena de pelo de su padre, que llevaba siempre consigo. De allí a unos días estuvieron esperando a Clarisa para el desayuno que tomaba a las diez en punto; fué menester ir a llamarla a su cuarto, y

como al presentarse la reconviniese su padre, respondió con su acostumbrada dejadez:

—Es que va atrasado mi reloj.

De allí a poco tiempo, habiendo de dar un convite M. de Saint Alban a varios amigos suyos, algunos de los cuales ejercían funciones importantes que los obligaban a concurrir con puntualidad a una determinada hora, recomendó a ambas hijas que se presentaran en el estrado a las cuatro en punto. Amalia ,cuyo reloj era puntual, se presentó en el salón antes de la hora indicada, y recibió con su acostumbrada gracia a los amigos de su padre, que acudieron fielmente a la hora de la cita. Ya habían dado las cuatro, y Clarisa no se presentaba todavía; M. de Saint Alban sorprendido, sube al cuarto de su hija, y la halla ocupada en el piano, toda desaliñada, y sin pensar de ningún modo en disponerse para la comida.

—¡Qué! hija, le dice el padre,— ¿estás todavía en traje de casa?

—¡Oh! padre,—respondió desmadejadamente,—tengo tiempo de sobra; no son aún las tres.

—Son las cuatro dadas,—respondió con viveza M. de Saint Alban,—y vamos a sentarnos a la mesa.

Dichas estas palabras, salió atropelladamente el padre, y dejó a Clarisa que no daba más que esta excusa:

—*Es que va atrasado mi reloj.*

En esto se viste de prisa; pero como la presunción era uno de sus defectos habituales, no se presentó en la comida más que en el momento de sacar los postres, repitiendo a cuantos le manifestaban el pesar de no poseerla más que tan breve rato:

—Perdónenme ustedes señores, *es que va atrasado mi reloj.*

M. de Saint Alban, cuyo carácter no podía avenirse con esta indolencia, y mucho menos con aquel aire de necedad que la acompañaba, se propuso dar fuertes lecciones a Clarisa y provocarla tanto en su amor propio como en su sensibilidad a un mismo tiempo...

Junto al real sitio de San Cloud, tenía una casa de campo, tan lucida como ricamente alhajada. Todos los domingos servía de punto de reunión a una concurrencia numerosa y escogida. Muchos sujetos, a quienes sus quehaceres no llamaban hacia París en la mañana del lunes, se quedaban a dormir allí, y era costumbre que en el siguiente día fuesen a desayunar en un cortijo, que se hallaba inmediato al lugar de Ville d' Avray, cuyo sitio ofrece un aspecto y variedad asombrosos, y que particularmente está hermoseando con sotos espaciosos y abiertos artificialmente. M. de Saint Alban, que llevaba su plan en la cabeza, previno por la noche a cuantas personas habían de ir a este paseo, que a fin de evi-

tar el calor, se partiría a las ocho en punto. Recomendó a los criados, y con especialidad a Amalia, que dejasen obrar a Clarisa por sí sola, y se contentó con repetirle a ésta al irse a acostar:

—Sobre todo, hija mía, disponte para partir con todos; no olvides que es a las ocho en punto, y que no espero jamás.

Clarisa que se prometía lucirlo en el siguiente día con una vistosa compostura propia de la mañana, arregló su reloj con el mayor cuidado por el de sobremesa del salón, y se recogió con toda seguridad en su cuarto. Pero la bonita alhaja, descompuesta en su movimiento por la habitual negligencia de que la joven indolente usaba para arreglarla, se atrasó en aquella noche más todavía que de costumbre. En el momento de despertarse Clarisa, no señalaba el pérfido reloj más que las seis, cuando eran ya las ocho muy dadas. Volvió a quedarse dormida muy sosegadamente, y no se despertó hasta el momento en que era cerca de las ocho por su reloj. Échase fuera de la cama, se viste con prontitud, y baja a la sala de recibimiento: ¡pero cuál fué su asombro al saber que iban a dar las diez, y que toda la gente había partido mucho tiempo hacía ya! Gime, llora, maldice mil veces del primoroso reloj, y manda a los criados que aunque sea a pié, la conduzcan al cortijo de Ville d' Avray, donde estaban reunidas las gentes del paseo; pero se habían dado órdenes para lo contrario; y fué necesario que la doncella se resolviese a esperar, y verse privada de tan delicioso paseo...

Ultimamente volvió M. de Saint Alban a cosa de las cuatro de la tarde, acompañado de todos sus amigos y de Amalia, en el rostro de la cual se dejaba ver un gozo muy notable, lo cual anunciaba que le había ocurrido algún suceso agradable.

—¡Oh! hermana mía,—le dijo Amalia al acercársele,—cuánto has perdido en no ser de la caminata!; nunca haré otra más agradable, ni más dichosa sobre todo...

En esto le contó que paseándose con su padre en el soto de Ville d'Avray, habían descubierto a lo lejos una cacería de muchos príncipes, a que asistía una gran parte de la corte, lo cual llenaba todas las inmediaciones de clarinadas las más divertidas, y corridas las más curiosas; que llevados de la curiosidad de ver de cerca la batida, atravesaron por un monte bajo, y descubrieron en medio de un gran salón formado por el verde campo, a una dama vestida de amazona, a quién su caballo acababa de echar de la silla, y que al parecer había perdido el sentido.

Volamos a ella,—añadió Amalia;—la tomo en mis brazos, levanto su hechicera cabeza, doy calor en mi seno a sus yertas manos: bien pronto vuelve en sí, abre los ojos más peregrinos que pueden verse; y para mostrar su gratitud por los socorros que con tanta com-

placencia yo le había prestado, desata de su cuello esta cadena de oro, de que está pendiente este retrato cercado de brillantes, y me dice: "No olvide usted siempre que mire esta imágen del jefe del estado, que ha socorrido a una persona de su familia..." Apenas había proferido estas palabras, cundo infinitos oficiales y señores llegaron, y rodearon a la princesa, que absolutamente quiso saber mi nombre, el de mi padre, y sitio fijo de nuestra casa de campo, y nos dijo al entrarse en el coche: "Amable y generosa Amalia, iré mañana a darle a usted gracias por los socorros diligentes con que me ha colmado, y que no saldrán jamás de mi memoria."

Esta narración acabó de apesadumbrar a Clarisa, quien desde aquel mismo instante abandonó su lucido reloj, jurando que no volvería a llevarlo ya en su vida. Pero su pesar y despecho fueron mayores todavía, cuando al siguiente día se presentó en efecto la princesa, acompañada de muchas damas de su servidumbre, y renovó a Amalia las honoríficas demostraciones de su gratitud. Díjole que quería recibirla en su palacio de París, y que no creería haberla remunerado competentemente, hasta tener la dicha de casarla con algún sujeto de su Corte.

Al oir Clarisa estas palabras, conocía que se duplicaban sus pesares, y repetía muy quedito: "por qué se habrá atrasado así mi reloj!..." La princesa que advirtió la turbación de Clarisa, preguntó quién era.

—Es hermana mía,—repuso Amalia.—que tengo la honra de presentar a V. A.

—Parece, añadió la princesa, que esta señorita no es aficionada al paseo?

—Perdóneme V. A. señora,—replicó M. de Saint Alban mirando con risa irónica a su hija,—es que va atrasado su reloj...

La princesa rogó que le aclaracen este enigma, celebró el desasosiego de Clarisa, la brindó a que cambiase el bonito reloj, que la habían vendido tan cruelmente, por otro más sencillo, pero más puntual, y le dijo con una insinuante bondad:

—Doy mañana un desayuno a su preciosa hermana de usted en el sitio mismo en que me asistió con tanta solicitud; me tomo la libertad de creer que usted tendrá a bien acompañarla, y para que *su reloj no se atrase todavía*, ruego que la amable Amalia de a usted el suyo, y acepte en cambio el que llevo a mi cuello, que no varió nunca ni un minuto...

Al dar a Amalia la princesa este último testimonio de su munificencia, tomó el coche, y dejó convencida a Clarisa de que a menudo los momentos que la pereza nos roba, hubieran sido los más dichosos de nuestra vida, y que la dejadez no puede producir sino privaciones y pesares.

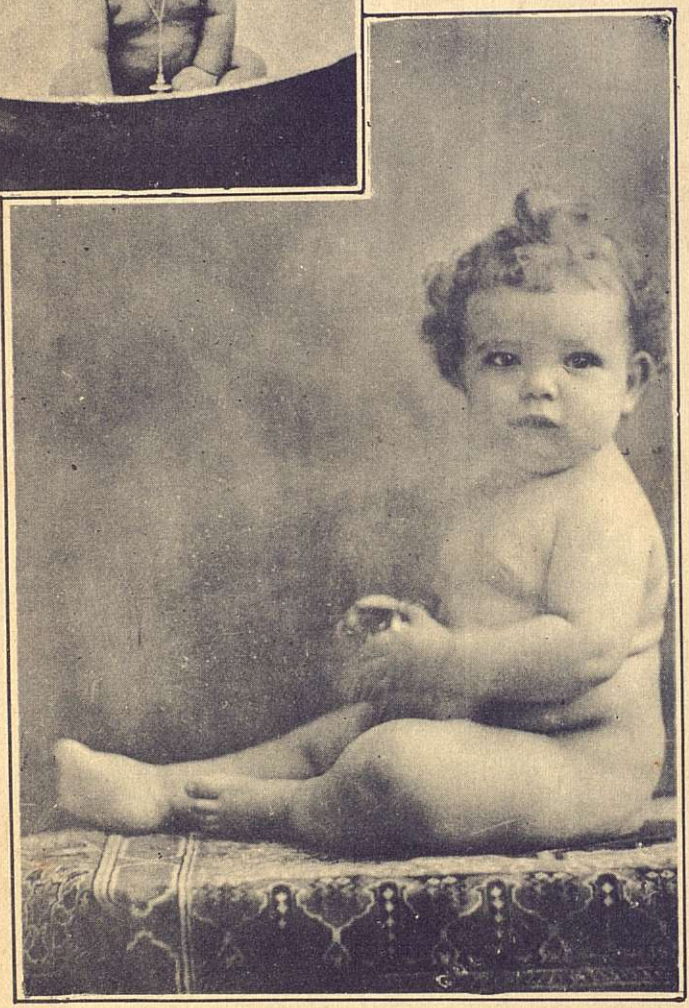
Javier y Carmen Demestre Xuriguer

Ⓟ Colomitas

Manuel José Galdo y Piqué

(de Cardenas)

Juventino
Fabré Gracia
(de Oriente)



Gerardito Rubi (de Güines)

MODAS

PARA LA ESCUELA

Septiembre es el mes en que tras las alegres vacaciones volvemos al colegio; y para las horas de estudio así como para el recreo bullicioso son muy propios estos trajes sólidos y graciosos, de *vichy*, de *gingham* a cuadros o de warandol con pespuntes y bordados, que unen lo práctico a la sencilla elegancia infantil.

Rosita Franco
y Armentero

© American Photo

"Bebita" Loret de Mola Betancourt

BANDERAS y ESCUDOS

REINO HELENO (GRECIA)

Rey: Alejandro.

Capital: Atenas.

Leandrito Brea y Lay
(de la Habana)

LOS NIÑOS EN EL ARTE

MASTER CREWE EN TRAJE DE ENRIQUE VIII;
celebre cuadro de Reynolds.

Ya hemos hablado en PULGARCITO de este gran pintor inglés que nació en 1723 y murió en 1792. Está considerado no sólo como uno de los más notables pintores que existieron en el siglo XVIII, sino como admirable retratista de niños.

LOS DOS PARGOS

Por Aurelia Castillo de González.

En amigable consorcio
subieron dos pargos bellos
a la clara superficie
de su líquido elemento.

Alegres y juguetones
hacen graciosos rodeos,
y la cola a todos lados
van moviendo placenteros.

En uno de tantos giros
de su matinal paseo,
se encuentran la más robusta
sardina que peces vieron.

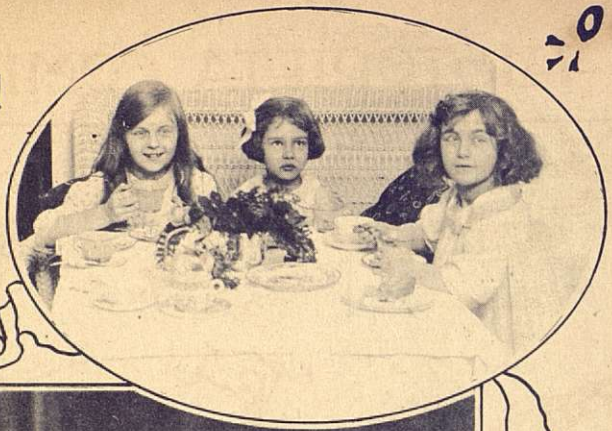
—Mira, dice uno, parece
que *comedme* está diciendo.
—¡No te acerques!—le responde
el otro con más talento.
Pues ¿qué temes?
—Que en su vientre
no se oculte nada bueno.
—¡Vaya, que eres caviloso!
de todo tienes recelos.
—¿No te choca, amigo mío,
tan prolongado sosiego?
—Eh! basta de reflexiones;
es muy hermosa, y la quiero.—

Se abalanza a la sardina,
la engulle, y en el momento
los dolores más agudos
le desgarran todo el seno.
Ten cuidado, jovencito,
que es el mundo mar tremendo,
donde flotan disfrazados
innumerables anzuelos.

CUADRITO

EN EL CAMPO, por Perrault.

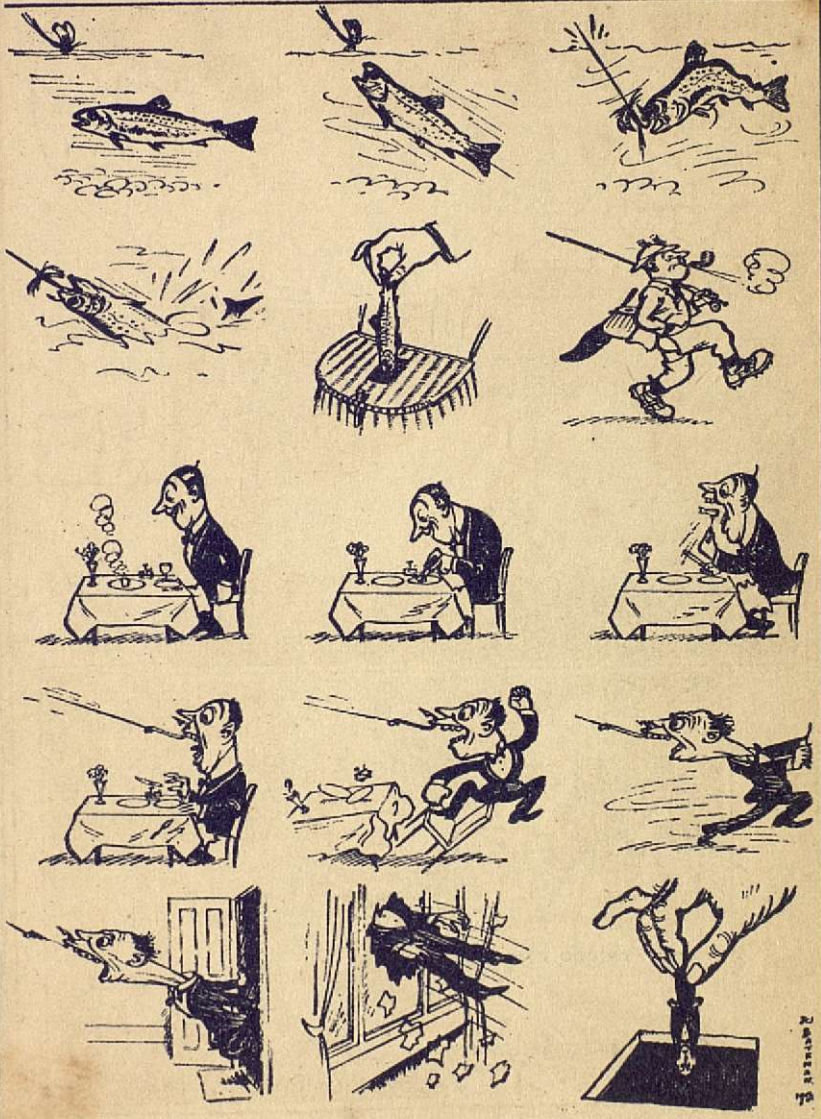
Hijos del Ministro Inglés en Cuba



Arriba: Emma Arocha y Sabourin

Abajo: Olga Quilez y Sabourin

HISTORIETA COMICA



EL SUEÑO DE UN PESCADOR DE TRUCHAS

(Dibujo de H. M. Bateman).

PASATIEMPOS

Nº. 33.

Charadístico

1.ª 2.ª 3.ª Nombre de varon
2.ª 3.ª Planta
3.ª Nota musical.

Nº. 34

Metátesis

1 2 3 4 5 Madera
1 2 4 3 5 Animal

Nº. 35.

Acertijo.

¿Cuál es la palabra que sirve para nombrar a un animal, a una persona y a una ciudad?

Nº. 36.

Logogrifo numérico.

4	Consonante
1 2	Contracción
2 3 4	Artículo
1 2 3 4	En los pájaros
4 3 2 1 4	En las casas
1 2 3 4 5 6	Península de Norte América
4 3 2 1 2	Apellido
4 3 2 1	En algunas casas
4 3 2	En el mar
2 6	Nota
1	Vocal

Soluciones a los pasatiempos del número de Agosto:

Nº 29: Alfredo-Fresa-Do.

Nº. 30:

Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado.
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno,
Guarda tu honor para vivir honrado.

Nº. 31: Crisantemo.
Nº. 32: Sastres.

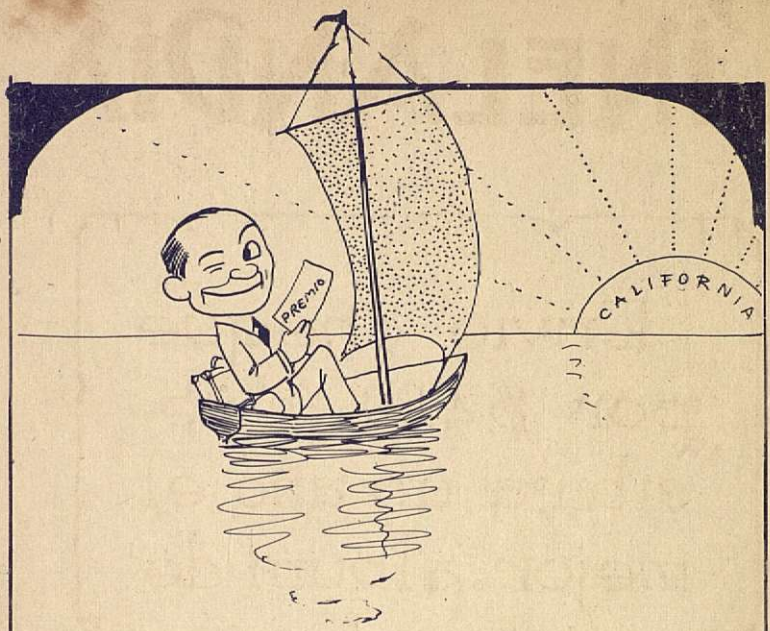
María de los Angeles Dalmau Lopez

Ⓕ Handel

CINELANDIA

Envie cheque por $4.00 y recibira un año el mejor album de artistas de cine que se imprime en la America Latina. El primer numero sale en Enero.

O. H. Massaquer
Sol 45 Habana



Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participarle a los ya muy numerosos admiradores (y no decimos lectores, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concuros, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles etc, etc, a quién hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje ABSOLUTAMENTE GRATIS a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del orbe. No creemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciones contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya estarán preparando la maleta.

Vean el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.
Director—Gerente.

ESTE ES EL NUEVO PRECIO DE "SOCIAL" LA REVISTA QUE PREFIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. I-1119. — Grabadores e impresores.